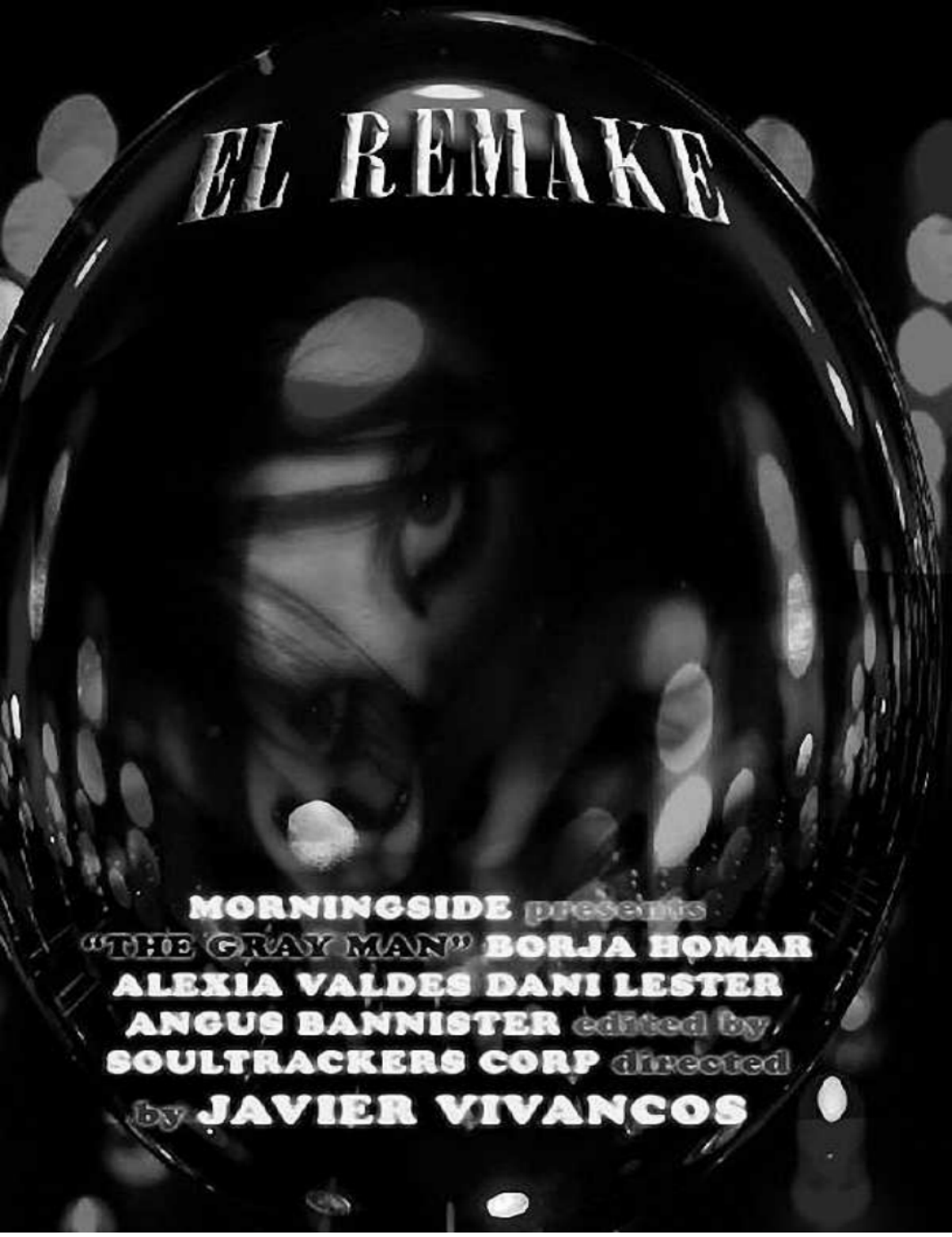
EL REMAKE
MORNINGSIDE presents
"THE GRAY MAN" BORJA HOMAR
ALEXIA VALDES DANI LESTER
ANGUS BANNISTER edited by
SOULTRACKERS CORP directed
by JAVIER VIVANCOS

EL REMAKE

JAVIER VIVANCOS

Copyright Javier Vivancos García. Alicante, 2017

Imagen de la cubierta modificada: The Manic Macrographer

Diseño de la portada: Javier Vivancos

https://lucreciaseoscurece.wordpress.com/

https://www.facebook.com/javiervivancos79/

https://www.facebook.com/elremake/

Dedicado a Inma

El cine de terror bucea en las letrinas del inconsciente y ofrece cuerpos descuartizados, pero ¿qué desea de verdad la primera adolescente que muere en una película de terror? ¿Un chalet adosado en la periferia, un moneyshot, una pesadilla? ¿Y qué desea el espectador para ella, por qué ha pagado para situarse frente a la huella en luz de su cuerpo? ¿Para verlo morir, para verlo gozar, o acaso para experimentar el cortocircuito que se establece, precisamente, entre ambas cosas?

Aarón Rodríguez

El cine es una fábrica de sueños..., y soñar nos resulta tan fascinante que a menudo olvidamos que el cine es, en efecto, y en esencia, una fábrica. O varias. Empresas que fabrican un producto que se llama «película» con idea de que nosotros lo compremos para satisfacer nuestro deseo de soñar.

Carlos Alsina

PLANO CERCANO DE LA CARA DE NANCY. Ella habla a la noche.

NANCY
(en voz baja)
Sal y muéstrate,
bastardo.

A Nightmare on Elm Street (script)

PRODUCTION NOTES

Provisional title: *El hombre gris*

Date: *not yet released*

Genre: *horror - sci-fi - thriller - snuff*

Status: *pre-production*

Country: *USA - Spain*

Producer: *Morningside Productions*

Executive producers: David Jasso

Director: *Soultrackers Corp.*

Writers: *Soultrackers Corp.*

Stars: *Borja Homar, Alexia Valdés, Dani Lester, Angus Bannister*

Storyline:

Two years have passed since the death of Rai's parents in a bus accident, but still has not passed. His sister, Susana, is more aware of the boys in town, and her grandmother is too sick to care for their grandchildren. So the only person willing to deal with the ongoing mess in which Rai gets is the new manager of the funeral home in Cadalso.

Spanish translation:

«Ya han transcurrido dos años desde el fallecimiento de los padres de Rai en un accidente de autobús, pero aún no lo ha superado. Su hermana, Susana, está más pendiente de los chicos del pueblo, y su abuela está demasiado enferma como para atender a sus nietos. Así que la única persona dispuesta a ocuparse de los continuos líos en los que se mete Rai es el nuevo encargado de la empresa de pompas fúnebres de Cadalso».

NO ERES LA PROTAGONISTA

1.

«Recuerda: eres prescindible. Tenlo siempre presente…».

Las palabras traquetean en su cabeza, como si aún las estuviese escuchando por el auricular.

«… No eres la protagonista. No vales una mierda».

¿Va el tren ahora más despacio? Cris no puede asegurarlo. Al otro lado de esas estrechas ventanas de guillotina, la ocre estepa siempre aparece a la misma distancia, y a veces el zarandeo del vagón es tal que se diría que atraviesan grava en lugar de ir sobre raíles.

Algo está a punto de suceder, lo presiente. Es una sensación fría y desapacible en el estómago. El bocadillo que le dieron esta mañana cobra vida en sus intestinos, le anuncia que en breve debe salir, que su parada será la próxima.

Aunque no esté en el guion, Cris se dirige otra vez a su acompañante, siquiera para distraerse de su malestar.

—¿Sabes cuánto falta para llegar a Sariñena? *Cadalso*, quiero decir.

—No.

Para ser mexicana, su compañera de viaje no se muestra muy locuaz. Bueno, su procedencia es una mera deducción. No tiene un acento reconocible, pero le suena haber escuchado que los productores estadounidenses se la trajeron del otro lado del charco.

—Antes me pareció ver un indicador sobre un monasterio cuando pasamos cerca de la carretera. ¿No te suena…?

—No. Mierda, no.

—No hace falta que seas antipática… Se supone que somos amigas.

—¿Y eso dónde lo dice, en el guion?

—N…

—¿Acaso lo has leído? ¿Crees que existe, como Santa Claus? Eres tan… niña.

—¿Qué quieres decir? —Cris intenta replicarle en el mismo tono borde, pero se le quiebra la voz.

—¿Lo has leído? —insiste la otra.

—Bueno… Es sobre un chico y una funeraria, y tiene una…

—Eso es la sinopsis, niña.

Cris no soporta que la traten así ni que la llamen niña. Se lo haría saber a esa engreída, si no fuera porque está a punto de llorar. Así que se seca los mocos con el único pañuelo que le queda, maldita alergia, se traga sus palabras y de paso el nudo en la garganta.

No hay nadie más en el vagón. No sabe dónde pueden estar instaladas las cámaras. El silencio que se forma entre ellas dos sería incómodo si de verdad fuese silencio. El matraqueo en los raíles hace pensar que algo en este anticuado tren se está desmontando pieza a pieza. Cuando la compañera de Cris (no sabe su nombre ni lo sabrá jamás) se dirige de nuevo a ella, lo hace en tono de confidencia:

—¿Te suena la ley estadounidense de conservación del cine?

Cris está a punto de espetarle algo desagradable, hasta que se fija bien en los ojos de su compañera, pupilas en las que ondula el miedo. De hecho, Cris se asoma más de la cuenta a ellas. En ese reflejo acuoso se ve a sí misma, atemorizada, insegura. La súbita empatía resulta sobrecogedora.

—... No, en tu bonito país no hay de eso —prosigue, dirigiendo ahora su mirada hacia algún punto recóndito del vagón—. Por ahora no, creo. Dime una cosa, ¿cómo te ofrecieron el empleo?

—Un tío me lo ofreció... En el albergue.

—¿Firmaste algo?

—Pues... sí, el contrato...

—¿Y un seguro? ¿Un documento de descargo quizá?

—Nn... No sé, creo que solo el contrato.

—Ya. El contrato. —Su compañera se pone a jugar con los botones deshilachados de su chaqueta—. Yo también firmé mucho para salir de la cárcel. Mierda, y necesito el dinero, ¿sabes?

Cris asiente.

—Por eso me metí en esta locura. ¡Ja! Cine, lo llaman, ya me gustaría saber dónde se esconde el equipo de rodaje. ¿Y te dijeron en cuántas escenas sales? —sigue preguntando la otra, retorciendo los botones.

«No eres la protagonista».

Cris escucha la sentencia en su cabeza con tal fuerza que se ajusta el auricular bajo la melena, que le cuelga lacia y deprimente sobre la oreja. No, no le están dando nuevas instrucciones. No aún.

—No... —responde al fin.

—Ya. Una actriz secundaria. O una extra. Como yo —ríe con amargura.

—Bueno, ¿y tú qué sabes?

—Me temo que no nos vamos a hacer famosas, niña.

—¿Y qué...?

La puerta corredera de detrás del vagón se abre de golpe con un crujido que hace pensar que los cristales se han resquebrajado.

El tipo musculoso recorre de manera pausada el pasillo. Aminora más aún el paso al llegar adonde están ellas. No se detiene, pero las mira como si hubiera dado con dos maletas abandonadas y sopesara la idea de llevárselas.

—Buenas señoritas...

Su voz es firme y bien entonada, la que podría tener un actor de verdad. Y no es que haya dicho «Buenas, señoritas», a modo de saludo. Ha sonado más bien como una apreciación: qué señoritas tan deliciosas.

—Hola —Cris no sabe por qué responde al supuesto saludo. Es incapaz de sostenerle la mirada. Hay algo en esa mueca hinchada y ambigua que la pone muy nerviosa. Espera a que pase de largo.

Los pulmones de Cris se llenan de aire de nuevo cuando ve la espalda de ese mono azul de manga corta.

Aunque el hombre no sale del vagón.

Se sienta más adelante, en una de las plazas encaradas en sentido contrario al resto. Desde allí puede seguir observándolas.

Las órdenes no llegan por el auricular. ¿Qué se supone que deben hacer? ¿Preguntarle adónde se dirige? ¿Ligar con él? Quizá ni siquiera sabe que se encuentran en pleno rodaje. Cris está a punto de decir algo estúpido. Que a lo mejor eso azul que lleva es el uniforme de revisor. Quizá en los setenta, en los ochenta o incluso en los noventa se llevaba eso. Al fin y al cabo, la película, el remake, está ambientado en alguna de esas décadas.

Pero su compañera ha palidecido de tal forma que ahora se asemeja a una nórdica hepática de pelo castaño. Mejor no abrir la bocaza.

El tipo no deja de sonreírles. No..., se trata de un rictus. En realidad no les está sonriendo. En sus ojos no hay simpatía alguna.

Nadie les dice qué hacer, al menos a Cris no. A lo mejor no se va a grabar ninguna escena más hasta que lleguen a «Cadalso». Quizá debería asumir que se trata de otro pasajero y seguir charlando con su compañera con normalidad. Con *normalidad*... De todas formas, ha perdido el hilo de la conversación que mantenían.

Ahora el hombre ya no les sonríe ni nada parecido. Una revista le cubre de la nariz para abajo.

—¿Es un actor? —cuchichea Cris.

—¿Qué?

Varios interrogantes más de esa índole se agolpan en su mente, y lo cierto es que no desea conocer las respuestas. En cambio, le hace otra pregunta a su compañera:

—¿Qué crees que le pasa en la cara?

—No sé. Pero le está supurando.

Ambas callan de inmediato cuando el tipo baja la revista y mira en su dirección, aunque no a ellas directamente. Cris supone que está recibiendo instrucciones, y ella también espera las suyas, por favor, venga, que le digan pronto qué es lo que tiene que hacer.

El tipo se levanta.

Se queda ahí de pie sin pestañear.

No se mueve. Joder.

¿Seguro que es un actor? Desde aquí no se aprecia si lleva auricular.

Va a decirle algo a su compañera y no puede, no va a escuchar su hilillo de voz.

El tipo da media vuelta y desaparece por la puerta corredera del extremo opuesto.

—Dios mío, ¿quién era ese tío?

Su compañera no responde. Tampoco esperaba que lo hiciese.

¿Va el tren más lento? Cree que sí, esta vez sí. El culo no ha dejado de dolerle desde hace como media hora, aunque el traqueteo apenas si se nota ya. Si eso fuera posible, diría que el motor se ha parado, que simplemente se deslizan por los raíles hasta que la inercia languidezca y se detengan en mitad de ninguna parte.

Cris da un respingo.

¡ATENCIÓN, ESCENA!

El grito le muerde el tímpano. Al girarse hacia su compañera, se da cuenta de que se ha envarado contra el respaldo. La está mirando con tal expresión de susto que Cris siente el impulso de agarrarle la mano y esconderse con ella bajo los asientos. Antes de poder hacerlo, a su compañera se le extravían sus ojos de color miel. Acto seguido, se levanta como impulsada por un muelle, con una sonrisa tan forzada que ni una actriz porno lo haría peor.

—He de ir al WC... Ahorita. Regreso.

Déjame ir contigo, no me dej...

¡Respóndele, vamos, con normalidad!

—Vale... —suspira Cris.

Se remueve en su asiento, adopta una posición que nada tiene de cómoda. El tren va muy despacio, demasiado, pero ella traquetea igualmente, no puede contener los temblores.

—No tardes mucho —se atreve a improvisar—, yo también me

estoy...

La puerta corredera se cierra de golpe y el cristal ahumado se traga a su compañera.

Sigue actuando con normalidad. Tu amiga se ha ido, todo es normal. Pero pronto empezarás a ponerte muy nerviosa.

¿Pronto? Ya lo está, no puede parar de temblar. Y no tiene forma de medir el tiempo, le prohibieron los dispositivos móviles y los relojes, pero ya le está pareciendo una eternidad, y su compañera justo acaba de irse. Tampoco tiene forma de saber qué expresión está poniendo, su dominio de la interpretación es bastante limitado. Apenas se ve reflejada en esas ventanas. Así que se palpa la cara, estira con disimulo las comisuras de los labios, como si esbozara una media sonrisa.

El paisaje avanza tan despacio que desespera. La estepa a lo lejos se presenta interminable, el mismo fotograma amarillento una y otra vez, aunque ahora, en contraste, están atravesando una arboleda reverdecida por un río cercano. Distingue algunas construcciones antiguas de sillería, ruinas en su mayoría, pero ningún letrero o indicación. No sabe a cuánta distancia está de su destino. Ni si llegará.

El ronroneo del tren va muriendo, y a Cris no le gusta la quietud que la rodea. Suelta el aliento con fuerza, solo para distinguir su respiración de la corriente sofocada por las ventanas de guillotina. Ante sí, las cabezas de los asientos asoman severas y grises como filas de lápidas. Nunca, ni siquiera cuando se quedó tirada en la calle, se había sentido tan desamparada. Y ahora, aunque se vea sola en este trasto descolorido, la sensación de que la vigilan es atroz, una sanguijuela en su nuca que no puede arrancarse. ¿Dónde pueden estar las cámaras? ¿Sobre las puertas? ¿En los paneles de luz? De pronto, nota una serie de zumbidos. Más que oírlos los siente en la piel. Quizá se trata del viento que zarandea el tren, que lo impulsa aun después de haberse detenido su maquinaria, que desafía la integridad de los cristales y amenaza con arrancar de cuajo el decorado de cartón piedra para mostrar lo que de verdad se oculta bajo él.

Di: «Sí que está tardando», levántate y échale un vistazo al maletero.

Si supiera dónde están, se quedaría mirando cualquiera de las cámaras fijamente.

¡Vamos!

—Sí que está tardando...

Y se levanta. Y le echa un vistazo a la bandeja sobre su asiento. Y toca esas maletas (que supone vacías) como si fueran suyas de

verdad, como si estuviera de viaje con su buena amiga para pasar unos días con unos familiares y trabajar en la fábrica de envases plásticos. Es la magia del cine.

Aguarda ahí de pie. No sabe qué más hacer.

Dirígete a la puerta del fondo, poco a poco. Has escuchado un golpe sordo. Y otro más.

Cree que no puede moverse, que las piernas no le responden. En realidad no lo hacen. Las rodillas no la sostienen y va cayendo hacia donde le ordenan, sí, el suelo del vagón parece inclinado, acabará rodando hacia en el fondo de todas formas.

Eso es, muy bien, pareces muy asustada, eso es... Estupenda interpretación, muchacha.

Los zumbidos han cesado. El vagón cada vez está más escorado. La puerta corredera se desliza y se abre un poco, antes incluso de que la toque.

¡Ábrela!

El habitáculo es más oscuro, el aire es rancio y caliente. No hay ningún cubículo habilitado como aseo y Cris se pregunta cómo no han cuidado ese detalle. Ahora no sabe qué hacer. Ni siquiera conoce el nombre en la ficción de su compañera.

—¿Estás ahí? —murmura para sí.

Entra al otro vagón. ¡Vamos!

A través del cristal empañado no se distingue nada, apenas una mancha pardusca. Le cuesta abrir esta puerta, sellada por la presión del aire. Al hacer fuerza, se desliza de golpe y el pasillo del otro vagón se abre de sopetón ante ella. El pie descalzo asoma desde uno de los asientos de la fila de la derecha.

El pie se agita de manera perceptible, pero Cris está casi segura de que el tren se ha detenido.

Se ve parte de la pierna, pero sobre todo el pie. ¿Por qué se sacude así?

Siente náuseas. También asoma parte del pantalón amarillo de su compañera. La pernera acaba con un botón gordo a juego con los de la chaqueta.

Aguarda nuevas instrucciones, no sabe qué hacer, por qué sigue agitándose ese pie.

Y aparece el tipo del mono azul. Tiene parte de la cara hinchada y surcada de llagas que antes no estaban ahí, pero sonríe, ahora sí que sonríe con sorna. La sangre le resbala por las muñecas cuando se lleva un dedo a la boca y lo chupa sin dejar de mirar a Cris.

—Solo es salsa de tomate, ¿ves?

Ella no obedece cuando le ordenan que chille. De hecho, sigue

preguntándose por qué vibra así esa pierna que sobresale de uno de los asientos y cuelga hasta el pasillo.

¡PERO HUYE, PEDAZO DE ZORRA! ¡TE VA A MATAR!

Durante unos instantes, Cris se sumerge en algún recoveco de su mente que cree seguro y observa con desapego, desde algún punto elevado, una curiosa escena en la que ella se da la vuelta a cámara lenta mientras el tipo musculoso de la cara hinchada la persigue con indolencia. Por lo que a ella respecta, el tren sigue en marcha, cuesta mantener el equilibrio.

¡Busca la palanca de seguridad!

De súbito, su consciencia aterriza y se instala en su cuerpo, y ahí se descubre jadeando y aporreando la puerta de salida del primer vagón.

¡Abre la maldita puerta de una vez!

No hacía falta darle a la palanca de seguridad. La puerta se abre de un tirón y descubre que el tren sigue en movimiento. El terraplén desfila ante ella y desciende entre matorrales hasta donde Cris no alcanza a ver, porque es incapaz de enfocar su vista empañada.

¡SALTA, SALTA DE UNA VEZ!...

Es un salto sencillo, o lo sería si fuese capaz de moverse.

... ¡LO TIENES DETRÁS! ¡SALTA, JODER!

No sabe si es cierto. No se gira. Ni siquiera obedece la orden. En realidad, la barra a la que se aferraba con mano sudorosa se le escurre y es el fuerte viento el que la aspira hacia el terraplén, donde cae primero sobre sus botas...

¡Bien, joder, bi...!

... luego de rodillas, a continuación de costado y después rueda pendiente abajo.

Aunque no es el único golpe que recibe, nota una pedrada en la oreja y el auricular deja de escupir órdenes e insultos. La rocalla la arrastra de manera perversa hacia rocas más grandes que se le clavan en las costillas. Como si pretendieran frenar su caída, los matorrales espinosos se le enganchan en el suéter y le desuellan la piel, solo para dejarla caer acto seguido.

Al rato, cuando el cierzo dispersa la nube de tierra que la envuelve, el objetivo de la cámara sigue el recorrido inclinado de ese viento frío y seco, y va descendiendo en picado desde esos matorrales espinosos que ahora podemos identificar como aulagas, hasta posarse como un ave carroñera sobre la muchacha despatarrada.

2.

El batacazo no ha bastado para dejarla inconsciente. Ojalá hubiese sido así, porque cada músculo que intenta mover le asesta un nuevo mazazo de dolor. El aterrizaje ha sido tan duro que no ha podido procesar en toda su magnitud el golpe, aunque su eco se propaga por cada fibra y cada hueso como un doloroso recordatorio.

Prefiere quedarse quieta, no hacer nada. Su papel en esta película termina aquí. Al fin y al cabo, ya no escucha ninguna instrucción por el auricular, entre otras cosas porque se le debe de haber caído por el terraplén, junto con algún pedazo de oreja.

La nube levantada regresa en insidiosas espirales de tierra. El viento agresivo y cortante se ensaña con los jirones abiertos en su piel. Dios, le duele y le escuece por tantas partes a la vez que quizá lo mejor sea no moverse nunca más. Al menos ya no la persiguen, o eso parece, no podría asegurarlo. Ese cacharro pintado de color verde mohoso continúa ahí arriba, no termina de desaparecer tras ese montículo silueteado por el fulgor crepuscular. Los dos últimos vagones recuerdan más a los de un tren de mercancías que a uno de pasajeros; una mercancía de muerte y horror. Que se marche ya, que se lleve a su compañera de reparto y a su pierna presa de las convulsiones.

«Solo es salsa de tomate».

Una sensación gélida atraviesa su pecho y hurga en sus entrañas. Los chorretones de maquillaje, arrastrados por las lágrimas, corren por sus pómulos heridos. Hasta llorar escuece. Lo mejor es no hacer nada, quedarse así hasta que todo pase, hasta que el tren desaparezca de su vista. No merece la pena pensar siquiera en lo que ha sucedido. Eso podría doler aún más.

—¡CORTEN!

Abre los ojos, sobresaltada. ¿Se ha quedado dormida? ¿Inconsciente quizás? A pesar del calambre de dolor que supone cada movimiento, Cris se lleva la mano al oído izquierdo. Allí no hay auricular alguno. Está tan desorientada que tarda en comprender lo que sucede.

—¡Levanta, joder!

El corazón se le dispara. Obedece casi de inmediato. En parte porque le tiran de la manga agujereada, y en parte porque aún cree que se trata de una de esas órdenes de rodaje que escucha en su cabeza. Incluso experimenta cierto alivio. Esto es lo que hay detrás de la ilusión de realidad, solo cine, mera actuación, efectos especiales, asesinatos fingidos en el tren. Salsa de tomate.

El alivio es efímero. Recostada contra un trozo de madera áspero y seco, se da cuenta además de que las contusiones y rasguños son la menor de sus preocupaciones.

El director debe de ser él. Quien más grita. Lleva un traje de militar y unos prismáticos con cámara incorporada colgados al cuello. Cris apenas puede ver los rasgos de ese tipo, su cuello no le da para llegar más arriba de esas gafas de espejo que reflejan el crepúsculo, un rayo anaranjado que cae sobre Cris como un castigo divino.

—¿Puedes caminar? —ladra bajo esa mirada fulgurante.

No, no puede. El otro tipo la ayuda a ponerse en pie. Luce el uniforme negro y plateado de la policía privada. Sin embargo, es el director quien exhibe una funda con su pistola al cinto. Un último personaje entra en plano de repente. Cris se vuelve hacia la joven de expresión hosca que aguarda con una especie de botiquín sacado de alguna tienda de disfraces.

Por supuesto que no puede caminar. Erguirse le ha costado, pero apoyar la pierna derecha ha sido como recibir una dentellada en carne viva hasta el tobillo.

—Quítate esa bota, vamos a echar un vistazo.

El policía prácticamente la deja caer de culo. No la ayudan a quitársela. Cris sorbe con fuerza por la nariz mientras se libra de las hebillas una a una. Desde el suelo, los pantalones de esos dos tipos se ven interminables, no llegan nunca a la cintura.

Se saca el calcetín. El aire que culebrea entre ellos se empeña en esparcir la peste que sale de su bota. Cris tiene la sensación de que la observan como a un animal maloliente al que acaban de atropellar, demasiado lejos de cualquier veterinario.

Al menos el tobillo no tiene tan mal aspecto, no está demasiado hinchado, pero duele. La del botiquín ni se molesta en comprobarlo cuando sentencia:

—Seguro que se lo ha torcido. O se ha fastidiado algún tendón.

—Me cago en la puta... ¡joder! ¡*FUCKING BITCH*! ¡ME JODISTE PERO BIEN LA ESCENA! ¿Y ahora qué, eh? ¡LE VOY A VOLAR YA LOS SESOS, A LA MIERDA!

La encañona tan rápido que a Cris no le da tiempo a darse cuenta de que eso metálico que está chocando contra su cráneo puede acabar con su vida en fracciones de segundo, sin darle tiempo a lanzar esas inútiles preguntas que pese a todo le gustaría que alguien le respondiese: ¿Por qué le están haciendo esto? ¿En qué clase de película la han metido? ¿Por qué su vida de repente no vale nada?

—Espera, espera un momento...

El policía se interpone y la pistola deja de estar en contacto con su pelo. Cris empieza a acariciarse el tobillo, sin llegar a tocárselo, como si hiciera pases mágicos sobre él. Una y otra vez. Por favor, cúrate, ya no duele, ya no me duele, por favor, cúrate, piensa mientras se imagina que sus manos son hielo y se esfuerza por convencerse de que la hinchazón remite en lugar de agravarse.

—... ¿No podemos llevarla hasta la siguiente escena?

—¡No...! —suena «nou»; al director cada vez le resulta más difícil hablar en español—. ¿Y bajar a todo el equipo? Además, ¿dónde está el cine realístico aquí? ¿Tú sabes la mierda de material que he grabado hasta ahora? Planos inconexos, diálogos inexistentes... No hay apenas una secuencia buena que dure más de un minuto. ¡Es basura! Y aunque la llevemos, allí no puede limitarse a cojear ni a esperar sentada.

El policía suelta un resoplido.

—Puedo ponerle un vendaje y darle un analgésico —dice la enfermera disfrazada.

—Sí, por favor... —se encuentra suplicando Cris.

Aunque el peso de esa mirada crepuscular cae de nuevo sobre ella, el director la ignora y sigue discutiendo con el policía.

—No me la voy a llevar de aquí, no tenemos tiempo. Y no pienso gastar ni un crédito en... combustible ni en tampones con otra puta como esta.

El policía resopla. Y lo vuelve a hacer.

—Puedo caminar —lloriquea Cris y hasta se pone en pie a la pata coja—. En serio, puedo caminar, no me duele tant... ¡Au!

Nadie intenta sujetarla. El policía se aparta de ella con aprensión, evita mirarla a la cara siquiera. Tiene la misma expresión pétrea de cualquiera de los antidisturbios que barren las calles cada vez con mayor frecuencia.

—Pero no te la puedes cargar así, a campo abierto.

—¿Ah, no? —ladra el director—, entonces búscame una solución y deja de hacerme sugerencias sobre cine, ¡joder!

—Bueno... Al otro lado del campamento... —el policía señala hacia algún lugar incierto en la distancia que solo ellos conocen.

—¡PUEDO CAMINAR! —Cris se arrastra y se abraza a la robusta pierna del director cuando el policía la esquiva—. Por favor...

El director la agarra por el suéter y la levanta en vilo. Durante un instante, la única bota que aún lleva puesta Cris no toca el suelo. Es alto y muy corpulento, capaz de taparle los últimos rayos de sol y de envolverla con su sombra. Suelta su aliento tan cerca de su

oído que no es muy distinto a cuando le hablaban por el auricular. Bueno, sí, ahora los insultos vienen acompañados de escupitajos.

—¿Qué hacemos entonces, *little bitch*? ¿Eh?

Ella es incapaz de responder. Y lo que pasa por su cabeza no puede traducirlo a palabras. Tiene que ver con el pie descalzo de su compañera, su enfermizo balanceo en el tren; con la salsa de tomate; con el hecho de que ese director lleve pistola en lugar de claqueta. Tampoco es que importe demasiado lo que ella tenga que decir. No hay cámaras, equipo de maquillaje, luces ni decorados, pero el rodaje no se detiene. Nada ha cambiado, continúan dándole órdenes por el auricular. Su papel no ha acabado, no, no, no... No ha acabado. Y hay que actuar. Hasta sigue escuchando el matraqueo del tren. El decorado es el mismo. Nada ha cambiado. Nada.

—... Véndale el tobillo y dale dos putos analgésicos. ¡La quiero ver dar brincos campo abajo!

La enfermera disfrazada arrastra de nuevo a Cris contra la madera y la sienta. En su cara de pan tostado no refleja más emoción que una leve mueca de fastidio. A pesar de todo, casi se aprecia preocupación en su voz mientras le aplica una pomada y le venda el tobillo.

—Ya has oído al director. A ver, déjame, estira la pierna un poco.

—... hay unos pozos, si la cosa se tuerce... —se oye decir de fondo al policía, que resopla de nuevo.

—Sí, los he visto, pero me da igual...

—... No, no... Aquí no lo hagas. La...

—... lo voy a dejar a él...

La voz del director se confunde con el cierzo, que arrastra y hace crujir las ramas. Un ave interrumpe con un inesperado graznido y la enfermera le pregunta al mismo tiempo si le molesta el vendaje, si está demasiado apretado. Falta la música de fondo para terminar de tapar la conversación que están manteniendo aquellos dos. Cris le dice a la enfermera que no le molesta y trata de mirar por encima de su hombro. Desde aquí, ve el arma del director, siempre el arma. La observa, fascinada. También piensa en los pozos. Y en la forma de resoplar de ese policía.

—Ayúdame, por favor —le suplica Cris, con la barbilla temblorosa y las lágrimas a punto de discurrir otra vez.

—Ya está, ahora tómate esto.

—¿Me van a matar?... ¡Ayúdame!

—No puedo. Espera, te doy agua.

La última concesión amable de la enfermera. Le permite dar más

de un trago a la botella. Luego le limpia los mocos y los chorretones de la cara con una toallita. Después cierra su maletín de maquillaje con vendas y gasas en lugar de pinturas, se levanta y no dice nada más. Cris se coloca la bota y ajusta cada una de las hebillas como en una operación quirúrgica a vida o muerte. Entretanto, la voz del director se aproxima y le azota la cara, como la tierra arrastrada por el viento.

—Ahora levanta y vamos a seguir el rodaje. Sigue bordeando las vías por esta pendiente en dirección a aquellas casas. Las tapan los árboles, pero puedes guiarte por los postes. ¿Ves los cables? Pues adelante. No te quiero ver arrastrarte. Iremos dándote instrucciones. Aquí la cobertura es mala, así que si pierdes la señal detente y mira atrás. ¿Entendido?

Asiente. Es mentira, pero asiente de todas formas y se pone en pie. No ha entendido nada. Como si le hubiera hablado en inglés. En su mente parpadean esas imágenes (el pie, la salsa, la pistola) para las que no encuentra una frase cabal, una explicación razonable; son piezas de una adivinanza, y cuando consiga conectarlas se dará cuenta de que el chiste no tiene ni pizca de gracia. Ahora mismo, lo único que importa es la necesidad angustiosa de ponerse en marcha, de caminar campo a través, aunque su tobillo amenace con reventarle la pierna con una explosión de dolor si se atreve a seguir con esta farsa, si no pide a gritos que la lleven al hospital y que suspendan el condenado rodaje.

El primer paso lo disimula bien. Apoya apenas la puntera y enseguida corrige la posición y pisa con el otro pie cuando el dolor comienza a trepar bajo la venda. Pero sabe que el segundo paso será peor, que no podrá contener el llanto ni sostenerse en pie. Acaba de empezar y no puede más. El sudor la empapa y cuanto más suda más frío tiene y más tiembla. Eso no la ayudará a mantenerse erguida. No puede caminar, sencillamente no puede. Y ellos están esperando a comprobar que no puede, solo necesitan una excusa y todo acabará con un...

Como si anticipara el fatal desenlace de la escena, Cris mira atrás, rígida como si llevara un collarín, conteniendo los temblores con los dientes apretados. Las gafas del director ya no reflejan nada, espejos grises, los brazos cruzados, la boca desaparecida en una línea recta bajo el bigote. El policía resopla y la anima a que siga con un gesto. Al fin la ha mirado a los ojos. Y a Cris no le ha gustado esa mirada. Por detrás, la maquilladora disfrazada de enfermera está ascendiendo por el terraplén rocoso a través de unos

escalones naturales que rodean en círculo la pendiente. Corre entre las plantas espinosas y sus flores amarillas como si no quisiera presenciar lo que está a punto de suceder. O como si se le escapara el tren. De hecho, los vagones aún están a la vista. Culebrean por el monte arrancando destellos herrumbrosos. Con respecto al conjunto del paisaje, no se desplazan mucho más rápido que las nubes teñidas del mismo color rojizo. A Cris se le ocurre que la escena posee una singular belleza, una vista que las cámaras, dondequiera que estén, deberían capturar. Si fuera un cuadro lo llamaría «A la enfermera se le escapa el tren».

La ocurrencia desencadena algo extraño, aunque no es la primera vez que le sucede una cosa así. Inspira y de algún modo siente que el aire asciende más arriba de su frente, y que su consciencia escapa con esa inspiración. Y allí, en algún punto que sobrevuela su desastrado flequillo, abre los ojos de nuevo y percibe una panorámica que abarca mucho más de lo posible. Cris no se ha separado de su cuerpo, no es eso, pero ahora capta el cuadro completo, como si su consciencia fuese la cámara que lo registra todo a vista de pájaro.

Está interpretando. La sensación de desapego es fascinante. Su personaje llora, tiembla y retuerce los dedos porque sabe que cada paso que dé será como si el hueso se le rompiera en mil fragmentos y todos se le clavasen a la vez. Pero la actriz que lleva dentro está interpretando el papel de su vida, el de una joven que pese a todo no se detiene, que nota cómo la venda, los pases mágicos o quizá los analgésicos empiezan a hacer efecto. Y puede caminar, pese a las dentelladas de dolor, puede y debe hacerlo, está escrito en el guion.

No tiene claro si está siguiendo las indicaciones del director. Puede que sí. Su personaje se interna pendiente abajo entre los matorrales, primero dispersos entre las rocas, luego abigarrados en panojas, racimos y marañas de diferentes especies que en otra estación del año presentarían vivos y variados colores, en lugar del contagioso amarillo desvaído que lo impregna todo. La vegetación le cubre hasta las rodillas y le dificulta el paso, pero la actriz piensa que así disimulará la cojera. Por muy bien que interprete, no podrá seguir andando como si nada durante mucho más rato. Cada vez que apoya la suela más de la cuenta es como si un enorme clavo se hundiera en su pierna desde el talón hasta la rodilla. Lo nota en su personaje, en su rostro contrahecho. Al menos los analgésicos han empezado a hacer efecto de verdad, aunque el verdadero milagro lo ha obrado su determinación de seguir interpretando su papel, sea

cual sea este.

Cris se restriega la nariz y la barbilla. Esa agüilla que le resbala mentón abajo no son mocos, en realidad se trata de lágrimas. El dolor es insoportable cuando da un paso en falso o debe esforzarse por mantenerse erguida. Caminar duele incluso cuando lo observa desde arriba. Aún no puede creerse que lo esté logrando, pero tiene la impresión de que cada nuevo paso será el último, que el personaje acabará sobre sus rodillas y..., bueno, entonces quizá la actriz escuchará la voz, aunque ya no lleve el auricular: «¡CORTEN!». Y luego el disparo.

La pendiente cada vez es más pronunciada. Dejarse caer y rodar montículo abajo es tentador, solo que esta vez se quedará atascada antes de llegar abajo y tampoco sabe dónde acaba este camino entre los matorrales de esparto y ontinas. Allá al fondo la silueta de las casas se entrelaza y se confunde con las ramas de los árboles, una valla y con los postes y cables de los que hablaba el director. Los últimos rayos del sol se extinguen a su espalda y frente a sí el cielo es un tapiz pardo sobre el que se recortan las sombras de un paisaje cada vez más difícil de descifrar.

Tal vez podría echarse al suelo y sumergir la cabeza entre las florecillas fragantes que está pisoteando. Su aroma es sutil, pero muy tentador, tanto como abandonar este sufrimiento innecesario y doblegarse por fin sobre sus rodillas, acostarse entre esas flores y disfrutar de su perfume. Pero la misma urgencia instintiva que la ha obligado a ponerse en pie, esa actriz pertinaz que no para de suplicarle que aguante un poco más, continúa empujándola pendiente abajo, puede que hasta que se encuentre lo suficientemente lejos del director.

No debe detenerse. Debe proseguir un poco más. Hasta que ese clavo le atraviese definitivamente el tobillo y le ensarte el resto de la pierna. Ya está cojeando, seguro que se nota lo mal que está. Incluso podría agarrar uno de esos troncos delgados e improvisar una muleta. Total, ¿qué más da? Está perdida, no aguantará mucho rato más, no terminará la escena. Y seguro que se han dado cuenta de que no lleva el auricular. A lo mejor ahora le están gritando que se detenga, que el rodaje se suspende, que está a punto de recibir su finiquito.

Hasta que tropieza, no se da cuenta de que va con los ojos cerrados. El paisaje, con los párpados echados, era el mismo: una extensión inabarcable de un marrón moteado de siluetas oscuras. Además, caminando a ciegas la actriz ve muchas más cosas, paradójicamente. Y una de ellas es el director en lo más alto del

montículo grabándola con sus prismáticos.

Cae de bruces. Actriz y personaje vuelven a ser la misma chica flacucha y asustada. Se clava las puntas pajizas de los matorrales, pero no rueda. Entonces hunde la frente en las matas y se pregunta si aun con sus sesos ya esparcidos escuchará la detonación.

Como esta no sucede, mira sobre su hombro y descubre que la pendiente del terreno ha hecho que el director y el policía desaparezcan de su línea de visión. Incluso el ocaso no es más que una coloración rosada que flota sobre las espigas.

Es su oportunidad.

El corazón le late con violencia y siente palpitaciones de energía renovada por todo el cuerpo. Pero en lugar de tratar de correr ahora que cuenta con cierta ventaja, se rinde a su cojera y decide ir a gatas entre toda esa maraña que trata de frenarla a base de latigazos en el rostro. Ningún efecto especial de estudio habría logrado ponérselo más complicado.

En realidad, para el devenir del guion no hay demasiada diferencia entre ir abriendo una trocha en el camino así, con la cara a la altura de las matas, o dar zancadas a ciegas como hasta hace poco. Y lo descubre de pronto, cuando la pendiente acaba en un tajo abrupto y las matas ceden y arrojan a Cris varios metros abajo.

La techumbre de hojalata evita que se parta la crisma. Se estrella de bruces sobre su superficie inclinada y se desliza por esas acanaladuras repletas de tierra y ramaje. Pese a que intenta frenar la caída con uñas y hebillas, sale despedida hacia el sendero de entrada a ese escondrijo. Y aterriza sobre un lecho de hojas y tierra umbría.

Cris se deja caer de lado y queda tendida boca arriba, resollando, hasta asegurarse de que no ha perdido la movilidad de sus maltrechas extremidades. Duele como si no hubiera perdido ni una pizca de sensibilidad.

Con unos hierros anclados a la roca, el panel de hojalata resguarda el acceso a un agujero inclinado a modo de trampilla. No parece profundo y en su interior no se aprecian más que botellas vacías, cartones y suciedad que ha adquirido el color de la tierra. Bajo la techumbre hay una bicicleta herrumbrosa a la que como mínimo le faltan las ruedas y la cadena, y un zapato rajado y sin cordones. Qué refugio tan bien equipado.

Ahora que se ha salido del guion y que es algo así como una fugitiva, a Cris le pasa por la cabeza esconderse aquí. De hecho, cuando el desgraciado de su exnovio la dejó tirada, esconderse en una cueva fue una de las alternativas al albergue para necesitados.

Pero en este momento rechaza la idea casi en el acto, ya que el escondite es demasiado obvio. El problema es que le duele demasiado el tobillo y no cree que pueda descender por ese sendero tan inclinado, una rampa sin apenas asideros, giros ni cornisa alguna. Sí, la idea de meterse en ese agujero, un ratito siquiera, resulta tentadora, aunque sea consciente del cepo que aguarda sobre su cabeza.

Entonces descubre algo ahí dentro, algo que le puede venir disparatadamente bien.

Cris se mete hasta la cintura por ese agujero desdentado y comprueba que no conduce a cueva alguna, sino a una abertura de poco más de un metro a cada lado. Y ahí al fondo hay una caja de cartón podrida por las esquinas, aunque bien montada y resistente.

La actriz toma las riendas de Cris y arrastra la caja al comienzo del sendero que desciende por la vestidura del monte. Antes de que su personaje comience a quejarse y a lloriquear, la actriz se mete dentro, respira hondo, cierra los ojos y se da un tímido impulso agitándose dentro de la caja, agarrada a los extremos abiertos.

Cuando el improvisado trineo comienza a descender, la actriz no puede ver el camino en sí ni prepararse para el final del tobogán. Su única referencia es el desplazamiento con respecto a las nubes, manchurrones de café en un cielo cada vez más opaco.

Va adquiriendo velocidad. Dios, da vértigo. Cada vez se queda más patas arriba dentro de la caja, que se sacude sobre piedras y otros obstáculos desprendidos que no hacen más que impulsar ese loco trineo. La actriz que hay en ella hasta lo disfrutaría, si no fuera porque su personaje está demasiado preocupado por si el director la escucha descender por la pendiente o ve la polvareda levantada. Dicen los concursantes de los *reality shows* que te acabas olvidando de las cámaras y comienzas a actuar casi con normalidad al cabo del tiempo. Pues bien, a Cris aún le pesa sobre la nuca esa sensación de que alguien la observa, de que están jugando con ella y lo seguirán haciendo hasta que... Bueno, hasta que se aburran...

... O el guion no dé más de sí, piensa con un tono tan lóbrego que ambas, actriz y personaje, se asustan, porque por mucho que se empeñe en desapegarse de la escena, el peligro aquí es tan real como la ficción misma.

Para cuando llega al final de la rampa, la base de la caja ha dado varios giros sobre sí, y el frenazo brusco contra un desnivel hace que Cris salga despedida y aterrice una vez más sobre su maltrecha espalda. Pero lo que más le duele es comprobar lo lejos que se ven aún las primeras casas del pueblo, al menos para una chica coja.

La actriz no está dispuesta a desfallecer y se incorpora con un rechinar de dientes. Ahora que se fija mejor, sobre las copas de pinos y sabinas a su derecha también se perfilan los edificios del poblado. Quizá esa ruta, aunque no siga el cableado que le mencionó el director, sea más corta. Además, supone que entre los árboles será más difícil que puedan seguirla o filmarla. A no ser que hayan metido cámaras en las piñas o en el culo de los mochuelos.

Primero enfila hacia allá gateando entre las múltiples irregularidades del camino. No es que le guste clavarse rocas en las rodillas, es que apenas puede levantarse. Más adelante, aún a cuatro patas, descubre algo que la anima. Una oquedad entre la vegetación le sirve de mirador y en la distancia aprecia el cauce del río bajo un puente de construcción rústica. Pero hay más. Una rama suelta, delgada y lo bastante larga para servirle de bastón, aunque las protuberancias se le claven en la palma y en la axila.

No sabe por qué la presencia del río le infunde ánimos. Quizá sea por la sed que le reseca el paladar y hasta las ideas. Cuando una trata de sobrevivir en la naturaleza, disponer de agua cerca siempre es un alivio. O a lo mejor el rumor del río la tranquiliza y la hace olvidarse del inquietante soplido del viento y de todas las insinuaciones (gente que te persigue y te llama a gritos, por ejemplo) que arrastra con él.

Con la ayuda del bastón, la marcha a través de la despejada arboleda no es tan dificultosa. Durante un largo rato, Cris se demuestra que puede hacerlo, que puede... *seguir*. Ni siquiera se da cuenta de lo agotada que está hasta que escucha sus jadeos roncos. En ese momento aminora el paso y se detiene ante un escenario que debería proporcionarle nuevas energías, más incluso que el río.

La arboleda se abre a un claro dotado de una inusual luminosidad, como si los últimos destellos del sol hubiesen quedado atrapados ahí y tintado de un vivo color rojizo los contornos del camino entre el césped, los arbustos y el mobiliario del parque. En contraste, los tejados y antenas que asoman al otro lado de la hilera marcial de chopos aparecen como las sombras tétricas de un pueblo muerto. Y aquel es su destino. De hecho, podría estar dirigiéndose al cementerio sin saberlo.

Aquí, los límites del parque se han desdibujado y los matorrales han invadido los caminos que conectan los columpios, merenderos y fuentes. Incluso a oscuras, no sería complicado atravesar el parque hasta sus márgenes e internarse en alguno de los senderos de salida.

Presta atención.

Contiene como puede los jadeos. Al principio se pregunta si no

se tratará de un animal, de un ave nocturna que ha sacudido las ramas. Luego deja de escuchar el ruido y se pregunta lo que todos los personajes de las historias de terror: si acaso ha sido su imaginación. Desde luego, no cree que se trate del director, ese andaría profiriendo insultos y amenazas, no se escondería tras los arbustos. ¿Las cámaras ocultas del rodaje? No, tampoco. Se siente observada, pero de un modo distinto, esta vez es una sensación más física si cabe. Se nota el vello erizado por una corriente de electricidad estática. Y lo terrible es que, si de verdad hay algo ahí que la acecha, debe de encontrarse muy cerca.

El viento, antes molesto y cortante, apenas se nota en el claro como una insinuación húmeda y repleta de fragancias dulzonas. La quietud es casi total. El curso del río no es más que el gorgoteo de la cisterna del váter en la noche. Nada más, ni grillos. Cada pequeño ruido puede sobresaltarte cuando te acostumbras a esa... ausencia de movimiento.

Cris decide que esto no puede ser normal. No con este vello erizado. No con la sensación de que si hace palmas se producirá un chispazo.

Un irregular camino de tierra recorre en líneas sinuosas los diferentes columpios y merenderos del parque, tétricos monumentos de piedra. Cris trata de seguirlo, por si pisar ese césped rojizo le produce una descarga eléctrica. Es una idea absurda, pero no logra desecharla. También se da cuenta de que a su izquierda el camino se abre aún más hacia unas pistas deportivas. Ignorando esa ruta, prosigue hasta el próximo tobogán a la derecha. Debe alcanzar esos tejados del fondo, esas chimeneas como cruces en lo alto de los mausoleos. Vaya plan para pasar la noche. Qué pena que el capullo de su exnovio gótico no esté aquí.

Se ha acostumbrado a ir con bastón y la marcha es hasta ligera. La rama queda extrañamente amortiguada al hundirse en el camino, más blando de lo que esperaba, y solo el pie sano de Cris produce un leve arrastrar de arena que escucha separado de sí, como si el sonido llegara a destiempo y lo dejara atrás...

... O como si perteneciese a alguien a su espalda y no a ella misma. Se da la vuelta en un par de ocasiones, hasta que decide que se está volviendo paranoica, que está interpretando demasiado bien su papel.

—Ya no estoy en la pel... —trata de convencerse, pero entonces...

Uno de los columpios, solo uno de los dos que hacen pareja a pocos metros frente a sí, se mece; además lo hace de manera

transversal, como si lo hubieran empujado para que chocase contra el de al lado. Y a Cris le gustaría creer que es por el viento. Y que existen las hadas.

No hay apenas viento ni lo notará aunque espere ahí quieta, temblando de frío y de miedo. De pronto, percibe el aire enrarecido. Con la esperanza de comprobar si hay alguna corriente caprichosa que culebrea entre los árboles y columpios, se gira. Algo con un sabor acre y una textura cuarteada se le adhiere al paladar.

Cris empieza a toser y escupir ceniza. Se mete los dedos en la boca y no puede creer que se le haya pegado eso a la lengua. Mientras se investiga, perpleja, la mano, algo entre las jardineras del fondo termina de captar su atención.

Lentamente, se le va cayendo la mano. Y aunque los ojos se le empañan, descubre que la figura entre las sombras de ese recodo apartado no es lo que parecía, que su silueta ha estado ahí todo el tiempo, mimetizada de una forma incomprensible entre ese ramaje seco con forma de garra, agazapada junto al banco, tal vez sentada en él, como si fuera una de esas estatuas de bronce con forma de persona.

Y ahora se levanta y se aproxima.

Antes de distinguir quién o qué se le está acercando, Cris arrastra el pie sano hacia atrás e inicia una lenta retirada que desquiciaría a cualquier espectador de la película. «Qué haces, idiota, corre, corre, ¡CORRE!». Sabe que está en peligro, lo nota en cada una de sus fibras atenazadas por el pánico, y también sabe que esta vez nadie le va a gritar que salte del tren, nadie le va a ofrecer una escapatoria, pero de momento no puede hacer mucho más aparte de observar la forma tan rara que tiene de moverse ese hombre.

Camina escorado, como a punto de caer, tieso como un palo. Sus piernas son una única estaca gris que se estrecha hasta hundirse en la hierba. Cris no ve cómo mueve los pies, de hecho es como si no tuviera, pero la alta figura avanza, avanza y avanza con una parsimonia desquiciante, más aún que su lenta huida de espaldas, que de momento ha abortado. Es muy alto, o más bien *alargado*, como la sombra proyectada de uno de los postes del merendero, y su rostro es una mancha gris apenas distinguible del resto del cuerpo, ese cuerpo que no para de estirarse hacia ella. Cris traga saliva y se pregunta por qué camina así. ¿Se trata de un borracho? ¿De un loco? Se siente codiciada por ese rostro sin ojos que no es más que un defecto en el paisaje, un tumor en la cordura, una alucinación tangible y con olor a ceniza. Y la actriz que hay en su

cabeza, tan asustada ahora como su personaje, la exhorta a que se olvide del dolor y haga lo posible por escapar del merendero, que, por lo que más quiera, ¡haga caso de una vez!

Sin embargo, no lo hace y se escucha decir:

—¿Necesita ayuda?

La hierba murmulla en su particular lenguaje de planta pisoteada. El hombre no responde. A lo mejor no la ha oído. ¿Se ha detenido? Parece a la misma distancia todo el tiempo... No, no, es que no va en línea recta. ¿Se va a caer? Joder, que se cae, que se cae... Esa forma de caminar no es natural. A lo mejor sí que se trata de un pobre borracho.

—¿Se... encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

—Y tú, chica.

—¿Y... yo? ¿Qué?

—Te has perdido —no parece una pregunta.

Está a punto de responderle que no, que ella va al pueblo, que estaba en mitad de la grabación de una película de mala muerte y que...

—Tu novio te dejó tirada —sigue sin parecer una pregunta—. Claro que tú hiciste lo mismo con tus padres.

Ya está, piensa Cris, suficiente. Tiene que estar en el ajo, formar parte del guion. No se va a quedar aquí a escucharle, ni loca...

—Qué te hacían en el albergue, chica.

El hombre sube los peldaños con una cadencia hipnótica, se posa en lo alto del tobogán y tras de sí se levanta una nube que no es de tierra ni un efecto especial de niebla de serie B, sino ceniza. Entonces a Cris le llega de nuevo su irrespirable textura.

¡Ni loca!

Acto seguido, el hombre desciende por el tobogán de pie, a cámara lenta, como si patinara por una rampa infinita. En algún momento, antes de que los resortes del pánico de Cris se activen y decida abandonar esta farsa de conversación, los rasgos cenicientos y agrietados del hombre se aprecian al fin como en una ilusión óptica entre todo ese borrón que tiene por rostro, y Cris se da cuenta de que está riendo, que ese hombre está sacudiendo la grieta oscura que tiene por boca, articulando algún tipo de broma macabra traducida a un lenguaje de castañeteos, crepitar de brasas y silbidos ásperos.

Los latidos que retumban en el pecho de Cris también zumban en sus oídos. Quizá por eso no percibe cuándo se posan los pies del hombre gris al acabar de deslizarse por el tobogán, suponiendo que lo hagan. Para entonces, ella ya ha agarrado con fuerza la rama y la

usa como una pértiga, alejándose a saltos cojos en dirección a uno de los senderos de salida.

Sabe que va tras ella, que no podrá dejarlo atrás por mucho que lo intente, y Dios sabe que lo intenta. Pero no va a mirar atrás, Cris va a actuar como si no sucediera nada, como si no hubiera peligro alguno, no va a levantar la mirada del suelo, aunque sospecha que darle la espalda a un loco y salir corriendo es la excusa perfecta para que vaya tras de ti.

Debe de estar tan cerca, tan próximo a tocarla... Los engranajes de los columpios chirrían alrededor, la hierba cruje justo detrás, las ramitas se parten y ella no las ha pisado, y los arbustos que ella tampoco ha apartado cimbrean a su paso. El avance de ese hombre de gris es evidente, por mucho que se esfuerce en olvidarse de la surrealista conversación con él, porque la mayor certeza de que aún está ahí proviene de esa sensación que le eriza la piel, ese lametón eléctrico y lascivo en su espina dorsal.

¿Seguro que solo se trata de un pobre viejo demente? ¿Por qué sabe tantas cosas?

No desea conocer las respuestas. El sendero se estrecha y durante unos aterradores instantes parece que conduzca a otro merendero cercado por más de esos árboles de copa estirada. De todas formas, no puede detenerse. La pendiente cada vez es más pronunciada y Cris no hace otra cosa que frenar el patinazo sendero abajo con el pie sano y mantener el equilibrio con esa rama que se le está clavando bajo la axila.

El río gorgotea, pero ella no puede localizar su curso ni ve el puente desde aquí. De buena gana se arrojaría al agua. Frente a ella no hay nada más que un caminillo retorcido entre la hierba y la difusa barrera de árboles, que se abre en infinitas hileras de falsos senderos alrededor del principal, cuyo trazado aparece desdibujado por la pendiente, cada vez más acusada.

Llega un momento en el que apoyar el bastón duele casi tanto como tratar de caminar con ambos pies. Cris está tan agotada que ya no importa lo cerca que pueda estar ese hombre, no puede ir más deprisa. Si aún sigue en movimiento es porque la pendiente la seguirá impulsando hasta que no pueda más y caiga rodando hacia...

La carretera. La última hilera de chopos arroja a Cris a una pista de tierra surcada de bancales y matorrales tan altos como ella. Antes de que pueda detenerse, derrapa hasta el erosionado margen del asfalto y sin pretenderlo se planta en mitad de uno de los carriles.

Las primeras construcciones del pueblo se hallan más cerca de lo que esperaba. Una de las calzadas de acceso enlaza, a través de un amplio camino repleto de badenes, con la carretera donde se encuentra Cris. El letrero que señala hacia la calzada permanece ilegible. Se diría que las letras se han borrado, que el pueblo ya no existe. Los cables de los postes penden a una altura demasiado baja y no paran de mecerse con un chirrido apagado. No hay farolas encendidas y los muros de aquellas casas se perfilan con un color marrón tan oscuro que ni siquiera se distingue si tienen ventanas. Podría tratarse de un escenario de escayola, un antiguo set de rodaje abandonado.

De pronto, percibe un destello entre las masas de vegetación oscura que se alzan tras ella, más allá de la pendiente por la que acaba de descender. Su primer impulso es agacharse por si están barriendo la zona con algún foco. Enseguida, el rugido de motores acompaña a la brisa fría que la estremece de arriba abajo.

Durante unos eternos segundos sopesa la idea de quedarse ahí plantada y pedir auxilio a quien aparezca por la carretera, suponiendo que vengan en esta dirección. Tal vez la puedan llevar a alguna ciudad o permitirle hacer una llamada. Tal vez puedan llevarla hasta un lugar seguro. El autoestop se lleva mucho en los setenta...

Un presentimiento. El hecho de que siga teniendo la piel de gallina la inclina a ocultarse en una zanja, disimulada tras unos tallos espigados.

No ha de esperar demasiado. Son varios vehículos los que se acercan a buena velocidad, y si en algún momento se le ha pasado por la cabeza asomar las narices y pedir auxilio, olvida esa imprudencia de inmediato cuando reconoce el vehículo que va en segundo lugar, un furgón alargado y con un montón de antenas como cuernos. Lo acompañan varios todoterrenos y un remolque en el que no puede fijarse, porque Cris se oculta por completo en la zanja cuando pasan a su lado.

Se trata del equipo de rodaje. Aunque no la trajeron en ninguno de esos vehículos, antes de que la subieran a aquel tren infernal tuvo ocasión de fijarse en aquel furgón en particular. El director iba dentro, si bien a Cris no se lo presentaron en ningún momento. Había una especie de asistente que iba dando órdenes de aquí para allá a la mexicana y a ella misma, también una maquilladora algo más simpática que la enfermera disfrazada y, por supuesto, la voz chillona del auricular.

De modo que se marchan, piensa Cris. Y no sabe si eso es como

para tranquilizarse.

Los vehículos hace rato que se han alejado. Ella espera un poco más, hasta que el rumor del río se impone al de los motores. Al salir de la zanja, Cris gira sobre sí y espera encontrarse allí arriba con ese personaje de pesadilla que se proyecta entre las sombras de la noche según un perverso guion del que ella no ha sido informada.

Por un momento cree verlo, podría ser uno de aquellos chopos. Diría que el hombre es tan alto como ellos. Cris ha llegado a pensar incluso que podía tratarse del morboso productor de la película, que ha venido a divertirse asustando a una joven patética que ni siquiera sabe interpretar. Pero si el equipo de rodaje se ha largado...

La sensación de que esto nunca ha sido una película, que en realidad es un macabro juego que quizá no haya terminado, pesa demasiado sobre su ánimo. Pero aquellas casas están cerca, debería intentarlo al menos. Tal vez pueda esconderse en alguna parte. Eso es lo que esperaría el personaje que interpreta la joven actriz a punto de desfallecer, la que no puede concebir que incluso en mitad de la carretera pueda haber cámaras por todas partes, que la película esté siguiendo su curso.

Eso es una tontería, piensa, y además se han marchado, se repite con insistencia, obligándose a mirar al frente, a los caminos sin asfaltar que se internan en inciertas rutas salpicadas de árboles, matorrales y montículos. A Cris se le pasa por la cabeza adentrarse en esos terrenos y buscar algún socavón en donde desaparecer del mapa (o del satélite; podrían estar monitorizándola con un localizador, a lo mejor lo metieron en uno de los analgésicos que se tragó sin masticar). Sí, podría ser buena idea, en la oscuridad creciente no debería ser fácil dar con ella y quizá pueda...

Desecha la idea y continúa por una de las calzadas principales. No podría aguantar más desniveles y cuestas resbaladizas; su tobillo sano ya no lo está tanto, y cada paso es un varazo de dolor que de momento puede tolerar con los dientes apretados.

Aun así, el terreno en esta parte del pueblo no deja de ser un altibajo constante, promontorios como isletas rodeadas de vegetación descontrolada. Las primeras casas que se levantan a su izquierda conviven con viejos muretes de piedras amontonadas, arbustos que se enmarañan e invaden el camino con impunidad, matas que agrietan el asfalto y reptan hacia los muros, y solares abruptos y terregosos. Un paraíso donde joderse los huesos.

La tierra crepita a su espalda. El viento resuella y Cris reacciona con la certeza infundada de que el viejo anda cerca, después de todo.

Ya no puede más, se pega contra la fachada de la casa. Hay ventanas, pero no se aprecia ninguna esperanza en su interior. Se agarra al alféizar y golpea el cristal con la rama. Chilla una frase de auxilio que no es más que un gañido en el idioma universal del terror. En ese instante, como cree que ya no podrá retomar la marcha, vuelve la cabeza atrás y se sorprende al no verlo.

Pero su presencia enturbia el aire con el sabor de la ceniza.

Cris se restriega a lo largo de toda la fachada encalada, vuelca macetas a su paso y se aferra a un canalón por el que gira y se descuelga hasta la puerta principal. Cuando se desploma sobre ella, cree que se halla sobre un felpudo, pero no es más que la corteza seca de un árbol. Alarga la mano hacia el timbre y se da cuenta de que está arrancado. Aporrea con los codos, con el palo y hasta con la cabeza. No recibe respuesta.

—¿PUEDEN ABRIRME... PUEDEN... AYUDARME?

Le acomete un ataque de tos. Escupe ceniza y por un momento cree que se va a ahogar, que todo se ha acabado de la forma más absurda. Al alzar la vista, mareada, contempla tejados achaparrados, un montoncito de construcciones cuadriculadas del mismo color mortecino, cubiertas por tejas que ahora parecen descamaciones del yeso. Cris cree haber visto algún resplandor blanquecino en alguna parte, alguna bombilla encendida quizá, y desciende por unos escalones muy pronunciados apoyándose en una barandilla y soportando el dolor al pisar, porque ya no distingue su pie bueno del malo. La rama-bastón rueda por alguna parte y desaparece entre las matas.

Al bajar el último escalón descubre que sus piernas han decidido que no pueden sostenerla ni soportar más trallazos en los huesos maltrechos. En su cabeza oye un *«¡CORTEN! ¡Ahora te toca morir!»*, y quizá no lo esté imaginando. La próxima casa se halla a pocos metros, pero parece tan lejana y oscura...

Cris se arrastra bajo un banco de piedra anclado al muro. Se agazapa como un animalillo acorralado y descubre que en el suelo, donde debería haber una reja para el sumidero, tan solo hay unas tablas podridas y abiertas por un extremo. Las ganas de hacer de vientre regresan de la forma más inoportuna y Cris ya no sabe si se está abriendo paso por ese hueco porque necesita un rincón donde vaciar sus tripas, o si realmente cree que es un buen sitio donde ocultarse.

¿De quién me estoy escondiendo?

Las astillas le arrancan jirones de suéter y de pellejo. Lubricada por su sudor, Cris logra introducir las caderas, se arrastra como un

gusano y deja las piernas inertes para que sean sus botas las que se abran paso entre la madera destrozada. El hueco es estrecho, pero lo bastante alargado como para que se recueste sin perder de vista esas rendijas entre los tablones, por donde se cuelan los últimos vestigios de luz del anochecer.

Tendida y tan agotada que hasta duele respirar el aire mohoso y húmedo de ahí abajo, vigila el escaso medio metro de camino tras los tablones torcidos y se cubre la boca. Los latidos angustiosos se le agolpan contra la garganta y siente que le falta el oxígeno, que en cualquier momento deberá reclamarlo a gritos. ¿Y si no puede avanzar por el sumidero? ¿Y si se ha quedado atrapada en este agujero claustrofóbico? ¿Cuánto tiempo podrá aguantar inmóvil y con el esfínter a punto de estallar? ¿Cuánto más ha de esperar para asegurarse de que se han olvidado de ella?

No sucede nada, no se escucha nada, no hay pista alguna sobre dónde puede encontrarse ese hombre gris, suponiendo que la haya seguido hasta el pueblo. Y mientras trata de decidir de manera febril si ha llegado la hora de intentar moverse y arriesgarse a que la escuchen sollozar, Cris se pregunta también si alguien estará tomando un primer plano de sus ojos hundidos en un sumidero de lágrimas... Y si estará disfrutando con ello.

3.

Descubre la profundidad de su ojo. Es lo primero en que se fija, lo único en que puede fijarse.

—TE VEO.

La vaharada de ceniza es irrespirable. El rostro del anciano tras las tablas no es más que una nube de tierra, pero está ahí, uno de sus ojos está ahí mismo y resulta aterradora la claridad con la que una puede asomarse en su interior, ese túnel sin luz al final.

—CHIIICA...

El brazo atraviesa el boquete entre las maderas. Cris apenas puede apartarse, pero ese brazo se contrae como un reptil y se desliza por ahí dentro a su antojo. Y de premio se lleva su tobillo.

No importa que sea el tobillo malo. El dolor lacerante pierde importancia cuando jalan de su pierna hasta la reja de maderas podridas. Cris siente como si le partieran la ingle cuando intentan extraerla de un solo tirón.

Su otra rodilla lo impide al chocar contra la pared del sumidero. Cris tiene vaga consciencia de estar haciendo algo con las manos, de

tratar de aferrarse a algún sitio. El viejo tira de ella y se carcajea con un ronquido estentóreo.

La bota sale disparada. Las costuras del pantalón se abren, pero es su propia piel la que Cris nota desgarrarse. Cada nuevo tirón amenaza con extraerla del sumidero desmadejada y rota.

Ahí viene otra vez. No le da tiempo ni a procesarlo. El dolor estalla en sacudidas sádicas, se le clava en las entrañas y la destroza cada vez un poco más profundo, hasta que esté tan embadurnada en sangre que salga disparada como un anillo atascado que recubres con aceite para extraerlo del dedo. Ya casi le ha arrancado la cintura del pantalón hasta la rodilla.

—Te veo. CHICA. TE VEO.

Le pediría que parase, que por favor no la mate, pero su garganta apenas exhala ceniza, que se vuelve a tragar cada vez que su cuerpo maltrecho se estrella contra la pared metálica del sumidero. Siente las manos del hombre como una presión difusa en la pierna, podría ser otra persona quien estuviera tirando de ella mientras él se regodea con ese ojo entre las tablas.

—Te sacaré. Entera. O a TROZOS.

Su voz, aunque altisonante, resulta casi desapasionada. La amenaza cruel, sin embargo, viene corroborada por un nuevo y engañoso aflojar de la presión, seguido de un tirón que estrella la cadera y la ingle de Cris contra un hueco que es como si se hubiera estrechado tanto que ya no cupiera por él, ya no podrá salir de ahí, al menos no de una pieza.

Las maderas crujen, su cuerpo también. Su pierna es un trozo de carne lubricada. Cuando se produce un nuevo tirón y ella presiente que será el que la desmiembre y la extraiga del agujero con un chasquido sanguinolento, su último y desesperado acto es enfrentarse a ese ojo profundo como el abismo.

Cris trata de estirarse para clavarle el dedo.

Las astillas se hunden en sus nalgas, las tablas desgajan jirones de su piel con sus colmillos de madera. Él tira y tira de ella. La rodilla de Cris se pega contra la pared del sumidero y se clava a su vez contra su costado. Los huesos rechinan, no se parten, aún puede sufrir un poco más.

La está zarandeando a placer. Jamás alcanzará a ese ojo, está tan arriba, tan lejos... Lo único que consigue es encoger los dedos en forma de garra y arañarle a distancia, de arriba abajo, con insistencia, como un acto simbólico de lucha que resulta de lo más patético cuando con cada nuevo tirón están destrozándola con enfermiza obstinación.

—Qué... pretendes. Chica...

Le gustaría perder la consciencia, aunque nada garantice que incluso cuando muera ese ojo, ese túnel al infierno, haya desaparecido.

Cris rabia de dolor una, otra y otra agónica vez más, no importa cuántas astillas queden por mancharse con su sangre. La tortura prosigue con incompasiva determinación. Cris araña el aire entre convulsiones y desea con todo su odio que ese ojo desparezca o que al menos sangre como ella. Los estallidos de dolor son tan atroces que apenas puede mantener los párpados abiertos, pero continúa sacudiendo su zarpa imaginaria en esa dirección, imaginando que con sus uñas ha abierto un surco en ese globo gelatinoso y ha empezado a brotar una especie de alquitrán que resbala por los tablones y los termina de corroer como el ácido.

Aun después de que le hayan soltado la pierna, Cris anticipa un nuevo zarandeo seguido del seco tirón y el consecuente impacto contra la rejilla. El dolor impregna su ser incluso sin que el golpe se produzca. Al poco, se convence de que el verdadero impacto no ha llegado ni llegará. En su lugar se produce, tras un insignificante silencio, un bramido estremecedor.

El ojo ya no se encuentra tras la rendija. En comparación, la noche no se antoja ni la mitad de oscura que aquel. Los aullidos de fiera herida resuenan por las calles. Es entonces cuando Cris aprovecha y se arrastra a lo largo del sumidero resbaladizo, rezando para que no esté bloqueado, llevándose tras de sí su pierna destrozada, una masa palpitante que, siquiera por hacerle una pequeña concesión, ha dejado de doler.

Por suerte, el sumidero no acaba en un tapón de plomo como se temía y se extiende lo suficiente para que pueda alejarse de la rendija. Cris no ve nada frente a sí, salvo su propia mano, diría que dotada de una luminiscencia eléctrica, y conforme se impulsa con los codos, tiene la impresión de que son sus dedos, los mismos que acaba de utilizar como garras, los que tiran de todo su ser, los que guardan los restos de sus fuerzas y se aferran a la vida arañando las últimas páginas del guion.

[...] No la salvan ni las escenas rodadas en estudio. ¿Cine realístico? Es tanto como grabar un vídeo porno con la hija del vecino en un sórdido hotel y catalogarlo como arte solo porque la tía está buena. Y no crea usted que no tiene mérito tratar de armar una secuencia en la que únicamente vemos la raya del pelo de una chica y su hombro mientras escuchamos su voz doblada (también como en el porno), incrustada sobre toda esa masa de ruidos y siseos. Seguramente el trabajo de posproducción ha sido bien duro. No debe de ser sencillo armar una secuencia cuando ni siquiera podemos seguir el avance de la actriz de turno sin que al pasar bajo un árbol la perdamos de vista. Todo eso merece una alabanza, sin duda; montar esa colección de aburridos minutos en los que no sucede nada, sin que parezca que estamos viendo la grabación de un atraco registrada por la cámara de seguridad, es sin duda una tarea de artesanía digital más que ardua. Pero que sea un producto atrevido, incluso descarado, no justifica el horrible resultado final, solo atractivo para los amantes del cine amateur o quizá para los fanes del Proyecto de la Bruja de Blair [...]

NO VAYAS CERCA DEL CEMENTERIO

1.

Los últimos rescoldos del sol se apagan en la cara oeste del cementerio, tras la línea gris de un horizonte en donde se amalgaman la bruma del río y las diferentes capas de la meseta.

A pesar de la hora, no es complicado moverse entre el caótico recorrido de lápidas sin partirse el menisco. De hecho, el escenario de sombras atenuadas sería idóneo para la intimidad de aquella pareja que está retozando a escasos veinte metros. Pero con esa iluminación no es suficiente. Tras algunas lápidas, cubiertas por los arbustos, enterradas bajo las hojas muertas o incluso en las copas de los árboles se han dispuesto de manera estratégica lámparas, algunas blanquecinas, otras color lavanda. De este modo, podemos distinguir los rostros de la pareja como si las lámparas del cementerio aún funcionasen, aunque sea prácticamente de noche y las siluetas recortadas de lápidas y ramas parezcan fracturas en la línea que separa realidad y ficción.

Y aquí, en los márgenes de un claro dotado de una luminosidad fantasmagórica, es donde ha de comenzar el estrellato de Borja Homar, conocido en este remake como Rai, un chico de trece años (aunque en realidad haya cumplido los catorce hace poco), huérfano, problemático y por lo demás desorientado entre un cúmulo de extraños acontecimientos que están a punto de venírsele encima.

Hasta ahora, Rai apenas ha asomado en un par de escenas intrascendentes el tremendo cabezón que le hace esta melena setentera, incluyendo su enigmática charla con el viejo y siniestro encargado de la funeraria, y el chico ni siquiera tiene claro si aquello quedó grabado, porque los dejaron solos, como a dos actores que ensayan entre sí sus respectivos guiones. De modo que es justo aquí, en el cementerio, donde Borja-Rai podrá demostrar de verdad su talento, donde al fin su personaje se pondrá en acción, donde...

... si no se mea encima antes.

No lo puede evitar, es algo que le sucede desde pequeño. Jugar al escondite en el parque era la manera perfecta de que le entraran ganas de regar los arbustos. Y ahora está más o menos escondido. Es decir, esto de rodar sin tener a todo el equipo alrededor tiene sus

ventajas: le entra menos vergüenza escénica y se puede meter mejor en la situación, pero precisamente por eso está comenzando a creer de verdad que ha acudido él solo al cementerio para espiar a su hermana, y que lo que esté a punto de suceder le va a sorprender con los pantalones mojados.

Los únicos elementos que le recuerdan lo artificioso del cine, y que le permiten decirse «Venga, tranquilo, que no es más que una película», son el micro que disimula tras la solapa de la chaqueta y los prismáticos con los que ha de hacer como que espía a su hermana y al novio, para en realidad hacer zoom y grabarles con la cámara disimulada en su interior. Bueno, eso y el auricular que hace ya rato que no le taladra el tímpano.

El equipo de rodaje está aún mejor escondido que las lámparas que cercan y colorean de azul la escena. O eso o le han abandonado a su suerte con lo que quiera que vaya a suceder. En su escueto guion no aparecía detallada gran cosa de la escena del cementerio. Ojalá le hubiese echado un vistazo a la versión original de la película, pero le recomendaron que no lo hiciera, que no se dejara influenciar, que el formato iba a ser muy distinto y que si actuaba sin expectativas todo saldría mucho mejor. Así que obedeció, porque ante todo quiere hacerlo bien, que sea realista.

Y vaya si lo está siendo.

Hay un persistente olor a cerilla quemada que de cuando en cuando le hace olisquearse el pecho por si es su ropa la que está prendiendo. Y no está ni mucho menos cómodo. Tumbado boca abajo, a Rai comienza a molestarle la cremallera de los vaqueros. No es el momento ni la posición más oportuna para una erección, pero ni siquiera las molestas rachas de aire ni un poco de canguelo nocturno en mitad del cementerio pueden enfriarle las hormonas.

Se dice que debe actuar, comportarse como un profesional; que debe hacerse a la idea de que es la hermana de Rai, su personaje, aunque en realidad no sea pariente suya, aunque esté haciendo un tremendo zoom de sus pechos al descubierto.

Aparta un rato los prismáticos. Le indicaron que de cuando en cuando observase (y grabase) con ellos como le habían enseñado, pero lleva rato haciendo lo mismo y la inactividad le está poniendo nervioso (además de ponérsela dura).

Venga, va, voy a grabar un poco más, se dice. Y prueba con un zoom más corto, un plano más general de Susana, del soso de su novio, de esas fascinantes te...

Un chico de su edad no debería estar viendo estas cosas y mucho menos grabándolas. Aunque da risa pensar algo así, teniendo en

cuenta lo fácil que es encontrar porno hoy en día (lo que ya no es tan fácil es costearse la conexión a la Red, pero hasta hace poco para Borja eso no había supuesto un problema). En fin, que hasta le están temblando un poquito las piernas con lo que está presenciando y también le está entrando la risa floja, ji, ji..., aunque la reprime, porque es un profesional, y también porque el cielo hinchado y negruzco pesa demasiado sobre su estado de ánimo; no lo suficiente para impedirle que se excite, no obstante. Venga, otra miradita... Ese inútil de Dani apenas si le está metiendo mano a la chica, qué tío más soso. Oh, uff... No puede decirse lo mismo de ella. Madre mía.

Rai se remueve, procurando no hacer ruido. A pesar del tapiz de hierba, el suelo del cementerio está duro y cruje como la grava. Se le están clavando los botones de la cazadora y sobre todo la maldita cremallera. No tiene claro si los prismáticos graban audio, pero sospecha que debe de haber cerca una cámara y un micro registrando todo lo que hace mientras mira a través de ellos. Quizá debería dejar de prestar atención a lo grandes y tiesos que tiene los pezones, ni que fuera la primera vez que ve un par de tetas. Céntrate, Rai, se dice (ya se ha acabado por identificar con el nombre de su personaje). Y más le vale que se centre de verdad. Quedaría ridículo que ahora tuviera que moverse sigilosamente por el cementerio y se le notara el bulto en los vaqueros. Entonces sí que se haría famoso, lo conocerían por el chico empalmado del remake.

¿Y de veras tiene que seguir grabando eso? Rai no cree que en la película vayan a mostrar ni la mitad de lo que él está viendo, así que quizá debería dejar de jugar con el zoom y de paso parar de babear. Dios, se supone que es apenas un chiquillo que ha venido al cementerio para darle un susto a la tonta de su hermana y al capullo de su novio. Hace frío, pero le arde la cara y no le apetece que tomen un primer plano de su tez colorada. Es una de las cosas que más le acomplejan, lo pálido que está y lo que se le nota cada vez que se sonroja. Con sus ojos claros y su cara de gamba debe de parecer un guiri en Benidorm.

¿Qué ha sido ese ruido?

Se queda rígido, las piernas muy juntas. La bragueta empieza a molestar menos, mucho menos. Aferra con fuerza los prismáticos, esta vez sin enfocar a la parejita del fondo. No, no han sido ellos. Algo ha zarandeado las ramas, un sonido brusco. Y no cree que lo haya provocado ave alguna, aunque no tiene claro qué clase de bichos pueden vagar por la noche por este cementerio de sombras

entumecidas y peste a azufre.

Y además, está ese resuello ronco.

Ya no lo escucha. ¿Se lo habrá imaginado? No, seguro que no. Esa es la clásica pregunta idiota que te haces cuando desconoces la procedencia del sonido misterioso.

Quizá se trate de algún tío del equipo de rodaje, que se ha movido y ha hecho más ruido de la cuenta. Quizá. Pero ya está poniéndose nervioso, y nervioso de verdad, no porque su «hermanita» tenga un cuerpazo. El movimiento ha sido... por ahí detrás, en esa difusa área que le rodea, fuera del alcance de las lámparas y repleta de siluetas pétreas y de penumbra abrazada a las ramas.

¿Y si no se trata de los técnicos ni de los cámaras?

Rai se pregunta si debería volver la cabeza. Si fuera un ruido que debe haber escuchado su personaje, sería lógico que se volviera, ¿no? Pero no quiere estropear la escena. Por otra parte, eso es una soberana tontería. Lleva un buen rato aquí tirado, sin hacer otra cosa que poner cara de chico travieso, espiar con los prismáticos y removerse porque le molesta la cremallera. ¿Qué más da que eche una miradita atrás? Sería hasta lógico, algo que cualquier chico haría en un cementerio en mitad de la noche.

Sí, a lo mejor debería volverse con disimulo...

Joder, pero ¿y si la caga? ¿Por qué no le dicen por el auricular lo que tiene que hacer?

Un estremecimiento gélido le recorre la columna hasta dejarle rígido el cuello. Ahora ya no tiene tan claro que pueda darse la vuelta aunque quiera.

Pasos rápidos, de tres en tres, *crig-crig-crig*, sobre la hierba. Y se detienen. No llegan por detrás, no exactamente. ¿Es por su derecha? Sí, cree que sí, *crig-crig-crig*. Muy rápidos. Se detienen. Eso no lo hace ningún animal.

Soltando aire despacio por la boca, Rai ya no es capaz de ponerse los prismáticos otra vez en los ojos, eso sería tanto como echarse una siesta en el cementerio. Son los del rodaje, seguro, que quieren acercarse a la pareja, trata de convencerse, está claro, idiota. Venga, va...

¡RAI, ESCENA!

El corazón se le dispara.

(crig-crig-crig).

¿Ves esa piedra grande a tu lado? ¡RAI! ¿La ves?

2.

—¿Es que no te apetece?

Es una pregunta trampa, seguro que no pertenece al «guion», aunque tiene mucho de cliché.

—... Venga, Dani, ¿no será por mí, verdad?

Susana le ha arrinconado contra una lápida alargada acabada en cruz. Les dijeron que se situaran en esta parte del claro, que retozaran un poco, que se dijeran ñoñeces. Pero que ahora la tenga prácticamente a horcajadas sobre él y que le esté manoseando el paquete ha sido pura improvisación.

—No, no es eso. Tú eres preciosa —otro cliché, aunque cierto.

Ella le sonríe y le besa. Cuando sus labios se separan, aún unidos por un hilillo de saliva, la mitad del rostro de ella sonríe. La otra mitad permanece velada por las sombras azuladas. A pesar de que Susana no tenga la culpa de ese efecto, le atribuye malignidad a su expresión.

—¿Tienes frío? —pregunta ella.

Antes de que pueda responderle, Susana se inclina de nuevo sobre él, pegando esta vez sus pechos calientes y desnudos contra su rostro, como si no fuera suficiente con tener sus uñas enredadas en el vello de las pelotas. Él la abraza y se sumerge en su piel, en parte para interpretar su papel, en parte para corresponder su gesto; ella también debe de estar pasando frío. Él lleva los pantalones medio bajados y se le está helando la raja del culo, si bien, curiosamente, donde más está notando el soplido del aire nocturno es en los tobillos, con calcetines y todo.

En mitad del abrazo, Dani se estremece ante el susurro frío que le resbala nuca abajo. Por un momento, piensa que el aliento de la joven es gélido. Se separa de ella y fuerza una sonrisa, una mirada de deseo, pero no es capaz de articular nada.

—¿Qué te pasa? —dice ella.

—No..., nada. Sí que tengo un poco de frío, aunque estás muy calentita, gracias.

—No sabes tú lo caliente que estoy.

Dani le ríe la gracia sin ganas. De reojo, cree percibir cómo las sombras le acechan. Debe de tratarse de los cámaras. Así le cuesta muchísimo relajarse, se siente demasiado observado. Y eso no venía en el contrato. Para muchos tíos esto sería hasta un regalo, pero él tiene que disimular los temblores.

—Oye, ¿quieres que te haga una mamada?

Ya ha empezado a hurgarle en la bragueta para terminar de asomársela al frío aire del cementerio y él no sabe cómo negarse a

eso, se supone que debe colaborar, dejarla hacer al menos, aunque no logre que se le ponga dura. Con la excusa de que le permita a él bajarse los pantalones del todo, logra retenerla unos instantes.

—¿Eso venía en tu guion? —dice él.

—Por supuesto. De hecho ahora mismo me están diciendo por el auricular lo que debo hacerte y cómo te va a gustar más.

Otra vez esa expresión enigmática, mitad sonrisa de rubia radiante, mitad demonio sombrío. Dani sabe que ella está bromeando, pero aquí todo cobra un incómodo doble significado.

—Ah... ¿Sí? Pues... —él logra retenerla muy poco más— a mí este diálogo se me antoja poco creíble.

—Luego nos doblarán, como en una película pornográfica, no te preocupes.

—Sí, sí, pero ¿por qué sexo explícito?

—¿Tienes algún problema con el sexo conmigo?

—No..., no es eso, es que...

—Es cine realístico, cariño, se trata de jugar con eso. En cierto modo, somos pioneros, ¿no te excita? Porque a mí sí.

Ya veo, piensa él.

—Supon...

Antes de que termine la frase, la cabellera rubicunda de la chica se desparrama por su regazo. Lo primero que siente es una lengua, quizá (solo quizá) demasiado fría. No es desagradable, eso podría jurarlo, y ni aun así logra entrar en situación. Dani está seguro de que cuando acaricia el pelo y la espalda de la chica se nota que sobreactúa, que lo que debería ser natural e intenso en realidad se presenta como rígido y forzadamente obsceno.

Nada, no hay forma de que pueda disfrutarlo. De hecho, pese a la esmerada felación, él a veces es más consciente del sonido de la succión, amplificado en la quietud del lugar, que del recorrido de esa lengua a lo largo y ancho de sus genitales. Ahora entiende a esas actrices y actores que se sienten incómodos en las escenas de sexo, aunque no sea explícito. Y eso que quizá ninguno de ellos ha tenido que follar en un cementerio.

Puede que a alguien le ponga montárselo mientras le rodea la severa mirada de todos esos túmulos (bajo cuyos montones de tierra yacen cadáveres putrefactos, no lo olvidemos; a veces familias enteras de cadáveres con un denominador común aparte del apellido: los gusanos), pero a él no le excita eso, desde luego que no.

La situación está siendo incómoda de veras. Se supone que debería hacer algo más, cambiar de postura, aunque sea simular

que practica sexo con ella. No cree que nadie se vaya a dar cuenta en mitad de toda esta penumbra. Bueno, ella sí que lo notaría, o más bien no lo notaría..., nada en absoluto. ¿Por qué no les dan ya alguna instrucción? ¿Por qué no interrumpen esto de una vez? ¿A qué están esperando? ¿A que se corra? A lo mejor quieren grabar su cara de orgasmo y hacer un zoom en ese momento, justo cuando la serpiente gigante que habita bajo el fértil subsuelo del camposanto brota como en una erupción volcánica y trata de arrancarles la cabeza.

Eso también fastidia, no saber para qué demonios han venido a grabar al cementerio, qué va a sucederle a la tonta pareja que se lo monta entre las lápidas; y entonces ella dirá «¿Has oído eso?», y el responderá «No ha sido nada, cariño, no pares, venga», aunque en este caso será él quien diga «No, no, seguro que he oído algo raro, espera un momento, Susana, me estás haciendo daño..., llévame a casa, Susana, ¡hemos terminado para siempre!».

Lo cierto es que sí que le parece haber escuchado algo. Claro que, en un cementerio, hasta el más insignificante insecto se confabula con el macabro juego de convertir inocentes ruidos naturales en toda clase de amenazas paranormales.

¡DANI!

Del respingo que da, Susana le muerde sin querer. Aun así ella no se detiene, quizá porque también está recibiendo instrucciones.

Sigue así, disfrutando... Eso es, muy bien, déjala hacer, Susana es una gran actriz, ¿verdad? No hace falta que hagas nada, ella se encarga, estás pasando un rato muy agradable, ya lo creo que sí, Dani, tú déjate hacer, así, muy, muy bien; parece que la chupa de maravilla, ¿no es cierto?

Le gustaría arrancarse la oreja para no seguir escuchando toda esa mierda porno. Además, uno de los asistentes del director le está susurrando eso en una parodia de doblaje. A pesar de que Susana le está haciendo verdaderas virguerías con las manos, los labios, la lengua y hasta con los molares, para Dani la situación es de lo más antierótica. Hasta le están entrando náuseas.

Entonces escucha gritar a un chico. No comprende que se trata de Rai hasta demasiado tarde.

3.

Rai no llegará a tiempo. El pequeño monje gris ya no está agazapado tras la lápida. Ahora se encuentra agarrado a ella, sobre

la base inferior, a la altura de las cabezas de la pareja. En las películas, el protagonista logra llegar a tiempo, pero Rai está a punto de estropear la escena.

¡Rápido, chico, rápido!

—¡SUSANA! ¡DANI! ¡DAANI...!

Ha sido un error gritarles. El aviso ha servido de poco y su gañido adolescente le ha dejado casi sin voz. El filo del cuchillo adquiere matices azulados, irreales.

No puede ir más deprisa. Imposible. El pedrusco en brazos le hace correr como una embarazada. No podrá evitar que el monje salte sobre ellos.

El color ceniciento de la túnica hace que la pequeña criatura apenas se distinga de las lápidas cuando está quieto. Podría ser un adorno de ese alto monumento acabado en cruz. Pero no puede quedarse ahí indefinidamente. Para que resulte realista, Rai tiene que hacer su parte.

Y además está lo del cuchillo. No parece de atrezo, en la oscuridad del cementerio nada lo parece. Rai también trata de ir más rápido por ese motivo. Se está metiendo en la situación con el corazón a punto de salírsele de la garganta.

Ya está, demasiado tarde.

Susana levanta la cabeza desde la entrepierna de su amante y chilla a destiempo. El pequeño ser se ha lanzado sobre los hombros de Dani y mantiene el equilibrio con el cuchillo en alto. Hay una tremenda confusión de resuellos y gruñidos, no se sabe de quién es cada cuál. Dani, con los pantalones hasta las rodillas, logra no caer sujetándose a la lápida a su espalda. Susana se aparta.

¡Golpéale con la roca! ¡Mátalo, Rai!

La flojera en las piernas está a punto de hacerle tropezar. Pese a todo, Rai completa su inacabable carrera en zigzag. El monje ejecuta una tensa coreografía de forcejeo, equilibrio y cuchilladas erráticas sobre los hombros y el cuello del muchacho, que resultaría de lo más falsa de no ser por los genuinos alaridos de pánico de Dani, coreados por Susana, aún sin dignarse a ayudarle.

Un violento instante basta para que el cuchillo desaparezca entre la cazadora de Dani. Rai, con las piernas temblorosas, se da cuenta de que ya está allí, frente al novio de su hermana, y de que tampoco está haciendo nada por él, aparte de temblar.

¡Dale con la piedra, joder, en la cabeza!

—¡AAAH, MIERDA, AYUDADME! —aúlla Dani.

¡Quítaselo de encima, Rai, LO VA A MATAR!

Pero le haré daño, piensa Rai, como si el equipo de rodaje

pudiera escuchar sus pensamientos.

El cuchillo no asoma de nuevo, algo raro sucede. Ya no resplandece con ese fulgor tan efectista. Rai solo tiene que actuar, hacer su papel, maldita sea, es una simple película, por Dios.

Una película sin especialistas, piensa Rai, demasiado trastornado para decidir si hay alguna diferencia entre lo asustado y confuso que está de verdad y cómo debería estarlo su personaje. Está a punto de orinarse encima, porque no sabe si golpearle con la piedra con furia salvaje o con cuidado y que parezca falso. Debería ser con cuidado, con cuidado, se repite una y otra vez, pero ha de ser...

¡RAI!, ¿QUÉ HACES, RAI?

... ya..., ha de ser ahora, venga, vamos, porque en los rodajes ocurren accidentes y ese cuchillo...

—¡OH, MIERDA, AAAAH...! —grita Dani. La mano de la pequeña criatura le hurga en el ojo.

El primer golpe en la cabeza detiene la coreografía de manera absurda. Entonces aparece de nuevo el cuchillo, impregnado en sombras.

¡Más fuerte, golpéale más fuerte!

Dani aprovecha para desembarazarse del monje, que cae a los pies de Rai, su rostro velado por el capuchón gris. En el acto, se yergue con el filo hacia Rai. Y el chico se olvida de que es una película.

¡DALE CON FUERZA, JODER, AHORA VA A POR TI! ¡CHICO!

Cuando el monje se agarra a sus vaqueros para incorporarse, Rai le empuja la capucha sin ser consciente de que sujeta la piedra con ambas manos. El quejido de dolor de la criatura retumba en el claro ahora que los gritos de Susana languidecen.

¡REMÁTALO, RAI, VAMOS, REM...!

En un acto reflejo, Rai deja caer la piedra sobre el monje, con aprensión. Suena más a tejido rasgado que a golpe. Cuando el voluminoso pedrusco rueda del cuerpecito tendido hasta la hierba, los brazos cruzados del hombrecillo se convulsionan, abrazados al mango del cuchillo, cuyo filo se hunde entre las costuras grises. Estas han comenzado a teñirse de un color más oscuro y líquido.

... ¡... ÁTALO!

El auricular deja de zumbar y de violar sus pensamientos.

Al aproximarse Dani (con los pantalones al fin abrochados), Rai intenta preguntarle si se encuentra bien, pero comienza a tartamudear. Su compañero de rodaje no parece herido, le ignora y se inclina ante el pequeño monje, que ha dejado de sacudirse y ahora, rígido y gris, parece el adorno arrancado de la base de su

lápida.

—Rai... ¿Pero qué has hecho?

La casa, rechoncha y anodina, apenas asomaba un palmo por encima de la maraña pajiza que rodeaba el bancal. Situada pendiente abajo desde una calle periférica del pueblo, si no te fijabas bien, ni reparabas en su existencia, a no ser que fueras el cartero, el lechero o uno de los jóvenes que iban tras las bragas de Susana, y eso que los tejados del resto de construcciones se inclinaban delatoramente desde el tozal hacia su achaparrada vecina. Ni siquiera el camino de acceso parecía conducir a vivienda alguna. Culebreaba entre matorrales y construcciones en ruinas, y más bien parecía dirigirse hacia una pequeña parcela de cultivo abandonada en mitad de ninguna parte. En aquella apartada casa, como en el espacio, nadie podría escuchar tus gritos.

Durante la noche, sin embargo, era más sencillo recordar que ahí vivía alguien, ya que la luz del salón, siempre encendida, se convertía en la única farola del camino. Incluso en días de lluvia, las persianas nunca se bajaban, y en ocasiones, especialmente en verano, la puerta de la casa también permanecía abierta (en aquella época te podías fiar de tus vecinos), con lo que esa baliza de luz amarillenta se triplicaba.

Gracias a esa luz, en la distancia se perfilaban dos figuras enfrentadas a través de la cortina de una de las ventanas. Desde fuera, las dos cabezas y la carta en alto podrían dar la impresión de que las dos mujeres estaban jugando con naipes y pasando un rato agradable, pero no era así. Esta noche el aire soplaba desapacible, por lo que la puerta de casa permanecía cerrada, aunque no tardaría en abrirse y cerrarse de nuevo con un portazo.

— Lo está pasando mal, ambos lo estáis pasando mal.

—Ya, abuela, pero ese crío está descontrolado, me tiene harta.

—Tienes que ser más comprensiva, Susana...

—Sí, ya, claro.

La anciana alzó la carta hacia la única bombilla en la lámpara del techo. Cada vez le costaba más distinguir las ilustraciones de la baraja del tarot, y no era por la falta de luz. Su progresiva ceguera era irreversible.

—... Ha perdido a sus padres —prosiguió la abuela—, no tiene figuras de autoridad, yo estoy muy mayor ya, y tú desde luego no eres la sustituta de su madre y tampoco es que estés muy centrada, que digamos, que ya te he dicho muchas veces que deberías...

—Si, vale, no me sueltes la charla ahora, abuela —Susana se limó las uñas de las manos con rabia.

Cuando se hubo cerciorado de qué carta se trataba (ahora

manoseaba con frecuencia las ilustraciones como si pudiera leerlas con las yemas), la anciana la depositó sobre el tapete y levantó otra del mazo, repitiendo el ritual de acercarla a la lámpara. Luego retomó el tema principal como si cualquier cosa.

—... Te necesita, necesita a su hermana. Esos líos en los que se mete... Cada vez pasa menos tiempo en casa.

—No es mi responsabilidad.

—Sí lo es, ahora sí lo es, y ese último novio tuyo, el que le pegó...

—Fue culpa de Rai, por meter las narices donde no le llaman. Además, ahora ya no estoy con él.

—Esos chicos con los que sales...

—Dani es distinto, abuela.

—Yo sé bien lo que buscan esos chicos, soy vieja, pero no idiota.

—¡Ya! ¡Cállate!

—Susana, no salgas esta noche. ¿Quieres saber lo que veo en estas cartas?

—Tú no ves nada, abuela, y cada vez menos.

La anciana hizo caso omiso al hiriente comentario y empleó su tono más entrañable y persuasivo, mientras acariciaba la carta con dedos tan inquietos como arrugados.

—Hija..., ese chico te necesita más de lo que tú te crees. Si fueras capaz de ignorar sus comportamientos de crío y comunicarte con él de otra forma...

—Claaaro. ¡Me roba, me insulta y se mete con mis amigos, abuela! Y las cosas que hace... ¿Es que no lo has visto? A ese crío le encanta quemar cosas, ¡quemar! Está como una regadera y yo no soy su maldita niñera ni su psiquiatra. ¡No lo soy! ¡Ojalá se hubiera estrellado él también en el autobús, joder!

La lima impactó como un proyectil contra la primera línea del ejército de figuras de loza sobre el aparador. Con todo, que hubiese estado a punto de derribar su colección no fue lo que enfureció a la anciana.

Susana se levantó del sofá y se dirigió al gancho donde colgaban las llaves.

—He quedado con Dani, me voy.

Al pasar junto a la mecedora, las uñas de la anciana se le clavaron con inesperada fiereza en la muñeca. Susana se detuvo, sin dar crédito a la forma en que esos dedos abultados se hundían en sus venas.

—No vuelvas a decir eso nunca más —gruñó la anciana con una voz tan grave que recordaba a la de un hombre.

Los ojos de la anciana se diluían en sus gruesas gafas tras los reflejos mortecinos del salón. Puede que estuviese medio ciega, pero Susana se

sentía sondeada como nunca antes.

—Auau... ¡Abuela!

—¿Me has entendido?

Ese cepo viejo y de piel manchada se cerró con saña sobre la muñeca de la joven, que asintió, una, dos veces. Su abuela tampoco vocalizó nada más. Soltó una vaharada antes de aflojar su presa y a Susana le llegó olor a hierbas y a azufre, en lugar del reflujo del huevo con patatas que ambas habían cenado. Del gesto torcido de la anciana asomaban dientes que ahora se antojaban negruzcos y extremadamente alargados. A pesar de la afición por el tarot y de otras excentricidades y supersticiones de su abuela, hasta este momento Susana nunca la había mirado así, como si estuviera ante una verdadera bruja.

La joven aprovechó para soltarse y salió disparada hacia la puerta, demasiado sorprendida para gritarle a su abuela que cómo se había atrevido a dejarle esas marcas en el brazo. Agarró el llavero, abrió, y cerró tras de sí con un portazo que hizo que la sucia tulipa de la bombilla vibrase y pusiese a danzar motitas sombrías por todo el salón.

Dani aún no había llegado. Susana enfiló por el camino que subía hasta el tozal y se alejaba de la última casa a la izquierda del bancal. Ya se lo encontraría de camino, o lo esperaría en el cementerio, tanto daba. Cualquier cosa antes que quedarse ahí, expuesta a las frías corrientes que remolineaban delante de casa y a la mirada de su abuela. Ese aliento carbonizado se le había metido en la nariz y adherido al paladar, tanto que Susana no se daba cuenta de que el aire ahí fuera también olía de forma parecida, y que el polvo levantado por el viento no era tierra.

Sino ceniza.

CIEGA HOSPITALIDAD

1.

Cris está varada en la desembocadura del canal al río, sobre una terraza escalonada y recubierta de matorrales demasiado secos para hallarse tan cerca del agua. Toma una ronca bocanada de aire. La ropa le pesa como si llevara siete mangas en lugar de una. Pero lo que más hunde sus costillas contra la pendiente arenosa es la desesperación, la angustiosa certeza de que aún no se ha acabado, que aún no ha escapado del escenario de esta pesadilla, y que incluso aunque logre dejarlo atrás tampoco supondrá el final de su sufrimiento. Nunca habrá final. Cada una de sus heridas se lo asegura con un juramento de sangre.

Los párpados le pesan horrores, se le cierran como si no fueran a abrirse nunca más, como si su vida pudiera acabarse con un súbito fundido a negro. Los brazos le tiemblan de manera alarmante y se descubre sopesando la idea de deslizarse pendiente abajo y dejarse arrastrar por la corriente. Sabe que no sería capaz de alcanzar la ribera. Las aguas, en su curso más ancho, la acabarían engullendo, la harían desaparecer de toda esta locura con un anodino burbujeo. Quizá sería mejor así, su cuerpo aceptaría de buen grado la rendición. Puede que sea rápido. Es tentador, es preferible a enfrentarse con palabras racionales a lo que ha visto, a lo que ha *olido*; ese regusto a ceniza que perdura en su boca y que no desaparece por mucha saliva que escupa o que trague.

Como alternativa, la actriz que aún resuella de pánico en su cabeza opta por apropiarse de las fuerzas que le quedan, y tira de Cris, se arrastra a lo largo del borde de la pendiente, siguiendo la difusa línea que marca la ribera. Es una noche sin luna, toda negrura enmarañada. Cris se atraganta entre jadeos con la humedad arrastrada por ese aire que se ceba con sus heridas expuestas, sensibles a cualquier mínimo contacto. Está tiritando, pero lo que castañetea no son sus dientes, sino sus huesos, y no puede detenerse, sabe que no debe vacilar una sola vez, no puede quedarse tendida por muy cansada que esté, porque entonces sí que será el fin. Los párpados se le hundirán en la oscuridad y su mente se arrojará al río.

Además, hay un atisbo de esperanza. Un pulso oscilante de luz en la dirección opuesta al curso del río. No ha sido una alucinación.

Es lo que le está permitiendo seguir el trazado de las aguas hacia su nacimiento. Los arbustos se abren a un sendero inclinado que recorre el promontorio hasta la casa, elevada sobre una plataforma de piedra por encima del río.

Otra ruinosa construcción de sillería. Tejado indistinguible del pesado cielo nocturno. Abandonada y fría. Tabiques en pie para dar cobijo al moho, a los insectos y a los matojos que aprovechan grietas y resquicios para colonizarlo todo y devolverle a la naturaleza lo que le pertenece. Cables muertos del tendido eléctrico que ya solo usan los pájaros. Aquí ya no vive nadie. Un carro herrumbroso e inservible a un lado del camino, y una gran y pintoresca rueda hidráulica a la altura del río, bajo la especie de acueducto sobre el que se sustenta buena parte de la construcción. Tanto esfuerzo para que ahora el lugar esté deshabitado...

Pero hay algo más. El pulso que ha visto reflejado en el río también parpadea aquí, tras aquella ventana velada por un cristal sucio, una cortina o tal vez una contraventana mal cerrada. Es lo que colorea todo el escenario de un apagado naranja, lo que perfila el camino hasta la puerta principal y de paso da forma a las esperanzas de Cris.

Llega a creer que no podrá. La actriz observa con consternación que su personaje apenas es capaz de ponerse en pie, de salvar las ramas caídas, una especie de rueda en mitad del acceso, los dos escalones de acceso al portal. Cuando logra erguirse frente al robusto portón, prácticamente se derrumba contra él y lo aporrea con ambas manos. Al principio ni siquiera puede articular una llamada de auxilio. Desde dentro la podrían confundir con un perro rabioso y dejarla ahí fuera como tal.

Sorbe con fuerza, traga una áspera mezcla de mocos y sangre coagulada, y antes de que pueda entonar un sonido más humano, la puerta se hunde de súbito y Cris tiene que apoyarse en el marco para no caer.

—¡Hija! ¿Eres tú? ¡Gloria...!

Sobresaltada por la ausencia lechosa en su mirada, Cris hace ademán de apartarse de la mujer del delantal cuando esta intenta tocarle la cara. Un hombre la retiene antes de que pueda conseguirlo.

—¡Apártate! ¡No es ella! ¡Que no es ella te digo!

Van a cerrarle la puerta. La actriz reacciona rápido, interpreta como nunca su papel de víctima aterrorizada.

—No, no... Ayúdenme, por favor... por favor, un teléfono, necesito...

—¿Qué te ha pasado, criatura? —Extiende unas manos cálidas hacia su rostro y Cris no las evita esta vez.

—¡No podemos ayudarte, lárgate!

—Cariño, está empapada y... qué sucia, fíjate.

—... fffavor... necesito un... si... tio, yo no soy de aquí, nno... soy de aquí...

—No podemos dejarla así, por Dios, fíjate... Está temblando. Pasa criatura, pasa.

—Estoy —Cris sorbe con fuerza, entran los mocos, se le salen las lágrimas— coja, nno... puedo...

—Ayúdala, cariño, venga.

Cris se encoge y se deja hacer. Percibe el asco en la expresión de ese hombre. Es normal, Cris se lo ha hecho todo encima, ha nadado en el desagüe, su pelo es el de un perro mojado y sucio. Pero la chica percibe algo más en esa cara, pese a la oscilante penumbra (el cable de la bombilla no para de balancearse en el techo); lo percibe incluso a pesar de la barba de varios días del hombre: la piel descamada, los bultos amarillentos, las llagas como maquillaje zombi hasta el mordisqueado lóbulo de su oreja.

El hombre la arrastra, casi a peso, abrazada a su hombro. Cris lo nota respirar, un sonido áspero, como de bronquitis. Ahora es ella la que intenta disimular la aprensión.

La deja en una robusta silla a juego con la mesa rústica, apenas cubierta por un par de platos y papeles de aluminio que deben de envolver comida.

—¿Tienes hambre? Te diría que te dieses un baño, pero ya estás mojada y además tardaremos bastante en calentar el agua... —La mujer gira sobre sí, como si hablara con la casa y no con Cris—. Ya sé, te daré ropa de nuestra hija y pondremos la tuya a secar. ¿Es más o menos de su talla, verdad? —le pregunta al que debe de ser su marido.

El hombre no dice nada. Se queda ahí plantado, mirándola como si no le interesara disimular ante Cris, sino solo ante su mujer. Está a punto de decirles que su ropa está muy sucia, que no basta con secarla, pero calla, Cris no desea intervenir, no mientras los ojos del hombre absorban el rojo anaranjado de la bombilla de esa forma, amenazando con sumirles a todos en la oscuridad.

—Podemos dejar su ropa en la fragua, ¿aún está caliente, verdad?

Él no contesta.

—... Vamos primero a cambiarte, criatura, ven, yo te ayudo a subir a la habitación. No te preocupes, me conozco todo esto de

memoria.

Y le dirige una mirada tan incómoda por lo blanquecina y vacua como por la forma certera con la que apunta hacia los ojos de Cris.

Lo que más estremece a la muchacha es esa forma en que le sonríe, tan ausente, tan desconectada como sus ojos.

2.

Las braguitas se le caen y la tira de en medio se le mete con insistencia en la ingle izquierda. En cualquier caso, Cris debe estarles agradecida por la ropa. Está descolorida, es fea y anticuada, no sabría adivinar de qué década (idóneo para la película, piensa con amargura). El pulóver de lana pica y es demasiado grueso para esta época, pero lo agradece después del frío que ha pasado. Los pantalones son de chándal, los únicos que no se le caían, y las zapatillas deportivas le vienen grandes, pero atando bien las cordoneras...

Sí, no puede quejarse. Están siendo muy atentos con ella, una desconocida, una joven repleta de heridas y sin identificación alguna. Hasta le han prestado una muleta. Parece atrezo de alguna película antigua y eso la incomoda. Debería estar convencida de que ha escapado de las cámaras, de los micros ocultos y de las órdenes por radio, pero incluso entre estas cuatro paredes no puede evitar mirar en todas direcciones. Solo por si acaso. Y esta muleta, esta decoración tan anticuada...

La casa está tan descascarillada por dentro como por fuera. Y el mobiliario es casi medieval. Cuelgan herramientas en las paredes, y las cortinas y unas vasijas conforman todo el decorado en torno a la voluminosa mesa, sin mantel, sin jarrón, sin nada aparte de una paupérrima cena a base de legumbres que han compartido con ella. Y agua, mucha agua templada. Oh, sí, les debe la vida. De hecho les debe tanto que se pregunta si acaso habrá segundas intenciones, si hoy día puedes encontrar gente tan hospitalaria, aunque sea en un pueblo (suponiendo que a esto pueda llamársele pueblo). Cris también piensa en esa especie de necrosis en la cara del hombre, en cómo se rasca... Cris intenta que no la sorprenda observándolo, que no se dé cuenta de que..., en fin, de que desconfía.

El hombre está demasiado pendiente de ella. Cris no soporta tanto silencio en la mesa. Hace rato que todo el mundo ha dejado de sorber el caldo.

—¿Entonces no funcionan las líneas telefónicas? —pregunta

Cris.

—No, criatura, con suerte llega algo de electricidad. Pero por ahí guardamos algunos teléfonos móviles, ¿verdad, cariño?

—Están inservibles, o sin saldo. Y no hay cobertura —sentencia el hombre.

De todas formas no sé a quién diablos voy a llamar, piensa Cris.

Se hace el silencio de nuevo, cavernoso, gélido. Contribuye la ausencia de mobiliario. Y de felicidad.

—¿Y dónde está vuestra hija?

La mujer da un respingo, como si se hubiera apagado y la encendieran de nuevo.

—No lo sabemos... Supongo... que habrá ido a casa de algún vecino. No debe de andar lejos, aquí no se puede ir a muchos sitios. Los pueblos como este están abandonados. Volverá, volverá pronto.

—Seguro que sí —suelta Cris, no sabe bien por qué.

—Prefiero *pueblos como este* a las malditas ciudades. Cuanto menos sepamos de sus ayuntamientos y de las normas de esos parásitos, mejor, mucho mejor. —Se rasca la cara otra vez—. Se lo dije, se lo avisé a esa estúpida de bragas fáciles.

Quizá la mujer no se dé cuenta de que se le ha descompuesto la expresión, de que mira al vacío de una forma inquietante.

—¿No habrás visto a ninguna joven rubia de camino hacia aquí, verdad? —La mujer no deja tiempo a contestar—. Salió hace día y medio. Es la primera vez que no duerme en casa... Era eso lo que quería, dormir fuera de casa, ¿verdad, cariño?

El hombre no añade nada más, se rasca, se rasca, se rasca. Y estudia los tres platos, los tres vasos, la botella, las servilletas, la escudilla de cobre con la caja con el fármaco para la alergia, esa hogaza dura que ni han probado y los envoltorios de aluminio. Y a Cris, a ella también la estudia. Y no intenta disimularlo.

—¿Por qué se fue?

En cuanto Cris lanza la pregunta, el hombre la fulmina con la mirada (la golpea, la desmiembra, le arranca la piel a bocados). Las llagas le palpitan bajo la barba rubicunda. Son tan profundas que podría hundir las puntas de los dedos en ellas.

—Discutieron... —dice la mujer—. Nada, cosas de la juventud. Una tontería, pero se gritaron tanto... Últimamente perdemos los nervios con facilidad, ¿verd...?

El hombre atrapa de un manotazo la cajita con los antihistamínicos. La abre, engulle uno. Se levanta.

—Voy a quitar la mesa. ¿Ya habéis terminado, no?

Cuando se aproxima a la silla de Cris, el hombre ha apilado los

tres platos y los lleva con una mano. Con la otra, retira la hogaza de pan duro y le da un rabioso mordisco. El pedazo se resiste a desgajarse de la barra. Las encías le asoman en una sonrisa voraz. El rostro se le tensa tanto que las protuberancias amarillentas parecen a punto de reventar sobre Cris en una lluvia de pus. Las migas se van desgajando y rebotan donde hasta hace un segundo se encontraba el plato de la muchacha. El hombre gruñe y la observa, como a la espera de que le felicite cuando ese trozo de pan termine por desprenderse, si no se le salen los dientes antes. La saliva se desliza desde el labio inferior. También cae sobre el lado de la mesa de Cris. Ella está paralizada. La chica busca alguna reacción de la mujer, pero esta no se da cuenta de lo que sucede, continúa con esa expresión soñadora y perdida. Ruge, cómo ruge el hombre, es como un perro que no para hasta que logra llevarse el bocado. Las venas se le marcan, también están a punto de estallar. Y la mira, no cesa de mirarla. La hogaza se estira como un chicle marrón de colosales dimensiones. Llueven más migas, saliva, una gota de sangre. Cris se queda mirándola y da un respingo cuando la mandíbula cruje, la hogaza describe un arco sobre su pelo y la cabeza del hombre se balancea como si le hubieran asestado un puñetazo.

El hombre da media vuelta y se aleja. Un desagradable sonido de deglución les desea las buenas noches.

3.

Cris hace lo posible para que la ciega no la acompañe arriba de nuevo, aunque esta se mueva por las escaleras con mayor soltura que ella con la muleta. Sí, debe agradecerles cuanto están haciendo por ella, pero la ponen muy nerviosa, ambos. No le gustaría que la mujer intentara arroparla o algo parecido.

Es la habitación de la hija, no tienen cuarto para invitados. Eso también resulta incómodo, es como tratar de suplir de manera enfermiza una ausencia. Por si fuera poco, el dormitorio se parece a un calabozo; todo es muy austero y está meticulosamente ordenado. Aparte de la cama, un armario y una cómoda, no hay mucho más; ni estanterías, ni peluches, ni libros ni tecnología de ninguna clase. No es de extrañar que la chica se haya largado. Al menos la ventana no tiene barrotes.

En un primer momento, Cris supone que no será capaz de conciliar el sueño. No tiene fuerzas para mover la cómoda y bloquear la puerta, y aunque lo intenta no logra atrancar el pomo

con la muleta. Al poco desiste, se echa sobre la cama y se cubre con la colcha. Enseguida descubre que su cuerpo tiene otros planes distintos a los de montar guardia. La ropa le pica horrores y a cada movimiento que hace bajo la colcha encuentra algún punto de su anatomía que escuece o que le produce un traicionero trallazo de dolor. Así que mejor se está quieta, no se está tan mal aquí acostada.

A su mente le cuesta algo más desconectar, si bien no tanto como ella espera. A esos dos no se les oye ni respirar. No es que eso la tranquilice, preferiría averiguar qué traman, si es que traman algo. Pero aun con la bombilla encendida, la quietud del cuarto poco a poco la va convenciendo de que es preferible dejarse vencer por el sopor. No merece la pena seguir dándole vueltas a lo del macabro rodaje ni a lo de ese viejo gris que le ha desgarrado la ingle. Cada vez que intenta encontrarle un sentido a lo que le ha sucedido, es como si hurgara con el dedo en una herida abierta en su cráneo. El cerebro le duele, incapaz de asimilar tanta locura.

Cris piensa que debería montar guardia, que como mínimo debería trazar un plan para mañana, pensar qué hacer, si podría regresar al albergue, si acaso tendría algún otro lugar al que ir sin documentación, sin asistencia sanitaria y sin créditos. Sí, reflexionar en todo eso y de paso, de refilón aunque sea, decidir si se ha acabado, si puede estar tranquila, si no hay más cámaras ocultas ni nadie que la persiga con voz demencial. Ufff, duele como un pinchazo en los sesos, mejor apagar la máquina pensante y dejarse ir, como cuando estuvo a punto de lanzarse al río, solo que aquí, con un poco de suerte, mañana podrá abrir los ojos de nuevo.

Cris resbala hacia el sueño sin apenas darse cuenta tras sorber mocos una docena de veces; maldita alergia, echa en falta su arsenal de pañuelos. Al menos ella no necesita tomar fármacos para respirar sin la sensación de que con cada estornudo te van a reventar los ojos. Sí, sorbe doce veces, quizá trece...

En el sueño, al menos el que recuerda cuando le despiertan los golpes, el hombre gris la acecha.

Debería haber supuesto que no escaparía de él tan fácilmente. La espera, el hombre gris escudriña a través de los tablones de la caja en la que se encuentra atrapada. Aguarda incluso con devoción. Y para escapar, Cris sabe que debe correr y que para ello antes tiene que arreglar lo de su tobillo. Así que se frota sin tocarse la zona hinchada, recubriéndola con una pomada inexistente. Está acorralada, pero también sabe que ahí dentro el hombre no puede atraparla, así que se toma su tiempo, una y otra vez, extendiendo,

aplicando el bálsamo reparador. Es sencillo, aquí lleva un camisón liviano (y anticuado) que puede retirar sin problema, y no le duele, de hecho no siente las piernas más que como un cálido hormigueo allí donde está aplicando el bálsamo. No tiene ni idea de cómo podrá correr así. Ahora lo importante es aplicar la pomada, aplicar y extender, aplicar y extender en suaves círculos, por arriba y por abajo, incluso por dentro, así, en fibras, tejidos y huesos, siempre con la atenta mirada de ese único ojo de retina cuarteada, como formado por copos de ceniza.

Al despertar, tiene la sensación de que después de todo no ha podido salir de la caja, que al final no se ha alejado del hombre gris, pero cuando salta sobresaltada de la cama, descubre que puede apoyar ambos pies.

Y que ya no le duele.

4.

Le cuesta ubicarse, mira en torno a sí sin reconocer los desconchones en los muros, no está segura de haber dormido en este lugar, ¿no pasó la noche en el albergue?, ¿o fue en aquel hostal de mala muerte que le pagó el equipo de rodaje?, ¿se quedó dormida en el tren quizá? A lo mejor sigue atrapada en la caja de madera. Y ese rítmico golpeteo que le retumba en la caja torácica, no puede situarlo en ningún lugar de entre estos cuatro muros, es el techo que se le viene encima, es el suelo que se hunde, es la realidad misma, que tiembla.

No sabe qué hora puede ser. La bombilla sigue encendida y tras la cortina no llega ninguna luz apreciable. Está demasiado nerviosa para tener sueño, pero aún se nota fatigada y dolorida. Bueno, al menos puede caminar, no se lo puede creer, pero sus pasos a lo largo del cuartucho se lo confirman. Cris se hace con la muleta, no para apoyarse en ella, sino para utilizarla como arma.

TUNC.

¿Qué son esos golpes?

TUNC.

Guardan un ritmo marcial muy acompasado, da tiempo a aguantar la respiración y anticipar cada nuevo golpe: *TUNC. TUNC. TUNC...*

Abre la puerta. Su cuarto desemboca directamente en las escaleras. En la casa reina una penumbra onírica. Cada nuevo retumbar (*TUNC*) es como un latido acompañado de un pinchazo en

el pecho, una molesta arritmia. *TUNC*. No escucha a nadie más por la casa, se nota los oídos taponados, como si el aire de afuera le silbara directamente en los tímpanos, o como si se pusiera en la oreja una de esas caracolas en las que puedes escuchar algo parecido al sonido de las olas. Ah, y el tobillo aún le duele un poco, aunque puede caminar. Por si acaso, se apoya en la barandilla, con la muleta bajo la axila. Aún se encuentra algo mareada y débil.

Abajo, la ciega le hace sofocar un gritito. Esos ojos blanquecinos destacan en la penumbra como los de una aparición. La mujer va descalza y parece perdida en su propia casa, demasiado lejos de puntos de referencia como la columna de madera, el mueblecito chato de la esquina o el enorme recipiente de metal colgado en la pared de enfrente.

—¿Te han despertado los golpes, verdad? Mi marido siempre dice que las primeras horas son las mejores para abrir la esclusa hidráulica. ¿Has dormido bien? ¿Te preparo el desayuno?

Cris se encuentra demasiado aturullada para responder. Intenta imaginarse cómo puede preparar esa mujer el desayuno, tan desubicada y ciega ahí en medio.

—No, no... Gracias, quiero ir al aseo, ¿dónde está?

La mujer le hace una indicación muy precisa con el dedo. Tras ella.

—Vale, gracias.

Cris camina apoyando la muleta, no vaya a ser que la mujer se piense que no está coja de verdad. Sin pretenderlo, va marcando el ritmo de aquellos golpes: *TUNC. TUNC*. Al pasar al lado de la mujer, Cris le descubre una mancha amarillenta que le resbala por la comisura del labio, y se pregunta si la mujer notará que esa especie de papilla le resbala hasta la barbilla, si debería avisárselo, hasta que piensa en las llagas, en la necrosis del hombre, y decide que es mejor callarse.

Callarse y largarse de aquí cuanto antes.

Cierra la puerta. Tiene pestillo, menos mal. Se remoja la cara, aún le quedan restos de maquillaje y manchurrones de suciedad diversos. Su aspecto: demacrado, repleto de arañazos; y ese espejo empañado no ayuda en absoluto.

Era cierto que tenía que ir al váter. Mientras orina, se percata de que el estruendoso siseo que le tapona los oídos es más fuerte aquí. El ojo de buey tiene una abertura en el cristal y se aprecia con mayor claridad que se trata del agua del río al bajar a presión por la rueda hidráulica de ahí fuera. Las aguas pasan bajo la casa y en cierto modo la sensación es como la de encontrarse sobre un puente

que amenaza con desplomarse con cada nuevo *TUNC*.

Cris se toma su tiempo en el váter. Oh, maravilla, papel higiénico.

¿Qué debería hacer a continuación?

A lo mejor podría escabullirse de la casa sin que la ciega se diese cuenta. Pero primero debería recuperar su ropa. Aunque apeste, es mejor que estas prendas que se le caen y le pican. Y con estas zapatillas no podría caminar por los caminos rurales. La mujer comentó algo de que las pondría a secar en la fragua. Sí, quizá se encuentren allí todavía. Es cuestión de asomarse, *TUNC*, quizá con ese *TUNC* el hombre ni repare en su presencia.

La primera parte de su plan fracasa estrepitosamente cuando el pestillo emite un sonoro chasquido.

—¿Seguro que no quieres desayunar? —La mujer se encuentra en el mismo lugar, pero ahora «mira» en dirección al cuarto de aseo, donde se encuentra Cris.

—Tortitas y huevo —dice para quitársela de encima. No sabe por qué le ha salido algo tan típico de un guion norteamericano, culpa de la actriz que lleva dentro, supone—. Voy a por mi ropa.

Lo último lo dice en voz baja. Cris incluso evita hacer ruido con la muleta. Sortea a la mujer caminando despacio hacia la entrada del fondo, que es diferente a las demás, más grande y además está sin embaldosar, como si se tratase de una extensión de la casa. Ahí debe de encontrarse la fragua. El calor atraviesa la estancia en ráfagas y los golpetazos no se transmiten en forma de reverberación por los muros, sino que suenan más directos y secos.

Será que está nerviosa, porque le da la sensación de que los *TUNC* y los latidos de su corazón se han acelerado a la par. Cris mira una última vez sobre su hombro. La mujer continúa allí, entre el pasillo, el salón, la columna de madera y ninguna parte. Cris está a punto de tropezar en la diferencia de altura entre ambos pisos. El vano de entrada es amplio, se extiende y desaparece a ambos lados. Una telaraña se le pega al pelo al inclinarse hacia adelante. Toma aire. El fuego del brasero dibuja un estrecho camino de sombras afiladas y contornos anaranjados hasta el montón de tablones apilados del fondo. Desde la entrada, lo único que puede verse del taller es la voluminosa esquina del brasero, varios baldes, el montón de varillas y tenazas en hilera contra la piedra toscamente labrada, así como unas chispas rojizas que crepitan y estornudan con un siseo entre el golpeteo sordo del martinete. Cris repara en que la mayor parte de su ropa cuelga del mango de un martillo enganchado a una viga a media altura del techo.

También se da cuenta de que el golpeteo rítmico no es tan ruidoso aquí abajo. Al parecer, su efecto se magnifica en la planta de arriba por la forma en que vibran los cimientos. Cris espera que el ruido sea suficiente para que el hombre no se percate de su presencia mientras recupera la ropa. Pero primero debe aproximarse. ¿Y dónde están sus botas? Es lo que más le interesa. Apoya la muleta con cuidado en la entrada, le molesta más que otra cosa. Cuenta hasta tres y da el primer paso de puntillas, más encorvada y desgarbada de lo habitual en ella. Vigila de reojo por si la mujer anda por ahí. No le gustaría que la delatase con más preguntas sobre el desayuno.

Se adentra otro paso en el vano. No tiene claro dónde puede estar trabajando el hombre, solo se escucha el martinete y los siseos del brasero. A la derecha, el portón se encuentra apoyado contra el muro. Cris decide pegarse a él y asomarse hacia la izquierda, es allí donde se encuentra la fragua. Los constantes *TUNC* no puede ubicarlos en ningún punto concreto del taller, su sonido se propaga por todo el techo. Sí, seguro que el tipo ese está a la izquierda.

Cris se agacha rápido al darse cuenta de su error.

El hombre está ahí mismo, a pocos metros a su derecha, bajo un lucernario que se une a él a través de una columna de polvo en suspensión.

Por suerte, se encuentra de espaldas a ella, frente al enorme martinete, que se sacude contra el suelo con espasmos de corto recorrido. Debe de pesar cientos de kilos. Cris se retira y regresa al vano cuando un nuevo estornudo de llamas salpica de copos rojizos el otro extremo del taller.

No pasa nada, venga, se dice a sí misma, seguro que está acostumbrado a que el fuego haga eso.

Se asoma de nuevo, esta vez pegada al extremo del brasero. Teme que sus rodillas crujan o que arrastre la tierra bajo sus pies demasiado fuerte. No, bien, bien, no se ha dado cuenta de nada, pero la ropa está demasiado lejos, si quiere llegar a ella sin que se dé cuenta va a estar com...

(¿QUÉ ES ESO?).

Se dobla sobre sí misma. Una inesperada náusea la estremece de pies a cabeza (¿qué es eso, joder, qué es eso?), remueve a Cris desde los intestinos de su alma y le priva de las fuerzas que había recuperado. Las rodillas le fallan, hasta el punto de que debe dejar de mirar ese horror y concentrarse en ellas para mantenerse en pie.

El martinete no le está dando forma a ningún recipiente de cobre. El hombre se agacha un poco, se aparta lo suficiente para

que Cris vea el resto del cadáver de la muchacha. El brazo, a la altura del codo, está separado del resto del cuerpo, salvo por unos colgajos de carne aplastada. Ahora más que nunca, Cris advierte ese matiz encharcado en los incesantes *TUNC*.

Cuando el hombre usa las tenazas para colocar mejor el brazo cercenado bajo el extremo acabado en cuña del martinete, a Cris la traiciona una nueva arcada y escupe en forma de puré la cena de anoche. Su intento de sofocar el vómito queda en un jadeo y un ataque de tos pastosa que apenas puede cubrir con ambas manos. Pero no es eso lo que hace que el hombre se dé la vuelta con violencia. Es la muleta al caerse en la entrada.

En un primer instante, Cris se queda inmóvil. Quizá sea por el efecto del chisporroteo del brasero, pero percibe en los ojos del hombre esos mismos bultitos amarillentos que a duras penas oculta bajo la barba. Y cuando hace un gesto de dedos crispados, como para rascarse los globos oculares, Cris no puede más, suelta un único grito con el aliento que ha podido retener.

El cuerpo se le derrite al intentar girar sobre sus talones e incorporarse al mismo tiempo.

—¡ESPERA! ¡ESPERA, DESGRACIADA, ESPERA!

Acaba de rodillas, tragando bocanadas de ceniza y de algo amargo que persiste en su boca. Se arrastra a toda prisa. Va en serio, esta pesadilla es real, el hombre resopla tras ella. El martinete se mantiene inalterable: *TUNC; TUNC* sobre los restos ya gelatinosos del brazo. Cris, la mitad del tiempo a gatas y la otra mitad encorvada y a punto de resbalar, alcanza la muleta y sin pensarlo golpea a su espalda. Se le resbala de entre los dedos, pero el alarido del hombre le confirma que ha merecido la pena.

Entonces se topa de bruces con la ciega, que le clava las uñas a través del pulóver, ese que pica tanto.

—¿Qué has visto? ¿QUÉ HAS VISTO?

Los ojos lechosos parecen a punto de reventar con una erupción de pus. Cris se siente una presa frágil, zarandeada por la recia mujer. No se había dado cuenta de lo alta y corpulenta que es.

—¡NAAARRGH! —gruñe el hombre.

Cris es incapaz de soltarse de ese abrazo feroz.

—¡Es tu hija! ¡En el taller! ¡¡¡SU BRAZO!!!

Sabe de quién es el cadáver. Lo sabe desde que aceptó la ciega hospitalidad de la mujer. Quizá porque forma parte de algún siniestro guion que todavía está siguiendo, o quizá porque la propia madre sospechaba lo que había sucedido. La mujer flaquea y Cris aprovecha para quitársela de encima con un empujón. El sordo

dolor que vuelve a rodearle el tobillo es la menor de sus preocupaciones. Tampoco le presta atención ahora al motor de un vehículo ahí fuera. Es incluso normal. Están filmando. Aún están filmando, seguro.

La mujer atrapa a su marido cuando este intenta dar caza a Cris.

—¿DÓNDE ESTÁ MI NIÑITA, ASQUEROSO CABRÓN?

Lo primero en lo que Cris piensa es en subirse a la mesita y saltar por una ventana, pero juraría que ninguna de estas se puede abrir, que solo son bocas de luz selladas. Cris trastabilla entonces hacia la puerta, hasta toparse de morros con el cerrojo. Solo intenta abrirla una vez. Con un quejido de frustración, se lanza hacia las escaleras. A continuación de uno de esos *TUNC*, se escucha un horrible crujido, un golpe seco contra el suelo. La ciega deja de gritar.

El hombre corre tras ella. Y de algún modo Cris tiene la certeza de que aún lleva las tenazas.

Cris se agarra a la barandilla y trata de impulsarse sin éxito, tiene los brazos como dormidos. Gatea sobre cada escalón, se golpea infinidad de huesos contra la piedra. Cada nuevo *TUNC* taladra su pecho, como si fuera su corazón que trata de resquebrajar la caja torácica y escapar de su esquelética prisión. El hombre ya no habla; resuella, burbujea, rabia a su espalda. Podría atraparla con las tenazas en cualquier momento, destrozarle el tobillo, arrastrarla escaleras abajo. Llevarla al martinete, para una muerte lenta y precisa.

Al alcanzar el rellano, Cris sacude una pierna de manera instintiva, da una patada, se desembaraza de una presa inexistente. El hombre sigue cerca. Tal vez juega con ella. Cris sigue arrastrándose. ¿Por qué no puede caminar? Gatea hacia la habitación de la hija, es la única que conoce.

Dejó la puerta abierta. Mete la cabeza a gatas. Sería estúpido esconderse bajo la cama, pero es lo primero que se le ocurre. De algún modo la puerta se ha entornado a su paso. El hombre la astilla a golpe de tenaza, la termina de abrir de una patada. La cortina ondula al viento y la actriz que habita en Cris tarda medio segundo en darse cuenta de que la ventana está abierta. Y ejecuta su papel de manera suicida. Cris trata de resistirse a ese loco impulso, se detiene en el alféizar, pero los espumarajos en la barba del hombre, tenazas en alto, la convencen de que no hay alternativa.

Sacude ambas piernas y se impulsa con el torso del hombre. De paso le asesta un buen golpe. Escucha su gruñido ronco, falto de aire, y Cris acaba con medio cuerpo en vilo y el otro medio bajo la

guillotina de la ventana. Se queda colgando un instante con los dedos de una mano, hasta que descubre que no hay repisa, alero, tubería ni nada a lo que aferrarse. Entonces anticipa esas tenazas sobre sus dedos y se le resbalan antes de poder sujetarse con la otra mano. Después de todo, ha terminado arrojándose al río.

Aguarda con los dientes apretados su espumosa oscuridad.

5.

Aunque unos brazos la sujetan al final de la caída, no puede decirse que su aterrizaje sea suave. Es como golpearse la columna contra un par de tablones separados. Cris se queda mirando el suelo salpicado de rala vegetación y rocas con el que esperaba estrellarse (el caudal del río no pasa por este extremo de la casa), y descubre unos mocasines oscuros.

Al alzar la cabeza e incorporarse sobre esas «tablas», se enfrenta a la mirada tuerta del viejo.

—Me lo has hecho tú. Chica.

Y sonríe con dientes que se remueven como pavesas de ceniza sacudidas por el aire.

Cris comienza a gritar y a resistirse demasiado tarde. La presión en su pescuezo hace que solo pueda sacudirse como presa de fuertes calambres.

El hombre gris la lleva hasta el enorme maletero de su vehículo. Cris sabe qué clase de coche es cuando la arrojan al interior de un ataúd.

La tapa del ataúd y la puerta del maletero se cierran a la par con lo que parece un nuevo *TUNC*.

Cuando el coche fúnebre arranca, desde el camino ya es imposible oír los gritos de la joven. Pero el hombre sí puede escucharlos.

Y sonríe, exhalando ceniza sobre el salpicadero.

PEQUEÑAS ESTRELLAS

1.

¿Qué esperan? Ya deberían saberlo. El equipo de rodaje al completo se ha congregado aquí. Lo de los enanos lo entiende, era su compañero, su amigo, puede que hasta fuesen parientes. Pero ¿y los demás? Es absurdo que todo el mundo se apelotone en este largo pasillo de lo que en su día fue un instituto de enseñanza, ahora un improvisado dispensario en un pueblo dejado de la mano de Dios, o mejor dicho, de la mano de los políticos. Incluso un tío que parece que solo se dedique a desenrollar cables está allí al fondo, de brazos cruzados y con el trasero apoyado en el ojo de buey. Total, esperan para nada. No les van a decir nada nuevo. Tampoco pueden hacer gran cosa. Y no es necesario que finjan que les importa, algunos lo hacen de forma descarada. El enano está muerto, no podrán revivirlo, lo demás es teatro, falsas esperanzas. Tanta parafernalia es inútil. Sobra mucha gente hipócrita aquí. En un hospital de verdad ya los habrían echado.

Rai tampoco sabe qué demonios está esperando. De toda esta gente es con toda probabilidad quien más claro tiene que el enano ha muerto. Lo adivinó en el momento en que la roca se deslizó de la pequeña túnica a las hojas secas del cementerio. La tez del enano asomaba entonces cerúlea bajo la capucha, como si en realidad llevara horas muerto y el cuchillo solo hubiese rematado su cuerpo reanimado por algún tipo de brujería. Dejó de convulsionarse pronto. Del cuchillo asomaba el mango, como una macabra broma para Halloween, solo que con sangre real. No hace falta ser médico. Lo trajeron cadáver y así seguirá, por mucho que lo atiendan ahí dentro. Rai lo sabe bien. Lo mató él.

Ojalá pudiera dejar de pensar en el momento en que dejó caer la piedra, alejar de sus recuerdos ese sonido de fruta madura aplastada, o la forma en que el enano dejó de moverse de repente, como si se le hubiera acabado la cuerda. Rai no para de rememorar ese sonido, ese fatídico momento. Ni siquiera es capaz de esperar sentado, por muy cansado que esté. Aún quedan libres un par de esas sillas de plástico pegadas a la pared, podría sentarse al lado de su abuela en la ficción (cree que la actriz se llama Bárbara, no está seguro), pero la vieja no para de fumar esos cigarrillos apestosos, parece importarle bien poco que no deba hacerlo; esa vieja de

acento fangoso le pone de los nervios cuando habla, pero también cuando calla, cuando sencillamente pone esa extraña mueca de amargura mientras exhala y exhala volutas grises por todo el pasillo, amenazando con enturbiar aún más el de por sí enrarecido lugar. A Rai no le agrada que su abuelita, tan entrañable en la ficción, lo mire así. Lo observa todo con extrema atención tras esas lentes redondas y opacas; no espera como los demás, sino que se limita a observar mientras exhala humo como si este naciese de su viciado interior y no del cigarrillo. A Rai también lo observa con frecuencia, sin decirle nada, sin molestarse en consolarlo.

Lo cierto es que nadie le ha consolado hasta el momento. Sí, claro, la víctima no es él, pero se siente fatal, aunque haya sido un accidente. No para de pensar en que ha hecho algo mal, que la ha cagado, pero ¿de qué otra manera debería haber reaccionado? Tendrían que haberle dado un guion, uno de verdad, por escrito, y no instrucciones vagas e imprecisas, ni cuchillos afilados. Ahora hasta el tío con cara de gorila de los cables, que no pinta nada, le mira como si hubiese hecho algo terrible. Y Rai comienza a creer que así es, que el aspirante a joven estrella del nuevo cine español la ha cagado en su primer papel. Hasta puede que lo lleven a juicio y lo metan en prisión. Ahora no hacen muchas concesiones a los menores de edad.

Nota el estómago revuelto, le arde la cara y no puede estarse quieto, apenas es capaz de disimular el temblor. Hay un tablón de corcho en el muro, de cuando esto era un instituto, y Rai no para de restregar su cazadora vaquera contra el marco; se mueve de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, siempre en torno al marco. Ese rincón está alejado de las luces de emergencia y la nube de humo de la abuela contribuye a que pase aún más desapercibido en el extremo final de ese pasillo de eterna e inútil espera. Le gustaría salir fuera, no entiende por qué tienen que estar aquí esperando un diagnóstico consabido de antemano. A lo mejor los otros enanos están esperando a que salga ese tío con bata blanca para decirles con expresión contrita que ha hecho todo lo posible, pero que no puede devolverle la vida a los muertos, que ya pueden empezar a insultar y a culpar a ese crío imbécil que no ha sabido responder a las exigencias del guion, sí, el que está junto al tablón de corcho. De hecho algunos ya se están exaltando más de la cuenta. El tipo de los cables se ha envarado.

Aún le late el corazón con fuerza al recordar cómo apareció de la nada el equipo de rodaje, cámaras al hombro, focos, pértigas con micros, taburetes y hasta fiambreras. Voces excitadas. Manos a la

cabeza. Venían a ver cómo se encontraba el pequeño encapuchado, qué desastre, Dios mío, qué desastre..., y las miradas acusadoras se dirigían hacia Rai; es una tortura tratar de no pensar en ello, solo lo empeora, pero es que no es justo, no lo es... Es como si le hubiesen gastado una inocentada de mal gusto y él no hubiese estado a la altura de la broma. La has cagado, chico, la has cagado pero bien, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

Contiene las ganas de llorar. Bastaría con que alguien le hiciese hablar en este momento, y ya está, se desmoronaría. Se pondría a dar puñetazos contra la pared y a soltar graznidos adolescentes como siempre hace cuando se siente acorralado. Mejor que nadie se dirija a él. No necesita que le consuelen. Al fin y al cabo, es un muchacho orgulloso y una parte de él se considera la auténtica víctima. No está allí, cadáver tras aquella puerta verde de instituto, pero él, Borja Homar, es la víctima de toda esta mierda de película experimental. Y los demás prefieren no darse cuenta. Esperan y esperan el veredicto de ese tío que a lo mejor ni es médico. Ni falta que hace que lo sea. Tampoco es necesario consultar en la Red qué se hace cuando un enorme cuchillo te ha atravesado el esternón y se te pone cara de muerto.

Ya está. La puerta verde. Acaba de salir el de la bata. Se agolpan contra él, ni le dejan salir.

Como Rai esperaba, el grupito de enanos se ha puesto a gritar. Es curioso que discutan sobre un contrato. La técnico de sonido recibe un puñetazo en la boca del estómago. Uno de los pequeños vuela hasta el ojo de buey. Se forma un tumulto alrededor de otro tumulto. Dos tipos intentan separar a un enano enganchado a la bata del supuesto doctor. Una enana pide explicaciones con voz congestionada y el asistente de dirección la encara mientras otros del equipo se han levantado de sus sillas y rodean ambos tumultos como en una espiral alrededor de la puerta verde. La cosa se pone fea cuando retumba el tabique y aparece el primer rostro ensangrentado. Alguien se queja de que ha perdido un diente, y Rai ha escuchado un crujir de huesos. El policía no podrá poner orden ahí él solo. Una detonación retumba por todo el pasillo acompañada de una nube de yeso y pintura quemada. El humo que sale de los pulmones de la vieja contribuye a envolverlo todo en un efecto especial de niebla sucia y maloliente. El disparo ha servido de poco. La mayoría se yergue de nuevo, los gritos y empujones se suceden en una desordenada coreografía. La onda expansiva de todo ese caos no tardará en alcanzar a Rai. El chico se siente más débil que nunca, comienza a ahogarse, y ese humo lo empeora todo, vieja

asquerosa. A Rai le vendría bien su medicina para la alergia.

—Eh, vamos fuera, venga. —Dani le da unos golpecitos en el hombro. Al ver que el chico no se despega del tablón, le tira de la solapa de la cazadora. Susana les sigue hasta la entrada principal.

El novio de su hermana en la ficción lo acompaña a toda prisa hasta la valla metálica, cerca de la única luz de emergencia de los escalones de entrada al instituto-dispensario. Rai se sienta en la base de cemento sobre la que se levanta la valla y se sostiene la cabeza con ambas manos.

—¿Estás bien?

Rai niega con la cabeza. Sus manos desaparecen en esa melena. Jamás ha llevado el pelo tan largo. Jamás se ha sentido tan miserable.

—Tranquilo, eh... Ha sido un accidente. A todos nos habría pasado lo mismo. Es una locura la forma de trabajar de esta gente, ¿sabes?

El chico asiente con un ronquido ahogado. No quiere llorar, es mejor que no trate de articular ninguna de las palabras que se agolpan en su mente (entre sonidos de fruta madura aplastada que no sería capaz de reproducir).

—Al parecer hemos firmado algún tipo de seguro, como esos especialistas que graban escenas de riesgo. Es normal que esa gente se ponga así, han perdido a un compañero y encima los del rodaje les han salido con eso de que «es lo que habían firmado». Esto es de locos... Así que no ha sido cosa tuya, no les hagas caso, aunque te echen la culpa, ¿entiendes?

—Ya... Pero es que... pesaba... la piedra... y me dijeron... por el auricular... —Los sollozos se le escapan con cada intento de articular una explicación.

—Déjalo, Rai... Borja, no te tortures, en serio...

—No llores, chico —añade Susana, siempre tras su «novio».

El escándalo del pasillo se propaga hasta la entrada con un sonido de cristales rotos. Tras unos instantes de confusión en los que da la impresión de que la puerta se ha abierto sola de un golpe, el policía y varios miembros del equipo de rodaje desalojan a trompicones a varios de los enanos. Uno está a punto de rodar por los escalones, pero el tío corpulento de los cables lo ayuda a incorporarse agarrándolo por el pelo y levantándolo en vilo. No quieren más accidentes, está claro. Un ojo morado sí, pero cuellos rotos y más fiambres no. Promesas, promesas y promesas entre golpes y discusiones a gritos, el dinero no basta para calmar los ánimos. El arma del policía está a la vista, esta vez apunta a las

cabezas. Quizá por eso al final los enanos desfilan y desisten de enzarzarse en una nueva pelea.

De camino a la puerta de rejas de la valla, uno de los pequeños actores se escurre de entre el redil humano que han formado los del equipo y escupe con certera puntería en la cara de Rai, justo cuando este levantaba la cabeza.

—¡Tú le has matado, niñato consentido! ¡TÚ! ¡Te voy a sacar las tripas, hijo de...!

Dani, asustado, se interpone a duras penas entre el enano de la nariz ensangrentada y Rai. Se fijan en sus manos por si aparece otro cuchillo. El hombrecillo está a punto de agarrarle la melena al chico, cuando el tipo de los cables, reconvertido ahora en un guardia de seguridad, lo devuelve a la fila de un empellón.

Durante un instante, todo apunta a que se va a liar otra trifulca ahí en medio. Por suerte, el policía logra calmar los ánimos sin disparar, y al poco el grupo de pequeños exaltados se marcha con el agente, el tipo corpulento y con un joven que insiste en enumerar una serie de compensaciones económicas, hasta que el vocerío se pierde más allá del perímetro rectangular que marca la valla.

—Toma, límpiate con esto —Dani le tiende un pañuelo.

El asistente principal del director se les acerca.

—¿Me podéis dejar un momento con él?

—Pero... —empieza a decir Dani.

—Podéis regresar al hostal —le interrumpe el asistente—. Los enanos no van a dormir allí. Yo me encargo luego de acompañar a Rai.

Dani asiente y aprieta con fuerza el brazo del chico.

—Luego nos vemos.

—Sí, ánimo, chaval —dice Susana. Ella no le toca.

El asistente principal de dirección tiene acento extranjero, como la abuela, aunque no produce esos chasquidos molestos cada vez que articula una frase.

—Acompáñame.

Rai obedece. Es una de las voces que con frecuencia escucha por el auricular. Ahora no lo lleva puesto, pero la sensación de ponerse en alerta («¡Atención, escena!») es similar.

Recorren en un corto paseo la valla hasta adentrarse en la penumbra. Todas las persianas de este lado del edificio están cerradas, cuando no selladas. No le obliga a sentarse otra vez junto a la valla ni le agarra del hombro con el tono paternalista que espera Rai, y aun así se siente acorralado, intimidado por ese tipo alto y de pupilas afiladas. Sin embargo, para sorpresa de Rai, la

bronca no se produce.

—Lo has hecho bien, muchacho. La escena salió perfecta.

Rai se seca las lágrimas y le sostiene la mirada un instante, un segundo de perplejidad. Luego asiente y se mira los zapatos como si la cabeza pudiera descolgársele hasta ellos.

—La escena ha salido... cojonuda, de hecho.

Y comienza a reírse. Una serie de carcajadas monótonas con un toque histriónico que hace que a Rai se le revuelva el estómago otra vez. El asistente se le está abriendo, ya no está empleando un tono formal y distante. Y no le gusta.

—Mira, todos hemos aceptado unas condiciones *especiales* para afrontar este ambicioso proyecto —continúa el asistente—, y está claro que ha sido un error no preparar mejor la escena. En fin, ha salido muy espontánea, muy *fresh*, que era lo que pretendíamos, pero en cuanto a lo de ese pobre *extra*... —Rai nota cómo el asistente remarca esto último pronunciándolo en inglés.

El contacto se produce. La huesuda mano del asistente se le clava entre el brazo y la espalda. Rai vuelve a enfrentarse a sus ojos... ¿grises? Recibe una bofetada no tan amistosa, y el chico se queda demasiado perplejo como para llorar o enfadarse.

—... ¡Te necesitamos motivado, Rai! Eres el protagonista de la película, eso lo entiendes, ¿verdad? ¡EH!

El muchacho asiente, ya no puede desengancharse de esa mirada hipnótica de reptil. Se encoge contra la valla.

—Estupendo, porque hay muchas escenas que rodar y algunas van a ser complicadas. Quiero que te olvides del *accidente* de una vez por todas, que no hagas caso a nada de lo que te digan. Procuraremos que no vuelva a suceder una cosa así. Y en cuanto a aquellos enanos cabreados, le vamos a dar una solución, no te quepa la menor duda. Ninguno volverá a increparte. Eres nuestra pequeña estrella, ¿recuerdas?

Otro asentimiento.

—¡Quiero oírte!

—Ssí...

—Necesito asegurarme de que lo entiendes, muchacho. ¿Por qué estás aquí?

—¿Cómo?

—En la película, joder. Tus padres no son pobres, lo sabemos. O al menos no lo eran. De hecho siempre has sido un niño mimado.

—¡No soy...!

—Ssssh —Rai cierra los ojos cuando está a punto de recibir otro bofetón, menos amistoso que el anterior—. Escucha con atención:

¿es por el dinero? Sí, puedes ganar mucha pasta para tratarse de un chico de tu edad, y meterte en la industria por la puerta grande sin necesidad de ser un personajillo famoso, pero ¿es por eso por lo que estás aquí? ¡Contesta!

—Me gusta el cine y...

—Ya, chico, ya, sí, pero ¿qué más?

—... Quiero emanciparme, no... No quiero depender de mis padres...

El asistente comienza a reírse como un demente de nuevo. Rai asiste con el estómago comprimido a la interminable carcajada. Escucha algo en inglés, algo en lo que le parece reconocer el nombre de aquel actor que se hizo tan famoso en los noventa cuando era pequeño, Macaulay Culkin.

—... ¡Les odio!

—Sí, sí... —dice el asistente al fin, en español—. Yo tampoco les perdoné nunca a los míos que me trajeran al mundo. Oye, eso es bueno... No, eso es perfecto. Y de paso les vas a reclamar una de esas pagas, ¿verdad? —Se queda mirando al muchacho, sin esperar respuesta por su parte esta vez. Lo mira con extrema fijeza. Podría volver a carcajearse, o darle un beso, quizá matarle estrujándole el cráneo entre los barrotes de la valla—. Por cierto, *Rai*... También tengo una cosa muy especial para ti...

Cuando saca el objeto de los bolsillos de su chaleco y se lo tiende a Rai, este suspira de alivio y acto seguido, cuando se le aclara la vista, se queda con la boca abierta.

—... Es importante que lo lleves en todo momento, pero que no se vea, ¿de acuerdo? No nos gustaría que se estropease una buena escena con esta cosa tan anacrónica.

El asistente se lo tiende y Rai lo toma de manera refleja. Le tiembla el pulso. Le gusta, oh, sí, le gusta muchísimo.

—¿Cuándo podré...?

—Te lo haremos saber, Rai. Y una última cosa más. Es importante que los demás actores no sepan de su existencia. Ni ese muchacho que ahora parece tu amiguito del alma, ni la jovencita de las tetas calientes. Por lo que a ti respecta, muchacho, ellos son la golfa de tu hermana y el capullo de su novio. Confiamos en ti, Rai. ¿Comprendes lo que te acabo de decir?

Se produce un último asentimiento, más enérgico y convincente que los anteriores.

Acaricia aquella cosa plateada.

Le encanta.

PIDE UN DESEO (UN FINAL FELIZ)

1.

Desde que abandonó la carretera, el carrizal le ha impedido ir en bicicleta, pero bordear la laguna está mereciendo la pena. Según su mapa, hay varios miradores de camino al centro de interpretación y con la luz del atardecer tiene que haber unas vistas estupendas. No le importaría hacer una paradita en uno de ellos y apurar el último de sus bocadillos. Luego en Sariñena ya se buscará la vida. El viaje ha sido agradable, pero largo, le duelen las pantorrillas y además nota que huele a gorrino con colonia. Uno no puede presentarse así a un rodaje. No tiene claro si el agua de la laguna se encontrará en condiciones ni si estará demasiado fría, pero quizá se dé un baño en bolas.

Sí, lo mejor será que aproveche; que se lo tome con calma y disfrute del paisaje y sus exóticas aves. Según le dijeron, iban a estar varias semanas rodando en Sariñena y en los alrededores de Monegros, de modo que no le será difícil aparecer en alguna escena, puede que incluso lo fichen como extra y se haga aún más famoso. Hoy ya se le va a hacer prácticamente de noche para cuando llegue al pueblo, así que no hay prisa. Por algún motivo, las comunicaciones con Sariñena están prácticamente cortadas, no sabe si tendrá que ver con el remake, y ha tenido que alquilar una bicicleta y venir desde Lalueza. Los fondos de su club de fanes no daban para más, y de todas formas no sabe conducir ni puede estar demasiado tiempo encerrado en un tren sin tirarse un pedo.

Tampoco se arrepiente de la ruta que ha decidido tomar. El paisaje, cercado por algunas sierras a lo lejos, constituye un regalo para sus ojos habituados a los colores tóxicos de la ciudad. Incluso cargado con la mochila y tirando de la bicicleta, la marcha a través de las suaves ondulaciones y bosquetes no es pesada, y además le encanta su mezcla de verdes y ocres, el sabor salino del aire y que no se escuche gran cosa aparte de ese mugido tan singular de los avetoros, ja, ja, son muy divertidos. Es un escenario verdaderamente *feliz*.

El espontáneo se acaricia la barba bien recortada. Se ha encontrado una bifurcación. Podría atravesar la franja de tamarices enmarañados y paliduchos, y buscar el camino de la presa que hay marcado en el mapa, o bien aventurarse a lo largo de la línea

erosionada que delimita el desagüe subterráneo de la laguna. También podría dar media vuelta y buscar algún sendero entre los matorrales, pero tampoco quiere perder excesivo tiempo y, según el mapa, las marcas de la antigua ruta de senderismo hasta el centro de interpretación deberían ser visibles por esta zona. Quizá se las haya pasado por alto, lleva las gafas muy sucias, repletas de manchitas. Y se le olvidaron los pañuelos.

Mientras se decide, se desabrocha el cinturón. Son un fastidio estos pantalones con botones en lugar de cremallera; luego no se pilla las pelotas al subirla, pero para echar una meada tarda el doble en sacársela. Quiere estar lo más presentable posible y este es el mejor conjunto de que disponía en casa; ropa de batalla y que no parezca demasiado zarrapastrosa ni tampoco demasiado moderna. Tiene entendido que el remake está ambientado en el siglo XX y no le gustaría desentonar y que lo borren digitalmente o lo saquen a empellones del plano. Él hace sus deberes, se informa bien de las características de cada sarao en el que dejar su impronta *feliz*. No es ningún tarado, no señor. Tampoco es ninguno de esos tontos que se ponen detrás de la reportera para hacer burlas a la cámara, él siempre ha sido muy educado. Además, esto es una película, y si logra encontrar el momento y lugar apropiados, puede que sea la mejor de sus apariciones como extra.

A mitad de la meada (ay, ay, cuidado, que se salpica los zapatos), el aire entre las ramas le trae un eco diferente, un ave que no reconoce.

El sonido era más parecido a un aullido. Aparte de jabalíes y reptiles, cree que por aquí no hay animales peligrosos, así que termina de mear, no hay por qué preocuparse. De todas formas, presta atención por si se repite.

Un aleteo... No, no es eso. Ahí está de nuevo. Se gira. Ahora la llamada le llega mucho más clara, le deja un tanto perplejo. Siempre se ha preguntado si las gaviotas reidoras que hay por la zona ríen realmente, y por alguna extraña asociación se plantea que pueda haber algún animal que imite la voz humana.

—¡Eeeh! ¿Puede oírme alguien? ¡Eeeeeh!

El espontáneo sonríe y responde como si se tratase de un juego:

—¡Hoooolaa! ¿Puedes oírme, alguien? ¡Soy yoooo!

—¡Eh! ¡EH! ¿Me oyes? ¡Estoy aquí abajo, necesito ayuda, por favor!

Está más cerca de lo que parece. El espontáneo descubre enseguida el porqué del efecto de reverberación. A pocos metros de distancia el terreno se eleva como si tuviera un grano y el pus

hubiese reventado alrededor en forma de bloques de piedra blanquecina. La voz proviene de la abertura.

Un pozo.

—¡Ya voy! —responde el espontáneo con voz cantarina.

La trampilla metálica que debía cubrirlo se halla a pocos metros, medio enterrada entre los matojos. El espontáneo deja la bicicleta al pie del montículo y se asoma por el óculo tendiéndose cuan largo es y apoyándose con firmeza en los bloques de piedra caliza y los restos de argamasa, ya que siempre ha tenido un poco de vértigo y el pozo es profundo, seis, puede que ocho metros. Las sombras ondulan en el agua alrededor de la joven, que se aproxima al arco de luz que cae sobre ella.

—¡Ay, menos mal! ¿Puedes ayudarme a salir? Llevo un buen rato atrapada aquí abajo. Tengo mucho frío —Se frota los brazos, los lleva vendados—. ¿Por qué te ríes?

—Nada, es que me hace gracia tu acento. —El espontáneo entorna los ojos, estira un poco más el cuello—. Oye, ¿eres china?

—¿Qué pasa, eres racista?

Suena a «lacista», no demasiado, lo suficiente para delatar su origen étnico, ya que la suciedad que cincela su rostro ovalado no da más pistas.

—No. Yo no. Es solo que me hace gracia, me gusta. ¿Cómo te has metido ahí abajo?

Durante unos segundos, ella mira hacia arriba, los brazos cruzados, frotándoselos con fuerza. Como entiende que no se trata de ninguna broma, que la pregunta es genuina, al rato responde con un suspiro.

—¿Tú qué piensas? La boca del pozo no estaba sellada. Sucedió de noche. Resbalé. ¿Vas a ayudarme?

—Es que no llevo ninguna cuerda. A ver..., espera, voy a asegurarme...

Ella lo pierde de vista mientras él se saca la mochila y rebusca. Al poco asoma de nuevo. La barba remarca el contorno de su sonrisa, la hace tan gruesa como la de un payaso.

—... No, no llevo. Lo siento. ¡Espera! Se me ocurre otra idea...

Algo destella en la boca el pozo. La chica lo esquiva cuando cae a pocos centímetros de ella con un *plop*.

—Pero ¿qué haces? ¿Qué me has...?

Al mismo tiempo que ella se inclina para recuperar el objeto antes de que se hunda, él se lo aclara todo:

—Es una moneda, y de las antiguas, ¿eh? Que aún se pueden utilizar por estos pueblos, por cierto.

Ella recupera la moneda y levanta la cabeza. Se lo queda mirando con la boca abierta.

—He pedido un deseo —le explica él.

—Un deseo... —murmura ella y luego se dirige a él con rabia contenida—: ¿Y qué... deseo has pedido?

—Que una chinita muy guapa me dé un beso, ji, ji, ji...

—¿Te estás burlando?

—No, no —Asoma la palma, más no, que le da vértigo. Él nunca miente, asegura ese gesto de dedos extendidos—. Tranquila, que no me burlo. Es que no sé cómo sacarte de ahí abajo. Tampoco tengo teléfono, ni siquiera radio, prefiero cantar mis propias...

—Oye... Escucha. —Se rasca el cuero cabelludo con una mano y al mismo tiempo se frota las vendas de uno de los brazos. Al contrario que la voz de la joven, la fricción suena apagada—. El pozo tiene una puerta de acceso al otro lado del montículo, pero está atrancada, no puedo abrirla. Quizá podrías sacarme por ahí.

—Ah, pues puedo probar, sí. Estoy en forma, ¿sabes? Salgo a caminar todos los días. Por cierto, no te lleves la moneda, que si no el deseo no se cumplirá. ¿Cómo te llamas?

—Escucha, escucha, ¡ESCUCHA!... Me duelen las piernas, tengo frío, llevo mucho tiempo aquí atrapada. —Suena «atlapada», y él empieza a soltar una de sus risillas—. Necesito que me ayudes a salir, después prometo darte algo más que un beso, pero por favor, sácame, sácame, ¡SÁCAME!

—Vale, vale, voy a... —Y sigue hablando lejos de la boca del pozo, hasta que ella deja de escucharle.

El otro extremo del montículo acaba en un escalón abrupto. Sin embargo, se puede bajar fácilmente por ahí a través de los grandes bloques de piedra que conforman el dintel; en él se encuentra encajada una reja de barrotes forjados a modo de puerta. La cerradura no tiene candado y, aunque está descuadrada, con un par de tirones logra abrirla.

El espontáneo se rasca la barba. Huele mal ahí dentro y está oscuro. Se imagina una caída importante si se adentra sin las debidas precauciones. No ve las escaleras por ninguna parte.

—¿Chinita? Ya está abierta la puerta. ¿Puedes oírme? —Hace bocina con las manos—: ¿PUEDES OÍIRMEEE?

Da un respingo cuando esta se coloca prácticamente bajo su barba; lánguida y siniestra como en esas películas orientales sobre fantasmas... que salen de un pozo. A él siempre le han dado mucho miedo.

—Aah...

—Gracias. Yo no podía abrirla.

Él da un paso atrás para no caerse de culo. Qué sucia, qué... Da impresión verla, sentirla de cerca. Su ropa es un paño mojado y harapiento de color pardusco. Lleva una especie de vendaje teñido de marrón en los antebrazos y en las pantorrillas que parece una extensión de esa gasa sucia que lleva por ropa, como si se le hubieran separado las mangas a la altura de las articulaciones. Tiembla, está muy pálida, sus bracitos son los de una niña desvalida, aunque los pechos los tiene bien desarrollados, pezones apreciables y sugerentes incluso bajo esa capa de tela empapada del color del barro. No es una niña, eso seguro. Su voz no es la de una menor de edad, ni su mirada. Aunque con las asiáticas nunca se sabe, piensa él. Al notar la seriedad con que lo observa, él le sonríe para rebajar la tensión. Qué susto más tonto me has dado, ji, ji... Sus ojos son más oscuros que cualquier pozo y parecen muy fieros, quizá por esa hinchazón rojiza que los rodea. Está enfadada, o quizá solo enferma y asustada, pero él la ha rescatado. Eso ha sido un acto muy *feliz*. Sin duda.

—¿Cómo te llamas? —insiste él, retomando el hilo de una conversación que ahora resulta forzada aquí, fuera del pozo. Con esos ojos clavados en él y esa línea recta de labios morados, tensa como un corte a punto de volver a sangrar.

—Shan.

Suena más a resoplido que otra cosa.

—¿Cómo?

Ella toma aire, va a resoplar más fuerte esta vez. Se contiene. Se abraza a sí misma con fuerza, se le marcan la mandíbula, los huesos de los hombros, los pechos, esa fiereza congestionada en sus ojos. Sus rodillas se tensan, son graciosas, aprecia él.

—Shan. Es mi nombre. Shan. ¿Y el tuyo? —Casi, casi le sonríe.

—Espontáneo.

Ahora es ella quien no entiende.

—¿Qué?

—Me llaman así, Espontáneo. Es mi trabajo. Aparezco en sitios, en la Red, en la televisión. ¿No me has visto nunca?

—No.

—Pues vaya. Ahora voy al rodaje de una película. ¿Tú dónde vives, en Sariñena?

Él va a por su bicicleta, se coloca la mochila y se extraña cuando se da cuenta de que la china no le sigue. Vuelve a por ella. Sigue en la misma pose, la cabeza ladeada, los brazos en cruz y las rodillas muy juntas, parece que vaya a hacerse pis encima.

—¿No vienes? —pregunta él.

—¿A dónde?

—¿No tienes casa?

—No. Lo perdí todo. Mi negocio, mi familia.

—Vaya. Es que estos pueblos no son buen sitio para montar un multiprecio, ni para montar nada, en...

—Mi negocio no era un multiprecio.

—¿Ah, no? ¿Y qué era?

—No quiero hablar de eso. Oye... ¿Tienes comida o dinero? Me vendría bien algo, lo que sea. Lo perdí... todo. Llevo mucho tiempo aquí. —Es una de las pocas ocasiones en que extiende los brazos y señala el entorno que les rodea, nada en particular.

—Pues me terminé el último bocadillo hace un rato... Y en cuanto a monedas... ahora tengo una menos —sonríe—. ¿Por qué no te vienes a Sariñena conmigo? Están rodando una película, ¡una de terror!, y es diferente, dicen. Podríamos ser extras, tú y yo. Seguro que nos dan de comer. A lo mejor nos contratan como zombis o algo así. He oído que...

Mientras él sigue parloteando, ella no le quita ojo a su mochila, a las asas, quizá a su cuello, tiene los párpados caídos, es difícil averiguar dónde enfoca. De pronto le interrumpe y lo deja ahí solo, tal y como él había hecho con ella momentos antes.

—Espera, voy a recoger mis cosas.

—¿Cosas?

No tarda demasiado. Shan regresa rodeando el montículo con andar vacilante. Sí que haría bien de zombi en una película. Lleva un hatillo con un asa larga, y unos prismáticos. Ambas cosas parecen secas, pero el espontáneo no repara en ese detalle.

—¿Me acompañas entonces? —dice él.

—Acompáñame tú a mí. —Y Shan emprende la marcha con pasos cortos y nerviosos. Se mueve rápido, a pesar de ir descalza.

—¡Eh, espérame, no me obligues a montarme en la bici!

Va tras ella por una pendiente desfigurada por la vegetación. Se encamina hacia la laguna. Él insiste en que hay menos de un kilómetro hasta el pueblo, pero ella lo ignora una y otra vez. La sigue porque tampoco se está desviando de la ruta hacia Sariñena y porque la china le gusta, aún le debe un beso. Al rato, atraviesan un espartal y se internan entre unos pinos de repoblación que en algún momento perdieron la disposición en forma de jardín que quisieron darle en un principio, aunque aún quedan algunos alcorques, postes y marcas en el camino que evidencian la mano del hombre. Se ve tentando de subirse a la bici, la chica va muy deprisa.

Cuando aparece un cartel en mitad del sendero, ella se hace a un lado y de un salto desaparece por un declive acusado y camuflado por una maraña de matas.

—Es por aquí —la oye decir.

El espontáneo opta por dejar la bici apoyada junto al cartel. El descenso por ahí es demasiado complicado para ir tirando de ella. Ni siquiera logra bajar sin arañarse las manos y agujerearse el suéter. Cae de un salto entre piedras sueltas y se tuerce un poco el tobillo. Un cordón de la mochila se le engancha en una rama seca. Milagrosamente, no se cae.

—Es aquí —le avisa ella, desde alguna parte.

Él avanza encorvado entre las ramas y aparta unos tallos para encontrarse de súbito con un recodo llano y bien resguardado entre las rocas.

—Es aquí —insiste ella, sentada sobre la lona oscura frente a una pequeña tienda de campaña.

—Guau. Vaya rinconcito, Shan.

—Deja la mochila por a... —Y estornuda.

—Jesús. ¿Tienes frío?

—No. Es la alergia. Ven, siéntate a mi lado. —Le pasa la mano a la lona. Las manchas no saltan de todas formas.

Él obedece. Cuando ella se desplaza para dejarle sitio, el espontáneo repara en que la chica no lleva bragas, y le entra la risita tonta.

—¿De qué te ríes?

—De nada.

—Siempre te estás riendo así.

—Sí, mi mamá siempre decía que yo era muy feliz. *No eres tonto*, hijo, me aseguraba, solo un poco feliz. —La barba acentúa la forma en que sonríe, como si fuese la propia barba la que esboza la mueca y no los labios—. Y tú qué, siempre te estás rascando los brazos, ¿qué te pasa, te han picado los bichos?

—No. Nada. Acuéstate. Quítate los pantalones. —Hay cierto hastío en la voz de la chica y es ella misma quien le ayuda con la tarea. Él se deja hacer. Cuando ha terminado, Shan se pone sobre él. Antes de comenzar, sorbe los mocos con tanta fuerza que él piensa que está llorando.

—¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

—Te he dicho que es la alergia. Espera...

Shan se arrastra hasta la tienda de campaña. Antes de que a él le dé tiempo a llamarla y hacer más preguntas, aparece con una caja de antihistamínicos y una botella tan sucia que no se sabe si es el

agua la que está turbia. El espontáneo repara ahora en una mancha rojiza en un lateral de la tienda. Posee la vaga forma de una mano. No se le ocurre que podría ser sangre, piensa que se trata de barro.

—¿Quieres? —le ofrece ella—. Tengo un montón de pastillas. Hice buen acopio de ellas antes de marcharme del pueblo. No soporto esta alergia. Ni en el campo se puede respirar bien.

—No, yo no tomo. —También sorbe mocos, como si eso quisiera decir algo—. Oye, esos anti... lo que sea, son diferentes, ¿no?, ¿son de otra marca?

—Yo que sé. Échate de nuevo.

Tira la cajita a un lado y se acomoda sobre él. Es muy huesuda, su cuerpecito se le clava y se desliza contra su piel a partes iguales, pero desprende un calor húmedo muy agradable, sobre todo en esa zona sobre la que se está restregando. Va muy sucia, pero su efluvio a tierra mojada es intenso y adictivo. Con cada movimiento de Shan, el espontáneo se estremece sin poder borrar su sonrisa bobalicona. Ella junta mucho las rodillas y él se queja un poco cuando le presiona la panza, pero ya está bien, ahora sí, así sí le gusta. Ella contiene las ganas de desollarse las vendas y la piel del brazo con las uñas, destrozadas y largas, puede apreciar él, no entiende por qué se rasca tanto. Solo deja de hacerlo para buscar una postura en la que se acople mejor. Como no la logra, se echa una pizca hacia atrás y comienza a masturbarle hasta que se le pone dura.

—Esta zona es curiosa de veras, ¿eh? Es como estar en otro país, no sé, en una estepa de Asia o...

—¿Nunca te callas?

Lo cierto es que no lo hace. No cierra la boca cuando ella restriega su sexo contra el suyo con una cadencia suave y experimentada. Ni siquiera cuando lo monta al fin e intensifica el balanceo.

—... Lo siento, esto me gusta, es muy *feliz*, pero yo soy a... Ay... Ji, ji, qué bueno... Oye, pero no me has dado el beso...

Es la única vez que ella sonríe de verdad. Una línea de expresión oculta por capas de suciedad y de dolor reprimido. También levanta un poco la barbilla y cierra sus ojos rasgados de una forma que a él le resulta encantadora y que le recuerda a un dibujo animado.

Está a punto de comentárselo a Shan cuando se ve sorprendido por la sacudida creciente de placer. De su boca empieza a salir un bufido. Las gafas se le empañan.

—Espera, no lo hagas dentro... —Rígida y temblorosa, da un bote sobre él y se desliza rápido a un lado. Le sostiene el miembro

un segundo, hasta darse cuenta de que el semen sale sin su ayuda y retira la mano rápidamente. Tiene mejores cosas que hacer, como rascarse el vendaje.

—Ufff... Lo siento —dice él, mirando hacia el infinito—, me ha venido por sorpresa, ¿dónde aprendiste a hacer eso?

—No importa, ha sido muy placentero.

—Me he puesto perdido, sigo pensando que estaría bien darse un baño en la laguna, ¿te he dicho ya que...?

A Shan le da la sensación de que cuanto más habla el espontáneo más le pican otras partes de su anatomía. Como por ejemplo el cerebro.

2.

—... No. No puedo regresar a Sariñena. Me echan en cara lo de mi hija, lo del local, todo. Aún lo hacen.

—Pero no fue culpa tuya, tú misma lo has... —dice el espontáneo.

—Quemaron mi casa, ¿entiendes? Ya no hay leyes allí para gente como yo. Dicen que estoy loca, pero ellos sí lo están. Ellos. Deja este tema. Déjalo ya.

—Bueeeno.

Enseguida contraatacará con otra cosa, le insistirá hasta el hartazgo, es incansable, insoportable, como esa comezón que le devora brazos y piernas, solo que a él no puede rascárselo. No sabe qué hace con él aún. Teme que no pueda quitárselo nunca de encima. Ha sido un insoportable error con barba. Se aparta sin éxito cuando el espontáneo le toca la nariz y le arranca algún tipo de costra.

—En serio, Shan, no quiero ofenderte, pero los dos estamos un poco guarretes, ¿no te parece, eh? ¿Y si nos damos un baño? Anda, venga... Aún no ha caído el sol. Podríamos retozar un poco en el agua, yo te daría... Bueno, yo te daría calor, ji, ji, ji...

La laguna presenta buen aspecto ahora, en eso lleva razón: una lámina azul, reflejos anaranjados que se degradan hasta el horizonte. Le gustaría desaparecer bajo esas aguas sin producir una sola ondulación. Sin dejar «lastro». La última ave acuática (quizá un somormujo) emprende el vuelo, como si quisiera dejarles solos. O como si temiera esos ojos oscuros y rasgados que acechan. Pronto oscurecerá. No hay mucho que hacer aquí. Eso debe de pensar el ave. La misma idea perversa cruza la mente en llamas de Shan. Su

hija se calcinó. Ya estaba muerta, pero su cuerpecito ardió y sin pelito se quedó. Las rimas en español pueden resultar siniestras. Y ella lleva mucho tiempo pensando en este idioma, aunque las imágenes aún se reconstruyen a menudo en su idioma natal, se configuran como gráficas y crueles posibilidades que ondulan como la laguna, hasta perderse en el atardecer.

—... Si casi vas desnuda ya, podrías incluso meterte con ese harapo, yo te podría dejar una muda que llevo. Te quedaría como un saco, pero está limpia y calentita...

La zarandea con frecuencia por el hombro. Ella no soporta que haga eso. No le gusta que la toque. Lo mira de reojo, que no se dé cuenta, que no le pregunte qué le pasa. A Shan le rechinan los dientes, no lo hace adrede. Es como si quisiera morderse a sí misma por dentro y no alcanzara, no alcanzara... No se atreve a mirarlo de frente, en el fondo le da pena ese tipo que solo intenta ser agradable. Debería decirle que se marchase, que siguiera su camino. No hace falta que le dé dinero. Shan no piensa ir al pueblo, y en cuanto a la comida...

Con cada rascada a esas vendas manchadas de pus, Shan reprime el impulso irracional que le roe el cerebro, esa angustiosa necesidad de aullar y de...

—Se está haciendo muy tarde —dice él—. No sé si encontraré a los del rodaje y me va a tocar dormir en cualquier parque del pueblo. Tu tienda de campaña parece acogedora, ¿qué opinas?

No le mira, y como tampoco le responde, él la abraza por el hombro. Ella se deja acoger.

La estampa tiene algo de idílico. Desde el caminillo despejado que conduce al mirador, se puede ver al fondo las siluetas de esas dos figuras sentadas, que se abrazan hasta conformar una sola, recortada contra un paisaje de reflejos cristalinos y un astro anaranjado que se diluye en la laguna.

—... Ya sé que acabas de salir de un pozo y todo eso, pero ¿de verdad que no te apetece darte un baño antes?

Las siluetas recortadas se separan un instante. Luego la más pequeña de ellas se abraza de nuevo a la otra, pero de un modo diferente, feroz, que desdibuja por completo la bonita fotografía del mirador.

El alarido espanta a las últimas aves acuáticas en los alrededores.

3.

Apenas es capaz de moverse. A cada intento, un nuevo chorro de sangre brillante riega el camino hacia el mirador. No puede creerse que todo eso esté escapando de entre sus dedos regordetes, más cortos y torpes que nunca. No puede, no sabe contenerlo. La busca a través de las salpicaduras de rojo en sus gafas, exige una explicación que no llegará. El espontáneo se estira como si pudiera alcanzar a Shan, para que no lo abandone, para que no lo deje solo con la muerte.

4.

Ella se arrastra hacia atrás manteniendo las distancias. Que no la toque, que no la toque más. ¿Cuándo parará, cuándo dejará de moverse? Va empapada en sangre y se le sacuden las tripas con el vomitivo sabor metálico que perdura en su boca. Aunque ha escupido el pedazo más grande de carne, nota algo fibroso atascado entre los dientes. Es repugnante. Una intensa arcada la estremece, casi la paraliza mientras ese pobre desgraciado manotea en busca de sus tobillos. Ni siquiera sabe por qué lo ha hecho. Desde que merodea por la laguna, dejarse llevar por sus impulsos se ha revelado como la mejor forma de sobrevivir. En cuanto a las preguntas, a veces la atosigan en la tienda de campaña, como el viento que sacude los flancos de la tela; pero la mayor parte del tiempo son como corrientes que pasan de largo.

El alivio al morderle ha sido intenso, pero momentáneo. La comezón la sigue devorando ahora de una forma difícil de explicar, lo de sus brazos y piernas es superficial en comparación, aunque la piel se le esté cayendo a trozos. Es algo que no se puede explicar con palabras, que solo puedes transmitir al otro mordiéndolo. Y hacerlo ha sido como si un bálsamo penetrase en sus encías y la anestesiase hasta dejar de sentir sus dientes. De hecho cuanto más hundía incisivos y caninos más se propagaba la sensación por el resto del cuerpo y menos costaba apretar y apretar las mandíbulas...

La sensación de desapego del dolor se desvaneció en cuanto el pedazo comenzó a desgajarse, el chorro de sangre salió directo a su garganta y el espontáneo la apartó de sí con un empujón. Eso no evitó que Shan se llevara un tremendo pedazo de su cuello entre los dientes.

Ahora Shan se pregunta si debería volver a morderle. De todas formas se está muriendo. Podría morderle esos dedos carnosos y

rollizos que tiene. Quizá así logre apaciguar durante un poco más la picazón que roe su alma. Pero no, sería como dejarse tocar de nuevo. La sola idea de volver a acercarse a él le repugna. No ha sido buena idea, ha sido un impulso malsano, como besar a alguien que no te conviene. De hecho ha sido más o menos un impulso lujurioso, no pretendía matarle ni mucho menos. Se ha lanzado a su cuello como en un arrebato de pasión caníbal y ha buscado una zona alejada de esa molesta barba, justo tras su mandíbula. Lo de seccionarle la carótida ha sido un accidente.

También siente la tentación de ayudarle. El tipo trata de decir algo, la nuez se le sacude arriba y abajo, cada vez con fugas menos profusas de sangre. Quizá debería taponarle bien la hemorragia... No. Eso no arreglaría nada, es demasiado tarde. Sería como empezar de nuevo con todo este lío, esa tediosa conversación que no conduce a ninguna parte. Al menos intenta pedirle perdón, pero Shan descubre que no puede despegar el paladar, que los dientes le rechinan, que no ha servido de nada, que sigue intentando morder más allá de lo posible.

Cuando se quiere dar cuenta, se han arrastrado a lo largo de buena parte del camino. En este punto es ella ya la única que va reculando. La mirada del espontáneo ya no enfoca hacia ella tras todas esas salpicaduras rojas. Tampoco intenta presionarse la herida ni crispa los dedos aferrándose a la escasa distancia que hasta hace poco los separaba.

Shan se pone en pie con dificultad. Nota las piernas entumecidas, aunque al menos no le pican tanto como los brazos. Se acerca las vendas a la boca y solo así logra liberar un poco la mandíbula y enganchar un pedazo de vendaje. Lo estira con un gruñido, como un perro que juega a tironear un trozo de tela, y experimenta cierto alivio cuando la presión corta un poco el riego sanguíneo.

Mira atrás una última vez. Le da la impresión de que el espontáneo no se mueve, aunque no podría asegurarlo, se encuentra mareada. Sigue su camino, no le interesa su mochila. No le interesa nada de él. Ha sido una equivocación, no debería haberlo acechado con los prismáticos, no debería haberlo atraído al pozo con argucias. Pero sobre todo no debería haber alimentado sus esperanzas.

Shan se deja caer de rodillas frente a su tienda de campaña, asentada sobre el hoyo donde enterró a su hijita calcinada. Toma aire repetidas veces, de manera violenta y rápida. Hace crecer un gruñido en su garganta hasta que la vibración en sus cuerdas

vocales se propaga por sus dientes y estos comienzan a castañetear. Con un chasquido aún impregnado en sangre y restos de tendones, su mandíbula se separa y libera un grito agudo y prolongado que no termina hasta agotar todo el aliento. Acto seguido, toma varias bocanadas más, aparta la lona del claro, arranca las piquetas con furia, vuelca la tienda y clava los dedos en el suelo para luego esparcir manotadas de tierra en todas direcciones.

No parará hasta desenterrarla. Sabe lo terrible que será tener de nuevo los malogrados restos de su hijita entre sus brazos, pero descubre que destrozarse las manos es aún mejor que rascarse o incluso que morder; al principio el contacto con la tierra duele como en mitad de un proceso gripal, cuando cualquier roce molesta el doble que de normal, pero poco después toda ella tiembla desde las manos a la cabeza, y de ahí a las piernas, con un cosquilleo no desagradable del todo.

El agujero excavado es irregular y poco profundo, pero no tardará en dar con el paño con el que la envolvió. Sonríe al acordarse de una nana que le cantaba.

La entona entre dientes. Los dientes muy apretados.

LA VERDADERA AUTORIDAD

1.

Su paseo mañanero termina de manera inesperada frente al tanatorio municipal. Su intención inicial era evitarlo, seguir a lo largo de la ribera del río, internarse por los caminillos entre las tierras de cultivo y luego enfilar pendiente abajo hasta la calle de la Ermita de Santiago, y de ahí dirigirse hacia el Ayuntamiento. La vegetación, por lo demás nada extraordinaria en este extremo oriental del pueblo, extiende sus ramas y raíces en descontroladas franjas cada vez más apreciables alrededor de las primeras construcciones, comienza a brotar con persistencia entre el cemento, y cada año crece como una sombra húmeda y verde que se cierne sobre los tejados. Es un claro síntoma del abandono y la apatía, del progresivo aislamiento en el que se están sumiendo, pero al alcalde no le molesta especialmente la presencia de los árboles y matorrales. De hecho, le encanta embriagarse de la fragancia de los tomillares, le recuerda a las excursiones con la familia por el monte cuando era pequeño; tiempos mejores. La omnipresencia de la vegetación le permite olvidarse, siquiera unos minutos, de que su trabajo es precisamente velar por los pocos servicios disponibles para aquel montón de casas apelotonadas y sus habitantes, entre cuyos cimientos está brotando algo peor que las malas hierbas. Y el rodaje de la película no hace más que empeorarlo.

El alcalde ni siquiera tenía intención de acercarse al terraplén que ataja hasta el tanatorio desde uno de los parques del pueblo. El camino más largo con frecuencia es el más gratificante, y aunque con estos paseos aprovecha para hacer la ronda por zonas clave del municipio, para asegurarse de que todo marcha más o menos bien y que no hay contratiempos con los suministros y servicios concertados, no se le había pasado por la cabeza aproximarse al tanatorio. La falta de personal de mantenimiento y de operarios de todo tipo es flagrante, a pesar de la cantidad de gente del propio pueblo a la que él mismo ha asignado tareas de mantenimiento en función de sus conocimientos, y por eso cualquier vistazo que pueda echarle a los cuatro o cinco servicios disponibles nunca está de más. Pero el tanatorio, ahora de titularidad municipal, es el último lugar al que se acercaría sin un buen motivo, no solo porque desde siempre le hayan dado *yuyu* estos sitios.

Cuando vio el coche fúnebre aparcado a la entrada del camino asfaltado, pensó que ese era un motivo ineludible para acercarse. Aún no ha tenido ocasión de hablar con el nuevo «empleado» de la funeraria, y al alcalde no le gusta que le impongan desde fuera a ese viejo de semblante enfermizo, por mucho que sepa embalsamar. Que un cineasta pueda meter mano de esa manera en su pueblo le pone enfermo, le priva de la escasa sensación de control que aún cree tener sobre cuanto acontece en Sariñena. Embalsamador, encargado de los restos de la antigua empresa de pompas fúnebres, enterrador y hasta actor; solo falta que lo pongan a servir copas o a bailar en la barra de ese club de alterne de mala muerte que han montado abajo en el pueblo y que, mal que le pese, tiene que consentir que exista.

El tipo debía de haber llegado hace poco con el coche fúnebre, porque en el momento en que el alcalde se aproxima a la escalinata de entrada ve el vuelo gris de su chaqueta adentrarse por la puerta lateral.

Respira hondo. Se da cuenta de que le tiembla un poco el pulso, y no está tan cansado por la caminata. Al apoyarse en la baranda rústica nota que esta se zarandea y agudiza la sensación de que tiembla, de pies a cabeza. El jardín que le rodea tampoco anima demasiado; los rosales están marchitos, las diferentes variedades de plantas se enzarzan en una caótica lucha de tallos y hojas, y los supervivientes se retuercen hacia la valla, secos y exhaustos.

Las persianas de los ventanales están echadas. No se está celebrando ningún servicio, pero alguien se tiene que encargar de limpiar y acondicionar las instalaciones, de comprar suministros, de regar las plantas, maldita sea. El alcalde no cree que ese viejo se esté ocupando de todo eso, así que mira por dónde, ya tiene una excusa para dirigirse a él; le preguntará si contrata al servicio de limpieza del Ayuntamiento para echarle una mano por aquí.

Echa un vistazo a la fachada. La encalaron hace poco, pero ahora se ve desvaída, como la mañana, y juraría que lo que se aprecia bajo el alero y bajo el frontón son descamaciones, como si la pared estuviese enferma. También repara en que uno de los faroles está encendido. Han debido de dejárselo así toda la noche, menudo malgasto.

El alcalde entra con decisión. Toma aire y piensa llamar a voces al «encargado», pero el frío que hace en el hall, sumido en la penumbra, le hiela el aliento. Hay cajas apiladas en uno de los sillones, la mayoría de puertas están cerradas, la mesa de recepción no es más que mobiliario vacío y seguramente con una buena capa

de polvo. Con esas plantas de plástico en cada esquina el sitio le recuerda a un hotel abandonado. ¿Quién iba a querer alojarse aquí?, piensa con un atisbo de humor negro.

Del pasillo transversal del fondo, tras la columna, llega ruido. También luz.

Se dirige hacia allá, esta vez con menor decisión. Carraspea por todo aviso de su presencia. No quiere asustar al tipo ese. De todas formas, las suelas de sus deportivas chirrían sobre ese suelo blanquecino y pulido. Se está poniendo enfermo por momentos, le entran sudores fríos.

Sigue la franja gris del suelo con un miedo irracional a perder el equilibrio y caer a los lados. No son las bocas de luz del pasillo las que están encendidas, sino las de la galería a la que desemboca. Califica de mal gusto la decoración del lugar. Las vasijas y horribles esculturas a los lados son cuando menos de mausoleo antiguo, la clase de sitio en la que al tomar aire se te meten las telarañas y la ceniza hasta el esófago.

Asoma a la galería y su saludo queda sofocado por un sonoro golpe que reverbera por la estancia. Al alcalde le ha dado tiempo a ver cómo empujaba parte del féretro dentro del compartimento. Le parece que esas no son formas de tratar el equipamiento del tanatorio. El empleado de pompas fúnebres le desafía con un único ojo abierto. Ninguno de los dos abre la boca durante unos segundos, a pesar de que la bóveda ha dejado de retumbar.

—No... —Traga saliva, la voz al menos no debe temblarle—. No nos presentaron adecuadamente en su momento, y he visto el coche fúnebre a la entrada y...

La luz blanquecina encanece aún más el pelo del empleado; realmente es un anciano de edad indefinida. Podría tener 70, quizá 100 años. Cuando se yergue, el halo de su sombra hace que su presencia sea tan imponente como la de cualquiera de esas columnas. Su expresión es tan cenicienta que no parece más vivo que cualquiera de esas horribles estatuillas con forma de ángeles. Curiosamente, es su ojo entrecerrado, con un peculiar brillo rojizo como la sangre, lo que hace pensar que hay algo de vida que fluye por las venas de ese tipo.

No se mueve, no pestañea. Y no va a ser él quien se acerque a estrecharle la mano. En fin, ¿quién necesita seguir el protocolo?, se dice el alcalde.

—... ¿Qué le ha pasado en el ojo?

—Un accidente.

—Ya... En fin, quería preguntarle si necesita algunas chicas de la

limpieza para que echen una mano por aquí. Hay mucho polvo, ¿verdad?

El anciano niega despacio. El alcalde no sabe si se refiere a que no necesita servicio de limpieza o a que no hay tanto polvo.

—Bueno, de todas formas lo comentaré con las chicas, es importante que todo esté bien acondicionado. Me imagino que del resto de cosas..., en fin, de donde se embalsama y todo eso..., err..., que de eso ya se encarga usted, ¿no es así?

Un asentimiento, como un crujido de pergaminos.

—De acuerdo, pues. Eeh... —Al alcalde le gustaría tener cerca una columna donde apoyarse, las rodillas se le sacuden bajo el chándal; y le dan grima esos nichos de exposición del muro, no los tocará ni loco, aunque solo sean las plaquitas, ¿y si viera su nombre inscrito en alguna?—. Ah, sí, por cierto, ¿tienen que grabar por aquí?, he oído algo de eso por el pueblo, ¿queda mucho para que termine el rodaje?

No debería hacerle más de una pregunta seguida.

—No depende de mí.

Casi habría preferido que no le contestase. Su voz de cripta parece provenir de alguno de los compartimentos donde guardan los ataúdes, como en un ejercicio de ventriloquía.

—Pregúntele al director —añade con una mueca, una grieta en su tez cenicienta. De su boca sale vaho.

Sí, al dictador con pantalones de Rambo le voy a preguntar, piensa el alcalde.

—Ya, sí, bueno...

El alcalde da media vuelta, en realidad porque necesita cambiar de postura, se está quedando tieso, pero luego encara de nuevo al anciano y se fija en el borde del féretro que asoma un poco, quizá porque al meterlo tan de golpe ha rebotado contra el final del carril. El alcalde nota que el tipo se da cuenta de que lo observa, y retuerce mucho los dedos de la mano izquierda, solo los de esa mano. Podría ser un tic. De lo que no se da cuenta el alcalde es de la esfera plateada que flota en tensión sobre su propia cabeza, ni de lo cerca que está de morir.

¿Qué le vas a preguntar, por Dios, qué estás a punto de preguntarle?

Se da cuenta de que la situación es absurda, de que en realidad el alcalde no tiene potestad alguna en lo que respecta al rodaje y que, por lo que a él respecta, le gustaría que el tanatorio se cerrara para siempre, aunque sabe que eso no es posible. Lo que sí hará, diga lo que diga este viejo tuerto, es llamar a las de la limpieza.

—... En fin, me esperan en el Ayuntamiento. Siento ser tan poco protocolario, señor...

—Angus —responde el anciano, la esfera oscila de manera casi inapreciable, excepto para él, para su único ojo abierto, que lo abarca TODO.

—Bien, pues me marcho ya...

El alcalde hace ademán de marcharse. La esfera se contiene ahí arriba.

No se termina de marchar, da media vuelta de nuevo. El anciano cierra el puño, los nudillos se marcan con huesos del color de la ceniza, no parece haber piel en torno a ellos.

—... A propósito, procure apagar todas las luces, ¿de acuerdo? Hay un farol encendido ahí afuera —añade, modulando la voz con el acopio de la poca autoridad que le queda en este pueblo—. Es importante ahorrar energía, ¿lo entiende? ¿Se va a quedar mucho por el pueblo?

Nuevamente el anciano se encoge de hombros ante ambas preguntas.

—Bien, si lo hace entenderá que las cosas van así por aquí. Nuestros recursos son escasos. Que tenga un buen día, Angus. ¡Ah! Y cuídese ese ojo.

El empleado de pompas fúnebres no le devuelve el saludo, pero el alcalde tampoco le da opción a que lo haga. Se marcha deprisa por el pasillo, conteniendo las ganas de salir a la carrera. Las zapatillas deportivas le delatarían. En el hall se le pasa por la cabeza echar un vistazo a la capilla o al resto de salas, pero el molesto zumbido que proviene de alguna parte indefinida del techo lo está volviendo loco.

El alcalde baja la escalinata a trompicones, dirige una última mirada atrás, a los ventanales del tanatorio, sin ser consciente de que en realidad es a él a quien le echan el último vistazo; un primer plano detallado, hasta los pelos de la nariz, antes de que retome su paseo matutino. Esta vez a la carrera.

2.

El ojo seccionado aún se le mueve con frecuentes sacudidas tras los jirones de párpado, adheridos entre sí por los fluidos del glóbulo ocular que rebosan como lágrimas de sangre. Aún lo utiliza, aún observa a través de ese ojo destrozado como por las zarpas de una bestia.

El hombre gris permanece impasible ante el féretro cuyo extremo sobresale unos centímetros de su depósito. Se diría que aguarda a escuchar los gritos de la chica que hay en su interior, que sopesa sacar el féretro y abrir la mitad superior de la tapa o incluso que de algún modo es capaz de contemplar ese rostro inconsciente a través de la superficie barnizada. En realidad, la mayor parte de su atención está concentrada en el alcalde, allá fuera; está esperando a que se aleje lo suficiente del tanatorio, de su funeraria. No quiere problemas con él, no de momento. Al hombre gris se le acumula el trabajo, y si hay algo parecido al estrés que pueda deducirse en su comportamiento, lo vemos en ese continuo crispar de dedos, ese brazo estirado y más rígido de lo habitual.

Por lo demás, el hombre gris no se toma especial prisa en abandonar la galería para dirigirse a la sala de embalsamamiento. Sus zancadas son largas, pausadas; su caminar es sigiloso como una sombra alargada. Es su mente la que va al galope.

Si el alcalde no se hubiese marchado de forma precipitada, si hubiese recorrido ese mismo trecho oscuro de corredor hasta la puerta revestida de metal y hubiese asomado las narices a la sala de embalsamar, desde luego habría hecho algo más que llamar al servicio de limpieza. O al menos lo habría intentado.

Los cadáveres de los enanos se encuentran amontonados alrededor del cubo de basura y junto al armarito, cuyo interior hace tiempo que dejó de estar esterilizado. La forma que tiene esa gente de dejarles «preparados» los cuerpos es tan descuidada que el hombre gris gruñe, despide gases tóxicos como si fuera un dragón. Incluso abre la tapa del cubo para asegurarse de que no han metido dentro a ninguno. Al menos todos llevan sus túnicas de atrezo. Eso facilitará las cosas, no está aquí para vestir muñecas, y aun así le llevará su tiempo. Son bastantes, piensa con una sonrisa macabra, aunque al mismo tiempo su espigado cuerpo se tensa, su ojo malherido se remueve frenéticamente; tiene la consciencia dividida en tres lugares a la vez. Le fastidia ese lastre, esa pesadez del tiempo secuencial. Debe acabar el trabajo con los enanos, alimentar a los demonios, atender las demandas del equipo de rodaje... Y luego está lo de la chica, el plato fuerte. Sus manos se encuentran enredándose en su lacio cabello oscuro, acariciando su mentón... No, está aquí, sujetando la capucha del enano. Las realidades se solapan, no es como ver el futuro, sino como vivir en una continua anticipación.

Pero ella, Cristelle, puede y debe esperar, le ha dejado la tapa entreabierta y con un remate para que no se pueda sellar; no morirá

asfixiada y tampoco podrá salir aunque despierte, porque el depósito donde ha metido el féretro es demasiado estrecho. Incluso puede que cuando abra los ojos y se encuentre atrapada le dé otro ataque y vuelva a perder la consciencia. Sí, desde luego la urna puede esperar, pero el hombre gris no tanto. Desea comenzar ya, la chica es algo más que carnaza barata de sacrificio, es una increíble fuente de energía. Se le eriza su cenicienta piel solo de tenerla en sus pensamientos, tan cerca, a pocos metros de esta sala. Ella es justo lo que necesita el portal.

Justo lo que necesita él.

Arrastra por la capucha el cadáver de uno de los enanos. Lo hace así no porque pese, sino porque no quiere mancharse. En efecto, el cuerpo deja tras de sí un reguero negruzco y reseco. Tal vez sean heces. Le va a tocar tapar los orificios de esos cadáveres. El olor a bálsamos y formol no disimula del todo el hedor que desprenden algunos de esos cuerpecitos achaparrados. No hay nada de bello o artístico en la muerte: siempre huele mal.

Deja el cuerpo sobre la camilla metálica. Una mueca de desagrado cruza su avejentado rostro. El enano necesitará algunos puntos y está algo hinchado, quizá deba vaciarle los pulmones con el trocar también. El hombre gris da media vuelta y sin despegar los pies del suelo se estira, de una forma que haría crujir los huesos de cualquier anciano normal, hasta atraer hacia sí la bandeja con las tijeras y otros utensilios. Lo que parece una pátina de oxido alrededor de la mesita con ruedas es en realidad una capa de grasas y fluidos corporales aún pegajosos. El panel segmentado de luces en el techo parpadea como en algún sórdido quirófano clandestino. La ventaja es que aquí el «paciente» ya está muerto, no podrá quejarse de que las cánulas estén en mal estado, de que las jeringas hipodérmicas estén siendo reutilizadas o de que los tubos de la bomba inyectora sean marrones y no transparentes.

Espera que a los demás enanos no sea necesario abrirles a la altura de las costillas; normalmente el proceso es rápido, basta con sellar las cavidades, masajear un poco la anatomía para paliar la rigidez y luego extraer toda la sangre. No se molesta en realizar un limpiado exhaustivo de gérmenes, y si el cuerpo no presenta daños importantes apenas son necesarias un par de incisiones, en la carótida y la yugular. Extraer toda la sangre es lo fundamental, contiene mucha información, mucha energía que se contrapone a la de los nuevos huéspedes. Sin duda, la parte más desagradable es cuando hay que vaciar las vísceras. Eso no suele ser necesario aquí tampoco. El hombre gris ha dado con la mezcla idónea de bálsamo,

con ella los cuerpos aguantan bien la súbita descarga de vida cuando la nueva consciencia se instala en ellos, aunque no es la primera vez que alguno ha reventado y lo ha empapado todo de químicos tóxicos; no es recomendable que los demonios se queden demasiado tiempo por aquí.

Le fastidia el proceso, es repetitivo, sucio y nada bonito. Normalmente los cuerpos revividos presentan el rostro hinchado y deforme. Al fin y al cabo, su trabajo no consiste en que el cadáver quede presentable, sino que sea funcional, que satisfaga siquiera durante unas horas las apetencias carnales de esas criaturas. Para tales propósitos, el vaciado de sangre y la sustitución por la mezcla para embalsamar suele ser suficiente. El resultado no ha de ser estético, lo de recrearse en la muerte lo deja para todos esos directores de cine morbosos y para su público ávido de monstruos y de vísceras. Pero por rápido y simple que lo haga, trabajar con cadáveres siempre salpica, no tiene más que mirar alrededor; aunque el hombre gris no suele hacer mucho ruido cuando camina, cuando lo hace por el suelo de esta sala sus suelas se adhieren a los restos de sus anteriores pacientes. Es un sonido pringoso que rebota en los muros desnudos del cuarto de embalsamar. El sumidero rezuma podredumbre y gases venenosos. Y hay manchas de resinas por todas partes. Es un espectáculo repugnante, incluso para alguien que ahora se dedica a enterrar a los muertos y a vaciar cadáveres. Quizá sí que deberían limpiar un poco por aquí. Y hay quien pagaría por verles las caras a las empleadas de la limpieza.

No, la muerte del cuerpo físico no es en absoluto agradable. Es un lastre más, una ignominiosa carga, al igual que el tiempo.

Antes siquiera de acabar de extraerle los fluidos y reemplazarlos de manera descuidada por la solución para embalsamar, el hombre gris ya se está proyectando en su mente con el cauterizador eléctrico; se ve a sí mismo cerrando a toda prisa los agujeros en el maltrecho cuerpo del enano, arrojándolo al bidón y llevándolo a la sala del portal. Se ve con la chica. Su mente va demasiado rápido, se proyecta en actividades menos apremiantes y más placenteras; le frustra esta existencia a cámara lenta. No es solo que quiera acabar muchas cosas de manera rápida, es su cuerpo acartonado el que no acompaña siquiera con un buen ritmo. Está a punto de arrancar una manguerita que se le enreda en la pierna. Está a punto de gritar. La frustración hace que le palpite el ojo herido, que le supure un hilillo carmesí. Y pensar que tendrá que repetir este proceso con siete enanos más...

Espera que al menos los demonios estén a la «altura».

Las carcajadas del hombre gris retumban en su pecho. Son como una tos ronca y quebradiza que se acaba apagando con un siseo burbujeante. El malsano sonido eclipsa al ruido de las máquinas. Podría dar la impresión de que el anciano está enfermo, incluso moribundo.

Nada más lejos de la realidad.

ENFERMOS

1.

Le pasa cada vez más a menudo. La vista se le desenfoca y sus pensamientos se pierden entre borrones nebulosos. Y a veces le cuesta volver a enfocar, rescatar su atención del deprimente escenario que se desdibuja ante sí.

No se trata de un problema de salud (aunque puede que sí de salud mental); es decir, para sus cincuenta años de edad, el alcalde se encuentra en forma y, sin embargo, siente que las fuerzas le abandonan. Nunca ha sido una persona introspectiva, pero ahora con cada vez mayor frecuencia se adentra por vericuetos mentales que no conducen a ningún lugar.

Y ya que hablamos del tema, no cabe duda de que el pueblo está enfermo, pero el alcalde no ha comprendido aún en qué medida, hasta que su «concejal» (un título tan honorífico en Sariñena como el de autodenominarse «alcalde») le ha hecho reparar en ello, le ha obligado a mirar más allá del deterioro de los edificios o de los remolinos de basura que arrastran las corrientes de aire.

Desde la desangelada terraza de la cafetería se distingue buena parte de la fachada del edificio de piedra arenisca que contiene el Museo de la Laguna (cerrado, como la mayoría de los edificios con solera del pueblo). Anacronismos como ese solían armonizar bien en los pueblos pequeños, aunque las construcciones más modernas de alrededor poseyesen una apariencia sosa y repintada en comparación. Ahora, el deterioro y el abandono ha homogeneizado todo en buena medida: similar color ocre en muros descascarillados, ventanas selladas, silencio enrarecido.

Un proceso similar puede apreciarse en las personas. Si en las grandes ciudades la maltrecha clase media se ha ido vistiendo con una mediocre pero resultona ropa de grandes superficies low cost, en pueblos desahuciados como Sariñena la gente se ha convertido en sí misma en un anacronismo: vestimentas deslavazadas, reutilizadas hasta rasgarse por la mitad; peinados difíciles de ubicar en una tendencia o década concretas. Esa persona que está cruzando ahora la calle, por ejemplo. El abuelo con la típica boina y el bastón ha desaparecido. En su lugar verás alguna figura encorvada y gris, y no sabrás si es viejo o joven hasta que su mirada apática se cruce con la tuya, suponiendo que no esté pendiente de

alguno de esos aparatos móviles de última generación, que de alguna insidiosa forma consiguen aparecer en las manos de hasta el último salvaje de la jungla más recóndita.

Con todo, el síntoma más preocupante no se encuentra en la estética. Y la pobreza puede incluso ser tolerable. No están desnutridos. Los remanentes de lo que fueron los planes de regadío de la comarca han permitido que numerosos cultivos sigan adelante. Hay personas que con menos viven felices. Pero no es solo eso. Al alcalde le recuerda a la capa de óxido de una bicicleta abandonada; hay una capa similar en torno a la boca y los ojos de la gente del pueblo, puedes verla extenderse si te fijas bien. Su concejal está en lo cierto, muchos han aceptado que ya no sirven, que no hay esperanza. Podrían acurrucarse en un callejón o incluso en sus casas (no hay apenas diferencia, son igual de frías) y dejar que con el tiempo esa capa les consuma.

El alcalde ha intentado estimular la economía local, generar incentivos, empleo, trueques, alternativas. Pero cada vez está más convencido de que su error ha sido precisamente seguir viviendo a la sombra de las ciudades, de las corporaciones que se han ido desentendiendo de los núcleos de población más pequeños. En Sariñena no han intentado crear una ecoaldea, una cooperativa autosuficiente ni nada parecido; se han limitado a seguir pagando rentas a los suministradores de servicios a cambio de una existencia subsidiaria en todos los sentidos. Creía que le estaba haciendo un bien al pueblo facilitando los suministros de electricidad, gas, combustible para los viejos motores (la mayoría), facilitando tratamientos selvícolas y de desinsectación, servicios básicos como limpieza de alcantarillado, un centro de salud más o menos funcional, farmacias, agentes de seguridad, servicios de repartos, disponibilidad de talleres, acceso a distribuidores de material diverso, una biblioteca, una línea de autobuses cada tres horas, alquiler de bicicletas y hasta un puñetero vendedor ambulante de lencería erótica. Y por supuesto también tienen un tanatorio... Todo eso ha logrado él y su «equipo». Pero ¿a qué precio?

El sistema los ha desechado y a la vez los mantiene a un alto coste. Y comienza a sospechar que es al propio sistema al que le interesa que la capa de óxido se extienda.

Pero, como su buen amigo le ha hecho constatar, no es «óxido» lo que está proliferando en Sariñena. Tampoco mera desidia. Es lógico que cualquier joven con sueños de ser artista, científico o con aspiraciones de prosperar de algún modo se pudra en el hastío y la mera subsistencia a la que todos los habitantes que no se han

podido marchar se ven constreñidos cada día. No se trata de desesperación, sino de locura. Los señores feudales no han venido esta vez a cobrar los impuestos ni a explotar sus cosechas. Han venido a enfermarles.

A matarles.

—Podría ser el agua embotellada, no lo descarto —dice el concejal. Se le ha pegado espuma del café al descuidado bigote que hace tiempo se convirtió en descuidada barba—. Pero mayormente sospecho que han sido las últimas partidas de fármacos. Los antihistamínicos.

El alcalde va a replicar. No encuentra las palabras. Fármacos para la alergia casi gratuitos para todo el mundo, otro de los maravillosos logros de su gestión. Bebe un sorbo de su café. Le sabe más amargo de lo habitual.

—¿Efectos secundarios? —logra decir el alcalde, tragando algo atascado en su garganta.

El concejal niega enérgicamente. La taza del alcalde amenaza con desbordar cuando trata de sostenerla en alto.

—La necrosis no es un efecto secundario de eso, o al menos no debería. Además, se supone que es la misma mierda para la alergia que le dan a todo el mundo. Eh, tranquilo... —Le ayuda a dejar la taza sobre la mesa—. No es culpa nuestra. Hemos sido un poco lentos a la hora de reaccionar ante los síntomas, pero...

—¿Un poco lentos? ¿Un poco?

El alcalde se queda mirando fijamente a un muchacho que se lava las manos en una fuente y que luego bebe de ella. Se le pasa por la cabeza levantarse y dar gritos como un lunático: «¡No bebas, no sigáis bebiendo, está todo contaminado! ¡Estáis todos contaminados!». Da lo mismo que se trate del agua o de los fármacos, a estas alturas no sabe cómo afrontar la crisis y tampoco cuenta con medios para ello. Se le está formando esa bola espesa de mocos en la garganta de nuevo. Aunque este café no fuera tan horrible, tampoco podría tragarlo.

—¿Tú no tomas antihistamínicos, verdad? —le pregunta el concejal.

El alcalde, distraído, sorbe por la nariz con fuerza. El otro se da por respondido.

—Yo tampoco —sigue diciendo con excesivo énfasis, como quien niega haber sido mordido por un zombi—. Escucha, como mínimo hay que dejar de darle a la gente esa porquería, aunque creo que es adictiva. ¿Cómo ves lo de llamar a la distribuidora y pedir una partida diferente? Aunque primero habría que exigir

algunas explicaciones...

—¿Explicaciones? —casi solloza el alcalde. El título nunca le ha venido tan grande como en este momento. Y es incapaz de reconocer que su primer pensamiento cuando todo esto comenzó fue el de marcharse bien lejos de aquí. Si la conservara, su familia se habría largado hace tiempo. Ya se habría cuidado él bien de eso.

—Sí, ya me imagino. Pero es que... —El concejal llama al camarero chasqueando los dedos. Como si las llamaran a ellas, una horda de palomas malformadas se acercan.

Otra vez esa sensación, la mirada desenfocada, primero en las palomas, luego en el delantal del camarero. Es una de las pocas personas en el pueblo que lucen una prenda tan blanca, aunque con demasiadas manchas. En Sariñena ya no se habla de imagen ni de protocolos. Tampoco de modales.

—Pago yo —dice el concejal.

—¿Vas a querer otro lote de diarios en papel? —le pregunta el camarero al concejal—. Puedo conseguírtelos.

—No, gracias, esta semana voy a consultarlos online.

El camarero se marcha sin despedirse, la misma mueca agria que cuando no le dejan propina.

—Eh, alcalde, vuelve a la Tierra —le da unos golpecitos en el hombro, le tira de la manga para reclamar su atención.

—¿Eh?

—Te estaba diciendo que tienes que acompañarme. Hay algo que debes ver. La necrosis es únicamente uno de los síntomas.

En efecto, el verdadero problema está en lo que no puede verse por fuera, lo que la cámara no puede mostrar en un morboso primer plano. A menos, claro está, que la cámara se encuentre en la propia mente del espectador, proyectando sus turbias fantasías.

2.

Como si se tratase de un taxista que le lleva adrede por la ruta más larga y enrevesada, el concejal enfila por una serie de cuestas empinadas y estrechas que no parecen tener salida. Asfalto agrietado, muros desconchados de fachadas enfrentadas que se inclinan unas contra otras, cables del tendido eléctrico que se comban a una altura poco prudente, portales hundidos en las sombras y en la basura, vehículos perpetuamente estacionados en los desvíos, los cuales se abren hacia escaleras accesibles solo para cabras, hacia recodos invadidos por los escombros y hacia

improvisados accesos entre las puertas delanteras y traseras de casas deshabitadas. Aunque el alcalde se conoce de memoria cada rincón de la Sariñena que fue hace unas décadas, y se supone que también de la que es ahora, constata hasta qué punto su mirada se ha estado desenfocando de la realidad, y en más de un sentido; no reconoce esos toldos ajados, se sorprende al ver tapiadas algunas de las puertas, no recordaba que se pudiese atajar por esa otra callejuela, ¿de verdad ya no vive nadie en ese edificio? ¿Quién murió en ese cruce, por qué hay una corona de flores ahí?

Montados en la motocicleta biplaza, la sensación de velocidad es mayor por lo laberíntico del recorrido. El concejal se desenvuelve con soltura sin soltar el acelerador, pese a que las cuestas son empinadas y cuesta mantener el ritmo. Ayuda el que no se vea un alma por aquí, a lo sumo un gato de mirada suspicaz desde lo alto de una tapia carcomida. Es como pasear en una enorme atracción de feria abandonada, toda para ellos. El zumbido del motor eléctrico produce un sonido peculiar en las callejuelas, como una maquinilla que intenta afeitar los muros. El alcalde está a punto de preguntar a dónde se dirigen, que por aquí no se va al cementerio, o eso cree, ya no se siente seguro de nada.

Esta vez no se equivoca. Al cabo de unos minutos desfilan a una velocidad más moderada, lenta incluso, hacia el esqueleto de unos edificios que se quedaron a medio construir, dos calles por detrás de la iglesia. El perímetro del cementerio no está lejos, pero es cierto que no van hacia allá, lo cual le preocupa, porque el concejal le ha hablado de una fosa.

Se detienen. El concejal ni se molesta en estacionar la motocicleta biplaza. La deja en mitad del camino.

—Es por aquí.

Se abren paso entre una valla agujereada. El solar está poblado de una exuberante maraña de matorrales que gozan de muy buen color, casi como si los regaran a conciencia. El concejal le guía hasta un murete de granito medio derruido y le agarra del brazo antes de que caiga al otro lado.

El alcalde se tapa la nariz, pero lo más perturbador es la visión. Aparte de un persistente olor a barbacoa encendida con productos químicos, el socavón en mitad del solar vecino no invita de por sí a la náusea. A no ser, claro está, que te asomes.

—Dios, ¿qué es esto?, ¿qué ha pasado aquí? ¿Por qué no me lo habías contado?

Al concejal le abruma que le haga tantas preguntas seguidas.

—No sé. Ahora mismo no sabría darte una respuesta concreta.

—Eso de ahí... Joder, ¿hay más de uno?

—Dos.

Ahora sería un buen momento para desenfocar, para que los ojos se le llenasen de lágrimas y se emborronasen esos cuerpos carbonizados, enmarañados en un abrazo imposible de fibras ennegrecidas. Las tripas se le remueven en un centrifugado de ácidos y desayuno mal digerido. Se aparta del agujero. Su amigo le sostiene por el codo cuando el alcalde pretende desviar la vista hacia las ramas de los árboles y se marea.

—Cuidado, hombre.

—¿Qué ha pasado aquí, quién ha hecho esto, pero quién...? —se contiene antes de seguir escupiendo preguntas.

—Es cosa del párroco y de sus feligreses. Han empezado a decir que están malditos y disparates así, que por eso no los van a enterrar en el cementerio. Que esta fosa está cerca de la iglesia y que con eso es suficiente. ¿Puedes creerlo? Al menos han optado por la quema.

—Pero ¿cuándo? ¿Quién está ahí abajo, por Dios? —El alcalde hace ademán de asomarse de nuevo. Se lo piensa mejor. No va a reconocer las caras, es absurdo. Tampoco desea saberlo.

—¿Qué te pensabas, que estaban quemando ramas en los campos? Despierta de una vez, alcalde. Es por la enfermedad. ¿Sabes por qué están estos dos aquí abajo?

No responde, da igual. El concejal ahora parece un criminólogo. Está embalándose.

—Intentaron morder.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Son brotes, dicen. Algunas de las heridas en los brazos de la gente se las hacen a sí mismos, mordiéndose, pero otras no. Y por lo visto algunos prefieren morder a los demás.

—Pero...

—Mira, te digo cuanto sé: hay numerosos casos de necrosis, no sé cuántos, pero muchos, y desconozco si van acompañadas necesariamente de agresiones; de ser así, tenemos un problema doblemente grave. —Señala hacia el socavón respirando hondo—. Por lo visto, hubo una pelea de las gordas. Estos de aquí abajo son la madre y el hijo. Ella es Fran...

—No, no me lo digas —le corta el alcalde. Tiene miedo a no conocerles, a haberles olvidado.

—Bueno, vale, pero hay que hacer algo. Se está formando una especie de culto apocalíptico en torno a esto que no me gusta nada.

—¿En la iglesia?

—No, en el puticlub... ¿Tú dónde crees? La gente ya no va a la parroquia los domingos para escuchar los mismos sermones carentes de sentido de siempre, para eso ya tienen los mítines de la tele. Se están congregando allí porque son como un grupo de leprosos que reciben consuelo, y a saber las historias que les está metiendo en el coco ese borracho chalado.

El alcalde sorbe los mocos, busca un pañuelo entre sus bolsillos sin encontrar ninguno limpio. Se le ocurre la loca idea de que esto es una lucha entre la industria farmacéutica y la de los pañuelos de papel, ¿quién se impondrá? Comienza a divagar, los ojos le lagrimean.

—Deberías ir al dispensario, no estás bien —le dice el concejal —, pero ni se te ocurra tomar antihistamínicos. Ni nada que nos hayan traído en los dos últimos meses.

—No, descuida, nunca me han atraído las drogas, ni siquiera el tabaco.

—El fumeteo está demasiado caro, es más fácil envenenar a la gente con el agua o con las medicinas, especialmente en un caso de alergia colectiva.

—¿No te recuerda a los casos aquellos de la droga caníbal?

—Sí, era la metilen..., no sé qué. Lo tengo apuntado por ahí. Lástima que no tengamos un laboratorio como Dios manda para averiguar la composición de los antihistamínicos. —Se ajusta bien las gafas y se queda mirando con fijeza a su amigo—. Y bien, alcalde, ¿qué opinas? ¿Qué vamos a hacer? —Ahora es el concejal quien hace más de una pregunta a la vez.

—Estamos jodidos.

Y durante casi un minuto, el concejal asiste perplejo al mutismo, a la más absoluta indiferencia del alcalde, hasta que este finalmente se saca el teléfono de la chaqueta, a cámara lenta, y lo observa, como si tener el aparato delante de los ojos fuese a solucionar algo.

Cualquiera diría que está fotografiándose.Haciendo una especie de *selfie* de su depresión.

—Venga, sal de ahí y vámonos ya a casa. —Susana se estaba impacientando, su voz se volvía chillona por momentos.

Rai no se separó del volante. Esa chatarra de camioneta no parecía tan impresionante sin los neumáticos. Susana le observaba como si se hubiera metido en un coche de juguete, y eso que no hacía tantos años que los dos jugaban ahí dentro. Entonces este lugar les resultaba un verdadero parque de la diversión, un refugio secreto, una casita de chatarra y herrumbre. Y seguía poseyendo su encanto, con toda esa vegetación que había crecido alrededor, con esa lona entretejida en los espinos que le daba una forma de camuflaje a la parte posterior de la camioneta, y con todas esas cajas y otras piezas de metal del mismo color enrojecido que se habían ido incorporando con el paso del tiempo. Pero ya no era lo mismo. Su hermana tampoco era la misma.

—Rai... —insistió.

—Te digo que no, aún no. Hay que hacer algo.

—Sí, pero ¿el qué? —dijo Dani con tono cansado. Al menos era el único que se tomaba algo de interés, el brazo apoyado en la ventanilla sin cristal, como un colega que se detiene a hablar con su amigo cuando este pasa con su cochazo.

—Os lo he dicho, es Angus, el hombre gris, él ha empezado todo esto. No os podéis imaginar las cosas que me dijo...

El viento nocturno se colaba con insistencia por todos los rincones de esa cabina abierta, producía silbidos a través de los conductos del salpicadero, susurros, crujidos y golpeteos coreados por las ramas y la tierra acumulada. La voz afectada del chico perdía presencia y convicción ahí dentro. Era solo un niño obstinado en su cochecito de juguete.

—Sí, vale. El hombre gris como tú lo llamas. Pero si no sabemos ni dónde vive, habría que ir a la funeraria o algo así, ¿y qué pruebas tenemos?

Dani sonaba razonable, era buen chaval, después de todo. Mejor que su hermana. A Rai le gustaría que le convenciese, irse a dormir y olvidarlo todo. Ojalá pudiera. Aún olía en su propia ropa el hedor sulfuroso del enano encapuchado.

—Dejadlo ya —dijo Susana, siempre de brazos cruzados, a varios pasos de la camioneta, siempre a punto de marcharse—. Si queréis ir de salvadores del mundo, mejor id a la Policía.

—¿Y qué les decimos? —saltó Rai—. Lo único que tenemos es una túnica de monje enano y un charco de grumo amarillento. Sí, claro, y el

cuchillo que le clavé. No, gracias.

—A eso me refería con lo de las pruebas —dijo Dani—. Primero: esto es muy raro; segundo: ¿cómo sabes que es cosa de Angus?; y tercero: aunque lo fuera, ¿qué se supone que vamos a hacer?

—No ser un cagao, para empezar.

—Pero Rai...

—Además, no paráis de preguntarme que cómo lo sé, pero yo lo sé, yo sé que es el hombre gris quien tiene la culpa de todo lo que está sucediendo en Cadalso. Desde que llegó, la gente está medio loca, pasan cosas raras con los relojes y... y... ¿qué me decís del idiota que me quería pegar?

—¿El chico ese de...?

—Sí. Ha desaparecido, ¿eso también es casualidad? Le hablé a Angus de él, me dijo que lo arreglaría, y... ya no está... A lo mejor lo ha convertido en un enano asesino de esos.

Susana resopló y eso irritó más a su hermano.

—¿Qué pasa? ¿Es que no tienes ojos? ¿No has visto lo que ha pasado esta noche?

—¿El qué, un enano que ha desaparecido? Pudo haberse escondido mientras discutíamos.

—¿Ah, sí? ¿Quieres que volvamos al cementerio a ver si hay huellas? ¿Quieres probar un poco de ese charco amarillento? A lo mejor sabe a natillas.

—A lo mejor te measte tú del miedo, imbécil.

—Parad, parad los dos —intentó mediar Dani. Sin éxito.

—Si no queréis acompañarme iré yo solo, me da igual, pero pienso averiguar qué está sucediendo, hay que... tomar ventaja; no me voy a ir a dormir después de lo que ha pasado.

—Pero es peligroso, Rai, lo mejor es que esperemos, vuestra abuela se va a preocupar y...

Rai negó efusivamente. Le fastidiaba que mencionara a su abuela. Se agarró al volante como si estuviera a punto de arrancar. De fondo se escuchó murmurar a Susana algo sobre los mosquitos.

—... no sé, quizá no sea mala idea lo de llamar a la poli, inventarnos algo para que al menos lo investiguen. ¿Y tú qué vas a hacer aunque descubras algo?

Rai no respondió. Cerró con fuerza la boca.

—Joder, Rai, ¡es que esto es demasiado raro!

—Sois unos cagaos. A la mierda. Déjalo, iré yo solo.

El chico salió por el otro lado, donde no había portezuela.

—¡Rai, espera!

—Deja al mocoso en paz ya...

—Sí, como que a tu abuela le va a hacer mucha gracia esto si se entera, ¿estás loca o qué? Además, es peligroso...

Cuando Dani intentó rodear el vehículo y alcanzar al muchacho, este salió a la carrera y saltó la barrera de arbustos. El novio de su hermana intentó imitarle, pero se enganchó con una varilla de aluminio enroscada que a punto estuvo de ensartarle el brazo.

—¡Rai, no vayas! —Dani se volvió desesperado hacia Susana, liberándose del enganchón—. No podemos dejarlo ir solo, joder. ¡Susana!

—Ufff...

—¡Vamos! —La agarró de la manga.

—Pero no pienso entrar en la funeraria.

—Vale, pero vamos. ¡Rai! ¡RAI! ¡Espéranos!

No lo hizo. Para cuando enfilaron por la serie de desniveles que rodeaban el irregular perímetro del cementerio, el chico ya les había tomado suficiente ventaja. De una fractura en el cielo denso y nublado descendía un rayo de luna que daba la sensación de ser demasiado brillante, poco natural.

Señalaba la fachada de la funeraria como un gigantesco foco.

LA QUIERO VIVA

1.

Los murales están muy logrados, no se nota demasiado que son de corcho. En algunos hasta han colgado flores. La forma de hileras de nichos de esos paneles impresiona, sobre todo con esa luz blanquecina y onírica que le persigue allá donde va. Además, los murales a cada lado son gruesos y el corredor se ha estrechado mucho, resulta opresivo, y más con todo ese equipo detrás como un séquito silencioso.

Su paso no es tan firme como quisiera. Se supone que interpreta al típico jovenzuelo de pantalones ajustados, melena despreocupada y cazadora de piel, y cuyas máximas preocupaciones son conseguir algo de pasta y montárselo con la rubia de turno. En fin, sí, Dani es un poco más complejo que todo eso, no es ningún cabeza hueca, pero en esta escena debería contrastar más su pose de seguridad e invulnerabilidad con el peligro evidente que le acecha. Sin embargo, va como pisando madera podrida.

Es un novato en la interpretación y se le nota en cada gesto forzado que hace. Le cuesta hasta fingir que lee las plaquitas de los nichos. Y no le consuela que la mayoría de sus compañeros de reparto también sean amateurs. Una obra de teatro estudiantil, un cursillo de setenta horas, dos castings y un papel como extra en una película de ambientación bíblica no te convierten en actor. Hasta ahora había disimulado su inexperiencia más o menos bien con ese rollo de llevar puesto el auricular y que le dejasen a su aire en cada escena. Ahora, con todo el equipo de rodaje pendiente de él, armados con focos, cámaras, jirafas, blocs de notas e incluso paneles enteros con ruedas, la cosa ha cambiado, todo esto le viene grande, la presión recae sobre él y ya no solo escucha el vozarrón del director (que por fin ha hecho acto de presencia), sino que además percibe con nitidez su aliento con olor a pescado.

Claro que también hay algo más. A Dani le sigue pesando en el ánimo el incidente con el enano. Le cuesta atender a las indicaciones del director actoral, y cuando nadie está pendiente de él, la motivación se le evapora un poquito más con cada suspiro. Incluso mientras avanza concentrado en no rozar siquiera esas siniestras urnas no deja de preguntarse qué hace aquí, cómo ha podido meterse en este lío, qué sucedería si les dijese que abandona

el rodaje después de haber firmado aquellos documentos de letra pequeña intimidatoria. No sirve de nada que trate de convencerse de que solo ha sido un accidente fruto del peculiar método de rodaje de esta producción. La punzada de inquietud en su pecho se está transformando en algo más serio. Querían espontaneidad y realismo en las interpretaciones, pero lo que están consiguiendo por momentos es una sobreactuación de auténtico pánico.

Cuando el director vocifera el cambio de toma, Dani se queda rígido. Varios miembros del equipo le rodean como si fueran a lincharle con sogas y estacas en lugar de cables y pértigas. La maquilladora acude para envenenarle el rostro.

2.

Ahora Dani empieza a asustarse de veras. En cuanto ha visto la frente abultada y pálida del muchacho, ha sentido el impulso de salir a la carrera. No lo ha hecho y, tras la náusea pasajera, se ha dejado seducir por la fascinante puesta en escena de la muerte. Al igual que los espectadores de la película, desea mirar.

Hay velas por todas partes, en la escayola de las paredes, colgadas de las columnas, incluso sobre la cubierta inferior del féretro. Sus llamas, de un extraño color violeta, no logran paliar la gelidez de ese lóbrego rincón. Se diría que las macetas y coronas florares de alrededor están contorneadas por una capa de hielo, como si las hubiesen sacado del congelador. Al expulsar el aliento contenido, Dani se sorprende con su vaho, del mismo color que las velas.

Rai llevaba razón. El chico desaparecido del que les habló se encuentra ahí mismo, la cara terriblemente tumefacta, aunque de un moreno nada natural, obra de algún tipo de técnica de estética funeraria. Tiene el rostro tan hinchado que sobresale de la tapa abierta, aunque el tamaño del féretro es desproporcionado, demasiado grande. Al acercarse un poco más, a Dani se le encoge el corazón al comprobar lo escuálido y minúsculo que parece ese cuerpecito entre todo ese voluminoso acolchado. ¿Y qué es eso con lo que le han vestido, un pijama negro?

No, esa no es la pregunta más importante. Hay otras más urgentes de responder, como por ejemplo: ¿Qué le ha pasado a ese pobre muchacho?; o mejor: ¿Quién le ha hecho esto?

Dani no entiende por qué, pero siente la tentación de tocar al muerto. Antes de atreverse, mira alrededor de esa macabra capilla. No hay nadie velando al muchacho. Se fija en su propia mano al acercarse

al féretro, cómo le tiembla, por Dios. La retira. Se siente estúpido al dejarla en vilo. Hace frío, este sitio es como una cámara frigorífica. Debería abrocharse la chaqueta. Y marcharse.

El caso es que jamás ha tocado a un muerto. Busca cualquier excusa para acercarse un poco más. Sí, es él. Dani sabe incluso en qué barrio vive..., bueno, vivía; esa nariz ganchuda es inconfundible, sus dientes siguen siendo muy pronunciados, abultan bajo esos labios pálidos. Esos piños siempre han sido lo más llamativo de su fisonomía. Verlo ahí hundido en ese enorme cajón le produce una mezcla de asco y compasión... Eh, ¿qué es ese olor?

Contiene la respiración. Sigue queriendo tocarlo. En lugar de extender el brazo, se apoya con cuidado en el borde de la tapa, con reverencia, como al subirse por primera vez al vagón de la montaña rusa. Reprime el gesto de mirar atrás por si hay alguien que le observa. Sabe que está solo, pero no desea que nadie se dé cuenta de que le da morbo tocar al muerto.

¡Eh!

Dani parpadea repetidas veces. Al mirar de reojo hacia atrás le ha dado la impresión de que algo en el fiambre se movía. Es una locura, claro.

Se queda observándolo con el corazón disparado. En realidad ha sido en el párpado, o ni siquiera ahí, en los pliegues de alrededor.

Lo vigila con temor reverencial a que vuelva a producirse dicho movimiento. Entonces gritará hasta quedarse afónico. ¿Y por qué sigue aquí, entonces? Puro masoquismo.

La explicación más lógica es que ha sido el titilar de alguna llama, el movimiento de una sombra entrevista de refilón.

Se inclina más hacia el muchacho, a pesar de la peste a azufre. Se fija bien en sus labios. Están cosidos. Mejor, o de ahí podría escapar algún tipo de gas y darle un susto de infarto. Eso pasa, lo ha visto en algunas películas. Venga, va, lo tocará un poquito. Con la yema de los dedos. Será apenas un roce.

Dios, cómo está temblando, no es normal esta temperatura. Aunque el miedo también influye. No entiende esta imperiosa necesidad de toquetear al muerto, no es como hacer algo prohibido, es algo más, es...

Lo comprende de súbito. Es por lo que dijo el hermano de su novia. Por lo del enano del cementerio. Apenas les dio tiempo a hacer tangibles sus temores. Un charco y una capucha raída no son gran cosa. Ahora tiene la oportunidad de palparlo con sus propios dedos, de que el frío tacto de la realidad le hiele a su vez la sangre.

¿Dónde debería tocarlo? La nariz seguramente estará rígida y acartonada como la de una máscara de feria. La cara está repleta de

surcos, de protuberancias. Da bastante grima. Y en cuanto a la frente, tan hinchada como en una reacción alérgica.

Dani abre y cierra el puño. Se nota los dedos entumecidos y húmedos. A lo mejor debería probar con el cuello. Asoma algo de piel por entre esa horrible levita que le han puesto al muerto, pero está tan sumergido en el acolchado que debería inclinarse más, asomarse como a un pozo...

De pronto, Dani repara en las manchas amarillentas en el acolchado del féretro. En el cementerio estaba mucho más oscuro, pero está convencido de que son de la misma naturaleza que el charco bilioso que dejó el enano. Dani comienza a marearse. Se le quitan las ganas de tocar eso, se da cuenta de lo perturbador que es todo esto, no puede creerse que aún esté delante del muerto en lugar de seguir buscando a Rai.

Se da la vuelta. Ha creído escuchar algo, un ulular amortiguado que no puede ubicar fuera o dentro del edificio. La clase de sonido que para no asustarte atribuyes al viento. Aunque haya parecido un grito.

Se queda quieto, a un paso del féretro. Presta atención. Quiere asegurarse de lo que está sucediendo en realidad. Dani se encoge, se abraza a sí mismo. La capilla se le antoja inmensa y gélida. Trata de decidir si eso que ha escuchado ha sido el viento, o quizá una llamada de auxilio de Rai, que debe de estar en alguna parte de la funeraria, aunque también podría tratarse de Susana. La ha dejado ahí fuera.

Escucha.

Aprecia matices en el silencio, siseos, crujidos de procedencia desconocida y un zumbido parecido al de una cámara frigorífica. De afuera llega un rumor más difícil de descifrar. A lo mejor ha sido el viento, lo escucha golpear contra los cristales, en alguna parte.

Dani no se ha dado cuenta, pero los dedos del muerto asoman por el borde del féretro. Hace un par de segundos que sus glóbulos oculares amarillentos asoman entre el pegamento que mantiene adherido los párpados. En ese momento Dani se mordía las uñas y no ha escuchado ese desgarro viscoso.

De frente, desde donde podemos observar ahora a Dani, no podemos estar seguros de lo que sucede a su espalda. Creemos adivinar algo oscuro sobre su hombro, una sombra, una mata de pelo lacio, pero tal vez se trate de nuestro temor a que le pase algo al chico. Es la clase de situación en la que nos gustaría gritar a la pantalla y avisarle: «¡Date la vuelta! Lo tienes detrás de ti, ¿es que no lo oyes?».

Dani se retira un poco más del féretro. Se está decidiendo a abandonar la capilla, demasiado despacio. La escena parece congelada. Tras la chaqueta de Dani asoma, borroso, el rostro hinchado del

cadáver. Se va levantando. Intuimos que desea volverse hacia Dani, mirarlo a los ojos y dirigirle algún tipo de mueca horrible de cadáver, pero sus movimientos son tan rígidos que puede que no lo consiga antes de que nos dé un infarto.

Adivinamos algún tipo de movimiento tras Dani, puede que se trate de los dedos descoloridos del cadáver, a punto de engancharle la chaqueta. No lo vemos, pero es plausible, aún sigue a su alcance. Es como si Dani no quisiera salir de la capilla, o como si se hubiese dado cuenta de que algo sucede a su espalda y temiera darse la vuelta y confirmar sus temores. Nos pone de los nervios. En cierto modo deseamos que le ocurra algo malo, se lo merece, por idiota. Aunque también nos da lástima, se le ve asustado de veras, desorientado, como si no recordara el camino de vuelta, como si de pronto se hubiesen apagado todas las velas.

No sabemos cómo ha sucedido, pero el muchacho muerto ha logrado volver la cabeza hacia Dani. Su mirada vacía es aterradora, es la llama de las velas reflejadas, es el fuego del infierno que arde en su interior y anima su cadáver. ¿Es una sonrisa eso que dibujan sus labios cosidos?

Los gritos hacen que Dani dé un respingo. Esta vez se ha escuchado con claridad. Provienen de fuera. Esos chillidos son de Susana. Justo cuando el cadáver se encuentra demasiado cerca del joven, este abandona la capilla con zancadas forzadas, incapaz de ir más rápido. Corre de manera contenida, temeroso de resbalar en esa superficie pulida.

—Susana... —intenta gritar.

No sabe lo cerca que ha estado de gritar como nunca antes en su vida.

3.

El maldito pantalón otra vez. Cuando no es la hebilla que se le clava al arrastrarse es otra cosa. Le viene muy ajustado, le está irritando la ingle y aprisionándole un testículo. Y si intenta recolocarse el paquete se notará y quedará fatal en la escena. Con la cámara enfocada a su culo no hay margen para tonterías. Y es que desde el incidente con el enano todo se ha vuelto mucho más profesional, en apariencia. Rai no sabe si eso es bueno. Lo que sí tiene claro es que el director, el auténtico director, y no esa cuadrilla de asistentes, no tiene humor para tomas falsas.

Antes ya ha estado a punto de cagarla. Al comienzo de la toma, debía mirar atrás por si alguien le descubría mientras se colaba por

la boca de luz. Y a Rai no se le ha ocurrido otra cosa que fijarse, una fracción de segundo, en una de las pantallitas digitales. No mires a las cámaras, eso lo saben hasta los más novatos. En su descargo, hay que decir que ha sido un acto reflejo. El fulgor azulado de la cámara llama demasiado la atención en la noche. De todas formas ni siquiera tiene claro si están grabando también con esos aparatos digitales. Al tanatorio ha acudido todo un ejército de rodaje y Rai desconoce qué hace exactamente cada uno de ellos; uno se dedica a la escenografía, la otra es de la producción (no la había visto antes), el de más allá es el encargado de no sé qué, y ese otro de allí ¿trae los bocadillos? Y aún lleva el auricular en la oreja. De hecho el director de vez en cuando le habla con susurros roncos, instrucciones secas como gruñidos que le hacen encogerse como si una bestia le acechara entre los matorrales.

¡Entra de una vez!

Eso intenta. El cristal roto no es de atrezo y la boca de luz rectangular es demasiado estrecha. Debería haber terminado de romper el cristal antes de intentar colarse, pero le han ordenado que se introdujera por ahí sin más, y sin hacer ruido innecesario.

Claro que si me corto y me desangro, eso no hará mucho ruido, ¿verdad?, piensa Rai.

Al fin ha logrado deslizar medio trasero entre la abertura. Pero una de las perneras se le ha enganchado. Tira de ella, el vaquero le está fastidiando la ingle otra vez. Ahora que tiene medio cuerpo en el reborde del otro lado, duda de la estabilidad de esas cajas apiladas de ahí abajo, sobre las que tiene que dejarse caer.

¡Vamos, chico!

Suena como si le dijese *chicou*. Un maldito pistolero apuntándole con su revólver. De hecho, algo que podría ser el cañón de un arma le ha tocado entre la nalga y el músculo. Puede que haya sido el micro, o que hayan intentado empujarle con la pértiga. Sí, son de lo más profesionales.

En ese sótano hace aún más frío que aquí fuera. La cazadora no le abriga nada. Y la corriente que se forma a través de la boca de luz parece que a ratos quiera engullirle para luego intentar expulsarlo hacia el exterior con una mohosa bocanada de aire.

Puede que esa niebla de ahí abajo forme parte de los efectos especiales, que no sea por ese frío de cámara frigorífica. También hay rincones bañados por una luz tenue y blanquecina, aunque no se puede ver gran cosa aparte de las cajas apiladas, vasijas y urnas de gran tamaño, y...

Eso de allí parece un ataúd.

Rai se aferra al reborde con una mano y con la otra a un trozo del marco de la boca de luz. Y tira de sí a la vez que gira el torso para aliviar esa presión en su ingle. El vaquero, estrecho de por sí, se le ha subido hasta el ombligo y le aprieta una barbaridad. No sabe con qué se ha enganchado.

Entonces lo ve con claridad. Ha salido de entre una de las cajas.

No se trata de ninguna sombra vista de reojo. No ha sido una rata gorda. Tampoco su imaginación.

Ya no está, ya no puede ver dónde se ha metido.

Que ya no vea al enano encapuchado no quiere decir que no fuese real. ¡Estaba ahí!

Pero está empezando a dudar. Su mente se obstina en no aceptarlo, en conformarse con alguna justificación que alivie sus temores: estás en una película de terror, ¿recuerdas? Con enanos encapuchados. Forma parte de la escena. Deja de temblar. Deja de hacerlo. Ya.

Ha sido un espasmo más que un tirón deliberado. Lo que le mantenía atascado ha terminado por rasgarle el pantalón. Y de paso le ha hecho un buen tajo. El aire frío hurga en la herida mientras la sangre le resbala hasta el calcetín.

No podemos meter la grúa ahí abajo, pero hay cámaras ocultas. Baja de una vez y explora, chico. Te iré diciendo.

Los dedos empiezan a resbalársele del reborde. Antes de que pueda buscar otro asidero, se queda colgando, las piernas no le llegan a las cajas apiladas. La caída es peligrosa, las distancias son confusas con esa niebla, y duda mucho de la estabilidad de esa torre de cajas o de que la madera aguante su peso sin que acabe en un zarzal de astillas.

¡Vamos!

Se deja caer. La orden del director es poderosa, una palabra de mando que no puede contradecir. Empieza a creer que le han hipnotizado, pero todo eso carece de relevancia ahora, con el corazón a punto de salírsele por la boca mientras se aferra a las esquinas de la caja y se tensa para que no se vuelque hacia un lado.

Cuando logra que la torre deje de temblar, Rai se queda muy quieto. Teme que en cualquier momento le exhorten que se mueva, pero de momento, en esa gélida penumbra, no se atreve a mover un músculo.

Poco a poco, afloja la presión que ejerce sobre los bordes de la caja superior. La oscuridad rechina. Toma aire despacio y aprovecha para observar desde su posición elevada. No sirve de demasiado. Hay columnas por en medio, más cajas apiladas, hileras

de oscuridad y esquinas de luz vaporosa sin otra cosa a la vista que ladrillo desnudo. Rai escucha por encima de los latidos que retumban en su pecho y en la madera. No hay rastro del enano. La explicación lógica es que aguarda el momento adecuado en la escena para darle un susto de muerte. La otra explicación, la que le gustaría creerse, es que lo ha imaginado, que no existe. Forma parte del trauma que le quedará cuando acabe este rodaje.

Al girar un poco el cuello siente que la torre se tambalea de manera desproporcionada. Sin dar tiempo a que se lo rujan por el auricular, busca una forma de bajar. Razona que si las cajas se muestran tan inestables, además de por estar vacías, es porque están apiladas de manera escalonada. Aferrado con sus cuatro extremidades como una sanguijuela, se asoma cuanto puede para confirmar su teoría. Está en lo cierto.

Espera la orden alentadora en el auricular, su dosis de estrés por vía auditiva.

No se produce.

Es extraño. Debe de estar retrasando muchísimo el desarrollo de la grabación. Presta atención unos segundos más.

Nada. No escucha pasos ni el arrastrar de la túnica.

Confirmado. Es él quien tiembla, más que las cajas. Con un considerable esfuerzo, se encoge hasta juntar las rodillas en el centro de la caja. Mira a izquierda y derecha, y el leve bamboleo le produce un ataque de vértigo.

Oh, venga, que no está tan alto, se dice; y espera escuchar eso mismo por el auricular, acompañado de un «Vamos, chicou».

La mayoría de cajas están apiladas como una escalera. Basta con retroceder e ir apoyándose en la parte que sobresale de la que hay inmediatamente más abajo. Rai descubre que es más fácil de lo que había pensado. Además, de esta forma la torre no cimbrea tanto. Al final desciende en pocos segundos, pero en cuanto pisa el suelo, un ruido le pone en alerta.

Rai pega la espalda a la pila. Toma aire que le hiela las fosas nasales. El pasillo creado por las cajas se extiende a izquierda y derecha. No tiene clara la procedencia de ese sonido. Escucha. Descubre que el corazón le puede martillar aún más fuerte. Eso de ahí al fondo es una urna. Está tan oscuro en ese rincón que por un momento ha creído...

Soy demasiado joven para un infarto, se dice sin convicción. No ha sido capaz de decir eso en voz alta. Habría quedado bien en la escena. Se ve tan poco aquí abajo que no se le ocurre dónde pueden estar las cámaras. Lleva un micro escondido, aunque duda que

pueda recoger otro sonido que las sacudidas de su corazón.

Vamos, Rai, elige, elige.

Como si le conminaran a ello a través del auricular, el chico opta por recorrer la hilera de cajas a su izquierda. Lo hace despacio, muy pegado a la madera. El roce con su cazadora le impide escuchar con atención, así que se detiene antes de llegar a la esquina que forma la última caja.

Nada. El soplido crujiente. Como si alguien inyectara aire helado en un barril.

Rai repara en otra boca de luz a la misma altura que la anterior. Esta se encuentra cegada, como cubierta por un cartón. La luz tenue que proyecta vapores y sombras cuadriculadas alrededor de las columnas no proviene de arriba, sino probablemente de algunos focos instalados. Halos fantasmales.

Debe asomarse a la esquina. Claro que también debe vigilar por encima de sí. Y por qué no admitirlo, también a su espalda, a esa urna que ha dejado atrás. Le cuesta convencerse de que no se trata de un enano agazapado.

Su nuez se sacude con dificultad. Su garganta emite un sonido seco. El sótano que se abre ante sí parece un macabro museo funerario. Bustos de ángeles (o demonios), candelabros afilados y más de esas voluminosas urnas delimitan un sinuoso pasillo hasta el ataúd con la tapa entreabierta. Debajo de la mesa donde se levanta el ataúd, el polvo y las telarañas brillan de manera lechosa. El foco, lámpara o lo que sea debe de estar bien disimulado.

Espera alguna instrucción, una pista sobre lo que le aguarda. Pero el auricular parece haberse llenado de aire, solo escucha ese soplido frío sobre madera.

Aprieta los puños y avanza hacia el ataúd. Está claro que el susto le espera allí. El espectador también lo espera así, se dice Rai. Trata de entrar en el juego, de calmar un poco las sacudidas en su pecho. Es una película, el enano me espera para darme el susto, ya está, seguro que me hago el asustado la mar de bien.

Aunque esté sobreactuando, Rai se encoge y hace un barrido con la mirada a las pilas de cajas que deja a su espalda. Es improbable que quienquiera que esté escondido acechándole salte desde allí arriba. Sigue adelante. Debe de haber por lo menos dos lámparas incandescentes escondidas entre esos bustos y esculturas funerarias. Resultan especialmente tétricos en esta penumbra. No reconoce el material, podría ser cartón piedra o incluso algún tipo de cerámica. No se atreve a tocarlas. Podrían romperse o venírsele encima. Las va sorteando con aprensión y, más hacia su derecha, descubre un

aparador; una excusa perfecta para demorar su llegada al ataúd. Puede que el mueble contenga algo que le sirva de arma. Cuando se aproxima, Rai se da cuenta de que aparte de biblias, perchas y algunas cajitas con clavos podría echar mano de uno de los cirios. Son alargados y gruesos, si bien deben de romperse con facilidad.

Mejor así, no quiero más accidentes, piensa.

Sofoca un quejido al tropezar con una pila de tapas de nicho. Menos mal que no se ha dado de lleno en la rodilla. Se frota una y otra vez el vaquero. El dolor le despeja las ideas.

Se muerde el labio, avanza en diagonal hacia el ataúd, se acerca por la parte inferior, lo más lejos posible de la abertura que deja la cubierta. El diseño de esa cosa es tan antiguo que de ahí podría salir un vampiro.

Presta atención.

Nada. Tienen bien montada la escena. Le reservan un buen susto, los cabrones. Los dedos con los que sujeta el cirio se le van a quebrar de lo fríos que los tiene. Al menos no le sudan. Se le ocurre que quizá podría terminar de deslizar la tapa con la punta del cirio, así, un poco más, sin acercarse más que lo justo...

La cubierta del ataúd es muy pesada. ¿Qué es esa cosa arrugada de ahí dentro? Debe aproximarse más y hacer fuerza. Produce un sonido de lija sobre piedra al deslizarse un poco, luego un poco más...

Entretanto, ese sonido amortigua el que produce la túnica del enano al asomarse desde el interior de una de las urnas funerarias. El pico de su capucha va proyectando una sombra escurridiza por detrás de Rai.

La cubierta choca contra la pared, no se puede deslizar más. Rai se asoma con un incontrolable temblor que espera no se note demasiado en la grabación. Hay algo ahí dentro, seguro. Pero no sabe que el verdadero peligro lo tiene detrás. Sostiene el cirio como un crucifijo. Ojalá solo se encuentre una rata, una araña o algo así, que sea uno de esos sustos tontos que luego...

En ese momento, se da cuenta de que hay algo que se mueve a su espalda. Se gira y la peculiar acústica del sótano convierte el gañido del muchacho en un crujido más, el eco de los fragmentos rotos de la vasija de porcelana. El enano rueda y se arrastra hacia los pies de Rai. Antes de que este pueda apartarse, le engancha el extremo rasgado de la pernera. Rai le golpea el costado con el cirio. Y una vez más. Y otra, cada vez más fuerte y desesperado. No le suelta, el maldito. El cirio no se rompe, pero sale despedido de su mano. No hay forma de que le suelte la pernera, y Rai salta hacia el

aparador, por agarrarse a algo que no le haga caer. Se aferra a una de las baldas y esta se le desarma. El resto de cirios se precipitan sobre el encapuchado. Rai sacude la pierna y le da una patada contenida. Es solo un actor, escucha en algún punto casi inaudible de su mente. El gruñido del enano le hace reaccionar. Es como si un perro rabioso le estuviese mordiendo. Al darse impulso con el aparador para liberarse de la presa, el armario se despega del muro y se viene abajo. La pila de tapas de nicho se derrumba con un estruendo de losas partidas. Una vasija con un líquido espeso como el barniz se derrama y se extiende por el suelo como una alfombra grumosa.

El muchacho esquiva todo ese caos a duras penas. Cae de rodillas, libre de la presa. Intenta ponerse en pie y resbala con un incensario. De camino hacia la pila de cajas, se estrella contra uno de los bustos de ángeles. No es de cartón piedra. El dolor en sus nudillos le hace creer que la mano se le ha volatilizado, que en su lugar solo queda una insoportable palpitación con la silueta de sus cinco dedos. El armario y parte de su contenido vuelve a golpear contra el suelo. El enano sale disparado de debajo y se lanza a por Rai. Se acabó lo de ir a rastras. Sí, el gruñido recuerda al de un perro rabioso.

Rai vuelca un candelabro a ciegas y se precipita sobre la primera caja que encuentra. No hay tiempo para sortear toda la hilera. Se encarama y busca, frenético, cualquier saliente para seguir escalando. De soslayo ve cómo el enano acelera y salta hasta las cajas inferiores como un acróbata de circo.

Ya no le importa que la pila de cajas se desmorone, Rai no puede hacer otra cosa que subir de manera desmañada, jadear en lugar de respirar. El enano intenta agarrarle de nuevo, esta vez le araña el tobillo, no logra engancharle porque el chico le patea la capucha sin contemplaciones.

¡Decid algo, haced algo, socorro!, piensa Rai, al borde del llanto, sin encontrar asidero para subir sobre las últimas dos cajas, demasiado bien apiladas. Es como si la boca de luz rota no se encontrase en el mismo sitio que antes.

Está a punto de arrojarse al suelo, con tal de que el enano no se le eche encima; entonces comprende lo que sucede, descubre que, de las dos cajas, la inferior es más alargada, que él bajó por el otro extremo, así que se aferra con las uñas a la madera y la sortea por el borde, con el enano a punto de lanzarse hacia él.

No lo hace. Aún no. El vaho blanquecino lo hace desaparecer de la escena como si de un efecto especial se tratase.

Rai es consciente de su sudor cuando la corriente de aire de la boca de luz se lo restriega en cuchilladas frías a lo largo de su piel. La pila de cajas se desplaza y cimbrea cuando trata de escalar a duras penas por ahí. Un tablón se parte. La caja que estaba pisando asoma peligrosamente por el borde de las demás. Al alcanzar la más alta de todas, cierra los ojos. La torre se inclina hacia un lado y espera la fatal caída.

En lugar de eso, el balanceo produce el efecto de retorno y la torre se estabiliza. La boca está ahora más lejos, incluso deberá dar un saltito o estirarse para llegar al reborde del marco. No puede quedarse ahí esperando el próximo movimiento del enano. Rai se estira con la mano que no le palpita de dolor, pero no cree que tenga fuerza suficiente para mantenerse en vilo e impulsarse con los pies. Pero lo hará, lo tiene que hacer, aunque sea como arrojarse al vacío cuando ya no puedes más.

El enano asoma, la capucha retirada hacia atrás. Una manita cerúlea se aferra a la base de la última caja. Rai reconoce con horror ese rostro, a pesar de la hinchazón y de ese tono de piel inhumano; es el mismo pelo negro rizado que cruza su frente hasta el entrecejo, la misma nariz torcida y el mismo mentón cuadrado. Lo único que no reconoce es la mirada de lava ardiente que palpita en la cara del enano al que mató por accidente en el cementerio.

Rai grita, un pie sobre la caja, el otro sufriendo espasmos en el aire.

Es incapaz de llevar ambas manos a la boca de luz.

En cuanto el enano le atrape de nuevo, caerá, si no se tira él antes. Sería una justa venganza, un accidente por otro.

El chico llora sudor frío. Piensa en la película, en que quizá le han mentido desde un principio. No sucedió nada en el cementerio, pero él está a punto de morir de verdad, no por la caída en sí, tal vez solo se rompa una pierna...

... Es por lo que pueda suceder después, con el enano de los ojos encendidos.

Mira abajo una última vez. La visión se le emborrona.

Se queda sin fuerzas cuando el enano emite una especie de ronquido y le atrapa.

Rai se suelta con la esperanza de caer antes de que esa cosa resucitada le abra las entrañas con sus pezuñas.

No cae. Un fuerte tirón casi le disloca la muñeca. Los pantalones demasiado ajustados le despellejan la cintura cuando el enano tira de ellos en un intento de retenerlo.

No puede. La fuerza que le impulsa hacia arriba es superior.

Milagrosamente, Rai no se corta con ninguno de los cristales rotos. Cuando puede enfocar, se topa con la mirada impenetrable de Angus.

La cabeza se le va hacia un lado. Antes de perder la consciencia, cree ver un surco profundo en la mano del hombre gris. Se debe de haber cortado con los cristales.

Su sangre es amarilla.

4.

La maquilladora se ha olvidado de él. Se ha marchado con su maletín de venenos y coloretes. Quizá no le toque grabar hasta dentro de un buen rato. Ahora deben de estar rodando la escena del sótano con Rai. Pero a Dani nadie le ha dado indicación alguna, no sabe cuándo regresarán con él ni si grabarán en exteriores con Susana. Se siente como un trasto inservible mientras los operarios desmantelan los paneles con los falsos nichos y lo sortean con indiferencia.

Al final, opta por quitarse de en medio. Al parecer van a montar un croma en una esquina y él allí ya no pinta nada, por lo visto. No lleva el auricular en la oreja, ni siquiera el micro, y los asistentes no le han comentado nada, ni se han despedido siquiera. Tampoco le han dado la enhorabuena por su interpretación, suponiendo que haya sido gran cosa.

Hace especial frío en este corredor. Sobrecoge. Quema la piel.

El aire se debe de filtrar por alguna parte, la corriente suena a lo largo del corredor como si recorriera un largo tubo metálico. Es un sonido inquietante que en sí mismo podría constituir la banda sonora de la película.

Dani se da cuenta de que cuando la cuadrilla de cámaras y asistentes no se encuentra alrededor, cuando no ha de simular que no ve los paneles y que no le sobrevuelan las pértigas con los micros, cuesta más meterse en el papel. Entiende el arriesgado enfoque de este rodaje, deben de ganar mucho en naturalidad cuando les graban a escondidas como en un reality show, sobre todo si cuentan con actores tan malos.

Lo cierto es que este recodo es mucho más siniestro que todo ese escenario de atrezo que le han montado antes. O quizá sea por el hecho de encontrarse solo, sin escuchar tecnicismos como «hacer un mecánico» o «raccord», sin que el murmullo del equipo de rodaje le impida meterse en situación.

Ahora está bien metido en ella.

Es decir, podrían estar grabándole sin él saberlo. La paranoia se ha instalado en su mente. Con esta gente todo puede suceder. Al segundo día ya le comentó a Rai que evitase sacarse mocos fuera del hostal, que a lo mejor estaban grabando. Y no se lo dijo tan en broma como creía.

Quizá debería haber salido por la otra ala del tanatorio. Su sentido de la orientación es bastante malo y no recuerda si por este pasillo se puede acceder a recepción ni si las puertas se quedaron cerradas con llave.

El sitio es de lo más lóbrego. Las luces de emergencia apenas revelan el verdadero aspecto de las muestras de lápidas de la galería. Dani cree ver en ellas rostros que cincelan muecas demoníacas al verle pasar, al seguirle con esos puntitos negros a modo de ojos. Graban su alma y se preparan para torturarla en un rodaje infernal.

Hace demasiado frío. Dani aprieta el paso y se le taponan los oídos con ese sonido vibrante que le llega desde los confines del corredor y la galería. Está a punto de chocarse con una especie de cenicero de pie acabado en forma de urna plateada. Le palpita la cabeza, tiene la sensación de que una zarpa gélida le apresará el cráneo y le esparcirá los sesos con un violento tirón.

Vale, pues si le están grabando, que miren cómo sale a la carrera de aquí.

El golpe sordo a su espalda le hace detenerse de una forma cómica, resbalando por esas losas pulidas.

Atribuye el golpe a esa corriente de aire, tal vez a las tuberías.

¿Qué tuberías?, piensa, antes de que una respiración acelerada le haga abrir bien los ojos y soltar una frase tan manida y peliculera como:

—¿Qué cojones...?

El féretro sobresale bastante, ahora que se fija mejor (antes lo esquivó con aprensión). La desorientación hace que a Dani se le nublen las ideas. Como un autómata, se aproxima al último de los depósitos de la fila inferior.

Silencio, se rueda.

Los gemidos de ahí dentro le ponen el vello de punta. Cuando ya se ve a sí mismo palpando la tapa del féretro, se lo piensa mejor.

Se agacha. Puede ver los raíles bajo el féretro. Los gemidos no cesan, la respiración se acelera, tan rápido que Dani se contagia y le cuesta a él mismo tomar suficiente aire. ¿Qué pasa aquí, por Dios, qué es esto? ¿Una escena improvisada?

Dani tira del féretro. No le cuesta hacerlo, se desliza con facilidad. La tapa salta bruscamente, pero choca contra el habitáculo al no haber sacado del todo el féretro. El joven se retira en un acto reflejo. Pero ¿quién hay ahí dentro?

Conteniendo la respiración, Dani tira otra vez y la caja se desliza del todo fuera del depósito. La tapa se termina de abrir de golpe. La muerta viviente que asoma boquea como si hubiera perdido la capacidad del habla.

Hay una chica joven tras la expresión horrorizada que ensombrece su rostro. No es ningún muñeco articulado ni ninguna broma macabra de resorte que salta al abrir la tapa. La joven está a punto de desplomarse fuera del féretro, pero Dani reacciona a tiempo y la sujeta para amortiguar su caída. Se queda con ella en su regazo. Tiembla tanto que cree que no podrá retenerla entre sus brazos. Está helada, lo nota incluso a través de esa especie de pulóver anticuado que lleva. A lo mejor se trata de una muerta viviente de verdad. La vida y la cordura casi han abandonado su mirada, hundida en ojeras oscuras como cuencas de calavera.

—Eh..., ¡eh!... ¿Qué...? Tranquila, ya está, está bien... está...

No es capaz de retenerla en su regazo. La chica da un bote y se aparta del féretro a rastras, hasta que se da cuenta de que no sabe dónde se encuentra y se detiene.

—Espera, eh... Tranquila, no pasa nada... ¿Qué hacías ahí dentro?

Dani hace ademán de tomarle la mano, pero lo que consigue es que se aleje más. Al final desiste incluso de levantarse, se queda recostado al igual que ella. Durante varios segundos, se comunican a base de resuellos y de miradas, y por un instante ella deja de escrutarlo todo de manera desquiciada y se fija en él de verdad.

El momento de conexión apenas dura un suspiro, pero Dani aún puede sentir el hormigueo que le recorre por dentro y que contrarresta la sensación de frío. La chica es delgaducha y su aspecto es horrible, pero su presencia le pone la piel de gallina. La voz de Dani tirita cuando se vuelve a dirigir a ella:

—¿Quién... e... res? ¿Por qué estabas ahí...?

Ella traga saliva, emite un chasquido, su garganta se atasca durante lo que parece una eternidad, y al final su boca se despega con otro sonido desagradable.

—¿Cómo? —dice Dani.

Ella lo intenta de nuevo. Su voz débil llega arrastrada por el silbido metálico que recorre la galería. Dani la escucha como si la joven se hallase al final del corredor y hablase en susurros.

—El hombre...

—¿Qué?

—... El hombre gris.

A Dani se le eriza el vello de nuevo. Al mismo tiempo, se le ocurre que todo esto es parte de la película, que le están tomando el pelo. Quiere creerlo así.

—¿El hombre...? ¿Angus? ¿Estás en la película? —le dice él.

La joven lo mira, aturdida. Se le está descomponiendo el rostro. Dani no se da cuenta y se lanza a un parloteo que alivie sus propios temores:

—Sí, por eso llevas esa ropa tan anticuada, como la mía. ¿Estás en la película, no? —Dani empieza a levantarse—. Estamos grabando, ¿verdad? ¿Cómo se llama tu pers...?

Ella sacude la cabeza. Va descalza, Dani repara ahora en ello. Se fija en sus sucios calcetines de lana cuando se aleja de él y se pone a dar patinazos a lo largo del corredor. Vuelca una especie de florero a su paso. La planta, que parecía de plástico, se deshace como la ceniza aún compacta de un cigarrillo.

—¡Espera!

No se atreve a seguirla. Dani vacila, no podrá alcanzarla. Estén grabando o no, la chica está aterrorizada y lo empeora cuanto más intenta retenerla. Al poco se decide a seguirla al trote.

La ha perdido de vista, aunque aún la escucha respirar como si se ahogara. ¿Quién puede ser? Nadie puede interpretar así de bien.

Debe de haber alcanzado el recibidor. A Dani se le encoge el corazón cuando la escucha. Su grito resuena por toda la funeraria.

—¡NO!

5.

—QUIERO-A-LA-CHICA —El crepitar de las brasas del averno en cada palabra.

El hombre gris arroja la videocámara a la especie de croma tras de sí. En el centro de esa tela de color verde colgada a la pared, la grieta de color iridiscente engulle hasta el trípode con una especie de silbido. El haz de luz azulada del foco de la pared opuesta titila durante lo que dura un parpadeo.

—Necesitábamos esa cámara... —se lamenta el asistente de dirección.

A pesar de que les separan más de tres metros, el asistente se aleja del hombre gris y se choca contra los bidones cromados. La

voz le llega como un golpe de viento emponzoñado:

—Y yo... —Rugido monótono—: NECESITABA-A-LA-CHICA.

Y el hombre gris se vuelve hacia el director, el único que se encuentra al alcance de sus largos brazos.

—¿Te vas a calmar, Angus? —la voz del director ya no resulta tan autoritaria como otras veces.

—Calmarme...

La violencia con la que gira la cintura y encara al director hace que el policía se tense y eche mano de su pistolera. Se encuentra junto a la entrada, casi tan asustado como el asistente, todo hay que decirlo. Lo sopesa. Sopesa de veras la posibilidad: podría retroceder y largarse hasta que dejasen de discutir. Incluso podría pedir que le relevasen de sus funciones. No hay cosa que desee más que perder de vista a esa momia vestida con traje, y también a esa fractura luminosa y demencial que hay al fondo. Podría dar la impresión de que se trata de una mera proyección cinematográfica, si no fuera por esa forma de irradiar hacia fuera de la grieta. La mente le escuece al mirar aquella cosa de aspecto holográfico. Nota que le cuesta respirar, que de un momento a otro le va a sangrar la nariz. O algo peor.

—... Es solo una chica, Angus, una extra, no va a ir a ninguna parte. La encon...

—Quién la ha dejado escapar. Quién.

—¿Cómo quieres que lo sepa? El tiempo apremia, Angus, tenemos cosas más importantes que hacer que atender caprichos personales.

Lo que irrita al hombre gris no es lo de «caprichos personales». Dice:

—Tiempo.

—Sí, joder, tiempo, ¿es que...?

—Tiempo.

—¡Tiempo, sí, tiempo! —vocifera el director—. ¿Es que tu jodida sesera canosa no puede comprenderlo?

—Yo te hablaré de. TIEMPO.

Cuando le agarra por la pechera, la mano de Angus, el brazo entero, produce un sonido de papel viejo que se arruga. Las botas de militar comienzan a separarse del suelo, y el policía desenfunda, sin que de su garganta surja advertencia alguna. El hombre gris se dirige a él mirándole de reojo:

—Cuidado. Esas armas modernas se disparan. Con facilidad.

El director se zafa con una llave, regresa al suelo y le apunta también con su arma.

—Angus, mi paciencia...

No concluye su frase. El asistente emite un chillido que se entremezcla con los gruñidos de la cosa que se engancha a su espalda. El policía comete el error de apuntar en aquella dirección. El ojo sano del hombre gris se desorbita cuando se sacude para mirarlo.

Dos, tres tiros. La sangre y los restos de masa cerebral del asistente salpican la túnica del enano. Una estela carmesí le acompaña cuando salta de la chepa del cadáver y atraviesa ese haz de luz apenas perceptible como el de un proyector cinematográfico.

—¡No! —chilla el director, apuntando al hombre gris—. ¡Angus, te lo advierto, detén esto!

Cuando el policía quiere apretar el gatillo de verdad, el enano ya se le ha echado encima. Le golpea con tal fuerza en el abdomen que lo derriba contra los bidones.

—¡Angus! —vuelve a gritar el director.

El hombre gris se vuelve hacia él sin girar el tronco, únicamente el brazo. Sus largas piernas permanecen ancladas. El director patalea en el aire, sin poder creerse lo que está sucediendo. Su arma sale volando y aterriza sobre el croma. En verdad la habría perdido de todas formas, tiene las manos ocupadas en aflojar la presión de esa zarpa cerúlea que le está ahogando.

Entretanto, el policía intenta recuperarse del impacto que le ha cortado la respiración. No sabe de dónde le llueven los golpes. La mejilla le arde de dolor, ha visto un trozo de su propio pellejo enganchado en los puños de la túnica del pequeño encapuchado. Cuando esa cosa se le lanza a la yugular, reacciona a tiempo y lo aparta de sí con un codazo tras otro. Es como si golpeara un melón de cera.

—¡Para, maldita sea! ¿Qué eres? ¡Para!

El policía no ha perdido su arma y no permite que le pillen desprevenido de nuevo. Apenas puede apuntar mientras se incorpora, yerra con el primer tiro, pero el segundo atraviesa limpiamente el cuerpecito del monje, que apenas se sacude. Dispara una tercera vez, y otra más. Se restriega contra los bidones, le parecen algo tangible, mundano, a pesar de su aspecto cromado. Nada extraído de alguna ficción de pesadilla.

—Angggggg...

Con un gran esfuerzo, el director fuerza los abdominales y estira las piernas lo suficiente para emparedar con sus botas la cabeza del anciano y aplicarle luego una llave en el cuello con las rodillas. Eso provoca que la presa que le mantiene en vilo afloje un poco.

—... ¡Haz que pare, bastardo!...

El cuarto disparo atraviesa al enano a la altura del cuello. El policía suda y resopla como si hubiese lanzado él mismo cada bala.

Pero esa cosa se vuelve a levantar. Y sigue gruñendo, sus ojos encendidos como llamas al final de algún túnel.

—... Necesitamos a tus enanos, Angus —prosigue el director. La llave parece capaz de romperle el cuello, pero el hombre gris no pierde la verticalidad, permanece inamovible, a lo sumo un poco inclinado—. Si le revienta la cabeza de un tiro será inservible.

El policía lo escucha, detiene el gatillo. No está dispuesto a aguardar mucho más, pero aprovecha para apuntar bien a la capucha de esa criatura, mientras esta se pone en pie, rígida como un muñeco. El director incrementa la presión, flexionando más las rodillas, como si se sentase sobre el viejo en una acrobacia circense. La iridiscencia de la grieta se incrementa, su brillo late más rápido, como a punto de estallar. Hebras de pelo canoso del anciano se erizan apuntando hacia la grieta.

—¿Olvidas a quién servimos, Angus? ¿Olvidas cuál es nuestro trabajo? —el director ha empezado a hablar en inglés, así suena más furioso.

—¡Lo voy a matar! —aúlla el policía—. ¡Lo juro! ¡Que no dé un paso más!

El enano no se detiene, sino que salta. O lo intenta. La capucha se le vuelve hacia atrás en una masa amarillenta. Su cuerpecito se precipita hacia un lado tras un breve vuelo de apenas unos centímetros.

—Mier... da, Angus...

De pronto, el director se desploma contra los contenedores. Un par de ellos se le derriban encima, vacíos, por suerte para él. El hombre gris se vuelve muy despacio hacia el policía, extiende las palmas abiertas y le dedica una mueca que solo un demente interpretaría como una sonrisa.

—Esas armas modernas se disparan con facilidad —le advierte de nuevo.

El pulso le tiembla, no sería capaz de apuntar esta vez con precisión; además, el policía no pierde de vista el cuerpo del enano, por si acaso.

—Bas... ta... —dice el director con un quejido, mientras trata de levantarse. Le hace gestos al policía para que baje el arma—. ¡Basta!

—Bien. Rodaremos —dice Angus—. Pero quiero a la chica. —Señala al policía, que se tensa como si le apuntaran con un rifle de caza—. Y tú te encargarás.

Tanto policía como director cruzan sus miradas, y este último asiente. El agente baja su arma reglamentaria, aún le tiembla el pulso y por eso no la guarda en su funda. No atinaría.

—¿Qué hacemos con... el asistente? —al policía le tiembla la voz tanto como el pulso.

—Lo podemos echar a la grieta, para que no se entere el equipo —propone el director.

—No. —Angus le dirige una mirada burlona—. No más basura al otro lado.

Aún hay cabida para la perplejidad en esos dos hombres que creen haberlo visto todo desde que trabajan en este remake. El hombre gris se desplaza con una lentitud anómala, no la de un viejo achacoso, sino la de alguien sometido a una sutil cámara lenta que solo le afecta a él. A pesar de todo, hay una siniestra elegancia en la forma de inclinarse y de alzar el cadáver, aún chorreante de fluidos, y de transportarlo hacia uno de los bidones no apilados en una de las esquinas.

Como si de un macabro truco de magia se tratase, introduce al asistente en el bidón con apenas un par de movimientos, primero plegar, luego encestar, a pesar de que el cuerpo es dos veces más grande que el recipiente. Se produce un chasquido múltiple de huesos, acompañado de la reverberación metálica con la que aquel cubilete cromado termina de engullir los zapatos de marca del muerto.

El hombre gris se refrota las manos sin que realmente se toquen entre sí, como si se las secara con una toalla invisible, y atraviesa el haz del foco para acercarse al atemorizado policía, que ya no se atreve a apuntarle con el arma ni a dirigirle la palabra. Asiente cuando el anciano le recalca:

—Encuentra a la chica. Ese será tu cometido. Mientras nosotros rodamos. Entendido.

Ahora esperamos la voz rugiente del director, el ¡Corten! o alguna orden menos cinematográfica escupida por ese hombre de hábitos y modales castrenses. Sin embargo, aquí no hay cámaras ocultas, tampoco equipo de rodaje. El director ni siquiera ha podido incorporarse aún. Y el fuerte dolor de cabeza le impide darse cuenta, en toda su gravedad, del hecho de que ha perdido por completo el control sobre su película.

ESTÁS LOCA

1.

No puede haber ido lejos. La funeraria municipal se encuentra en lo alto de una cuesta muy empinada y está relativamente lejos del primer conjunto apelotonado de casas. Nada más salir por la puerta principal, Dani cree que la figura sentada en la baranda, junto a los rosales marchitos, es la chica. Pero no.

—Susana... ¿La has visto?

Su novia en la ficción, con la que ha mantenido una turbadora escena de sexo explícito, da media vuelta sin separarse de su cigarro. Su mirada parece perdida en algún punto del paisaje que solo ella es capaz de percibir.

—¿Qué?

—Una chica morena, ha salido corriendo, ¿la has visto?

—¿Una chica?

—Joder, Susana, ¿no has escuchado nada?

—Ya se ha grabado mi escena, ¿no? ¿Me han secuestrado ya?

—Déjalo...

Dani suspira y estudia el terraplén que rodea la funeraria por detrás. Las masas de arbustos no poseen la suficiente altura y se encuentran demasiado dispersas como para que se haya escondido entre ellas. Era delgaducha, no obstante...

Sin pensar mucho lo que hace, Dani salta el tronco de madera de la baranda, sortea unos contenedores (cuyo hedor penetrante y químico le aturde) y enfila terraplén arriba con la idea de que si sube a lo más alto quizá pueda localizar el paradero de la muchacha. Había algo en su expresión atemorizada..., algo que Dani necesita aclarar. Dar con ella sería como leer al fin el guion completo de la película, ese que por lo visto aún les tiene reservadas unas cuantas ocurrencias sádicas más para arrancarles una interpretación magistral.

No puede haber ido lejos. Dani resbala antes de llegar a lo más alto del terraplén y mira hacia el pueblo, replanteándose su persecución. El cielo vaporoso desdibuja la torre de la iglesia y la dota de un aspecto ceniciento. La perspectiva desde aquí es engañosa, pero Dani se contagia de esas impresiones y llega a pensar que quizá a la chica le está sucediendo lo mismo, está confundiéndose con el paisaje.

No la voy a encontrar, piensa, y se nota las piernas prematuramente cansadas de subir la cuesta. Se encuentra en baja forma, y eso que no se mete ninguna mierda en el cuerpo, al contrario que Susana. Se frota las manos, hay mucha humedad, aquí arriba el frío se ceba con los recovecos de su ropa. ¿Por qué ese empeño en que vistan con prendas vaqueras?

Al otro lado del terraplén se divisa la laguna, ahora cubierta por una especie de neblina. No lo puede evitar, lo piensa: parece cubrirse de ceniza. No sabe de dónde le vienen esas ideas tan locas. Por cierto, ni rastro de la chica, a campo abierto le sería muy fácil localizar su pelo negro. Hasta la primera hilera de árboles no tendría dónde ocultarse. Lo mejor será que lo deje.

Sí, en la mayoría de películas también sucede así. Justo cuando está a punto de rendirse, lo consigue, da con ella.

Respira hondo. El aire llega tan enrarecido que duele respirarlo. Un hueco frío se abre en su pecho y, durante unos instantes, Dani se desorienta, se siente perdido en un lugar que jamás antes había visitado.

Da media vuelta y regresa buscando con la mirada los contenedores para asegurarse de que el escenario no ha cambiado por arte de magia.

Entonces la ve. O más bien la escucha.

Ha salido de detrás de la funeraria. Sus pasos son como ramitas que se parten, pero Dani tiene la impresión de que se trata de sus huesos y no de lo que va pisando en su huida.

—¡Espera!

Ella se da la vuelta, es un movimiento fugaz, no para atender a lo que Dani trata de explicarle, sino para sopesar la distancia que les separa. En la mirada de la chica hay genuino terror.

El que no se aprende en una escuela de interpretación.

2.

Aunque la vegetación posee poca altura y hay un sinfín de miradores, buscar a la chica en los alrededores de la laguna es una locura para un hombre solo. Pediría refuerzos, si no fuera porque el marrón es exclusivamente para él, así funcionan las cosas por aquí, con ese director y sobre todo con ese... viejo demonio.

Le estremece buscar una descripción para ese anciano del traje gris. Le estremece incluso pensar en él. Es como si lo evocara, como si estableciese contacto por radio y pudiera escucharlo en su mente,

cómo toma aire con ese sonido de tetera atascada.

De todas formas, el policía no cree que tenga problemas para encontrarla. El chico le ha indicado por dónde la vio marcharse y, aparte de este sendero pisoteado, no hay muchos más caminos por donde adentrarse hacia la laguna. Solo espera encontrarla a tiempo, antes de que se meta por la zona del jardín botánico o en los hondones rodeados de juncos y cárices.

—Será pan comido atraparla —murmura.

Necesita creérselo. Se pasa la manga por la frente. El aire viene seco y al tiempo se respira humedad. Le molesta la chaqueta a pesar del frío. Lleva un buen rato por este senderucho y no quiere ni plantearse que la muchacha haya alcanzado la barrera de árboles repleta de desniveles que bordea el margen de este lado de la laguna, o ese jardín botánico medio derruido que los letreros llevan señalizando desde hace un buen rato. No se ha traído linterna alguna, y en cuanto se haga de noche...

Con la misma manga con la que se seca el sudor de la frente, o tal vez se trata de seborrea (siempre ha tenido problemas de acné), se restriega el insistente moquillo. Con este ambiente y esa humedad que le llega a rachas empeora su alergia, y no para de moquear. Es realmente molesto hacer su trabajo sorbiendo todo el rato por la nariz y estornudando cada dos por tres.

Espera, cree haber encontrado algo.

No, maldita sea, no sabe ni seguir unas tristes huellas. Antes ya estuvo tentado de abandonar el sendero para seguir lo que parecían unas pisadas. Mira su reloj y se sorprende del tiempo que lleva buscando. Son apenas unos minutos, pero oscurece rápido y no le gustaría tener que peinar toda la laguna él solo.

—¿Para qué coño queréis a esa pobre canija? —dice para sí—. Hatajo de enfermos.

El policía se muerde el labio inferior, mastica sus propias palabras. Recuerda cómo desvió la mirada de la chica cuando el director la obligó a enfilar pendiente abajo después de haberse tirado del tren. En eso consiste su trabajo, mantener la expresión imperturbable, sacar el arma reglamentaria cuando el verdugo que paga las facturas señale con el dedo. Y luego regresar a casa, besar a tu mujer y a tu hija, y como si nada.

Se detiene junto a una fuente de base piramidal, un bloque de ladrillos con un cántaro destrozado en lo alto. Un cartel desdibujado pende sobre un caño de plástico de aspecto poco salubre. Los alambres del cartel chirrían de manera rítmica, y al policía se le antoja que alguna de las exóticas aves que pululan por la laguna

imita ese mismo sonido desde un punto distante.

Apenas le quedan pañuelos. Opta por soltar agüilla soplando fuerte por la nariz, pero no produce el efecto satisfactorio deseado. Patea una roca suelta y echa un vistazo a los matorrales, demasiado bajos, se dice, no hay sitio donde esconderse por aquí, no se ve madriguera alguna ni socavones pronunciados donde meterse. Debería haber dado ya con la muchacha, haberla escuchado pisotear la vegetación, resollar de agotamiento...

Tiene sed, pero no se fía de la fuente, uno no puede ya fiarse de las fuentes naturales. Por contra, opta por soltar más líquidos. Debe de ser algún tipo de reminiscencia animal, eso de ver un árbol o un poste y que de pronto te entren ganas de levantar la patita como un perro.

Se nota las manos frías. Antes siquiera de empezar, se vuelve a guardar el pene con un tirón de cremallera y se aparta de la fuente poniéndose en guardia. Atiende.

¿Es un sollozo?

No lo puede creer, saca el arma de manera torpe, como un novato. Se restriega los mocos. Se lleva la otra mano a la bragueta, se le acaba de olvidar si se ha subido la cremallera. Es un acto reflejo, protegerse las pelotas primero.

Avanza como los cangrejos, rodea la enorme fuente con su arma oscilando de arriba abajo. La nota aceitosa en su palma y piensa en aquel momento, aquel disparo fatal en la funeraria que se llevó al asistente por delante.

Tiene miedo de una muchacha, está aterrorizado, no quiere disparar más, y se siente inseguro. Un policía temeroso de una joven insignificante que trató de mirarle a los ojos.

Ahí está, hecha un ovillo tras la fuente, como si por dar la espalda no pudieran descubrir su pobre escondite. Tiembla, cómo tiembla.

El caso es que no la he visto, piensa el policía, la boca seca, sin encontrar la orden adecuada para la ocasión. ¿Cómo no ha podido verla? Estaba ahí todo el tiempo, lloriqueando, probablemente porque se le han cansado las rodillas o no ha podido aguantar más la respiración y sabe que la han descubierto.

El policía sorbe los mocos y carraspea.

—¡Eh! —dice, con la voz cascada.

Se acerca a ella. Dios, qué manera de temblar. Es triste verla así, tan escuálida y harapienta. Ese viejo enfermo ni se molestó en recuperar su ropa cuando se la trajo a Sariñena. El pelo le cubre su cuerpecito como un amasijo de algas negruzcas. Mejor así, no

quiere enfrentarse a su mirada (otra vez).

—Eh, chica...

Su arma ahora es como un muñón inútil. Sin excusas para utilizarla, sin la adrenalina de la amenaza, sin instrucciones específicas de quien paga su nómina, esa pistola no es más que un estorbo en su mano, el complemento descosido que pende del disfraz de policía privado que esta gente le ha atribuido. No es lo mismo apretar el gatillo desde lejos o volver la cabeza mientras suplican tu ayuda. Todo eso no es lo mismo que llevarse a rastras a alguien sucio y atemorizado con cuerpecito casi de niña.

—Eh, tienes que venir conmigo, no tengas miedo, soy policía, ¿te acuerdas de mí?

Sus palabras suenan sin convicción, se acerca más a ella, se inclina para poder susurrar, para parecer menos amenazador, a pesar de llevar el arma; es un muñón, una pezuña de cerdo que ha reemplazado su mano, pero tiene que ser así, ha de quedar claro.

—Chica, escucha... —Sorbe y sorbe mocos. Su voz suena tan nasal y poco autoritaria... Así está mejor, piensa.

Le aparta un zarcillo de ramas del pelo. Es tan poquita cosa, ahí, encogida. Quizá debería llevársela en brazos así como está. Seguramente todavía no pueda caminar bien, ese vendaje que le pusieron...

La alarma salta demasiado tarde en la cabeza del policía.

Se queda con la boca abierta, en su garganta se repite el mensaje, ahogado en la incertidumbre: «Chica, escucha, chica...». Y trata de razonar, a cámara lenta, por qué no lleva ningún vendaje en el tobillo, si se le ha ensuciado y se lo ha tenido que quitar, si ha sido cosa del viejo, si...

3.

Morder. Quizá ese había sido su plan desde el principio. Quiere creer que no es algo premeditado, que únicamente pretendía robarle el arma, las pastillas que pudiera llevar, tal vez el dinero, o engatusarle para que la llevase a alguna parte a cuestas. La comezón cada vez es más insoportable, aguijonazos que atraviesan sus pantorrillas, arpones en su cerebro. Los pensamientos escuecen en su mente, el picor de la racionalidad resulta enloquecedor y no puede rascarse, no puede.La necesidad de morder se impone a cualquier posibilidad y puede que esa sea en el fondo la insana motivación que la mueve a comportarse como una depredadora.

Shan actúa rápido, por instinto. La necesidad que la roe por dentro toma el control, sabe cuándo es el momento preciso para atacar. Se deja caer un poco hacia atrás para que el otro la reciba entre sus brazos, se gira rápido y se lanza a su cuello.

La primera vez que mordió fue extraño. Tuvo que forzar la mandíbula para franquear la barrera de aprensión, resistir el impulso de alejar de sí a su víctima antes de que la sangre ajena impregnara sus encías. Las náuseas se mezclaban con esa picazón insoportable que la obligaba a rechinar los dientes, como si pudiese rascarse la garganta con ellos a base de apretar y de rozarlos entre sí. Una repulsión tibia y salada inundó su garganta. No tardó en descubrir que el insano alivio era mayor cuando mordía la carne de otro, más incluso que cuando probaba a masticar el pellejo de sus propios brazos.

Las palabras del policía escapan a borbotones por su garganta abierta. La empuñadura de su arma se tiñe de rojo cuando trata inútilmente de contener la hemorragia con esa mano. Shan no retrocede, repite su abrazo mortal, siquiera por instinto de conservación. El otro le tironea del cabello, la aparta de sí, busca algo que no encuentra en los ojos rasgados e idos de Shan. El arma dispara una única y ensordecedora vez hacia algún punto de la laguna. La serie de mordiscos en la muñeca del policía es tan feroz y rápida que, cuando logra apartar de sí a su agresora, no da crédito a la cantidad de sangre como hilos de marioneta que brota de su brazo.

Los ojos del agente se vuelven hacia la laguna, también del color de la ceniza. Y mientras cae de espaldas, piensa en lo complicado que será ahora dar con la chica, la otra, en la inmensidad de este lugar.

Aquí no hay cámaras, pero se produce un abrupto fundido a negro.

4.

Conforme el murete recorre las últimas casas de la calle, las piedras del sillarejo abultan de manera más irregular, forman boquetes e incluso desaparecen en una hilera medio derruida y desgarrada por el ramaje que crece a su capricho en Sariñena. Los bloques de piedra del muro vuelven a alzarse al llegar a la construcción de dos plantas del hostal, la única de los alrededores en donde late algo de luz, caída una noche prematura de

manchurrones grises, como si de una urbe contaminada se tratase.

Es el salón-comedor, en la planta de abajo, lo que permanece a la luz de la chimenea. La lumbre titila a través de sus pequeñas ventanas cuadradas. Poca cosa podrías ver a través de ellas aunque te asomaras. Arriba, sin embargo, los ventanales cercados por los barrotes del balcón son enormes, y las persianas están atrancadas y enrolladas. Las cortinas son apenas jirones de gasa deshilachada. Si encendieran las luces en la primera de las habitaciones, la que hace esquina, cualquiera podría fisgonear plantándose en mitad de la calle.

Por eso, sus ocupantes se han congregado junto a la litera más alejada de la ventana y han preferido encender una vela, en lugar de la lámpara. Eso y una buena manta es lo que ha permitido que la chica deje de temblar, que parezca una persona y no un animalillo acorralado.

—Puedo bajar a por más comida si quieres.

Cris menea la cabeza en señal de negación. El puré le ha sentado de maravilla, le ha devuelto la sensación de que la sangre circula por sus venas. Pero ya le están incomodando tantas atenciones. Un exceso de amabilidad al final suele conllevar un precio muy desagradable. Ya tuvo ocasión de comprobarlo en los comedores sociales. O en la casa de la ciega. Además, todos ellos son actores. Están en la película. Todo el mundo lo está, incluso quienes no lo saben.

—¿Estás segura?

—Déjala, Dani, si no ha comido en días lo puede hasta vomitar. Bastante mal huele aquí ya...

Dani fulmina a Susana con la mirada. Cris se encoge, abrazada a sus rodillas. Ni siquiera el olor a formol que ha quedado impregnado en su ropa logra disimular la peste que despide su cuerpo desde su paseo por los desagües.

—... Me refería a los calcetines de Rai —murmura Susana.

El niño no responde a la provocación, o no la escucha. Es el único que se encuentra cerca del ventanal, un colgajo de cortina enrollado al brazo. Vigila la calle con aire ausente. Y de reojo también a Cris.

—Aún no me has explicado qué hacías dentro de aquel féretro.

Dani retira el plato de puré y se sienta con las piernas cruzadas frente a la litera inferior, donde se encuentra la muchacha. Pese a la postura relajada y amable de él, Cris teme que, cuando trate de explicar una mínima parte de lo que le ha sucedido, el pecho se le sacudirá como en un violento ataque de tos y será incapaz de

detener las convulsiones, los espumarajos de locura que saldrán de entre sus labios.

—No... lo sé...

—Anda, venga —insiste Dani—, nos tienes que decir por qué te escondes. Aquel policía... Me contaste que te perseguían, que tiene que ver con el rodaje.

Hay miedo aquí. Huele más incluso que su ropa. La mirada furtiva de aquel niño le recuerda a la de su compañera en el tren, alerta, a la espera del siguiente susto de la película. Cris aún nota aquel traqueteo en sus entrañas, la sensación de que el tren se detendrá tarde o temprano, es inevitable, y cuando eso suceda escuchará, alta y clara, la voz del director: «¡Corten!», y una mano gris atravesará la trampilla para atraparla.

—... Cris, eh, oye, estás temblando de nuevo. Tranquila, eh, ¡eh!, sssh... —Dani se incorpora y la cubre mejor con la manta—. Aquí estás segura.

Y una mierda, piensa ella.

—Aunque yo de ti no enseñaría escote al Señor Rasca —dice Susana.

Cris no parece entender.

—Es el dueño del hostal —aclara Dani con una sonrisa que pretende relajar el ambiente—. Le llamamos así porque no para de rascarse el paquete.

Tiene hasta gracia, pero a Cris le cuesta cambiar la expresión de sus músculos faciales.

—Eh, venga, solo queremos ayudarte, saber qué está ocurriendo. Tiene que tratarse de la película. Estos tíos se pasan un montón con lo del cine realístico. A nosotros nos pasó en el...

—Déjala de una vez, Dani, que duerma un poco y que se largue del pueblo en autobús. Va a ser lo mejor para todos.

Cris comienza a considerar la idea del autobús, aun sin dinero.

—No le comas la cabeza —dice Dani—, ¿adónde va a ir...?

—Me... trajo en un coche fúnebre.

—¿Quién? —Dani se retira un poco. La chica está a punto de convertirse en un ovillo de huesos, pero al menos está hablando.

—Su pelo... Su cara es gris... Es viejo, alto, no sé... Sus manos...

—¿Angus? —suelta Rai con una especie de graznido adolescente, y hasta Dani se sobresalta.

—Es por el maquillaje —dice Susana—. Es el malo de la película, cariño —y añade con tono burlón y cantarín—: me parece que a alguien no le han dado su parte del guion...

—Sí, claro, el guion —murmura Cris, evocando con un vacío en

el estómago la conversación del tren—. ¿Acaso sabéis lo que habéis firmado?

Cris se pega a la esquina de la pared, sobre la almohada. Angus. Tiene un nombre. Todos lo conocen, menos ella. A lo mejor está en el rodaje ahora mismo. Aquí, una cámara oculta en la barra de la cortina. O en aquel feo cuadro de las rosas. Quizá ni ellos mismos saben que están siendo grabados. ¿Cuál es la diferencia entre saberlo o no, entre ser un extra o un actor a sueldo?

—Eh, eh, Cris, tranquila... Pero ¿qué te pasó? ¿Qué te hizo?

No es capaz de ofrecer un relato frío e inteligible sobre lo sucedido. Es como si aún la tuviese agarrada por el tobillo y estuviese jalando de ella a través de la rendija. Resulta imposible hablar sin ese tono lastimero, sin parecer una demente.

—¿Qué habéis firmado? —dice por toda respuesta.

—Yo firmé un documento de emancipación... —dice Rai.

—Joder, esta chica no está bien.

—Alexia... —le advierte Dani, llamándola por su nombre real. Con él no existe tal posibilidad, ya que tanto personaje como actor se llaman igual. Eso le impide desconectar de la película, abstraerse del peculiar método de rodaje, y ahora mismo lo que más necesita es volver a ser él mismo, salirse del guion y averiguar qué sucede con esa muchacha aterrorizada.

—Os lo dije... —dice, Rai, con aire soñador. No para de toquetear algo que guarda en el bolsillo de su cazadora—. Es Angus...

—Oh, vamos, ¿tú también? —Susana se vuelve hacia el chico y le señala con la palma de la mano—. ¿No hemos tenido ya esta misma conversación, PERO EN LA PELÍCULA? ¡Se os está yendo la pinza, joder!

Cuando Cris habla de nuevo, hasta Susana presta atención con sumo interés, reteniendo aire, reservándolo por si hay que contraatacar.

—Me amenazaron. El director... No es el guion, es real. Lo juro, me...

—Tranquila, respira, a...

Cris continúa, aunque de manera atropellada:

—... Llevan armas, me... me apuntaron, me caí del tren y... ¿veis esto? —Muestra sus brazos arañados, la parte de su torso andrógino que no oculta su pulóver—. ¿Veis? ¿Qué habéis firmado? ¿Lo sabéis? No es una película normal y la gente del pueblo no está bien, nadie lo está, había tanta sangre, Dios... Su hija, su propia hija... La había matado él, ¡el padre! Era real, ¡ERA REAL!, no eran

efectos especiales..., es decir... Intentó matarme y entonces salté y el hombre gris... No sabéis...

—¿Qué? —la alienta Dani—. ¿Qué?

—No sabéis lo... que me hizo...

Susana se aparta de la litera con un bufido.

—Estás loca, cariño.

Callan. A Cris la cabeza le da vueltas. Sus palabras también le suenan irreales conforme las articula. El dolor que aún la acompaña en cada movimiento se entremezcla con la sensación de irrealidad, con la posibilidad de que todo sea un retorcido artificio unido a una amoral forma de tratar al reparto de la película. Sería más sencillo creerlo así; y tal vez en un futuro podría recuperar parte de su cordura.

—Y vosotros dos —continúa diciendo Susana— os vais a meter en un lío por tenerla escondida aquí. Si la está buscando la policía por algo será. Conmigo no contéis para encubrirla.

—Muy bien, pues vete buscando otra *otra cama* donde acostarte —replica Dani.

—¡Eres un cabrón!

Susana sale dando un portazo.

—Mierda... Voy a por ella. No te preocupes, Cris.

Cuando el chico abandona también el lugar, Cris salta de la cama, descubre que el piloto automático de la supervivencia aún funciona a pleno rendimiento. Luces, cámara, acción.

Se dirige a la ventana, sopesa la idea de usar la cortina para descolgarse por fuera. Su mente va a mil revoluciones. Visualiza canalones antes de salir al balcón, cornisas a las que saltar, piensa en tejados próximos adonde arrojarse para huir en mitad de la oscuridad.

Lo que no se espera es que el crío la retenga con mano temblorosa. Y con una voz y una mirada anormalmente adultas.

—Espera. Yo también sé cosas... Sobre Angus.

El banco se oscureció. El chico echó un vistazo al árbol de atrás. Su copa se agitaba y pensó que el cielo se había nublado de repente, o que las ramas se cernían sobre él, que el viento las sacudía y ahora le tapaban los rayos del sol.

Y de pronto estaba ahí, a su lado. Fue la vaharada de olor a ceniza lo que le hizo volverse hacia el otro extremo del banco. Su figura gris, casi translúcida si no la mirabas de frente, apenas le puso en alerta. Pero sí el humo que lo rodeaba, como un fumador que en lugar de tabaco se metiese en los pulmones una chimenea entera.

—Hola, chico...

Rai no pudo disimular el susto y para cuando fue capaz de responder al saludo, la voz de Angus resonaba como si estuviese sentado en ambos extremos del banco.

—... Ya te encuentras mejor. Chico.

—Eh... Sí... Me he escapado de casa de mi abuela. Es..., bueno, lo que me dijiste, mejor no discutir con ella, darle la razón y...

—Claro, chico. Hay que evitar el conflicto. O en su caso ser resolutivo. Entiendes.

Asintió, pero en realidad no entendía nada. Puede que fuera la palabra «resolutivo», o lo que implicaban las palabras de ese anciano. Rai se estremeció, buscó excusas para abandonar el lugar. Debería haber venido en bicicleta; si se decidiera a salir corriendo, las piernas no le responderían.

—No pueden detenerte. Carne vieja, putrefacción inminente. Como esta. —Angus se remangó y pellizcó un colgajo de carne blanquecina, no exactamente pálida, por detrás de la muñeca—. O no. En realidad no como esta.

Rio. Era como una tos seca. Solo que no tosía. El sonido llegaba bronco tras una mueca de estatua de cera. El chico le rio la gracia, o al menos lo intentó.

«Me tengo que ir, es que...».

No, las palabras no surgieron de la boca de Rai. El anciano deslizó un brazo por el respaldo del banco. Hasta su espalda. Aun sin que le tocase, Rai se tensó. Le costaba respirar, igual que cuando algún imbécil le agarraba del cuello en la escuela y le revolvía el pelo. Así se sentía él. Abrazado por Angus, su colega, que le revolvía el cerebro con su mano exangüe.

—Hiciste lo que te dije. Lo llevaste. A la parroquia.

Le habría gustado mirar hacia otro lado. Hacia el monumento de

base escalonada del centro de la plaza, hacia los toboganes, el almacén de enfrente. Ni siquiera se estaba enfrentando a los ojos de ese hombre, pero el chico no podía apartar la mirada de la mueca congelada. Las palabras (y el olor a rescoldos de chimenea) brotaban de ahí sin que apenas se percibiese movimiento en los labios, pura ventriloquía.

Intentó mentirle. Asentir con una falsa sonrisa. La primera vez que Angus se lo sugirió le pareció hasta divertido, una buena gamberrada, un secretito con su colega mayor que él. Por más que probó a evocar aquel momento de complicidad y trasladarlo aquí, al banco en la plaza, fue imposible, y conforme inclinaba la cabeza para mentirle, no podía soportar cómo se estiraba ligeramente esa mueca. Tampoco se enfrentó a los ojos de Angus esta vez.

—Chico.

Rai estaba a punto de llorar. No podía mentirle, ni siquiera fingir un poquito. Ese viejo seguro que incluso sabía que se estaba haciendo pis. Era como si le hurgase el cerebro con esos dedos alargados suyos, inclinándose sobre su cabeza, cerniendo su estela gris sobre ambos. No era el maldito viento, las copas de los árboles y el sol. Era él, era Angus quien producía ese efecto. Se trataba de una loca certeza.

—Te dije dónde. Debías ponerlo. Que sería divertido.

Lo cierto era que el propio Rai había estado de acuerdo, incluso había llegado a colarse en la parroquia con la mochila preparada. Pero luego todas esas imágenes religiosas le habían abrumado, como si por primera vez viera en ellas algo más que trozos de vidrio, pinturas, resinas y maderas. Además, no se consideraba un mal chico. Y no tenía gracia si había de hacerlo a escondidas, sin reclamar su autoría.

Pero había algo más. Se trataba de algo «resolutivo». Eso era lo que buscaba Angus. Carne vieja. Rai jamás le había levantado la mano a su abuela. Le helaba la sangre imaginar lo que pasaba por la cabeza de Angus. «Resolutivo».

—Fui, pero… —Las excusas no salían, no se articulaban. Para qué esforzarse. Angus ya lo sabía. Todo.

—No me decepciones.

La entonación sonaba extraña. No como una reprimenda. Ni como un chiste. No demasiado severa, sino fría, hueca, como esa boca torcida y entreabierta de fondo indefinido.

En lugar de replicar, Rai tragó saliva. De refilón, intentó fijarse en el del camión de reparto de bebida, frente al bar de la plaza. No quería que Angus se diese cuenta, que adivinase lo que estaba planeando: salir a la carrera hacia el camión, aferrarse con cualquier excusa a la cintura de aquel hombre fornido. Procuró no girar el cuello un milímetro más de lo necesario, no pensar apenas en esa vía de escape. El sudor frío le

recorría la espalda, casi separada del respaldo y del brazo, tan largo, de Angus.

—Te he ayudado tanto... No me decepciones —añadió Angus, y no había forma de saber si se refería a lo de la parroquia o a eso que estaba pasando por la cabeza del muchacho ahora mismo.

—Iré. De verdad que iré, es que había mucha gente cuando me acerqué el otro día...

Era verdad en parte y Rai se escudó tras ese reducto de sinceridad, como si se tratase de una barrera protectora para el sondeo de Angus. Sentía rigidez en el cuello, no era solo que no pudiese dejar de mirar la barbilla de ese hombre. No quería que se diese cuenta de que en su visión periférica entraba el camión del reparto. O se lo estaba imaginando o la manga del traje gris de Angus cada vez abarcaba mayor longitud del banco. Y era un banco muy largo. La sonrisa hueca se ensanchó, como si le divirtieran los patéticos planes de huida de Rai.

—Eso. Espero. No le entrego mis juguetes a cualquiera. Sabes. Y por supuesto. No acepto devoluciones. En mi negocio, el de la muerte, no se aceptan. Entiendes, chico.

No, no lo entendía, joder. Le estaba volviendo loco esa forma desentonada de hablar. Y no sabía a qué demonios se refería. Llevaba una funeraria, sí, pero hablaba como en clave, con segundas o incluso terceras intenciones. Le agobiaba pensar en la mochila. No podía contárselo a nadie, no podía esconderla y fingir que había realizado el encargo. El brazo de Angus era demasiado alargado. Podría darle alcance por mucho que corriera hacia el camión de reparto.

—Quizá deberías acercarte. Un día. Una noche. En la funeraria se está bien. Podrías aprender grandes cosas. Chico... Tal vez te guste el negocio. Te auguro un gran futuro. Es un mercado que siempre tiene clientes. Y si no, se pueden buscar. Es cuestión de ser...

Rai sintió náuseas y pensó la palabra antes de que Angus la dijera:

...«resolutivo».

Borja Homar, Rai, recordaba bien los códigos del guion. Desde el incidente en el cementerio utilizaban menos el auricular y más unas pautas básicas para la escena. Con Angus era aterradoramente fácil improvisar. Sus palabras te arrastraban a un inquietante juego dialéctico, no necesitabas fingir que te ponían nervioso.

Rai juraría que la escena debería haber acabado ya. Lo del brazo tras de sí, la alusión a la funeraria. Por el rabillo del ojo (por el otro rabillo del ojo, por así decirlo) no es el camión lo que estaba vigilando, sino las cámaras. Esta vez estaban rodando al modo convencional, pero sabía que no podía volverse hacia ellos, no

había que mirar a la cámara. De modo que esperó la orden de parar, alguna indicación más, quizá alguna sugerencia por el auricular. Angus estaba improvisando demasiado.

—Están pasando cosas aquí. Entiendes. Cosas importantes. Y tú...

Se atrevió a mirarlo a los ojos por si descubría alguna pista, algún detalle de complicidad. Resultaba agotadora esta conversación sin saber adónde conducía todo esto ni cuándo acabaría. Pero fue un error enfrentarse a ese ojo de color desdibujado, muy fijo en algún punto más allá de Rai, como si pudiese capturar una radiografía de su mente. El globo ocular del otro ojo no se distinguía apenas de la piel del párpado derretida. ¿Cómo se había hecho eso? El otro día no lo llevaba.

—... Tú tienes un papel. Incluso la gente más insignificante. Lo tiene. Seguro que sabrás usar bien. Eso que guardas en el bolsillo.

Al principio, Rai se limitó a asentir. Se notaba los carrillos adormecidos, como si fueran implantes de silicona, capas y capas de maquillaje que no podía mover. Enseguida, las alarmas se dispararon en su cabeza. Angus no se estaba refiriendo a la mochila, no estaba siguiendo el guion. ¿Cómo sabía que guardaba algo en el bolsillo de la cazadora? Mientras la cabeza se le descolgaba en una lánguida afirmación, quiso convencerse de que se trataba de un error, que lo había entendido mal, que sí se refería al contenido de la mochila.

—En cierto sentido, todos somos actores. Chico. Todo el tiempo. Y alguien se deleita con nuestra película. Improvisamos, entretenemos. Y a veces aburrimos. A los espectadores. Entiendes. Chico. Guarda bien eso, porque de eso trata la escena. Estamos aquí para divertirles.

El aire arrastró el sonido de hojarasca seca. Pero Rai solo vio copos de ceniza a los pies del banco. Asintió una vez más, como en trance. No era capaz de hacer otra cosa. No se molestó en tratar de seguir el guion. ¿Cuándo pondrían fin a la escena? A lo mejor ya se habían largado, le habían dejado aquí a solas con el hombre gris.

—Sabrás hacer bien tu papel —era una pregunta.

Cuando la garra cenicienta hizo presión en su hombro, el chico comenzó a gritar, igual que si acabase de despertar de una terrible pesadilla.

CIRIO

1.

Desde las filas de atrás, más o menos donde el falso crucero se extiende a izquierda y derecha, necesitamos un zoom, una aproximación desde diferentes ángulos que nos permita asegurarnos de que esa figura en el altar es real, y no producto de la caprichosa combinación de penumbras y sobredorados de la imaginería del gran retablo del fondo, velado por el humo de los cirios.

Si crees en el más allá, su hábito blanco (en realidad amarillento y sucio por los puños y el cuello) parece flotar, insustancial, entre las figuras religiosas del Retablo Mayor, y ¿qué mejor lugar que una iglesia para que tu voz resuene espectral y se propague por las naves como una advertencia divina?

Para el espectador furtivo este plano general es insuficiente para apreciar lo que verdaderamente sucede en la iglesia sin que la imaginación eche a volar hacia lo alto de la cúpula, donde el luneto apenas recorta un pedazo con forma de media luna del cielo nocturno. Sería preciso un foco que arrojase un cañonazo de luz a los pies del orador, o que las cámaras forzasen un primer plano de su expresión decrépita y lunática.

Pero todo eso no será posible. El párroco se ha negado con su voz de armonio endemoniado a que cámara alguna grabe en su iglesia, y lo ha hecho en repetidas ocasiones, desde que el equipo de rodaje se instaló en Sariñena. Y no es la primera vez que se granjea la enemistad de los poderosos, por así decirlo. Si las relaciones con el Ayuntamiento no son buenas, con el obispado no son mejores. Que un monumento como la Iglesia de San Salvador carezca de electricidad es una buena muestra de que lo que retumba en el interior de esta construcción neoclásica hace tiempo que se alejó de la corriente oficial, sea esta religiosa, política o incluso moral.

—... Lo he repetido en este mismo altar cientos de veces en los últimos tiempos, sí, tiempos de tribulación, hermanos. Esto es un castigo, no es una tara de nacimiento ni un accidente casual. Miraos entre vosotros, ¡hacedlo!

La audiencia, alrededor de sesenta personas (más de las que solían acudir a misa los domingos en otras circunstancias), apenas reacciona con un apagado murmullo. Se escuchan sorbetones, toses apagadas, ligeros removimientos sobre los bancos de la iglesia.

Cuesta sacarlos de ese letargo colectivo. El Padre (como a sí mismo se denomina) se recrea en esa suerte de hipnosis de masas. Su figura no es del todo estática, sino que oscila con el parpadear de los cirios. Hay quienes lo contemplan como cuando estás a punto de dormirte y la realidad tangible comienza a emborronarse y ocultarse tras los párpados.

Necesita despertarlos.

—¡VAMOS, HACEDLO, MIRAOS LOS UNOS A LOS OTROS!

El retablo parece estallar en llamas con la luz de las velas. La silueta del Padre se recorta desde el purgatorio.

—¿Creéis que esto es producto de la mala suerte? ¡Miraos bien! ¿Es que no recordáis los antiguos pasajes de la Biblia? Algunos son crueles, pero sumamente reveladores. Cuando llegue el momento final nadie os va a decir: «Pobrecitos míos, cuánto habéis sufrido cojos, mancos y subnormales, pasad, sed bienvenidos al reino de Dios...». ¡Nooo! Ni hablar...

El riachuelo de moco líquido resbala y desemboca en el cráter en su barbilla. Le escuece, pero no se molesta en limpiárselo. Ahora es cuando comienzan a reaccionar, se enfrentan a la ignominia cada vez más evidente en su piel, asienten, corean su discurso para sí mismos o permanecen a la espera de la GRAN RESPUESTA.

—¿Acaso no recordáis el pasaje? Os lo recitaré una vez más: «... Ningún hombre de tu descendencia en todas sus generaciones que tenga defecto se acercará para ofrecer el pan de su Dios... Porque ningún hombre en el cual haya defecto se acercará: ni ciego, ni cojo, ni desfigurado ni deforme». ¿Es esto lo que deseáis? ¿Os vais a resignar a esta condenación?

Se escucha un graznido, un «¡No!» cacareado a destiempo y que se desvanece en las alturas del templo. No están acostumbrados a interactuar durante el sermón. Se contienen, esperan la revelación que les permitirá arrojar el candado. La voracidad les aúlla desde lo más profundo de su cárcel de carne y hueso. La bestia no puede continuar atrapada más tiempo.

—No, hermanos. No os podéis resignar, no mientras los verdaderos culpables sigan campando a sus anchas en vuestra tierra. No podéis agachar la cabeza por vuestro sentimiento de culpabilidad, de connivencia con el pecado. Y precisamente por vuestro arrepentimiento es por lo que estáis padeciendo. Os habéis dejado tentar por la necesidad de electricidad, de propiedades envenenadas por la usura, de comodidades materiales que previamente se habían encargado de robarnos. Habéis sido fieles a ídolos de barro, a alcaldes que no han hecho más que comerciar con

vuestra sumisión. Os habéis... NOS hemos convertido en adictos a sus drogas que nada curan, hemos consentido que entren en nuestra tierra y nos conviertan en títeres de una demoníaca obra teatral...

El Padre toma aliento. No es preciso que le interrumpan, que le den la razón, ya contienen la respiración con él, comienzan a latir con el mismo y único pulso acelerado.

—Oh, sí, recordad el pasaje de los Números 33: «Y si no echarais a los moradores del país, sucederá que los que dejaréis de ellos serán como aguijones de vuestros ojos y como espinas en vuestros costados, y os afligirán sobre la tierra en que vosotros habitaréis». ¿Creéis que el padecimiento físico que sentís es la peor parte? No, no, creedme, no es solo el temor al castigo eterno, lo he visto, he mirado cara a cara al mal que acecha nuestras almas y de buen grado me sacaría los ojos, me arrancaría hasta el nervio óptico para que al bajar los párpados dejase al fin de atormentarme aquella visión, aquella intromisión del diablo en mis retinas.

Ha comenzado a gesticular tanto que los pábilos de los largos cirios que le flanquean (y que originariamente doblaban su tamaño) amenazan con apagarse. No es un mero embaucador. Él mismo cree que, si los cirios se apagan, Satán se hará presente tras ellos, abrirá su boca para replicar, el azufre reemplazará el olor a cera derretida, y los sumirá en la oscuridad de sus fauces.

El autodenominado Padre se estremece al recordar su templo mancillado, la marca de las huellas de camino a la sacristía, las pisadas del diablo, ceniza traída del mismísimo infierno. Contaminados sus muros, sus vidrieras, el aire que respiran. No están seguros aquí dentro, por mucho que se haya obstinado en mantener puro el lugar, en expulsar a los mercaderes del templo. Hay que acelerar los planes, los designios. Sí, el Padre no puede sacárselo de la cabeza mientras prosigue con su afectado sermón y se fija en los cirios, el tiempo derritiéndose como la cera...

2.

... El rostro de la mujer se había fundido en un amasijo irreconocible, salvo por los pendientes y sus perlas de baratillo. El Padre no sabía a qué demonios, nunca mejor dicho, había venido esa anciana a la sacristía. La iglesia era un lugar hermético desde hacía meses y él ya no atendía cuestiones personales, apenas le dedicaba tiempo a las confesiones. Momento y lugar equivocados. El diablo en persona, o tal vez uno de sus emisarios, había pedido

antes la vez, no se cuele, señora.

Al principio la confundió con la talla religiosa de la Virgen que había bajo el nicho. La penumbra de la sacristía podía jugarte malas pasadas, no sería la primera vez que veía cosas que no eran. Iba distraído de camino al vestidor y la anciana, despatarrada y apoyada bajo el hueco del nicho, tenía el mismo tamaño de la talla. Fue el cirio sobre la base del nicho lo que hizo que se detuviese y abriese bien los ojos. El goterón de cera resbalaba desde la ménsula hasta el rostro de la mujer, y ahí la cera se confundía con la piel, también derretida. No, no se trataba de la talla, la Virgen no lleva pendientes con bolas azules ni enseña refajo bajo la falda. Ni siquiera la Virgen de la Montaña daba tanta grima como esa cosa.

Tardó un rato en darse cuenta de la presencia del empleado de la funeraria. El Padre se sorprendió sopesando con frialdad cómo deshacerse del cadáver. Se clavó la esquina de la mesa de caoba y se sostuvo en ella mientras giraba y buscaba el banco donde necesitaba tumbarse. Fue allí donde se lo encontró.

Agitaba el brazo una y otra vez, los dedos unidos como si pintase o perfilase sobre un cuadro invisible. Desde su posición indolente, recostado cuan largas eran sus piernas sobre el banco, le dedicaba una mueca al Padre, una grieta dentada que en nada se parecía a una sonrisa.

Si no hubiera estado ahí la mesa, el Padre se habría caído de culo. Así se había imaginado la visita del diablo, sin cuernos, sin ojos rojos, sin humo ni parafernalia de ninguna clase. Tan solo un tipo de apariencia normal que se colaba en tu hogar y que no necesitaba ni volverse hacia ti para estrangularte el alma. Bueno, quizá el hedor a azufre sí que lo traía, o cuando menos un olor similar, árido e irrespirable.

El Padre no pudo decir nada primero, no fue capaz de pedir siquiera una explicación. El sudor en su frente eran ideas licuadas de su mente febril. Ese anciano siniestro seguía modelando o pintando el cuadro.

Cuando siguió las líneas invisibles que el anciano trazaba con la mano, el Padre se dio cuenta de que no debía buscar un lienzo invisible, sino que los movimientos de tallado que realizaba iban dirigidos a la anciana del rostro derretido. Cada movimiento reincidía sobre el anterior, y cada cierto número de ellos producía un nuevo surco en la piel enrojecida y fundida de lo que quedaba de la pobre mujer. Su piel se derretía de una forma similar a la del cirio, solo que más rápido.

—Bueno. Así está mucho mejor. No cree —pronunció cada

palabra como un jadeo.

El hombre gris remató su obra extendiendo el pulgar y frotándolo contra el aire en un vaivén horizontal. El Padre se fijó en la barra de labios emborronada en lo que quedaba de boca de la mujer. Diría que el colorete se había extendido en una sonrisa informe que no se encontraba ahí la primera vez que se había fijado en ella.

—¿Qué...? —Primera palabra del Padre, ¡oh, milagro, aleluya!

—Usted entiende de arte religioso. Solo entiende de arte religioso, no. Padre.

El aludido se buscó un crucifijo que no tenía a mano. Con una mano a la espalda se aferró al borde de la mesa, real, no como lo que le estaba sucediendo. El anciano esperaba una respuesta.

—¿Qué busca... aquí? —Iba a decir «en la casa del Señor», pero por alguna razón la frase le sonaba carente de sentido.

—Tienen que grabar. El niño tiene que poner un petardo aquí. Ya sabe. El cine. Los efectos especiales. Debería usted salir. Más. Hay otro tipo de arte. Afuera. Querría verlo.

—¿Qué eres? Dios mío, ¿qué está pasando?

Ninguno respondía a las preguntas del otro. La conversación era un absurdo, una pérdida de tiempo. El cirio continuaba derritiéndose. El hombre gris se levantó y el banco no crujió, fueron las articulaciones del anciano, aunque era un sonido sobrecogedor, como si removieran en una chimenea los huesecillos calcinados de un niño.

—Hay cámaras por todas. Partes. Lo entiende. No se puede evitar. Lo de esa mujer. —Señaló a la anciana con un dedo alargado, en apariencia frágil como un canutillo de ceniza que está a punto de desprenderse del cigarro—. También está grabado. Y necesitamos su show. Para la película. Está dispuesto a representar su... papel...

La última pregunta la prolongó hasta quedarse sin voz, como un asmático, como un fumador que comienza a toser de repente y mastica sus propias palabras antes de engullirlas de nuevo.

—¿De qué me está hablando?

—... Su papel, Padre. Su papel. No escapará aquí encerrado en este templito. Se acabará ahogando. Hay mucho polvo aquí dentro, no cree. —Cuando el hombre gris intentaba sonreír, te resquebrajaba el ánimo.

El anciano hizo un gesto como de pasar el plumero, el brazo anormalmente levantado, el gesto prolongado, como si se burlase. El Padre no fue capaz de ponerle fin a semejante movimiento

compulsivo, hasta que las piezas de orfebrería, las tallas, las vinajeras y las vasijas comenzaron a caer de las repisas. El estruendo de los cristales y piezas de cerámica rotas le hizo taparse los oídos, quedarse ahí quieto con los dientes apretados mientras el repiqueteo de objetos rotos producía insoportables estridencias en su cerebro.

El anciano gris reía, su chaqueta se sacudía conforme pasaba a su lado pisoteando el mobiliario de la sacristía, que había resistido incluso los destrozos de la Guerra Civil y que ahora se resquebrajaba como la madera de mala calidad a su paso. El hombre gris no saltaba la peana y el banquito barnizado exactamente como un atleta, pero sí con unos movimientos anómalos, amplios y pausados, demasiado gráciles para alguien de su edad.

Dejó una estela de polvo gris. Como si las vasijas rotas hubiesen contenido las cenizas de algún muerto y se hubieran esparcido por la sacristía. Y el Padre no pudo evitar respirarlo. Tosió...

3.

... La tos le acomete en pleno discurso. Se diría que su público aprovecha para sorber mocos y estornudar por esa alergia colectiva, cuyos síntomas son más contagiosos que un bostezo. Los bancos de la iglesia rechinan al unísono. El público soporta la dureza del asiento como puede solo porque todos ellos saben que el sermón está a punto de concluir. No desean interrumpir, ya llega su revelación divina. La figura del párroco se desvanece, la llama de los cirios parpadea. Sí, es su voz, es solo la voz la que les llega nítida, es el mensaje que están deseando escuchar y que retumba en las bóvedas de la iglesia y en sus cajas torácicas con idéntico eco sacro.

—... No nos desharemos de esta ignominia —dice, acompañado de un gesto grave, un arco amplio que abarca a toda la congregación e incluso a sí mismo— hasta que no lidiemos con nuestros pecados, y aquí no basta con rezar. No, hermanos, en verdad os digo que la única forma de expiar nuestros pecados (y los de los demás) es a través de la sangre.

Se produce una pausa afectada. Esta vez nadie respira más fuerte de lo normal. Decenas de personas en pasmosa y enfermiza sincronía, el sueño de todo líder de una secta. Claro que todo esto es mucho más. De fuera de los muros, de más allá de las naves, un

sonido metálico apagado y distante recuerda a las campanadas de la verdadera iglesia, de otra en la que no se ha reunido este grupo de paganos dispuestos a entrar en comunión a través de la ofrenda más sangrienta de todas.

—Lo dicen las Escrituras —añade en tono solemne. Apenas alza la voz. Se está reservando. Su apariencia nunca ha sido más espectral. Él mismo ni se siente los miembros—. Expiación quiere decir sacrificio sangriento: «La vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas»...

Brillo en las miradas. Como si estuviesen poseídos, como si se estuviesen dejando seducir por el diablo sin haber entendido aún su críptico mensaje. Aguardan, contienen la respiración. Algunos se desmayarán antes de escuchar el final.

—... Pero ÉL no es tan cruel. Comprende vuestro dolor. Sabe lo que necesitáis, hermanos. Así lo ha dispuesto. Es una cruz, una maldición, y también una herramienta de expiación. Porque conoce vuestras debilidades, porque sabe...

La revelación no se produce con un grito, con los brazos alzados, música de órgano, cánticos o coro celestial alguno, sino con un apagado susurro que queda recorriendo el silencioso eco reinante, el aire enrarecido por algo que podría ser confundido con el incienso (y que en realidad se trata de ceniza):

—... sí, porque Él lo sabe bien. Sabe que necesitáis MORDER.

Pocas palabras más se intercambian después de eso. La congregación se pone en pie poco a poco y va abandonando el lugar entre una afectada complicidad de palabras y gestos velados.

En realidad, el Padre no ha impedido que las cámaras entren en su templo. La esfera plateada flota silenciosa a lo largo de los machones achaflanados, se confunde entre las sombras y las guirnaldas de las pilastras, orbita el desarmónico volumen de la iglesia y lo contempla todo con su único ojo. Y una de las instantáneas capturadas desde lo alto de una de las bóvedas es digna de uno de esos dramáticos y coloridos grabados religiosos, con esos personajes representados en afligidas poses, apiñados como en una marea humana en el epicentro de un drama que acontece, casi siempre, en un templo sagrado.

TUS COMPAÑEROS DE RODAJE (NO LOS MÍOS)

1.

En Sariñena, si querías dar con esta dirección tenías que referirte a la «última casa a la izquierda» (según se salía por la parte sudeste del pueblo). A cualquier aficionado a las películas de terror clásicas (o a sus remakes) le habría parecido hasta gracioso, aunque en este caso no se trataba de homenaje alguno. No era como poner «Elm Street» al lado del buzón. No. En aquella casa, su propietaria no quería saber nada del pueblo, salvo cuando tenía que subir a comprar tabaco.

Era el lugar idóneo si querías esconderte del mundo. Aun así, costó convencer a Cris. Tras el numerito del hostal con Susana, convinieron que no era seguro pasar la noche allí. Y la alternativa a la casa de la anciana eran las alcantarillas o los matorrales secos del camino. De modo que la chica aceptó la propuesta.

Te podías olvidar fácilmente de la existencia de esa construcción achaparrada de paredes deslucidas. No destacaba entre las ruinas de alrededor, a no ser que mirases desde las terrazas de las últimas viviendas de la periferia. Los ramilletes de tallos secos de los arbustos convertían en una trampa para osos el camino principal, que se internaba en los campos abandonados, próximos a las riberas más inaccesibles del río Alcanadre. No tenías nada que hacer allí.

Dani insistió en que sería buena idea pasar lo que restaba de noche con la vieja. Además, ya habían grabado una escena allí y según lo que conocía del guion no creía que volvieran a rodar en el mismo sitio. No le dijo a Cris que era parte del escenario, que habían metido cámaras ahí. Se suponía que había cámaras por todas partes, y esconderse en pleno set de rodaje era algo así como hacerlo en el último sitio en el que se les ocurriría buscarte.

Nadie advirtió a Cris. Susana ni siquiera sabía que habían grabado una escena en aquella casucha, y Rai estaba demasiado callado todo el tiempo. Tampoco Bárbara lo mencionó. A ella le traía sin cuidado.

Cuando sus compañeros de rodaje llamaron a la puerta, aún estaba despierta. La encontraron en el porche, en una mecedora calzada con piedras para que no se balancease y tapada hasta las tetas con una manta. Pensaron que estaba muerta, porque sus ojos vidriosos no pestañearon hasta que se acercaron lo suficiente para

tocarle el hombro. A eso ni siquiera podía llamársele porche. Se trataba de un patio lateral al que se le había caído el techo de plástico. Una noche de mucho aire voló como un enorme frisbi. Curiosamente, no se volcó ni una sola de las macetas del patio. Era la parte más fría de la propiedad y los árboles pelados no la protegían del viento. Ni siquiera había buenas vistas, ya que la casa parecía estampada en mitad del paisaje. Quizá era la única parte de la propiedad en donde el suelo no estaba plagado de hierbajos, bichos y escombros.

En cuanto Bárbara les invitó a entrar en casa comprendieron por qué la vieja prefería pasar la noche fuera. El tufo a tabaco ahí dentro alcanzaba límites sobrenaturales. Lo irrespirable de ese lugar no era normal, ni aunque fumase tabaco negro, puros o pipa todos los días. Olía a otra cosa, y eso que no había chimenea. Era como si el papel de las paredes hediese a ceniza industrial.

Por suerte el hedor no ha calado en la planta de arriba. Hay una especie de desván amplio que comunica con la terracita, y la mujer acumula todo tipo de trastos aquí, incluso colchones repletos de círculos de humedad como un sarpullido amarillento. Se puede respirar, pero dormir no va a resultar tan sencillo. Tampoco tiene tanta importancia, están demasiado nerviosos como para pegar ojo.

A Rai le sorprende que haya juguetes en el arcón de mimbre. Lo acaba de rescatar de entre unos moldes de yeso y una bolsa con rollos de cartulina amarillentos. Lo iba a usar para sentarse, pero al abrirlo se ha encontrado varios muñecos grotescamente musculados y se ha quedado estudiándolos con el ceño fruncido, como si recordase de pronto que sigue siendo un niño.

No es el único que ha encontrado tesoros entre toda esa capa de descuido que lo recubre todo. Cris aún se pregunta a quién puede pertenecer esa ropa de jovencita que Dani ha sacado de la maleta sobre la que se sienta. Han dejado los colchones fuera para que se aireen, y mientras tanto cualquier trasto les sirve como silla. Quizá sea ropa de alguna nieta o incluso de alguna hija, aunque no parecen prendas tan anticuadas, no hace tanto que debió de vivir aquí. Tal vez ya no esté, tal vez haya perdido a esa hija o nieta para siempre. Cris se queda mirando las prendas y, sin pretenderlo, piensa en los colgajos de brazo aplastados. El dolor de cabeza le sobreviene, encharcado y rítmico, como el golpeteo del martinete.

Parpadea. Abre los ojos como loca, por temor a haberlos cerrado, a perderse otra vez en las imágenes de película de terror que retumban en su mente con una banda sonora de alta definición. Observa con fijeza las prendas. Bajará a pedírselas prestadas a la

mujer. No pasa nada, solo es ropa de otra persona. Cualquier cosa es mejor que el pulóver que lleva. También necesita una ducha. Cuando aquellos dejen de discutir. O tal vez antes.

—... Hicimos el casting juntos, ¿recuerdas? Y ahora quieres dejarme tirada.

—No, no es eso.

—Nos dejas tirados a todos, Dani. No puedes dejar a la película sin uno de sus protagonistas, ¿te haces una idea de lo que puede costar volver a grabar las escenas anteriores? A lo mejor hasta tendrían que cambiar el guion. Nos dejas tirados. A mí me dejas tirada. Es mi trabajo, joder.

—¿Hasta el punto de jugarte la vida?

—Mira, no me salgas con esas otra vez. Si te has acojonado no es mi problema. ¿Y qué pasaría si nos fuéramos los dos, eh? ¿Qué pasaría con el chaval? ¿Lo dejamos al cuidado de la vieja, como en la película?

—No tiene por qué quedarse.

—Ya... Bueno, mira, esto no tiene sentido. Vamos a ver, entonces, según tu teoría sobre la película, yo ahora debería estar muerta, ¿verdad?

—Susana, es que no escuchas...

La «novia» de Dani es la única que no se ha buscado un asiento. Se mueve de aquí para allá con un trapo en la mano, aprovecha para marcar territorio en torno al único somier del desván mientras limpia el polvo (esa cama hace pensar otra vez a Cris que la anciana, en algún momento no lejano de su vida, ha tenido familia aquí, en esta misma casa maloliente, y que la ha perdido, puede que de manera cruenta; no tiene por qué, pero puede que sí). Los movimientos de Susana siempre acaban en una pose provocativa, aunque pretenda aparentar fiereza. Pero señala acusadoramente a Dani, no está coqueteando con él. Después de lo sucedido en el hostal, se siente crecida, con más derecho que nunca a alzarle la voz.

—... Después de la escena de la funeraria se supone que me han secuestrado. Igual ni salgo más en la película, pero, mira, no han grabado una snuff movie conmigo. Qué raro, ¿no crees?

—A lo mejor todavía tienes que salir más adelante.

—Eso espero, porque los créditos me vendrían bien. Aún estoy pagando lo de los meses pasados y llevo ni se sabe sin poder comprar a plazos, ¿entiendes? Me hace falta el dinero.

—Como a todos.

—Claro, pero depende de lo que estés dispuesto a hacer. Por

cierto, ¿has leído tu parte del guion? Ahora tendrías que ir a la Policía. —Susana desfila a lo largo de los pies del somier, separa el arcón que hay pegado a la barra. No disimula al pasar junto a Cris, arruga la nariz—. O hablar con el alcalde, que según me han contado está loco de remate. Llévate cuidado, cariño, no vaya a ser que te arresten sus policías y te den una paliza, pero de las de verdad. Los accidentes durante el rodaje ocurren, ¿a que sí, Rai?

—Sí... —responde este. La cabeza de uno de los muñecos solo puede girar noventa grados.

—Pero... —Dani respira hondo, tanto que no parece que vaya a continuar hablando—. ¿Acaso no has escuchado lo que nos ha contado? Todas esas... cosas que...

—¿Y qué?

—¿Es que crees que se lo está...? —baja el tono de voz, aunque es absurdo, Cris sigue ahí, haciendo como que no escucha, pero sigue ahí.

Unos leotardos, un jersey de lana largo como un vestido. Y una camiseta por si acaso. Cris vuelve a agrupar las prendas y las pliega de mala manera, forma algo parecido a un cuadrado. Busca las deportivas que han dejado a un lado de la maleta. Son de niño, pero de su número. Se pasa la manga por los mocos. Total, está sucísimo. Lo echaría al fuego sin dudarlo.

—No, no estoy diciendo que se lo haya inventado. Pero hay que separar, hay que separar, joder, ¡pero miraos! Un par de escenas explícitas y ya os creéis que quieren matarnos.

—¿Y lo del enano? —Dani también piensa en el sexo en el cementerio, pero no lo dice.

Despacio, Rai deposita en el fondo del arcón uno de los muñecos y saca otro. Este va armado. Observa sus ojos de león. Le mueve los brazos articulados, las zarpas. Piensa en el enano, en su lamento agudo, el sonido de las hojas secas aplastadas. Mueve las piernas articuladas, acaban en botas de bárbaro. Piensa en el sótano, lo recuerda en perspectiva cinematográfica, con dos bandas oscuras arriba y abajo, y los efectos especiales, el frío que se te metía en el esternón. El rostro del enano en un demoníaco primer plano. Seguía vivo, era el mismo rostro, el mismo tono agudo de voz incluso cuando gruñía. Puede que Susana tenga razón. Están exagerando un poco, el enano ni siquiera murió, fallo del veredicto del médico, un truco del equipo de rodaje, les tomaron el pelo.

—Sí, vale, sí... Pero eso fue un accidente... Mira, yo os apoyo, vale, no digo nada, no voy con el cuento a nadie. ¿Te gusta la muchacha? ¿Es eso, no?

Dani emite un bufido y no se fija en que Cris levanta una ceja.

—... Lo entiendo. Lo nuestro es cosa del guion, pero entre vosotros hay química, física y hasta botánica... Ha habido rollito en el ataúd, ¿verdad?

—Te estás pasando, *Alexia*.

—No, llámame Susana, cariño. Aún estamos en la película. Y en cuanto a esta... Que se esconda el tiempo que quiera. Es que me da igual quién sea... —Mira a Cris como si fuera a tener consideración con ella, pero luego arruga la nariz otra vez y desmiente la impresión—. Me da igual si dice la verdad o si toma medicación. O si hay un psicópata suelto en el rodaje. Me da igual, en serio. Y hacéis buena pareja, ¿eh?

Cris aprovecha la pausa y se levanta. Cruza entre ellos. Le gustaría hacerlo con brusquedad, pero así se nota más lo mal que huele. Se lleva el puñado de ropa bajo el brazo. Es de invierno, pero holgada, discreta y oscura, servirá. Procura que su tono de voz denote agradecimiento y no otra cosa bien distinta:

—Voy a pedir permiso para ducharme y cambiarme de ropa. Ahora subo otra vez.

Dani no encuentra nada que decir que la retenga. Entretanto, su interlocutora no lo deja respirar. Cris aún puede escuchar retazos de la discusión mientras baja las escaleras y recorre la pequeña galería hasta la cocina.

—... Necesito el trabajo, y el crío también. Y tú, Dani, ¿qué vas a hacer? Nos convertimos en fugitivos y nos largamos del pueblo en autobús, ¿no? Menudo planazo. ¿Te das cuenta de la cantidad de documentos que hemos firmado? O sea, que nos vamos y se acabó, ¿verdad? Es tan poco profesional.

—No... No sé. Quizá deberíamos hablar con...

—Sí, con la Policía, como en el guion. ¿No te parece un poco egoísta que nos quieras dejar colgados? ¿Y tú qué opinas, Rai?...

2.

Salta a la vista que el ventanuco del cuarto de aseo es demasiado estrecho. De todas formas se ha subido al borde de la bañera para comprobarlo. No va a caber por ahí. Ni de coña, Cris, olvídalo.

El agua caliente la reconforta. Agradece hasta el escozor del jabón sobre las heridas. Bárbara le ha comentado que estaba de suerte, que no hay teléfono y que, aunque subiese a Sariñena a avisar a los butaneros, se suelen negar a traerle las botellas a esta

zona. A lo mejor es porque no les da propina. Así que esa botella de gas es la única que le queda a la mujer.

La ducha ha sido una gozada, pero no ha dejado de pensar en escabullirse antes de... En fin, antes de que suceda algo más en este retorcido guion.

También le resulta agradable el tacto de la ropa limpia, a pesar del olor a humedad y a naftalina. La anciana incluso tiene pañuelos de papel. Cris se guarda un paquete en el bolsillo y, entretanto, idea su irracional plan de huida, que ha de culminar con su culo atascado en el marco del ventanuco.

Dicen que no reconocerte en el espejo es un síntoma de locura, o eso cree haber leído. Sí, de acuerdo, es ella, o una gemela con idéntico flequillo torcido, pero le cuesta asimilar que ahora tenga ese aspecto. Experimenta un picor anestesiado cuando se recorre los surcos bajo los ojos, los moratones que había confundido con suciedad antes de la ducha, los cortes, de un tono violáceo que resalta por contraste con su piel, más blanca de lo habitual. Qué pálida se ve, Dios mío, incluso con esa luz mugrienta del aseo, que tiene la potencia de un candelabro. Y lo más grave no es eso, sino la certeza de que algo en su expresión ha cambiado, en la configuración de su rostro. Algo que no puede ocultar aunque fuerce una sonrisa. Su alma (que quiere marcharse, ella sí cabe por el ventanuco) se ha desacoplado con respecto al cuerpo, y cada gesto que esboza frente al espejo evidencia desarmonía.

Intenta arreglarlo con algunas de las pinturas de Bárbara, algo de sombra de ojos, un poco de colorete... El resultado, un payaso anémico, le desagrada tanto que se limpia la mayor parte del maquillaje.

Cuando sale del aseo, y ya apenas cojea, su segundo plan de huida se desvanece en su mente al escuchar la triple dentellada metálica del pestillo. La anciana finalmente ha decidido dormir dentro de casa. Por lo visto Cris también lo va a hacer, después de todo.

A una parte de ella no le parece tan mal. Dani le gusta, parece buen chico y todo eso que se suele decir en las películas antes de que te intenten meter mano o perseguirte con un cuchillo. Aunque los demás se muestren más reacios a incluirla en el grupo, el chico se ve que quiere ayudarla de veras, a no ser que sea un magnífico actor. Bueno, mejor acompañada que sola y expuesta a que la sombra de las inacabables piernas del hombre gris se proyecte hasta la entrada de su escondite. Cris aún se da media vuelta de manera brusca y sin motivo aparente. El trauma es algo más que un síntoma

psiquiátrico. Es un susurro entre las ramas que aguarda a que bajes la guardia para demostrarte cuán tangible y frío es... No puede evitarlo. No puede parar de pergeñar alternativas de huida. Desde que ha saltado del tren, su vida y la de la actriz que se ha puesto el disfraz de esta joven hambrienta y fatigada transcurre como en una inacabable y enloquecedora secuencia de acción en la que la sangre salpica la cámara a cada momento, los fogonazos de luz queman toda perspectiva y el estruendo te sobrecoge porque la explosión esta vez ha caído demasiado cerca. Ahora le resulta irreal que pueda detenerse en un sitio, respirar hondo y que no suceda nada extraño. Que no esté escuchando sus propios gritos.

En la terraza no se está tan mal. Solo piensa una única vez en lo de sopesar la altura, lo de descolgarse por alguna tubería y saltar al patio. Echar a correr y confundirse en los claroscuros del paisaje con la esperanza de que el hombre gris no tenga ojos en las nubes. Después, Cris se relaja tanto entre el colchón y la manta (y el hombro de Dani), que sus piernas dejan de buscar posición y hasta amenazan con no volver a responder. El aire fresco le descongestiona la nariz y sobre todo los pensamientos. Debe de haber alguna planta fragante en los alrededores de la casa, o eso o que cualquier aire es más respirable que el de ahí dentro.

—¿Lo entiendes?

Cris asiente de manera imperceptible.

—Puedes seguir escondida aquí. Trataré de hablar con alguien y, si veo algo raro o no me convencen las respuestas, nos largamos. Sé dónde para el autobús, pero si hace falta nos marchamos a pie.

—Está bien.

La joven estira la manta y se acomoda junto a su compañero. Su madre diría que se está pegando a él más de lo decente. Está demasiado cansada como para mostrar pudor, y mucho menos para desconfiar de él o juzgarle por su falta de decisión. Prefiere creer que aquí está segura, a cielo descubierto, en una terraza con una puerta de cristal sin cerradura, y con una vieja amargada como guardián, qué risa. Se acomoda aún más si cabe contra su anatomía masculina. Sí, la protegerá. Suponiendo que el director de la película no se lo cargue antes.

—Eh —la reclama él, buscando su mirada—. ¿Me perdonas?

—¿Por qué?

—No sé, por no defenderte, por... dudar.

—Sí, no te preocupes, son tus compañeros de rodaje, es lógico.

—También son tus compañeros.

Rai y Susana se han atrincherado ahí dentro, en la litera. Mejor

así. Cuando están todos juntos, lo más molesto no son las divagaciones acerca de lo que está sucediendo, sino el miedo no asumido. Esa incredulidad es como un grillete que te impide echar a correr. Y ella necesita estar preparada para hacerlo. Además, ha descubierto que le gusta la compañía de Dani.

—No lo son. Yo ya no estoy en la película. Y tú tampoco deberías estarlo.

—Si pudiera..., no sé...

—Déjalo, en serio, ahora no importa. Aquí me encuentro bien.

La noche suspira con su aliento fresco y todo queda en relativo silencio, ni una rama se mueve en los alrededores; una trampa para que se confíen y duerman. Puede que los tejados y luces de Sariñena no se vean desde esta especie de hondonada, pero basta con dirigir una mirada a la negrura hinchada de ese cielo para que se enturbien tus pensamientos. Cris no es la única a la que le cuesta dormir.

—Tu nombre, Cris, ¿es abreviatura de Cristina?

—No, de Cristelle. Mi madre era francesa.

—¿Era?

—Bueno, es. No ha muerto, que yo sepa. Me escapé de casa hace... No sé, no logro acordarme.

—¿Por qué?

—Sigues haciendo muchas preguntas.

—Perdona. Solo quería conocerte un poco. Si lo prefieres hablo de mí. No puedo dormirme así, lo siento.

Ella se incorpora con los codos. Marca una cierta distancia con Dani al hablarle de su ex.

—Me fugué con el idiota de mi exnovio. Luego me dejó tirada y desde entonces he sido carne de comedores sociales. En algún momento de toda esta historia perdí mi documento de identidad y me quedé sin cartilla de raciones, y por intentar recuperarlo me metí en este follón; me ofrecieron este maravilloso «empleo»... Y la alternativa ya te puedes imaginar cuál era.

Iba a comenzar otra vez, a insistirle en que esta gente seguramente recluta a personas sin hogar, a pequeños delincuentes, a inmigrantes ilegales, a gente prescindible que nadie echará demasiado en falta; gente desesperada a la que no le importa firmar cuantos papeles haga falta por la promesa de unos créditos y una aparición en la gran pantalla como estrellas de verdad. O como extras prescindibles, en el caso de Cris. No tiene sentido retomar la discusión, volver a sentir que se asfixia porque la angustia es demasiada como para expulsarla por su pequeña boca. Es como

intentar convencer a alguien de la existencia extraterrestre solo con ideas o con relatos de suspense. Todo cambia cuando la pistola del director te apunta a la cabeza. Y puede que para cuando el incrédulo lo asimile ya sea demasiado tarde, porque si el porno puede convertirse en violación, el terror puede convertirse en asesinato.

—¿Qué pasó con tu ex?

—No quiero hablar de eso.

—¿Y con tus padres? Me cuesta creer que...

—Ya. Eres muy incrédulo. Por cierto, ¿cuál es tu nombre real?

—No me cambies de tema.

—Sí lo hago.

Estallan en risotadas. La opaca textura del silencio nocturno hace que la última carcajada recuerde a la de un demente.

—En realidad también me llamo Dani, Dani Lester. Yo también tengo un apellido un poco guiri. Pero mi historia no es tan dramática como la tuya. Es decir, ya sabes cómo están las cosas ahí fuera, no hay dinero para medicinas, es fácil justificar un crimen, y cuando no pagas la policía no está de tu lado. Pero por lo demás no me escapé de casa.

—Qué aburrido.

Ella se acurruca de nuevo en su hombro. Experimenta una carrera de insectos que le recorre más abajo del piercing que luce en el ombligo. Al principio lo confunde con picor, quizá se le haya infectado, vio que lo tenía muy colorado cuando se dio la ducha. Luego la sensación se concentra como una caricia fantasma, una fiebre agradable en torno a su sexo, pero acaba adquiriendo otro significado menos erótico cuando nota la carga estática recorrerle de arriba abajo al pegarse demasiado al chico. Entonces saca los brazos de debajo de las mantas. Dani, tal vez contagiado por la inquietud, o tal vez porque también ha notado el calambre, se coloca bien el montón de ropa que usan como almohada y mira hacia el cielo nocturno cuando ella lo señala.

En realidad no está señalando nada. La palma extendida retiembla con movimientos circulares.

—¿Qué haces? —le pregunta él.

—Fíjate en esas nubes. Creo que hay algunas estrellas detrás.

Mueve la palma, como si saludara.

—Pero ¿qué haces?

—Venga, ayúdame...

Cris mete la otra mano bajo las mantas. El chico se tensa, pero luego se deja hacer cuando ella arrastra en alto su brazo para que

salude como ella.

—... Hazlo así, ¿ves? En movimientos circulares... No, más despacio, pero con insistencia.

—¿Así?

—Sí, pero fíjate, ahí, en ese hueco entre las nubes.

—Yo lo veo todo gris.

—No, tonto. En ese hueco. Vamos a agrandarlo, no pares de hacer eso. Fíjate en cómo se van deshaciendo las nubes y el hueco se va haciendo más ancho.

—Pues yo lo veo...

—Tú insiste. Y no hables tanto.

Lo cierto es que el pedacito de cielo, moteado por alguna que otra estrella, se va agrandando. Él piensa que se debe al desplazamiento de las nubes. Sin dejar de frotar el aire, vuelve la mirada hacia Cris.

—Te lo vas a perder, sigue mirando, fíjate en cómo agujereamos las nubes.

Además de movimientos circulares, Cris sacude la palma en diferentes direcciones, como si limpiase los bordes de algo con un trapo. Él la imita entre cansado y divertido. El agujero en las nubes es cada vez más amplio.

—¿Dónde has aprendido...?

—Chsst, mira.

Hay que reconocer que el hueco abierto es considerable. A izquierda y derecha, la misma textura turbia oculta las estrellas. Salvo en ese boquete, que les devuelve un guiño de luz etérea.

—Se me cansa el brazo.

—Ya puedes dejarlo —ríe Cris.

—¿Vas a responder a alguna de mis preguntas, o me pongo a dormir?

—No sé, lo hacía de pequeña. Salía al balcón y jugaba a deshacer las nubes. El efecto me sorprendía tanto que lo solía repetir con regularidad. Los vecinos se pensaban que estaba saludando a alguien, o que era retrasada.

—No eres retrasada.

—Un poco sí, por haberme metido en este lío.

—Yo también estoy metido.

Otra vez la mano bajo las mantas. Esta vez la de Cris atrapa la del chico en un apretón eléctrico que pone la piel de gallina.

—¿Crees en lo que acabas de ver?

Sus rostros están a la distancia de un beso.

—¿A qué te refieres? ¿A cómo explicar lo de las nubes?

—Ya sabes a lo que me refiero.

Cris decide que es absurdo tratar de hablarle del hombre gris otra vez. Por mucho que trate de explicarle la... forma en que el viejo tironeó..., no de su tobillo, sino de su alma, penetrando con su fría zarpa en ella, no logrará expresar todo lo que sintió sin que su discurso acabe en un jadeo inenarrable.

No. Dani no lo comprendería. Por eso no debe...

—No sé, ¿qué quieres que te diga? A lo mejor mueves energía, o quizá se habría abierto de manera natural y nos hemos sugestionado observando el proceso.

El beso no se produce. Unos pocos centímetros, una distancia insalvable. El aire entre los dos se densifica, produce una congestión que poco tiene que ver con los mocos. A Cris le cuesta respirar cuando le dice:

—No vayas a hablar con el director. No hables con nadie. Por favor.

—¿Por qué?

—No lo hagas.

Se abraza a él. Lo hace con tanta fuerza que no lo deja cambiar de posición hasta que, poco a poco, el cansancio y el silencio se confabulan con los sueños.

3.

El olor a tostada recién hecha mitiga la peste a tabaco impregnada en el mobiliario. A la anfitriona ayer se le olvidó ofrecerles algo de comida y, ante la visión del desayuno, el estómago de Cris se ha removido con la amenaza de devorarse a sí mismo.

Le habría gustado desayunar con Dani.

—Se marcharon pronto —explica Bárbara. Por deferencia hacia Cris, no ha encendido aún el cigarro, que va de un dedo a otro de la manchada y huesuda mano de la mujer. En cualquier momento lo usará para remover el café, en lugar de la cucharilla.

—Lo sé, me desperté... —Vaya si lo hizo, con el corazón a mil revoluciones y el sonido de sirenas y gritos de pánico en su cabeza. Un mal presagio, quizá—. Pero estaba agotada y Dani me dijo que era muy temprano aún.

La mujer asiente.

—Quizá tenían que grabar alguna escena.

—¿Y usted no?

—No, que yo sepa.

—¿Y Susana? Les escuché comentar que en el guion la habían secuestrado o algo así.

Bárbara se lleva la taza humeante (se diría que humea tabaco) y le da un sorbo con labios agrietados. Por esas mismas grietas parece escapar, sibilante, su respuesta:

—A lo mejor solo han ido a recibir instrucciones.

—Claro.

—¿Estás tratando de insinuar algo, chica?

La forma en que la llama le provoca un escalofrío (*CHIIICA*). Mira a la anciana con ojos llorosos. Por un momento, se le cierra el estómago.

—Tranquila. Aquí estás segura. Susana no se habría quedado aquí aunque no tuviese nada que grabar. No le caes demasiado bien, ¿me equivoco?

—No sé.

El bufido que emite la mujer hace que los surcos en sus labios se agranden. Cris no puede creerse cuán profundas son esas úlceras.

—Pues a mí sí me caes bien. Se nota que todo esto te da el mismo asco que a mí.

Por un momento, Cris duda sobre a qué se refiere la anciana. La sobresalta un golpe hueco y metálico por alguna parte. Aprovecha para echar un vistazo a su alrededor y se da cuenta de que la anciana se está refiriendo al rodaje, no a la casa. Por primera vez, repara en lo recargado que se ve todo y en la antigüedad de algunos muebles: el botellero, por ejemplo, las butacas, o ese reloj de pared con la figura de un caballo sobre el copete.

—Es un reloj suizo, ¿te gusta?

Recargado, como la réplica en madera rojiza de un templo. La rueda contadera no se mueve y Cris no tiene otra forma de saber qué hora es. Ante su encogimiento de hombros, la anciana resopla. Es extraño, su aliento llega como una corriente de aire en dirección opuesta.

—Eres demasiado joven, y me temo que has vivido poco, ¿verdad? —no espera la respuesta de Cris—. Yo vengo de Ginebra. Te puedes imaginar por qué todo esto, Sariñena, me parece la inmundicia más grande del mundo.

—Vaya.

—Ya me lo parecía hace una década, antes de que este país se convirtiese en un campo de concentración. Y los acabados de madera de ese reloj y ese lacado de la taquilla valen más que toda esta casucha junta. La vida allí fue dura al principio, durmiendo en

las fábricas o en el living de los conocidos, soportando los cartelitos de la extrema derecha en el club; algunos nos trataban como a perros, hasta que empezaron a gustarles nuestros lametones. Sí, luego fue bastante mejor... Conocimos a un arquitecto español casado con una suiza fea y basta que siempre iba presumiendo del museo de arte de su ciudad. Por lo visto, el tipo echaba de menos los toros y por eso le ponía tanto los cuernos a su mujer. Le gustaban las bragas manchadas... Y tuve que hacerme muy amiga de él, ¿entiendes?

Esa mueca desdentada... Cris se muestra incapaz de corresponderla con otra sonrisa de complicidad. Se nota los carrillos adormecidos. La vieja tampoco espera que meta baza.

—Espera, mira... —La mujer se dirige al botellero, que al parecer tiene algún tipo de compartimento. Regresa con una cajita de lata—. ¿Quieres saber de dónde me viene lo de ser actriz?

No espera a que asienta, le ofrece un puñado de fotos antiguas y le va explicando:

—Hice algo más allí aparte de ir detrás y delante de mi marido. Conocí a gente, y en Francia comenzó mi incipiente carrera como actriz dramática. —Bárbara mete un dedo arrugado frente a los ojos de Cris y lo clava cuando encuentra la foto apropiada—. ¿Ves? Esto fue durante el rodaje de mi primera película. Vaya vestido, ¿eh? Todo muy de la época. Por aquel entonces tenía más caderas que ahora, se me notaban menos los huesos.

—¿Saliste en muchas películas? —pregunta Cris, concentrada en las fotografías en blanco y negro. Solo en casa de sus abuelos y en alguna que otra película había visto unas así, auténticas, no obtenidas con cámaras modernas y efectos de retoque digital.

—Pues casi que esta fue la única. Verás, no podíamos permitirnos quedarnos en Francia. Ya ves. Mi marido no quería tenerme por ahí fuera de Ginebra, pero más tarde no dudó en arrojarme al culo del mundo. —La mujer espera alguna réplica por parte de la joven y, como no la obtiene, suspira y prosigue—: Lo hubiera hecho por amor al arte, no es como ahora, que tienes que firmar mil estupideces y además vendes tu imagen. Si eres joven y atractiva y haces cine precisamente por eso, debes vender tu imagen para que ellos puedan luego retocártela o usarte a su antojo hasta que ofrezcas el resultado que desean. Y no dudarán en convertirte en un personaje de animación, llegado el momento. Bah, antes era todo diferente. Y no se hacía esta mierda de...

—¿Qué es esto?

Cris suelta la foto como si quemara. Bárbara la recupera de la

mesa con el ceño fruncido.

—¿Qué pas...? ¡Ah! Sí, ya. Está igual que ahora, ¿verdad? Yo también lo recuerdo así de viejo. Es Angus, ¿lo has conocido?

No puede ni asentir, Cris mira con aprensión la fotografía. La mujer seguro que deduce que sí, que lo conoce bien.

—Tenía fama de molestar. A los niños. Estaba en uno de esos clubes raros. A mí me invitaron, ¿sabes? Me habrían puesto un cohete en el culo y me habrían lanzado al estrellato si hubiera aceptado. Incluso podría haber dejado al inútil de mi marido. Pero ya ves, una es demasiado íntegra para según qué cosas. ¿Es que te ha hecho algo ese viejo? Angus, me refiero. ¿Chica?

Al final Cris termina haciendo un movimiento con la cabeza que no se sabe lo que significa.

—Ya era así de siniestro antes. Trabajaba en un laboratorio o algo parecido, y a las cenas siempre se traía uno de sus horribles libros. No me extrañaría que en sus reuniones del club comiera carne humana o algo parecido...

Bárbara recupera las fotografías esparcidas sobre la mesa.

—Perdona, te estoy asustando con todas estas historias. Olvídalo, ni me acordaba de que tenía una foto con ese viejo perturbado.

La mujer devuelve las fotos al botellero, regresa y remueve lo que queda del contenido de su taza.

—En fin, chica. Esto solo es el resumen de las largas historias de una vieja amargada. No quieras saber por qué regresamos, por qué me dejé arrastrar a este pozo de inmundicia por mi marido. Una embolia no es venganza suficiente. No lo es.

Se lleva el cigarro apagado en un acto reflejo. La joven aparta la mirada de esa especie de sonrisa amarga, una invitación no deseada a conocer su pasado. Un crujido de origen inidentificable brinda a Cris la excusa perfecta para mirar en otra dirección. Y es cierto que parte de los muebles se ven fuera de contexto, los trastos que un anticuario se habría llevado a casa cuando no le cupiesen más en la tienda. Entre tapetes, cortinas mugrientas, tazas de plástico y un televisor de pantalla plana, aparece un mueble que, si se lo preguntasen a Cris, diría que podría ser del siglo XVI. Siente la repentina tentación de levantarse y comprobar que no forman parte de algún decorado. Que no hay una cámara oculta en ese camafeo colgado a la entrada. Su ojo de ónice la vigila. Pero la alarma aún no se ha disparado en la mente de Cris.

—Me costó mucho dinero en su día traerme todos estos trastos. Francos, pesetas, incluso euros, antes de llegar a esta especie de

moneda global que no es más que miseria y deuda digital. Me podía haber conformado con las postales y con el vodka, pero no... De algún modo, quise aferrarme a lo que me quedase de mi vida en Ginebra, como si tener todos esos muebles a mi alrededor pudiese ahorrarme la depresión... Oye, niña, ¿has terminado ya el *déjeuner*? Necesito fumarme el puñetero cigarro...

Cris asiente, aunque la mujer ya se lo está encendiendo antes de esperar la respuesta.

—... Algunos son adictos a esa mierda de medicina para la alergia, pero yo prefiero el *cigarette*. ¿Qué ironía, verdad? Debería ahogarme en mi propia tos y sin embargo respiro mejor que la mayoría. ¿Tú no la tomas?

—No tengo dinero para comprarla.

—Es una buena excusa...

Una larga calada parece poner fin a la conversación. Cris se encuentra incómoda con la mujer. Se fija en la bandeja y las tazas, tan viejas como Bárbara. Quizá podría ofrecerse a fregarlas. Pero se da cuenta de que el monólogo no ha terminado, ni mucho menos.

—... Aunque a veces no es suficiente. A veces la falta de créditos es el problema. Fíjate en el pueblo. El alcalde ha vendido hasta el último empedrado, sucios acuerdos con las hidroeléctricas, licencias de obras endemoniadas, expropiación de suelos, ni echándole sal a las tierras de cultivo podría habernos hecho más daño. ¿Quieres saber el reciclaje que se hace aquí en aquella fábrica, lo que hacen con los malditos tapones? No lo quieras saber, chica, y tampoco cómo han envenenado nuestra agua de riego y ahora nos prostituyen, literalmente, para importarla a un precio de usura. Es demencial. Pero es mucho peor. Aquí la medicina es barata, ¿sabes?, porque somos un puñetero laboratorio, cobayas para las corporaciones. Y por si fuera poco vienen aquí a rodar, se meten en tu casa y te obligan a comportarte como un puñetero *clown*. ¿Y crees que nos pagan como a verdaderos actores? Bueno, qué te voy a contar a ti.

Si la anciana tuviese problemas de audición, no habría escuchado a Cris, su voz enredada en lo más hondo de su ser.

—¿Han... grabado aquí? —Ahora sí, el aullido estridente de las alarmas, chirrido de neumáticos, ya llegan. Cris recapitula al ritmo acelerado de su corazón todos los sonidos extraños que ha ido escuchando mientras desayunaba, el golpe metálico, el crujido, la corriente de aire.

—Sí, esta se supone que es la casa de Rai y de Susana. —Del nuevo bufido de la anciana escapa una nube de humo. Cris cree ver

en él copos de ceniza—. Menuda familia que me queda, ¿verdad? Y lo peor es que aún hay algo por grabar. Creo que tengo que encerrar a Rai en su cuarto para que no vaya en busca de su hermana. Si por mi fuera lo encerraría en el sótano y rompería accidentalmente una cañería. Claro que para eso tendría que tener sótano. Mi marido no supo ni poner el tejado en condiciones, y eso que me prometió que se parecería al de los chalés de montaña de Suiza.

La risa cascada de la vieja le recuerda demasiado a la del hombre gris. Uñas largas de gárgola.

—Te... ngo que marcharme, no... puedo quedarme aquí...

—Pero no seas tonta, chica... —La manga de lana protege a Cris de la garra de la mujer—. Se llevaron todas las cámaras y sus *équipement*... —La joven se levanta de golpe—. ¡Eh, pero espera! Sé dónde esconderte, hay un tejadillo con hueco, no tienes por qué...

Cuando Cris se detiene en seco, no es por las promesas de la anciana, sino por lo que flota directo hacia su cabeza.

LA MANO

1.

La mano cabe entre los barrotes. Lo más complicado es estirarse y abrir a ciegas la ventana de doble hoja. Tiene que ponerse de puntillas, porque la ventana de este extremo de la casa está más elevada que las demás. Se está despellejando el pecho contra el granulado del muro. Un poco más adentro, así... Luego tendrá que girar la muñeca para poder sacarla.

No llega ni a introducir el codo, no es fácil hacer fuerza solo con los dedos. Al estirarlos y hacer presión le duelen como si los introdujera en hielo. El hombro le ha crujido. Primero falla, toca el cristal. Luego empuja un poco más fuerte el marco de madera pelada y la corriente de aire se burla de sus esfuerzos, vuelve a cerrarla. Suerte que esta misma mañana, antes de salir, se ocupó de bloquear el cierre entre las dos hojas con una piedrecita. Quizá debería buscar un cubo, una roca o algo para encaramarse.

Uf, no, tiene que hacerlo de una vez, al final se van a dar cuenta. No puede estirarse más, se apoya sobre el dedo gordo, como las bailarinas. Y empuja, los dedos tiesos, al límite, como ramitas quebradizas. Cuando encuentra el punto de presión adecuado en la unión de los dos marcos, procura abrir sin que esas bisagras viejas chirríen. No es suficiente, necesita empujar más fuerte para que se desacoplen las hojas y luego ya no se cierren, pero se arriesga a que el entrechocar de la madera le delate. El aire le cierra desde dentro otra vez. Hace fresco, pero las axilas se le están empapando...

Desde el salón, solo la mitad izquierda de la mesa asoma a la puerta que da acceso a la cocina. Bárbara tiene la costumbre de sentarse un poco ladeada hacia el televisor, una de las piernas cruzada sobre la rodilla de la otra, en parte porque le molesta un quiste en uno de los glúteos. Si se escorase un poco a su derecha, vería inflarse un poco la cortina. Es el viento, pensaría, aunque la ventana debiera estar cerrada. En cuanto a Cris, debería darse la vuelta por completo y solo así se estrellaría con el travelling en avance que hacemos desde la ventana de la cocina y la encimera. En cualquier caso, está a punto de hacerlo, de levantarse y acudir a nuestro encuentro.

Te gustaría avisarlas, advertirles del peligro. Sacudir las espumaderas colgadas en los ganchos, desamontonar las patatas del

saco, producir algún tipo de silbido para que se den cuenta y se vuelvan. Nosotros podemos verlas desde aquí y eso debería ser suficiente. Deberían sentirse observadas, asomarse, siquiera por intuición. La cámara crea esa falsa complicidad con el espectador. Creemos que ellos también pueden vernos, que pueden ser conscientes del peligro que se les echa encima. Pero normalmente no es así. No hasta que es demasiado tarde. Si tan solo se giraran un poquito...

La mano se retira como si quemase cuando la bola golpea la encimera y rueda antes de tomar altura. El hueso de la muñeca se lleva un buen golpe antes de poder rescatar la mano de entre los barrotes. El movimiento es tan brusco que al sacar el brazo se cae de lado. Reculando, levanta una buena nube de tierra mientras se quita de la vista de cualquiera de las ventanas. No puede ver lo que sucede ahí dentro.

La cámara sí.

2.

Aunque se trata de una vivienda antigua, una casa de pueblo por lo demás no muy distinta a las construidas a principios del siglo XX en Sariñena, la altura del techo en cada una de las plantas no es muy elevada, al contrario. El marido de Bárbara quiso emular la distribución de una casa de montaña que vieron en Hasliberg, pero solo la planta de arriba tiene la forma abuhardillada. La esfera plateada tiene que descender demasiado para pasar bajo el marco de la entrada al salón.

Y se detiene a pocos centímetros del flequillo desigual de Cris.

—¿Qué es eso?

Cris no responde ni profiere su propia exclamación. Contempla alucinada ese pedazo de ciencia ficción que acaba de colarse en su realidad. Su mente se refugia en una bruma lejana, el escenario en torno a esa cosa se difumina, y asiste a cuanto sucede como una espectadora drogada, apenas se agacha para esquivarla, su cuerpo se queda en una adormecida tensión, como la bola que vibra sobre ella, atrapada en alguna suerte de campo magnético. La joven no sabe hacia dónde arrojarse, no sabe si podría hacerlo. La mesa queda a kilómetros, lo de la cortina es una idea estúpida, el sofá, con su curioso remate ornamentado de madera, para nada serviría de trinchera... Los ojos se le sacuden de un lado a otro, fracciones de segundo, le cuesta pensar, luego vuelve a vigilar su reflejo

deformado y empequeñecido en esa esfera plateada. Ella misma se siente encogida y acorralada en un callejón sin salida de este laberinto de viejos muebles suizos.

—¡Puñeta! Es...

La joven se da cuenta antes de que Bárbara acabe la frase. Sucede cuando mueve apenas el tronco a un lado y la bola gira, la persigue con la «mirada», se aparta del reflejo mortecino de la luz del salón y muestra la lente. No está incrustada, forma parte de la superficie esférica.

—... una cámara...

El caos se desata en cuanto la anciana agarra la lámpara de pie e intenta golpear la esfera con la base metálica. O quizá todo sucede antes, es difícil precisarlo. Tal vez la bola pueda leer sus intenciones.

—... ¡En mi puñetera casa!

El golpe falla. La base pesa demasiado y un extremo de la lámpara se le escapa a la anciana. La barra metálica casi cae sobre Cris antes de estrellarse contra el marco de la entrada. La chica aprovecha para apartarse, encorvarse ante el rápido vuelo de la esfera, su mente regresa tan rápido a su cuerpo que le duelen los sesos.

Cris se arrastra, no llega a colarse bajo la mesa a tiempo. La esfera gravita tras ella y se lanza en picado hacia su columna vertebral. Ella no puede verla. No percibe la velocidad con que esa bola de petanca se dirige hacia su huesuda espalda. Dentro de poco se escuchará un crujir de vértebras. En ese momento Cris ya ha perdido de vista cuanto la rodea, salvo la protección que pueda darle ese inalcanzable tablón con patas.

La esfera queda a dos palmos de ella, repelida por algún tipo de fuerza. Hasta que la lámpara contraataca de nuevo. Esa intención no la ha leído, piensa Cris, al darse la vuelta un instante antes de colarse al fin bajo la mesa. La base metálica golpea la bola de manera desmañada, y Cris adivina la trayectoria al sentir el chasquido sobre la mesa.

—¡Mierda, mi tabaco!

Su parapeto se ha astillado y hundido por el centro. La mesa parece combada, una pata permanece en suspensión. Llueven cigarrillos, su repiqueteo se ve amortiguado por el sonido como de libélula empapada que surca el salón.

—¡No salgas de ahí, chica, yo me encargo, no salgas!

Debería haber hecho caso. Restos de desayuno, de tabaco y de migas que no se barrieron días atrás se le adhieren a los leotardos

cuando sale a gatas y se la encuentra de nuevo sobre sí. Cris no podrá alcanzar la cocina por mucho que quiera. Se rinde contra una voluminosa estufa con ruedas, se aparta de la bola como cuando una avispa está a punto de chocarse contra ti y tratas de ahuyentarla a ciegas. Ojalá eso fuera un insecto. A la desesperada, retira de la pared un taquillón. Sería una locura ocultarse tras él, y pese a todo lo intenta. Estira el tapete sobre el mueble y un jarrón se hace añicos contra el suelo.

La vieja maldice. Se lanza a por la bola y el cable de la lámpara se engancha en las patas de una mesita auxiliar y con otro cable, el de la antena. El *crac* que se escucha es de los huesos de la mujer, que cae de costado, pero se aferra al respaldo de madera del sofá. Y no se rinde.

El mando de la televisión es lo primero que estalla sobre Cris. Una de las pilas le produce un frío aguijonazo en el cuello. La esfera se mueve como un péndulo, trazando una sonrisa burlona en el aire. La colección de figurillas de Bárbara comienza, una a una, a puntear el yeso de la pared. Con cada nuevo estallido de recuerdos de porcelana, fragmentos de la vida en Génova de aquella mujer llueven sobre Cris. La chica casi vuelca el taquillón en su intento de cubrirse mejor tras él. Cuando no quedan más figuras, el cenicero metálico abre un nuevo desconchón en la pared. Cris se encaja como puede en el hueco, cubriéndose con una mano la cara. Finalmente, la zapatilla tampoco hace blanco en la bola.

Al poco, con un carraspeo ronco de fumadora, la anciana vuelve a la carga con la lámpara.

Impacta de lleno, la base arrincona la esfera contra la pared, la barra desportilla el taquillón, y la garra, esta vez sí, se engancha a la carne pálida de la joven cuando jala de ella.

—¡Hay que cerrar...! ¡La puerta!

Ahora es Cris quien abre la boca para advertir:

—¡Cuidado!

La esfera rebozada en yeso emite un silbido al lanzarse entre ellas dos. Se separan a medio camino de la entrada a la cocina. Bárbara va dando tumbos hacia el sofá. Se lanza a por un cojín sin importarle dónde pueda estar la bola. Cris se arrastra a duras penas hacia la cocina, sin perder de vista a la esfera cuando esta emite un chasquido y comienza a describir zigzags. Y no es por el efecto del movimiento, son hilos metálicos, salen de la bola por los lados, como las patas de un parásito.

—¿Qué quieres de mí? —Cris, casi de espaldas contra el suelo, repta como puede mientras sacude el brazo intentando ahuyentar a

esa cosa, que no cesa de gravitarla como un pequeño y aterrador satélite—. ¿Qué quieres de mí...?

Alcanzan el umbral de la cocina. Bárbara le tira del pelo para que se levante. No, no ha sido gracias al cojín. Apenas si le ha hecho mella, a Bárbara se le ha escurrido de las manos, repelido por la esfera. Ha sido Cris, con su continuo sacudir de brazo, aspas trazadas en el aire, manotazos a distancia. La esfera ha comenzado a describir círculos en el aire, como si estuviera borracha, Cris incluso la ha hecho retroceder. Y la vieja tampoco pierde el tiempo.

—¡Voy a encerrar a esa cosa!

La mujer se lleva varios cabellos de Cris en la mano, pero logra que esta se ponga en pie y la siga a lo largo de la pegajosa cocina. El mobiliario no es de anticuario como el salón, pero tampoco moderno. La capa de grasa que lo recubre envejece su aspecto. La joven se fija primero en el frigorífico, pero las intenciones de su anfitriona son otras.

—¿Qué...? —Cris no llega a terminar la pregunta. La bola vuelve a la carga.

—¡Haz esa cosa con las manos! ¡Vamos!

Aunque le ha hecho un daño terrible en el cuero cabelludo, cuando la mujer se aleja de ella, Cris se siente desamparada. La cocina no da al exterior, sino hacia otra puerta con dos escalones que parece cerrada con llave. No repara en los dactilares marcados en el cristal de la ventana.

El aire produce una ligera ondulación, como si se hubiera vuelto líquido y arrojasen una piedra sobre él. La sensación se propaga por su piel cuando la garrapata voladora, con un murmullo de electricidad estática, desciende apuntando con sus hebras metálicas hacia el cráneo de Cris. Esta la aparta de un rápido manotazo. No ha llegado a tocarla, o eso cree, porque nota un calambre que le llega hasta el codo y tres delgados cortes en el dorso de su mano, como producidos por un folio. La esfera ha salido despedida hacia la vieja, que ni siquiera ha desenchufado el microondas.

En el aire, captura a la bola y cierra la tapa. El peso del electrodoméstico y la fuerza del impacto obligan a la mujer a soltarlo sobre la encimera, pero logra que caiga con la puerta hacia abajo. La mujer desparrama sus pechos, voluminosos pese a su complexión delgada, sobre el microondas. Jadea, al borde de la muerte por fallo respiratorio. No se ha movido así desde que tenía quince años.

—¡Te tengo!

La mujer ha perdido las gafas en algún momento. Sus ojos

oscuros sudan adrenalina. Miran con fijeza a Cris, espera un aplauso, o quizá que la ayude. Lleva el pelo pegado en mechones desordenados a la frente, recuerda a una peluca descolocada. Su huesuda anatomía da un bote, sus pies, uno de ellos descalzo, se despegan del suelo. La esfera repiquetea en el interior del pequeño electrodoméstico con un sonido amortiguado, en comparación con la fuerza que lo hace vibrar sobre la encimera.

—¡Pero ayúdame, puñetas!

Cris se queda a medio camino. Se sobresalta con el inesperado zumbido, la luz que desborda sobre la encimera. La anciana también se sorprende, luego mira a Cris con ojos miopes y una sonrisa.

—Se ha encendido... Los botones han debido de chocar contra...

El repiqueteo se convierte en un salvaje entrechocar que abolla por un extremo el microondas. La vieja, aferrada a la improvisada prisión metálica, parece que vaya a desmontarse por las extremidades.

Al poco, los envites cesan y se escucha el ring del final del programa de cocción.

Pasan unos segundos de tensión. Confunden el murmullo del frigorífico con el ruido dentro del microondas. Bárbara no se atreve a soltar el aparato. Cris tampoco se mueve. La cocina comienza a oler a alquitrán caliente. Sale humillo negro de ahí dentro. Bárbara finalmente se aparta y le entra una risa que degenera en tos.

—En su punto...

Luego permanecen sin decir nada un buen rato. Les cuesta respirar, sobre todo a la anciana, que busca con la mirada qué hacer con el contenido del microondas.

Entonces lo escuchan. Al principio les cuesta reaccionar. Han estado tan pendientes de lo que sucedía aquí dentro que el ruido de un motor en el camino que rodea la propiedad les parece algo que están dando por la tele, que no está sucediendo a la puerta de casa.

—Espérate aquí, chica, vigila eso.

Y sale hacia el salón, cojeando por el pie descalzo. Su pie produce un sonido mucho más pegajoso que el de la zapatilla. Cris no se atreve a acercarse a ese cacharro humeante. Al menos debería desenchufarlo por seguridad, o colocarle el saco de almendras encima, o la garrafa de agua. Lo cierto es que está pensando más en esa puerta que no tiene pomo y sí cerradura. Escucha rezongar a Bárbara y se aproxima al salón para ver qué está haciendo.

—Esa asquerosa niñata te ha delatado...

Cris, que no entiende lo que significa tener enemigos (aparte de

esta película en sí misma, que es su enemigo con mayúsculas), le cuesta identificar a la culpable. La anciana regresa de puntillas hasta donde se encuentra ella y se lleva el dedo índice a la boca. Cuanto más sigilosa pretende ser, más le rechinan las extremidades.

—¿Están ahí fuera los del rodaje? —pregunta Cris.

La otra asiente y la arrastra del brazo. Del vestido negro de la mujer sale una llave enorme del color de la herrumbre. Tiene una textura que raspa la palma herida de la joven cuando Bárbara se la da y le cierra con fuerza la mano. El gesto es tan solemne que Cris se echa a temblar.

—Por aquí saldrás al patio, recorre los bancales que están en hondo y cuélate por el agujero del canal de riego. Van a tener que mojarse si quieren grabarte el culo, chica.

No le gusta la idea, pero asiente. Se dirige a la puerta, reacia a marcharse. Se fija en las gafas de la mujer, allá en el suelo.

—¿Llevas el dinero que te di? ¿A qué esperas?

—¿Quiénes son? ¿Cuántos hay? —A Cris se le acelera el corazón incluso antes de confirmar quiénes han venido a por ella.

—Yo que sé, es la furgoneta del equipo de rodaje. He visto al tío de los pantalones de militar. Si mi marido hubiese sido de los que guardan una escopeta por si acaso...

—Gra...

Cris pretende acabar el agradecimiento y girar la cerradura al mismo tiempo, pero el microondas estalla con un esputo de luces rojizas. No se desmonta ni se quema, sino que salta de una manera casi cómica; la puerta se descuelga y por el primer hueco abierto sale despedida la esfera, incapaz de mantener el vuelo a una altura estable. Como un proyectil enlentecido y mareado, flota hacia ellas dos envuelta en un espejismo de aire tembloroso y líquido. Lleva las hebras de garrapata torcidas y enrolladas alrededor.

La vieja no tiene tiempo de esquivarla, más por perplejidad que por la velocidad con la que se estrella contra ella. La explosión parece deliberada, el suicidio de la cámara, por así decirlo. Produce un siseo, el traqueteo de ese tipo de cohetes que no estallan, que solo silban acompañados de luces y de llamas.

Cris chilla cuando colgajos del rostro de la mujer se esparcen en todas direcciones y se adhieren a su mejilla, como en un macabro beso de despedida. Huelen a caucho quemado. A tabaco.

Y a ceniza.

3.

Cuando se fija en su palma temblorosa y encuentra todavía en ella las gafas de la anciana, comienza a sollozar.

Dando trompicones, Cris aterriza en el patio desde los escalones de la cocina. La visión empañada y el aturdimiento hacen que se crea atrapada entre los muros derruidos, prácticamente escombros, que no vea el camino de salida que atraviesa la maraña de plantas leñosas que han colonizado el patio con sus tallos de tono desvaído.

Tampoco ve al muchacho, al principio no.

Él no esperaba encontrársela, y el poste eléctrico, esquelético y sin cables, apenas le sirve de escondite. Da un paso al frente, como si llegase de visita, como si regresase a casa por la puerta de atrás, porque agacharse o tirarse entre los arbustos resulta mucho más patético, tanto como abrir la boca para soltar:

—¿Qué... ha pasado?

En ese momento, Cris no piensa en que en el fondo no es más que un crío. Allí en el patio trasero, el sol apenas calienta la fachada y las leyes de protección al menor no existen. El acceso de cólera le despeja las ideas, le aclara el camino de huida a lo largo del bordillo de esa acera a medio terminar. Pero antes se lanza hacia él, lo empuja sin miramientos de vuelta hacia el poste y se sorprende por la fuerza con que el hombro y la cabeza de Rai golpean contra la madera.

El niño lloriquea en el suelo. Cris se detiene cuando sus propias manos aparecen en su ofuscado campo visual y nota cómo vibran y se emborronan ante ella. Ha perdido el sentido del tacto y no tiene claro que haya llegado a tocar a Rai en realidad. Se oye decir:

—¿Quieres ver tu obra, hijo de puta? ¿Quieres ver lo que has hecho?

—¿Qué ha pasado...? ¿Qué... ha pasa... do? —gimotea.

No cuela. Miente fatal. Cris reprime las ganas de estrangularlo. Se pregunta si notaría algo entre sus manos si las cerrase en torno a su cuello. ¿Qué importaría si lo hiciera? La policía ya la está persiguiendo de todas formas.

Al pasar sobre él le golpea con el talón y por poco no le acierta en la entrepierna. El muchacho queda hecho un guiñapo, en un penoso abrazo fetal mientras sorbe mocos.

—¡Diles dónde estoy! ¡Venga! ¡Delátame, pequeño mamón! ¡Ya puedes delatarme otra vez y que muera más gente!

Le dice todo esto y más cosas que no llega a articular de manera inteligible mientras se aleja por un sendero desdibujado y accidentado; salta socavones invadidos por la maleza, bordea desniveles haciendo equilibrios entre las ramas caídas o peina a

manotazos manojos de espigas, conteniéndose para no patear las grandes piedras del camino. Siente la lengua adormecida, como los brazos, quizá de escupir tanto veneno, el paladar impregnado en un sabor amargo, como el chocolate puro, pero mucho más intenso, tanto que le produce arcadas.

Una parte de su horizonte más próximo es un saludable y tupido manto vegetal, suaves líneas de vello verde, erizado por el aire fragante y húmedo que llega desde el Alcanadre. Pero resulta un paraje engañoso, entremezclado con la otra parte, la que trata de atraparla con su ramaje acabado en garras deshojadas, la que parece haber adquirido el mismo color de esta pesadilla desteñida.

Sí, trata de atraparla, todos lo intentan, pero aún no lo han logrado. Nadie, ni siquiera ese viejo demoníaco. Quizá no es tan débil ni tan prescindible. Y aunque está cansada y las ganas de llorar le queman detrás de los ojos, acaba de comprender otro matiz importante en el guion, un aspecto vital para su correcta interpretación; y es que esta acaba donde los focos no puedan abarcarla.

Mete la mano en el bolsillo del jersey, palpa la llave, las gafas rotas de Bárbara. Y las monedas que le dio esta misma mañana.

Solo es cuestión de averiguar hasta dónde son capaces de grabar las cámaras.

[...]Atípica, sin duda. Estamos ante uno de esos trabajos capaces de iniciar un subgénero propio. Mitad atrevimiento creativo, mitad tomadura de pelo comercial, sin duda su mayor acierto es la ambientación, la atmósfera que transmite incluso en sus planos técnicamente más horrendos. El homenaje a los setenta se aprecia en numerosas escenas y en el encuadre general: planos que apenas abarcan la cabeza de los personajes y que llegan hasta más abajo de los zapatos de los actores; figuras estiradas, resaltadas sus siluetas por esa ropa hortera y prieta; conversaciones que se escuchan desde lejos, con un ruido ambiental que apenas permite entender lo que dicen, aunque no hace falta, porque muchas son una mera colección de tópicos; y qué decir de esos comportamientos perturbadores, esas traumáticas experiencias que se cuelan en la secuencia sin artificios técnicos, sin agitación de cámara alguna, sin que percibamos variación en la música de fondo (casi un rumor, una vibración que podemos confundir con el silbar del viento).

En cuanto a lo que tiene de homenaje, es fácil adivinar la película original, la idea en la que se supone está basado este remake, que más que eso es una reescritura perversa de un guion, un oscuro homenaje a una época, un pretexto experimental y sádico en no pocas ocasiones. Pero si en algo se parece esta revisión a su original es precisamente en esa puesta en escena onírica, perturbadora, asfixiante y demencial en su planteamiento. Las lagunas en el guion y las deficiencias técnicas se ven suplidas de manera magistral por ese aire de pesadilla en donde aceptamos lo ilógico como si se tratase de lo más racional del mundo, y en donde se permite al espectador rellenar los cabos sueltos y participar en tal derroche de creatividad sin que se le trate de idiota, como viene siendo habitual en el cine estadounidense. También han respetado parte de la iconografía, aquellos elementos que hacen reconocible al malo de la película, que lo convierten en ese personaje tan carismático y temido a la vez [...]

—¿Es que no me escucha?

Dani se atrevió a golpear el atestado escritorio del sargento de policía local. Le desconcertaba su boca torcida bajo el bigote, en parte sonrisa burlona, en parte mueca de dolor. Se dio cuenta de que la mayoría de esos papeles desordenados no eran dosieres, impresos ni informes, sino recortes de periódicos deportivos y revistas del corazón. Retiró las palmas del escritorio con aprensión. Estaba todo lleno de migas de pan.

—¡La han secuestrado, joder!

—¿Sí? —El policía, que recordaba más a un obrero de la construcción disfrazado de Maniac Cop para Halloween, negaba con la cabeza por nada en particular—. Ah, sí...

A Dani le trastornó la forma en que movía el cuello de lado a lado al tiempo que, contradictoriamente, afirmaba de palabra. Le parecía algo imposible, como chuparse el codo.

Estuvo a punto de marcharse en ese mismo momento. Quizá así se habría ahorrado el resto de la desagradable escena. En lugar de eso, escarbó en su propia cabellera en busca de un poco de cordura, pero solo encontró grasa y sudor. La luz de uno de los despachos prefabricados del fondo no dejaba de titilar. Con cada parpadeo producía sombras confusas, inducían a pensar que había alguien más en comisaría. Dani caía en la trampa una y otra vez, y miraba de reojo en busca de otro policía menos perturbado que ese que no mascaba nada en particular.

—Por favor, tienen que ayudarme, desapareció en la funeraria, allí están pasando cosas graves... ¿Por qué no envían una patrulla? —Se engañaba, lo sabía. Se engañaba al invocar el plural en esa lúgubre comisaría.

Al sargento empezó a temblarle la barbilla. Al principio, Dani creyó que se estaba aguantando las carcajadas. Hasta que comenzó a resbalar esa especie de papilla amarillenta por la barba mal afeitada.

—Lo siento. Es la hora del almuerzo. —Separó las dos mitades del pan de hamburguesa y las depositó sobre los recortes.

El muchacho se apartó del escritorio como si hubiera escorpiones en él.

—¿Q... qué...?

—¿Sería tan amable de firmar este documento y depositar su dactilar aquí? —le señalaba, con mórbida insistencia, una de las rebanadas bordeada de moho.

Dani tardó más de la cuenta en reaccionar. Se había quedado sin

palabras. Cuando el tipo comenzó a relamerse esa regurgitación amarillenta, debería haber dado media vuelta, sin miedo a lo que pudieran pensar de él (que era un cobarde, que se había dejado amedrentar, que había caído en la broma, en la tomadura de pelo de un policía que no se tomaba en serio al muchacho).

Debería haber huido, en lugar de quedarse congelado como un actor de teatro que ha olvidado su texto y es incapaz de improvisar. Le había dado demasiado tiempo a ese loco. Loco de verdad.

La oronda mole se deslizó sobre los recortes y se estiró lo suficiente para agarrarle por el brazo.

Mientras el muchacho se arrastraba por el suelo, el sargento tuvo ocasión de morderle la pernera aun a través de los vaqueros.

—¡CORTEN! ¡JODER, CORTEN! ¡QUITÁDSELO DE ENCIMA!

A pesar de su vozarrón, los gritos del muchacho hacen que cueste escuchar sus órdenes.

LLAMADA PERDIDA

1.

Al segundo intento, es el propio director quien corta el tono y acto seguido devuelve la llamada. El alcalde intuye que es una forma velada de demostrarle quién tiene el control de la situación, pero cuando descuelga procura hacerlo con naturalidad, sin que haya atisbo de desafío en su voz, sin que parezca una lucha de autoridades. No tarda en descubrir que eso no es posible.

—¿Sí? ¿Hablo con el dir...?

—¿Cómo ha conseguido este número?

—Ah, hola, veo que sí es usted.

—¿Quién le ha dado este número?

—¿Acaso importa eso?

—Este no es un número público. ¿Cómo lo ha obten...?

Ahora es el alcalde quien interrumpe:

—Lo averigüé. Ahora escúcheme bien, soy el alcalde honorario de Sariñena.

—Reconozco su voz, señor.

Su bravucón acento yanqui chirría desde el auricular hasta la oreja de su interlocutor.

—Me alegro —dice el alcalde, envalentonado. Mantener una conversación a distancia con ese tipo hace que se crezca, pero solo un poco—. Ahora necesito que me responda a una pregunta...

—¿Qué le hace pensar que voy a responderla?

El director no puede verlo, pero el alcalde se estruja las sienes con los dedos. Las palabras de ese tipo parecen sacadas de cualquier guion medio de teleserie estadounidense, y le pone de los nervios. No es su estilo comenzar a soltar tacos y entrar en el juego dialéctico de la provocación.

—En realidad, le pido por favor que lo haga —los dientes del alcalde rechinan con el esfuerzo que hace al bajar el tono.

—Le escucho. Pero sea breve. Se me acaba la batería...

Lo último debe de haberlo dicho en inglés, *battery*, o quizá ha sofocado una risotada.

—Sé que tienen pensado grabar escenas en el pueblo...

—Claro, a eso hemos venido.

—... Sin actores. Ya sabe a lo que me estoy refiriendo. Ustedes han llegado aquí con cierta carta blanca, pero...

—Vaya al grano, señor *alcaide*.

El error es deliberado, seguro, no es por su desconocimiento del idioma. La telefonía móvil, además de cáncer, produce irritación. Al alcalde le duele la mandíbula cuando mastica sus próximas palabras:

—Mire, *artista cinematográfico*, digo que en Sariñena llevan sucediendo cosas extrañas desde hace un tiempo, que estamos en una situación delicada y que no me gustaría que con su peculiar modo de hacer *cine* alterasen el orden en mi pueblo. —Como su interlocutor calla y escucha, el alcalde despega y se acaba estrellando—: Me gustaría que uno de mis hombres supervisara lo que se va a grabar en espacios públicos, especialmente con actores no profesionales. Yo mismo podría...

—¡Cállese de una puta vez! ¡No es buen momento! ¿Entiende? Ya estoy lo suficientemente jodido.

—¿Cómo...?

—No es su *fucking* pueblo, señor alcalde. Sariñena no es más que un set de rodaje, un decorado de saldo que le ha salido bastante económico a la productora, y usted lo sabe.

—No, no le da derecho...

—Oh, venga, ¡cállese! ¡Cállese de una maldita vez! Déjeme hablar, yo pago la llamada, ¿recuerda? —La risotada es tan breve que no da tiempo a contraatacar—: *Su pueblo*, señor alcalde, hace tiempo que está en venta. Extras y decorado de saldo, ¿entiende? Y me puedo limpiar el culo con sus legajos y reivindicaciones. ¿De cuántos agentes dispone que no sean policía privada bajo mis órdenes, señor *alcaide*?

La pausa en su discurso es una mera ilusión. Continúa escupiendo su acuoso acento contra el auricular, como si mascase pasto:

—... Haría usted bien en jubilarse ya. Todos los políticos en su país hacen carrera en el sector privado después de ocupar sus cargos, ¿no es así? Creo que le va bien con su negocio farmacéutico, ¿me equivoco? O haga como yo, viva de sus inversiones, aproveche sus contactos y use su tiempo libre en satisfacer sus inclinaciones artísticas. Es lo mejor para combatir el aburrimiento, eso y las orgías, créame.

—¡Escúcheme, psicópata! ¡Sé lo que se traen entre manos y...!

—¡No, usted no puede saber nada! ¡No puede ni hacerse una idea! ¿Cree que es una cuestión de dinero? ¿Que se trata de algún tipo de mafia o de trata de blancas? ¿Cree que es una simple perversión? Oh, amigo, no sé lo que habrá escuchado por ahí, pero

está muy equivocado, está a punto de estrellarse con una realidad a la que desearía no tener que mirar a los ojos. ¿Quiere un maldito consejo? Se lo voy a dar, señor *alcaide*: lárguese, llévese a su familia si la tiene y huya, porque ni siquiera yo tengo el control de lo que está a punto de suceder, ¿me ha entendido?

Para cuando el alcalde va a replicar, la llamada se corta. Y aunque intenta retomar la conversación como un amante despechado, se da cuenta de que no obtendrá respuesta, por muchas llamadas perdidas que le deje.

HORA DEL CAOS

1.

Oscurece demasiado pronto, para tratarse de España. En no pocas películas estadounidenses, los protagonistas andan maldiciendo todo el tiempo con un «*fuck*» siempre en la boca. El director es consciente de ese recurso y ahora se autoparodia mientras intenta que su próstata responda ante el retrete.

—Oh, *fuck, c'mon*...

Después de la fallida secuencia de comisaría no han podido grabar una mierda en todo el día. Los ordenadores han fallado al realizar el *backup* de las grabaciones, buena parte de los asistentes han comido algo que les ha sentado mal y el puto viento huracanado no ha cesado desde el mediodía. Y aunque grabar de noche con ese viento ofrece una ambientación setentera inigualable, el audio acaba siendo tan terrible como la calidad de imagen que están consiguiendo en algunas escenas. Para colmo, el niño anda desaparecido, Angus no colabora, la vieja ha muerto, Susana ha grabado prácticamente todas sus escenas y el otro muchacho va a necesitar asistencia psicológica urgente, eso sin contar con ese alcalde que ha escogido el peor momento para tocarle las pelotas.

Con lo fácil que es bajarse y subirse la cremallera, y lo complicado que resulta luego echar una meada en condiciones. Y con este rodaje está sucediendo más o menos lo mismo. Esto no es como irse de borrachera con unos cuantos politicuchos, agarrar de los pelos a unas jovencitas y grabar un vídeo snuff. Pretender que los extras improvisen sin salirse de madre y sin que todo parezca un cutre vídeo casero es complicado de narices. Y la verdad es que empieza a hartarse de toda esta mierda. Estaba mejor jugando al golf en Palm Beach.

Cuando ve el tamaño de las bolsas bajo sus ojos se asusta. Está acostumbrado, incluso cuando se mira al espejo, a parapetarse tras sus gafas, que devuelven un reflejo infinito y miniaturizado de sí mismo. Ahora se las ha dejado en la mesita de noche y su imagen de tipo duro se desmorona. Al parecer, está somatizando sus preocupaciones. No le gusta nada su aspecto. Su mirada pretende ser fiera, pero ahí solo ve dos canicas sin brillo, incrustadas en una máscara de carne cada vez más tumefacta.

Se aleja de sí mismo. No puede soportarse más. Patea y

desparrama el contenido de la maleta por la habitación de hotel. Un calcetín vuela hasta la silla que apuntala el picaporte de la puerta. El director emite un bufido, lo más parecido a una carcajada que puede articular, y se asquea de lo paranoico que se ha vuelto. Pero lo cierto es que se siente observado. No es como cuando camina por donde han instalado cámaras ocultas para el rodaje. Se trata de algo más tangible, más presente: el aliento de alguien a tu espalda, el estremecimiento que te recorre de cuello para abajo. No se puede comparar con una impasible lente que quizá nadie esté monitorizando en ese momento, sino de otra cosa tan próxima a ti que es raro no descubrirla tras los arbustos, que no puedas reaccionar antes de que se eche sobre ti.

El director se resiste a quitarse la ropa y dejarse caer sobre la cama. Aún es pronto para dormir. De hecho no debería hacerlo sin haber adelantado al menos una secuencia. Como mínimo, debería reunirse con alguno de los cabezas pensantes del diseño de producción para decidir qué van hacer mañana, cómo se van a organizar para remendar tantos contratiempos y montar una buena persecución dentro del pueblo.

Y la sensación perdura. Le produce escalofríos que no mitigaría la calefacción aunque funcionase. El hotel lleva mucho tiempo abandonado y la última reforma que le hicieron fue en los años sesenta. Después solo ha habido lavados de cara y un mantenimiento que no se produce desde hace casi una década. Suerte que tienen luz eléctrica, de lo contrario la inquietud sería insoportable. Demasiada ambientación, para su gusto. Y es que no se escucha un alma en la calle. El viejo edificio de dos plantas da a una plaza principal, si se asoma puede ver la pequeña rotonda por la que no circula ningún vehículo, a pesar de que sean las siete de la tarde, y todos los que hay aparcados a lo largo de la fachada del hotel son del propio equipo de rodaje. Para colmo, en la planta de arriba solo se encuentra alojado él, ya no por aires de grandeza, sino porque no soporta las conversaciones de su equipo y tampoco quiere escuchar cómo follan en la habitación de al lado.

Recoge la caja de las hamburguesas, los trozos de lechuga resecos. La gastronomía local no está nada mal, pero él siempre ha sido más de triple ración de carne. Se detiene a respirar lentamente. Una, dos. Tres veces. Piensa que al menos debería abrir la ventana, escuchar el rumor del viento, las hojas de los árboles, las sacudidas de la cortina, algo que no sea este triste envasado al vacío. Por supuesto, la televisión no funciona y tampoco hay conexión a red alguna. Mierda de pueblo perdido en el culo de los Monegros. Hasta

echa de menos hablar con ese policía blandengue. Puto desertor cobarde. Se ve que se acojonó con Angus (y no es de extrañar, por otra parte). Aún no le han contestado de la central, no sabe si le van a asignar a algún efectivo más. El presupuesto no es ilimitado, y no conviene mendigar a los productores, sobre todo si están cabreados. Debería haberle pegado un tiro a esa niñata cuando se tiró del tren. Las cosas han ido a peor desde que prefirieron jugar un poco más con ella. Desde que ese viejo loco se fijó en ella.

No debería estar pensando en él. Le produce dolor de cabeza. Es casi como si lo invocase.

Demasiado tarde.

Algo araña el cristal de la ventana, y no se trata de un gato. Se vuelve hacia la cortina echada, con la sensación de haber bebido más de la cuenta, aunque su aliento, que le llega mientras comienza a respirar por la boca, no huele a alcohol.

La tela se hincha. Ese embarazo de la cortina no lo provoca corriente de aire alguna, la ventana del balcón está bien cerrada. Un nuevo escalofrío, y la tela ondea en la habitación como una triste bandera descolorida. El hombre gris ríe al otro lado. Con cada carcajada, el vaho tiñe un poco más de ceniza el cristal.

El director no reacciona cuando ese engendro lo llama para que se aproxime. Siente una capa de escarcha en las pelotas, y la hamburguesa se le remueve en el estómago como un *alien*. Piensa que ya está lo suficientemente cerca de él. La cama de matrimonio que le separa del balcón se antoja demasiado pequeña. La suite del hotel no es más que un estrecho zulo en este momento. Y se está burlando de él. El hombre gris, sus uñas pegadas contra el cristal, está simulando el movimiento de girar la manilla de la puerta de doble hoja, manilla que solo está accesible desde la habitación, no por fuera. El director no sabe por qué, pero el repiqueteo de esas uñas carcomidas contra la puerta del balcón le recuerda al de un muerto que llama desde su ataúd. A estas alturas de la película, uno ya no sabe cuándo está dentro y cuándo fuera de ella. Solo son dos plantas de altura, no es tan imposible que alguien se encarame al balcón desde la calle, pero siempre hay algo anómalo, irreal, en la puesta en escena de ese viejo, y por mucho que haya fisgoneado en la habitación de los demonios a través de la cerradura, al director siempre le arden los ojos cuando tiene que mirar a ese tío.

El clac del pestillo supone el colofón de este chiste de mal gusto, de esta toma falsa. El hombre gris deja de sonreír y una hendidura diferente atraviesa su rostro descolorido cuando se cuela en la habitación. El director no se mueve, cierra con fuerza la mandíbula

para demostrar su aplomo. Sus rodillas temblorosas quedan ocultas tras la cama.

—Se te va de las manos. Director. Ya ha comenzado. Claro que ya lo tenías previsto, verdad.

—¿Cómo?

En esa expresión cerúlea no se aprecia el resoplido de hastío. El director intuye el gesto por la vaharada que expele el viejo.

—Ven. Acércate.

El giro de cintura, la palma extendida en un pase torero tan suave y armónico que el director no puede hacer otra cosa que acompañarlo como en una coreografía bien ensayada.

Juntos en el balcón como dos extraños amantes, sus miradas no se dirigen soñadoras a la luna, sino a la cresta de llamas que ribetea algunos edificios.

El director juraría que el humo de la combustión no llega de allí, sino de la persona que tiene a su lado, que empieza a toser igual que un fumador empedernido.

No, no tose. Se ríe.

Después le dice:

—Prepara las cámaras.

2.

Lleva rato queriéndolo decir. Es un pensamiento pueril que Dani no puede quitarse de la cabeza. Está tan cansado de correr y le quema tanto la ingle que se siente tentado de pararse, dar media vuelta y gritar hasta desgañitarse que corten, que paren el rodaje, que se acabó, que la rozadura de los vaqueros resulta insoportable.

¡CORRE, MUCHACHO, NO TE DETENGAS, ESTÁN AHÍ MISMO, DETRÁS DE TI!

Y cuanto más le molestan esos pantalones ajustados, más se percata de lo asustado que está. Respiración entrecortada, sudores, latidos a todo gas, el temblor que le recorre de abajo arriba... No, lo que de verdad le hace consciente del pánico es el hecho de que esa rozadura ya no le sirva de excusa, darse cuenta de que ha perdido su oportunidad de quejarse en el momento en que comenzaron a grabar, y desde entonces se ha alejado del hostal tanto que ya no le persigue ningún foco ni ningún *travelling* sobre raíles.

¡POR AHÍ NO, MUCHACHO, NO...! ¿QUÉ HACES? ESTÁS PERDIDO... ¡CORRE!

Pero sí que vienen tras de sí. Ellos, los del pueblo.

No necesita que le exhorten a correr, no es estúpido, pero preferiría que siguieran machacándole el tímpano, que el auricular no hubiese quedado mudo de repente. Muchas posibilidades se apelotonan en su mente: que si se ha roto, que si hay interferencias, ese viento que no cesa, que si le han abandonado...

Es tarde para encender las luces y poner fin a la sugestión. Ninguna pataleta le salvará de esta. El rodaje, si acaso lo sigue habiendo, no se detendrá. Y esos locos al final del callejón no esperarán a que se ate los cordones.

También es tarde para arrepentirse de haber tomado esta dirección. Lo hizo pese a las advertencias. Fue por la hilera de vehículos en llamas, por esa cresta flamígera avivada entre los neumáticos que crepitaba e insinuaba filigranas desde los capós hasta los primeros balcones. La calle era mucho más ancha y con posibilidades, estaba dentro del guion. Y no se encontraba a oscuras. Si hubiera ido por ahí, quizá podría haberse escondido en los soportales o haber trepado por una papelera hasta el enrejado de los balcones (los que se encontraban alejados del fuego). Pero temió que todo aquello explotase en cadena como siempre sucede en las películas, y que la combustión le envolviese y atrapase justo cuando estaba a punto de alcanzar la esquina.

Entonces el auricular dejó de repetir instrucciones y se hizo eco de ese aire que embotella los sentidos y convierte cada pisada a su espalda en un repiqueteo de pesadilla contra el asfalto.

Lleva un buen rato tratando de escapar a cámara lenta y, aunque el olor a caucho quemado y a ceniza perdura en el ambiente, las explosiones no se han producido. Ni una sola. Ojalá reventase este maldito decorado, estas fachadas selladas que parecen de cartón piedra. Por más que aporrea puertas y ventanas, nadie le auxilia o descorre la cortina para interesarse por lo que sucede en Sariñena, Cadalso o como quieran llamarlo. Existe la desesperanzadora posibilidad de que todos en el pueblo se hayan vuelto locos, o que sean actores. Lo cierto es que él nunca ha deseado ser actor, a sus padres les habría dado igual que fuera barrendero o ingeniero, les bastaba con que se buscase un trabajo y se largase de casa. Y no soporta llevar este peinado, que el flequillo se le pegue a la frente sudorosa como un casco. Tampoco sabe interpretar, lo único que hace todo el tiempo es recitar de memoria y moverse de manera atolondrada, no siente lo que hace, fuerza la entonación de un personaje que a nadie convence. Ah, pero ¿quién dijo que aquí necesitaban a verdaderos actores? ¿Por qué no se largó, por qué no hizo caso a Cris? ¿Por qué tiene que ser siempre tan responsable?

Las piernas le exigen una tregua. Las nota frágiles y quebradizas cuando tropieza contra los maceteros apelotonados frente a la puerta del patio techado de una casita. Dani trastabilla y abre los ojos con expresión de perplejidad. No puede creerse la forma en que le fallan las fuerzas y cae sobre aquellas plantas talludas. No, no, no... ¡No puede detenerse ahora! Ojalá se lo gritasen por el auricular, al menos se sentiría alentado, sabría que hay alguien al otro lado pendiente de su seguridad. Y es tan tentador quedarse ahí tirado, a la espera de que pasen de largo y no lo descubran en mitad de esa penumbra grisácea, o de escuchar el vozarrón del director gritando que ya es suficiente, que la escena ha quedado cojonuda, convincentemente terrorífica... Dios, cómo le molesta el flequillo, adherido a su frente por una mezcla de sudor y laca. Jamás ha llevado el pelo tan largo ni tan...

No puede precisar cuántos son, ni sabe qué fuerza los motiva a continuar con la persecución, si acaso esta es real, si no se trata de una macabra ocurrencia de los guionistas. No le llaman, no le provocan en la oscuridad ni mucho menos tienen un motivo para hacerle daño. Su presencia se hace notar, más que por sus pasos, por ese jadeo al unísono, ese sorber de mocos colectivo que tanto se parece al ronquido de un jabalí. Tal vez no le estén persiguiendo a él, a lo mejor están haciendo jogging... Sí, claro... No puede permitirse el lujo de detenerse y comprobar cuán equivocado está.

Ahora entiende a Rai y su accidente con el enano. ¿A qué están jugando? ¿Es esto cine realístico? ¿Qué es toda esta locura en realidad? Dani también les clavaría un cuchillo sin dudarlo, si permitiese que se acercasen lo suficiente. No quiere jugar más, joder, no quiere seguir actuando... No..., no está seguro..., una niebla fragmentada y gris corrompe la noche sin farolas ni luces de televisores tras los postigos, pero juraría que algunos llevan capuchas y antorchas en las que ya solo quedan los últimos parpadeos de las brasas. También juraría que mastican algo. No hablan, sino que emiten chasquidos acompasados y cómplices. Y la idea que cobra forma en la mente de Dani es tan absurda como aterradora. Tiene que ponerse en pie a toda costa.

Lo hace con una concentración enfermiza. No puede ir más deprisa, tiene que sujetarse con cuidado al borde de una maceta, apoyar bien la rodilla y colocar la puntera en la manera adecuada para sostenerse en pie y no derrumbarse de nuevo. Se nota la cabeza como en un cubo gigante en el que rebota una corriente de aire, y ahí dentro no puede pensar otra cosa que no sea la urgencia de ponerse en pie, ejecutar con precisión una tarea tan sencilla y

dejar de prestar atención a los sorbetones y jadeos que el viento cada vez le trae más próximos.

Están jugando con él, o quizá aún no saben lo que van a hacerle. Tal vez le persigan para ver cuánto aguanta, cómo acaba todo antes de que le rodeen. No es normal que no le hayan atrapado aún. Se mantienen a una distancia que no se recorta por mucho que él ya no coordine sus propios movimientos. Se comportan como el psicópata del lago en las películas de terror, ese que siempre te acaba alcanzando aunque camine con tranquilidad mientras huyes por el bosque. Tal vez se trate de un macabro juego orquestado por el director, ojalá sea eso.

La calle gira en una curva suave, pero no desemboca en paso o salida alguna, sino en una puerta de garaje con una cortina recogida en un extremo. A Dani le estremece escuchar el timbre de su voz cuando emite un gemido y mira en todas direcciones. El canalón de la esquina opuesta está demasiado descolgado, y el tejado más próximo queda demasiado alto. No hay contenedores ni cajas donde parapetarse y sería un suicidio tratar de esconderse cuando, a pesar de la penumbra que les envuelve, saben perfectamente dónde se encuentra. Incluso se le pasa por la cabeza colarse en una alcantarilla como una rata asustada. No es buen momento para que le fallen las piernas, para que tiemble de esta manera tan descontrolada. Da media vuelta y el frenesí de alternativas inútiles de huida gira como un siniestro carrusel, sin música de fondo.

De pronto, el parpadeo de luz.

—Pssst... ¡Aquí arriba!

La aparición fantasmal se escuda tras uno de los inaccesibles balcones de barrotes. El cartel de «Se vende», aunque sus letras ya no puedan leerse, oculta la mayor parte del vestido pálido de la mujer. No es real, piensa Dani, y entonces ella le contradice:

—Son esos fanáticos de la iglesia. Sube, ¡vamos!

La orden le llega como por el auricular, suena poco femenina. Pero la incandescencia de otra antorcha moribunda resalta los rasgos delicados de la rubia espectral que le llama desde el balcón. La mente agitada de Dani obvia que la mujer porte también otro de esos palos encendidos.

—No tengo cuerda, intenta subirte a ese tendedero de ahí. Quizá aguante.

A Dani le cuesta comprender el plan, aunque tenga delante ese viejo tendedero de pie con trapos deshilachados, la colada que alguien dejó hace años a la intemperie. Es una locura, pero al final lo intenta. Agarra sus varillas oxidadas y lo coloca debajo del

balcón. Toma impulso y su salto es incluso ágil. Las varillas se doblan y el tendedero se vuelca bajo su peso. De milagro, Dani alcanza el travesaño inferior y se queda enganchado ahí, las piernas balanceándose en todas direcciones.

—Mierda...

No podrá subir. Patalea en el aire de manera patética. Para colmo, las manos se le resbalan. Se da cuenta de su elección equivocada. Los palos aún calientes de antorcha comienzan a golpearle como si se tratara de una piñata. Se toman su tiempo, parece divertido. Los rescoldos flotan como confeti desde su cuerpo en tensión mientras las uñas de la mujer se hunden en la carne de su muñeca, y ni así logra olvidarse de la rozadura en su ingle, de su oportunidad perdida de negarse a participar en la escena porque los pantalones le aprietan demasiado. Se balancea sin control, los rostros parpadean y cambian a cada latido, una cara enloquecida y distinta cada vez, los golpes se suceden sin que pueda adivinar su procedencia, una ráfaga de ojos ensombrecidos, de bocas estiradas, de dientes afilados.

La base de algunas de las antorchas acaba en punta. A través de los vaqueros apenas nota cómo se las clavan, pero los faldones se le han salido por la cintura, y cuando su ombligo queda expuesto al lengüetazo frío de la noche, teme que comiencen a cebarse con ese punto más vulnerable.

Intenta recuperar el control de su cuerpo, hacer fuerza con los brazos y alejar el tronco del suelo. Levanta las piernas en un intento de encontrar apoyo en el muro, pero solo llega a rozar la fachada en la que está incrustado el balcón. Las patadas que asesta tampoco aciertan a nadie, a lo sumo golpean alguna que otra antorcha. A veces son estas las que impactan contra sus espinillas (¿son risitas eso que escucha?); no se le clavan en el abdomen expuesto, pero el primer impacto en su piel se prolonga el tiempo necesario para dejarle una quemadura profunda. El dolor ronquea en su garganta, que se llena de aire ceniciento.

Tal vez debería soltarse, al menos así no sentiría que se le desencajan los hombros y podría hacerse un ovillo mientras le machacan con esos tizones encendidos. Los dedos se le resbalan poco a poco. Tan solo aquellas uñas hundidas en su piel despellejada le mantienen colgado, como un exagerado y grotesco Papá Noel de adorno. No, no se suelta, la extraña mujer tira de su brazo, y puede que de verdad esté tratando de ayudarle y no de soltarle de los barrotes y arrojarle sobre esos locos. La posibilidad de salvarse le engaña y le convierte en un masoquista que incluso

espera con deleite la próxima quemadura. Es su cuerpo el que no está de acuerdo, el que escupe sangre y le exige que lo afronte de una vez, que se rinda y acorte esta tortura. En su mente se agolpa el riego sanguíneo, como si estuviera colgado boca abajo, y se enzarzan ideas contradictorias cuando, al mirar hacia la mujer, encuentra una burla disimulada tras la mueca de esfuerzo.

El auricular se le desprende de la oreja y, por algún demencial motivo, Dani decide que ya no tiene nada que perder, que es el mejor momento para confesarlo:

—¡Corten! ¡No quiero seguir rodando, me duele! ¡CORT NGGAAAH...!

3.

El foco apunta hacia un ángulo extraño, una mirada blanquecina que resalta las sombras alrededor de las ventanas y la puerta de un edificio medio derruido; juntas forman una expresión de asombro imaginada en la fachada. La imagen se fragmenta un segundo y luego se apaga. Resulta extraño no escuchar los gritos. La sangre que manaba de los dedos cercenados empañaba aquel último encuadre torcido.

Esto es absurdo, ¿por qué continúan haciendo lo mismo?, ¿por qué no hacen otra cosa que mirar la ridícula pantalla? ¿Por qué no hacen nada? Resulta asfixiante el olor a ambientador barato, a ordenador recalentado, a sudor de varios días, a la parrilla mal limpiada, a miedo.

Susana tampoco es que haga gran cosa. Está demasiado trastornada como para articular palabra. Sigue visionando esa mano pegada a la cámara como si quisiera resguardarla de los dientes que se aproximaban a ella.

Antes de que esos locos comenzaran a morder, ya habían perdido el rastro de Dani. Y ahora es inútil que intente seguir su pista, que se quede con la mirada perdida, imaginando que se hace con el micrófono y le grita que vuelva, que está bien, que ya pueden abandonar el rodaje y largarse en autobús con esa loca del flequillo torcido.

Susana apenas puede asomarse entre los hombros del equipo de rodaje, todos son más altos que ella. El silencio en mitad de la caravana resulta helador, a juego con el viento que la zarandea a rachas. ¿Por qué no hacen algo de una vez? Pero la peor de todos es ella, que acaba de perder a su único amigo en el rodaje (y fuera de

él), y no está haciendo una mierda.

Mira al director, piensa en tirarle de la chaqueta y suplicarle algo, como una niña pequeña que reclama atención. El resto del equipo observa la pantalla, ahora velada, con ojos congestionados, gestos graves y algún que otro gemido, pero el director es el único que permanece impasible mientras los demás, incluida Susana, esperan alguno de sus malditos exabruptos. ¿Por qué no hacen nada, por Dios? Quizá debería intentarlo, a ella no la trata tan mal como al resto de actores. Ella siempre ha estado dispuesta a todo, a desnudarse como una vulgar actriz porno, a darlo todo por el maldito cine realístico. Sí, puede que a ella la escuche, puede que sea buena idea intentarlo.

Susana extiende un poco el brazo. Lo hace de manera discreta, como si estuviese a punto de robar una cartera. La distancia entre ella y el director, todos apelotonados en torno a la mesa y el equipo informático, le parece insalvable. Su mano queda congelada antes de llegar a ninguna parte.

Una nueva ráfaga sacude la caravana. Hay algo, quizá los amortiguadores, quizá la antena que hay sobre el techo, que chirría como una bisagra vieja. El director parece haber leído los pensamientos de Susana.

—Intenta conectar con las cámaras auxiliares. Le dije al viejo que se las llevara.

Cuando Susana ve a Dani en mitad de aquel callejón le sobreviene una breve sensación de alivio, seguida de otra de vértigo que reverbera en su estómago preparando un ataque de náuseas. La imagen se supone que es en directo, pero por algún motivo quiere creer que toda esa gente está supervisando algo que ya ha sucedido, desprovisto de la parafernalia (el ancho de pantalla, la banda sonora, el retoque de colores) de las películas. Recuerda más a la cruda grabación de una cámara de seguridad. En el mismo momento de la tragedia.

¿Por el amor de Dios, cuántos son?

A vista de pájaro, el callejón va dejando atrás a un Dani que parece que camine sobre un lodazal, y la cámara recorre un grupo importante de antorchas que desprenden una humareda turbia, como si estuvieran mojadas y a punto de apagarse. La secuencia no necesita ser frenética, la persecución es evidente, y el final esperado de la misma se incrusta en el cerebro de Susana, que empieza a moquear y lagrimar a un tiempo.

Se lanza a por el director apartando a la secretaria de producción, quien la mira con hastío.

—¡Hijo de puta! ¿No querías realismo? ¡Cabrón!

A pesar del tamaño de sus senos, estos no amortiguan el puñetazo en su torso. Su esternón se resiente y, durante dos o tres segundos, Susana se queda sentada en una nevera portátil, contra la pared, sin poder respirar, con la expresión de perplejidad de quien acaba de ser atropelladoy no se explica cómo continúa con vida. La voz del director, como el chirrido de neumáticos, llega a destiempo:

—¡*Shut up, bitch*!

—¿Qué está haciendo ese loco?

Parece que Susana ha roto el silencio del equipo de rodaje. La joven se da cuenta de que no se refieren al director ni a lo que acaba de hacerle. La ignoran por completo.

—¿Por qué no enfoca al chico, qué está haciendo?

—¿Hay más minicámaras en funcionamien...?

—¡Ahí no, conecta con la otra! ¡Esas no, joder! ¡Maldito idiota!

—Se está divirtiendo el muy cabrón, ¿qué hace?

—¡En el balcón, está en el balcón!

—Le está mordiendo esa loca...

—Se ha triplicado la imagen, está desperdiciando...

—¿Y el chico? ¿Se ha metido en la casa?

—Está reuniendo las cámaras, ¡mira!

—Cojonudo plano, pero queremos ver al chico, cabrón, antes de que lo maten.

El director aparta de un empellón al joven sentado frente al ordenador y agarra uno de los micrófonos:

—¿Me escuchas? ¿Me escuchas, joder? ¡Puto viejo del demonio!

¿De qué hablan, de una película de zombis? Esta vez Susana opta por aproximarse de manera más sigilosa, se desliza a ras del mobiliario de la caravana. Le duele el pecho al respirar, como si acabara de estornudar muy fuerte. Espera que ese maníaco no le haya roto algo. Cuando se aproxima a las pantallas, descubre una rejilla con múltiples escenas en movimiento, la mayoría a oscuras, algunas en llamas, un poste de telefonía inclinado hasta penetrar en una ventana de la que sale humo, y en al menos otras tres de las imágenes...

Angus, de espaldas a las cámaras y en una posición de picado, alienta a la noche con los brazos. De fondo se adivina algún chisporroteo eléctrico, algún parpadeo ocasional de las llamas. No puede saberse a quién anima y, aunque no sucede nada, resulta hipnótico observarlo mover los brazos al tiempo que la imagen se ve salpicada de manchitas oscuras, como si se tratase de celuloide.

—¿Se puede saber qué...?

Después el equipo enmudece de nuevo, incluso el director. Las imágenes periféricas, capturadas en monitores auxiliares, se apagan, y solo queda un rectángulo en el monitor principal, en el que se aúnan para formar una única captura de mayor tamaño. La toma de Angus, ahora de frente, es anómala, como grabada del revés, aunque como realmente el viejo está cabeza abajo, la cámara lo que hace es capturarlo al derecho, como si estuviera de pie, pero con las guedejas grises que le cuelgan hacia arriba, igual que algas en el fondo del mar.

La imagen parpadea y la sensación de estar en un mal sueño se agudiza en Susana. Los mocasines no tocan el suelo. El cuerpo del viejo está extendido, cuan largo es, las piernas muy juntas y los brazos extendidos como Jesús en la cruz. No cuesta imaginarse que en realidad se trata de una cruz invertida.

Las carcajadas del hombre gris no son audibles. Resulta tanto o más perturbador que si pudieran escucharlas. Pese a la oscuridad reinante, la imagen es nítida, la puesta en escena, sencilla y tan real como imposible. Cuando abre los ojos y les mira a todos, dan un respingo, porque esta vez sí le escuchan, su voz acompañada por el soplar del viento, como si de pronto hubieran activado el audio:

—Espero que os haya quedado una buena. Película. Ahora tengo cosas. Que hacer. Bum. Director. BUM.

Todos los monitores se quedan sin señal.

4.

En menos de una hora, ha estado frente a una hilera de vehículos en llamas, le ha perseguido un grupo de caníbales con antorchas y se ha enfrentado a la locura que lagrimaba en los ojos de una mujer. La clase de locura para la que no hay pastillas. La que puede morderte.

Sin embargo, lo que ha terminado por quebrarle por dentro es esa especie de géiser de ahí en medio, que mana de la alcantarilla sin que nadie se preocupe en solucionarlo. No hay llamadas a emergencias, no saltan las alarmas de los vehículos, nadie sale a preguntarle al vecino qué está sucediendo, no se escuchan las sirenas, y por supuesto nadie acude a preguntarle qué le pasa, si está herido, por qué camina así...

El breve aleteo de un ave nocturna. Otra vez.

Dani vuelve la cabeza, confuso, se agacha cuando las alas baten en otra dirección, más próximas esta vez.

Un pájaro de mal agüero, lo más probable. Ha pasado de largo, o quizás le acecha desde el friso de algún edificio.

De pronto, se da cuenta de que los zapatos se le están empapando y se aparta de un salto. No es solo agua, la fetidez ya le ha calado los calcetines cuando alcanza el bordillo más próximo.

Entonces, un parpadeo más arriba le distrae de la fuga de agua. La posible fuente de luz que ha vislumbrado sobre su cabeza desaparece con el sonido seco de una persiana, un tajo de guillotina a sus esperanzas de que alguien le ayude.

Y se vuelve a quedar solo en esa suerte de penumbra espectral a la que ya se han acostumbrado sus ojos. Puede que lo que siluetea las fachadas sea el fulgor de las llamas. Se pregunta si habrán alcanzado los tejados, si así se logrará que toda esa gente salga al fin a la calle a parar el maldito rodaje.

Nota, más que ve, la sangre que resbala entre sus dedos, y lo que le hace gritar es que comprende al fin que no es suya. Los mordiscos no fueron tan profundos. Se trata de la sangre de la mujer.

No sirve de excusa que todo sucediera muy deprisa, que apenas se diera cuenta de cuán profundo, dónde y cuántas veces le clavó la navaja (es el chico duro de la película, así que tiene que llevar una navaja, además de pantalones ajustados). Tampoco sirve de nada que fuese en defensa propia, ni que no se quedase a comprobar si la había matado o solo herido. Todo eso no le hace olvidar la forma en que se adentró en las entrañas de la mujer, cómo sintió que era su propio brazo el que se convulsionaba y no ella. Y esa forma de deslizarse, inmóvil y rígida, sobre él, ese quejido que ya no puede dejar de analizar en su mente, en busca de ese último mensaje que quiso decirle la mujer. Tal vez le pidió perdón por su locura, tal vez fue una amenaza, o quizá suplicaba por su vida cuando ya era demasiado tarde para extraer la navaja de su hígado.

Dani va dando tumbos con las manos por delante, como si temiera toparse con algo en la oscuridad. Le tiemblan de manera descontrolada, apenas los siente como suyos, son dos apéndices adormecidos, enfundados en guantes de sangre que le queman la poca sensibilidad que le queda. Quiere gritarle algo a quienes se esconden tras las ventanas, articular algún tipo de mensaje con los chirridos que salen de su garganta. No puede.

La pronunciada pendiente y el bulto invisible en mitad de la acera le rinden con facilidad. Se golpea la barbilla y se muerde la lengua, pero no se lleva las manos a la boca, no se atreve a tocarse con toda esa sangre. Lo más que puede hacer es cubrirse, el chorro imparable de agua le salpica, y gemir mientras se aparta a rastras

de aquello grande como un saco de carne con lo que ha tropezado.

Va a quedarse ahí, regodeándose en el sabor de su sangre. Al menos es suya, y no de otra persona. No va a hacer ningún esfuerzo más, no merece la pena, y lo comprende cuando ni se inmuta al escuchar el zumbido del motor eléctrico.

No tiene claro si llega de lo alto de la cuesta, de alguna desembocadura lateral o de si se le aproxima desde las chimeneas, a través de los tejados. No merece la pena averiguar su procedencia ni ocultarse por si se trata de otro loco (motorizado) con antorcha. Es inútil que se esconda, no podrá evitarlos, tarde o temprano le alcanzarán de nuevo, sabe que siguen por ahí, escucha el tumulto engañosamente lejano, como si se estuviese celebrando un partido de fútbol y el estadio quedara a pocas calles de aquí. En contraste, el motor vibra demasiado próximo como para escapar de él.

Dani entorna los ojos y se encoge cuando el rayo de luz lo atraviesa de pies a cabeza para descomponerse luego en matices brillantes donde borbotean las aguas fecales.

Quienquiera que se haya bajado de la motocicleta, con pasos lentos y encharcados, se detiene primero junto al otro bulto. El crujir de ropas cuando se agacha. Dani creía haberse alejado lo suficiente de ese otro cuerpo, pero los pasos están justo ahí al lado. Podrían darle con la puntera de los zapatos. El resuello apenas audible se prolonga hacia él. Sigue avanzando.

No, no va a pasar de largo. Debería hacer algo ya, no puede continuar con esta farsa. A él también lo ha visto y no lo va a tomar por otro muerto más en mitad de la calle. Quizá le venían buscando. Quizá han escuchados sus gritos. Quizás no han dejado de perseguirlo, aunque se metiese en la casa con aquella mujer que lo reclamó como de su propiedad. Debería levantarse de golpe y aprov...

—Eh, muchacho, ¡eh!

Lo zarandea. Cuando se miran, ambos dan un respingo. Dani se encuentra frente a unas ojeras profundas, un rostro avejentado, pero no ante la locura, no hay rastro de ese brillo malsano en la mirada, de ese dilatar de pupilas que escapa a toda empatía.

—¿Por qué no has respetado el toque de queda? ¡Eh! ¿Qué haces aquí?

Como el chico no termina de reaccionar, el alcalde le agarra de las muñecas. Entonces se da cuenta y le suelta.

—Oh, Dios... Muchacho, ¿qué ha pasado? ¿Qué es...?

Dani juraría que las gotas que llueven y salpican sobre el biplaza no son de agua, sino restos de alguna combustión que flota en el

ambiente. De hecho, percibe el olor a quemado aun a través de la hediondez de alcantarilla. Reconoce el rostro del alcalde, lo vio una vez cuando llegaron al pueblo. Y cuando Dani extiende el brazo y le aferra la manga sin que aquel se resista, cuando el muchacho vuelve a sentir fuerza en sus dedos manchados al restregarlos contra ese brazo, alcanza a pensar en algo más que en sí mismo.

—Susana, Rai... Y la otra chica, Cris... Hay que ir a por ellos —siente la lengua pegajosa, no puede apenas pronunciar la erre, pero se siente orgulloso cuando el alcalde parece entender lo que dice.

—¿Había también un chico, apenas un crío? ¿Sois los actores?

Dani asiente. Se toma su tiempo en sorber, en tragarse sangre y mucosidad.

—¿Lo ha visto? ¿Está bien?

La respuesta enigmática del alcalde no le tranquiliza.

—Iba... Bueno, iba acompañado. ¿Quieres que te lleve al... hostal?

—No... A la caravana. Creo que está... —Se reincorpora con ayuda del alcalde, Trata de señalar alguna dirección. Le es imposible orientarse.

—Bueno, ya veremos. Vamos.

El alcalde no es de gran ayuda cuando le sostiene para que se levante, como un octogenario tirando de otro octogenario. A Dani tampoco le transmite ninguna seguridad la forma en que al alcalde se le apaga la voz conforme lo anima a darse prisa y lo lleva hasta el biplaza.

Ambos están a punto de gritar cuando les sorprende el aleteo sobre sus cabezas. Retumba un disparo por alguna parte. Otro más, y otro, y otro... El eco ominoso de los disparos llega desde todas direcciones, desde todos los recovecos que desembocan a este callejón.

Un pájaro de mal agüero, sin duda.

5.

—¡Nos has mentido! ¡Nos habéis utilizado!

Nadie trata de detenerla cuando despelleja al director a la altura del bigote. Apenas una exclamación contenida, no dicen nada más. Por primera vez, Susana se siente admirada. Su actuación por fin es convincente, aunque no sea tal. Todo lo anterior, con cámaras o no, ha sido falso. Esto sí es real.

La chica baja la guardia un segundo y cuando quiere darse

cuenta salta hacia el techo de la caravana, sus pies no vuelven a tocar el suelo. La exclamación no llega a salir de su garganta. Su bonito trasero se encaja entre el extractor de humos y el fogón. El director la estrangula con ambas manos. Sus gafas de espejo le impiden verle los ojos, adivinar si tiene intención de parar. Es probable que no.

—Sabes que no tienes ningún futuro ahí fuera, ¿lo sabes, verdad, condenada zorra?

Susana no entiende por qué no puede mover las piernas, golpearle en las pelotas con las rodillas o desencajonarse de esa pequeña cocina. Con los brazos no hace otra cosa que rodear de manera inútil las zarpas de esa bestia. Ni siquiera atina a arañarle de nuevo.

—Ya hemos grabado tus patéticas escenas, y tu bonita cara me aburre, ¿entiendes? Eres solo un puto gasto del que puedo prescindir... ¿Qué dices? No te oigo...

Susana se suelta, solo para volver a aferrarse a la desesperada a esa tenaza. No puede liberarse. No puede respirar. Nota cómo la lengua se le sale y los ojos le viran hacia la lámpara del techo en contra de su voluntad. En las gafas de ese bastardo se refleja la misma luz a la que ella se dirige sin remedio. No, no puede mover las piernas, es como si tuviera un cepo a la altura de las rodillas.

—... No lo habéis entendido. Ninguno os habéis dado cuenta aún. El cine cada vez se volverá más explícito, más auténtico. Dejaremos de fantasear y recrear nuestro sadismo y seremos sinceros con nuestros verdaderos deseos... ¿Quieres saber qué es esto? ¿Quieres conocer de verdad en qué estás participando? Es una prueba clandestina, una ofrenda, un jodido clásico para los tiempos que vendrán, y tú podías elegir... —Afloja la presión solo para estrellarle el cráneo contra el mobiliario—. ¡Estúpida! Podrías haber cobrado tu parte y haber vuelto a tu bonita casa antes de que os la embarguen...

Ahora que se está yendo, ahora que la blancura de la lámpara escapa de la bombilla y comienza a quemarle las retinas, Susana alcanza una comprensión global del guion. En lugar de ver pasar su vida ante sus ojos, en lugar de sufrir una progresiva desconexión de lo que acontece ante ella, en su mente se terminan de formar todas las conexiones, todas aquellas revelaciones que se había negado a aceptar.

Se ve a sí misma frente a las cámaras, frente a las miradas del equipo de rodaje y de toda esa gente, ese público que permanece oculto en la fila de atrás, avergonzados de su voyerismo, temerosos

de que les reconozcan, sus miradas rojas, fulgurantes como las de los focos. «Actúa para nosotros», le ordena el director, sin mover el bigote, en un acto telepático que nada tiene que ver con el auricular. Y ella está dispuesta a darlo todo, a quitarse hasta la última prenda. Lo hace despacio, insinuándose, dejando claro que todo tiene un precio, que ella está esperando su parte. La prostitución del alma no es gratis y si logra divertirles espera que sean generosos, no importan las consecuencias, no importa que después quieran extender sus manos sudorosas hacia ella.

Entonces alguien le chista a su izquierda, y al volver la cabeza percibe a sus compañeros de rodaje, ocultos tras un escenario de cartón remendado, sujeto por cordeles. Es todo tan precario y lamentable, sórdido incluso. La iluminación artificial no llega bien aquí y cada vez parecen más lejos, más perdidos entre las sombras. No van a esperarla, no van a esperar a que se dé cuenta de lo que sucede. De pronto, un paso de gigante (el director ha debido de crecer dos metros) hace temblar el estudio de grabación, y cuando vuelve la mirada se encuentra frente a una de las pantallitas que reproducen la filmación. Susana se ve en ella, es su ropa, pero al mismo tiempo no lo es. En realidad, la chica de la pantalla es esa muchacha feúcha y escuálida, que llora y se cubre la cabeza conforme el zoom se aproxima a ella.

«Te lo advertí», avisa la voz en off, «No es cine, ¡es una maldita snuff!, y todos están implicados, todos...».

Susana ya no escucha lo que el director quiere puntualizar mientras sus manos buscan el crujir de su tráquea. Está a punto de abandonarse a esa difusa sensación de hormigueo y flotación, cuando el último mensaje retumba en sus recuerdos recientes, que ahora se antojan atemporales, desubicados: «Antes de que os la embarguen...».

La furia le produce calambres en los miembros, le devuelve la sensibilidad y el dolor a sus rodillas. Lo de la garganta es una presión informe, la tensión de una cuerda a punto de partirse y arrojarla al vacío. Puede abstraerse de esa sensación mientras le abandona la vida, y conectarse a otras zonas de su anatomía que se sacuden eléctricamente, como si no comprendieran del todo lo que sucede ni qué deben hacer. Esos cerdos la han estudiado a conciencia, no ha sido escogida por casualidad en el casting, no la han elegido solo porque sea atractiva ni porque estuviese dispuesta a abrirse de piernas; lo habían hecho por el cáncer de papá, por las infidelidades de mamá, por la drogadicción de su hermano, por la ruinosa empresa familiar, por las veces que entraron a robar en la

tienda (y en alguna que otra ocasión seguro que fue su propio hermano), por todas aquellas cosas que no le preguntaron en el casting, que no relató en entrevista alguna ni se reprodujeron en los documentos que firmó; cosas que no deberían saber y que ahora parecen publicadas en su ficha de actriz de la Wikipedia, en donde también debe de figurar su tendencia al herpes, su manía de morder los lápices y por supuesto el plato fuerte de su currículo: aquella vez que robó a papá, cuando las cosas no iban tan mal, para costearse un aborto. Sí, la cámara, su trípode rueda sigiloso y se cuela en su habitación, el objetivo se mete entre las mantas y ella, aunque nunca ha sido pudorosa, se cubre su desnudez justo cuando la voz en off atrona: «¡Acción, puta!».

La fama siempre tiene un precio demasiado alto.

El chasquido en su cuello no se produce. En su lugar, otro crujido distinto, el del plástico de una cafetera exprés reventando contra el cráneo. Las gafas de espejo del director quedan enganchadas a su oreja, y hay dos dedos y medio hundidos en su glóbulo ocular.

Como si lo hubieran pactado, Susana le saca los dedos de los ojos al tiempo que el director la deja caer. Ahí termina el acuerdo.

Escucha aplausos mal disimulados. No se detiene a comprobar si la animan a ella o no. La joven da varias zancadas torpes hacia la portezuela de la caravana, abierta para evitar que se empañase todo, y atina a poner los pies en la escalerita, antes de estrellarse de manera aparatosa contra una jardinera. Un disco de prohibición se descuelga de la estructura metálica que rodea los arbustos y comienza a rodar.

El chasquido, la percusión breve, pero muy significativa. La ha escuchado en numerosas películas.

—¿Crees que no te dispararé? ¡Deja de arrastrarte! ¿A dónde crees que vas? Ya no te necesito... ¡No os necesito a ninguno!

El disco sigue rodando, da varios giros sobre sí y comienza a tabalear contra el suelo antes de detenerse. Allí, junto al capó de la caravana. Susana lo mira, fascinada por el sonido. Incluso el director se vuelve porque cree haber visto algo por el rabillo del ojo, y está en lo cierto.

La cerilla prende, las sombras esbozan una mueca espantosa, ida, la alucinación de un loco imitada rasgo a rasgo. Susana no entiende nada, su estado de claridad mental se ha esfumado, pero el director sí reconoce al párroco y la caja de pirotecnia que él mismo compró. ¿Qué hace ahí? ¿Cómo se ha hecho con ella? Preguntas inútiles que le hacen perder un tiempo precioso. La llamita se

propaga, resulta fascinante verla recorrer deprisa la mecha.

Cuando le dispara de forma errática, el párroco se aparta a rastras y emite una risita infantil. A Susana le pone los pelos de punta el timbre forzado y cascado de la voz del cura, es como si se hubiera comido a un niño y fuese este quien se riera dentro de él.

—¡*Fuck*!

No se produce una explosión apoteósica como en las películas, sino un silbido que crepita, un *fluoooosh* anaranjado, una nube que aparece y desaparece como en un truco de magia, y un parasol de llamas que derrite la luna de la caravana. Tampoco la pirotecnia es colorida o ruidosa en exceso. Un matraqueo de matices azules y anaranjados, envuelto en nubes que desprenden un desagradable olor a combustible quemado, sale despedido a ras del suelo en dos o tres direcciones a la vez. Una lluvia de lágrimas amarillentas en la copa del árbol. Una hilera de chispazos repiquetea entre los amortiguadores, un boomerang rojo como una bengala se desliza como un áspid a los pies del director, y el resto de la pólvora sisea y aviva las llamas que ondean al viento alrededor del vehículo.

El párroco dirige una última mirada a su obra. En el folleto que acompañaba al lote prometía una palmera de colores, y lo que está presenciando no es más que una enredadera chamuscada. Una mueca de decepción cruza su anterior mueca burlona, y sigue recordando a un niño envejecido, uno que se da cuenta de que los fuegos artificiales que ha comprado están defectuosos y que papá no le dará más dinero. Cuando se adentra más en la penumbra, más allá de la cortina de llamas, su hábito oscuro se funde con la noche y su tez amarillenta (bebe demasiado) parece flotar sin cuerpo alguno.

La caravana se sacude de un lado a otro, a punto de escorarse, y el equipo de rodaje sale escupido del vehículo, tosiendo y propinándose codazos, destrozándose los dientes contra el asfalto. Una de las ventanas se ha roto desde dentro, por nada en especial, no sale escupido el extintor ni nada parecido. Nadie se molesta en rescatar los equipos, ni siquiera el director, que se dedica a agotar el cargador sin puntería alguna, cegado por las chispas que de cuando en cuando revolotean alrededor como mosquitos de fuego.

Susana se aleja de la caravana, carretera abajo. Se cubre los oídos y aun así escucha las risotadas desafinadas del párroco; a cada nuevo disparo, una nueva risita, una nueva burla...

—Bum, director... ¡BUM!

(HORAS ANTES) PARADA HACIA NINGUNA PARTE

1.

Se produce un fundido a negro demasiado largo.

El público espera algo, pero este interludio se prolonga más de lo esperado. ¿Es el final de la película? Oh, quizá nos hayamos equivocado de metraje, quizá hayamos seleccionado las escenas eliminadas, o la parte del montaje que no ha pasado por postproducción. Cuidado, tal vez nos encontremos ante una copia ilegal, pueden rastrear nuestro ordenador, llegar hasta nosotros, multarnos, meternos en la cárcel o, peor aún, en las salas de torturas.

No... Mejor será que lo dejemos, que no curioseemos más y regresemos a otro punto, allí donde están los verdaderos protagonistas, que olvidemos que alguna vez la vimos, que apareció en las primeras escenas del remake. Que su sufrimiento fue real.

2.

Ya no hay más cámaras, o eso quiere creer Cris. Se sigue sintiendo acechada por el ojo tuerto de ese viejo que quiere husmear en su mente. Es algo desagradable, como la palpitación de un vaso sanguíneo en su cráneo, piel burbujeando, un glóbulo ocular formándose entre sus cabellos, presionando hacia dentro de su cerebro, estirando la piel con un sonido viscoso, tratando de pestañear en el interior de su masa encefálica... (¡TE VEO!).

De todas formas ha aprendido a bloquearlo, no le permite ver más allá de la pantalla en negro, y el «sonido» de sus pensamientos es apenas audible, una mala grabación casera en el cine, con el murmullo de las filas de atrás, con el recrujir de las palomitas arruinando el hilo de las conversaciones.

Como prueba de que tal vez ya nadie la persigue, Cris no se ha cruzado con ningún vehículo, ni siquiera ha divisado uno a lo lejos. No ha visto la silueta recortada en el horizonte de ningún policía ni ha percibido el reflejo solar de los prismáticos del director. No ha sido necesario huir por el canal de riego como le aconsejó Bárbara. Tampoco ha detectado, camuflada entre las ramas de los árboles, ninguna de esas cámaras flotantes con forma de bola de petanca.

Gracias a Dios, no se escuchan pisadas de mocasines sobre las alfombras de agujas y los montones de piñas secas acumuladas entre los desniveles y muros ruinosos que va dejando atrás.

A lo mejor al fin la dejan en paz. No es la protagonista, nunca lo ha sido. Sus problemas no interesan a nadie. Su paso por la pantalla será fugaz. No se va a producir un flashback sobre su vida pasada, no se va a presentar a los espectadores un relato acelerado de las penurias de su existencia ni se va a despertar de súbito de una pesadilla en la que el espectador entrevea, envuelto en una palidez onírica, su pasado traumático, todo aquello que explique por qué se ha metido en semejante lío. Será ella y solo ella quien vivirá sus pesadillas cuando los ojos se le cierren, cuando ya no pueda seguir alejándose del decorado.

Las monedas que le dio Bárbara siguen en el bolsillo, se asegura una vez más. El dinero en efectivo escasea en estos tiempos de créditos digitales, y antes, cuando fue a sonarse los mocos, percibió en sus dedos el fuerte olor a cobre que desprende la capa que recubre acero y microbios. Esas monedas han sido usadas miles de veces, y Cris confía en usarlas una vez más. Los autobuses de las localidades pequeñas continúan aceptándolas.

Y sí tiene un pasado. Maldita sea, claro que lo tiene y, aunque es difícil visualizarlo e identificarse con él en estos momentos en los que se contenta con no desmayarse, también tiene un posible futuro. Puede que en el cine no sea relevante lo que desee un simple extra, pero a ella sí le incumbe, forma parte de los últimos coletazos de su interpretación. Da igual que ya no forme parte de la historia principal. Hasta que no escape, hasta que no se aleje lo suficiente y perciba los Monegros como un área dibujada en mapa, la actriz que pervive dentro de sí aún vigila a su espalda, aún se siente atrapada en la trama, como una anotación emborronada al margen del guion, una improvisación, un apunte de última hora con la caligrafía temblorosa de un anciano que siempre escribe con tinta gris.

A un extra puedes saludarlo, despedirte luego y olvidarlo como a un estereotipo que forma parte del decorado; puedes verlo morir decapitado y apenas sentir empatía por él; o puede formar parte de los momentáneos recuerdos de los auténticos protagonistas. Por ellos sí derramarás tus lágrimas. A un personaje secundario también se le puede tomar cariño, pero a un extra no. Ellos son prescindibles, forman parte de la urdimbre con la que se abriga el drama y puedes deshilvanarla hasta que solo queden los protagonistas, solo ellos importan. En las grandes producciones, a los extras les pagan por unos pocos días de trabajo y les hacen

sentirse por unos instantes actores de verdad. Después, nadie se acordará de su paso por el rodaje, si no es por las fotos. Y cobrarán su premio si hay suerte, que no es el caso de Cris.

Claro que esto no ha sido una producción normal en ningún momento. Aquí la vida y el pasado del extra cuentan, o deberían, porque cuando su cabeza ruede por el set de rodaje y el director (con buena dosis de humor negro) berree «¡Corten!», ella ya no se levantará más, su cuerpo seguirá desangrándose sin necesidad de efectos especiales de maquillaje, y no cobrará su parte. Ni siquiera un triste bocadillo.

Para Cris no hay un hilo conductor claro sobre qué la ha llevado hasta este punto, no sabría explicar qué la condujo hasta aquel lamentable albergue en donde los platos insípidos y con textura de gacha eran tan frecuentes como las inyecciones y las exploraciones vaginales no deseadas. Antes de fugarse de casa, lo más atrevido e irreflexivo que había hecho era ponerse un piercing en el ombligo, que se le acabó infectando. Su llegada a la película no se produjo a través de una secuencia lógica y previsible de decisiones desacertadas, sino más bien a través de cadenas de acontecimientos que se complicaron de una forma que parecía ideada por una mente perversa, por restarle mérito a su propia estupidez. ¿Cómo podría arreglarlo a estas alturas (de la película)? Apenas recuerda cuándo se sintió feliz por última vez (de la mano de papá en el parque, coloreando con una amiga en el colegio, aquella vez que se grabó mientras bailaba en su cuarto...), los traumas ocupan demasiado espacio en sus recuerdos. ¿Cómo podría comenzar de nuevo? ¿Cómo? Lleva demasiado tiempo martirizándose, sin encontrar respuestas.

Oh, mira, ya estamos de nuevo. Lo está intentando otra vez. Quizá deba abrir las defensas un poco, lo justo para que el hombre gris pueda fisgonear en su alma. En el fondo no importa tanto, ella también necesita asomarse, recordarse a sí misma...

... Abandonando por la puerta de atrás el local comercial cedido a sus padres por el grupo religioso (en todo caso ocupado ilegalmente); lo hace en mitad de una de las muchas misas que celebran sus padres durante los fines de semana, y no la echarán en falta, porque es habitual que no quiera saber nada de aquel culto y además han perdido la esperanza con ella. Rezarán por su alma, nada más. El hombre gris será el único que se interese, que vaya tras ella para observar cómo hace un triste recuento del contenido de su mochila, antes de reunirse con su novio, que la espera fumando un sucedáneo de tabaco entre los contenedores de basura;

es un muchacho larguirucho en una pose de falsa seguridad y, antes de darle un beso y de recitarle lo felices que serán, se ocupa él mismo de hacer otro recuento del contenido de la mochila de Cris. El interludio hasta el posterior desalojo policial de la vivienda que ocupan ella y su novio transcurre en una borrosa monotonía de promesas que nunca llegan a cumplirse. Apenas se sorprende con la desaparición de la mayoría de sus escasas posesiones, teléfono incluido. Su novio no era lo que se dice adicto a nada, pero se gastaba él solo toda la pasta igualmente. Después, el continuo vagar por los parques a horas inseguras, calada hasta los huesos, en busca de recovecos entre las jardineras que no usasen los perros para orinar, hasta darse de bruces con el albergue y pedir con la cabeza gacha refugio y comida a cambio de toda clase de humillaciones. El hombre gris se regodea, porque sabe que ella lo vive como un castigo merecido, el resultado de no haberse arrepentido a tiempo de sus pecados, tal y como le previnieron sus padres. Por eso no se marchó de allí ni intentó regresar a casa, donde al menos nadie intentaba restregarse contra ella. No es capaz ni de echarle la culpa a su exnovio. Se odia demasiado a sí misma, por su ingenuidad, como para odiarlo a él por sus mentiras. Algo parecido sucede cuando aquellas personas (vestidas de gris, cree recordar) le ofrecen una alternativa a las pulgas, al hambre, a la enfermedad o al campo de concentración conocido como cárcel, cuando la hacen firmar algo que ni se molesta en leer en detalle. Puede decirse que la han coaccionado, que en realidad no tiene elección, pero no es verdad, todo eso forma parte del papel en el que se ha metido, el que está harta de interpretar.

Cuesta tener una idea clara sobre todo esto mientras ese viejo trata de hurgarle en el cerebro. Cris a duras penas consigue mantenerse en pie, que su mirada enrojecida se fije en el camino que está atravesando y no en los horrores que la aguardan al cerrar los ojos. Allí, un paisaje bien distinto la espera, con ataúdes en lugar de edificios y garras de color ceniza en lugar de árboles deshojados, y se extiende hasta donde su mente es capaz de contemplar, hasta aquellas cumbres erosionadas y moldeadas a semejanza de gigantescas tumbas, en donde la silueta estirada del anciano la espera con sus brazos en cruz.

Se obstina en mantener los ojos enfermizamente abiertos, en recorrer de manera mecánica cuanto la rodea y absorber sus colores como si fueran aún más vivos y primaverales, aspirar cualquier fragancia que no le recuerde al olor de una chimenea, reforzar su fe en que el peligro ya ha pasado, a base de mantras: no hay más

locura, no hay más enfermedad alrededor, por fin estoy dejando todo esto atrás. Ya tendrá tiempo después para pensar, para hacerse las preguntas oportunas y recordar la niña que fue antes de que sus padres dejaran de comprarle juguetes y comenzaran a ver pecado en todas partes. Toma aire, toma aire fuerte hasta marearse.

Y a pesar de ir con los ojos desorbitados, hasta después de haberse sentado no se da cuenta de que hay otra persona a la izquierda de la marquesina, tan delgada o más que ella misma, oculta por el panel de la parada.

En el letrero, la herrumbre ha borrado hacia dónde les conducirá el autobús. En realidad, puede que a ninguna parte.

3.

Se pega más a la barra cuadrada que sostiene de manera precaria la marquesina, hasta clavársela en el costado. Si esa mujer quisiera sentarse, hace rato que lo habría hecho. Pero Cris deja más hueco de todas formas, como si esto fuese una situación normal, como si ella misma regresara de visitar a sus abuelos o algo así, y esperara tranquilamente el autobús, igual que todos los viernes.

Apenas puede ver el rostro a la mujer. Parece que lo oculte de manera deliberada tras la barra del panel. Por un momento, Cris echa un vistazo a su propio aspecto. La ropa se ve antigua y mal combinada, pero no es eso lo que más llama la atención. De manera intermitente, toma consciencia de que ha pasado de un escenario de terror a uno en apariencia aburrido y cotidiano, como si la chica ensangrentada a la que persigue el psicópata en mitad del sombrío bosque hubiese saltado de la pantalla y aterrizado en el sofá en donde la parejita se hace arrumacos.

Se palpa las mejillas. Se mira el jersey. No puede estar segura de haberse limpiado bien todas las salpicaduras. Los cortes y moratones deberían inquietar a cualquiera. Quizá por eso se esconde esa mujer. A lo mejor está asustada, cree que acaba de llegar una loca peligrosa y por eso quiere pasar desapercibida y no dice nada. Ojalá llegue pronto el autobús, vamos, vamos, que llegue pronto, pensará.

Cris está a punto de romper el silencio, iniciar una conversación superflua para tranquilizar a la otra, para que todo parezca mucho más natural: «¿Hacia dónde lleva el autobús?, ¿sabe usted qué hora es?»; pero no se fía de ese cosquilleo trémulo en su garganta, está convencida de que su voz saldrá con las inconfundibles estridencias

de la locura.

No, está mejor callada. Mejor seguir pegada a la barra, parecer inofensiva, contar sus monedas una vez más (no está segura de lo que puede costar esta línea de autobús) y tratar de mantener la espalda erguida, la vista al frente sin que los ojos delaten que está viendo bolas plateadas y cámaras instaladas donde solo hay pajarillos que revolotean sobre las copas de los árboles.

Le ha dado la impresión de que la mujer se ha asomado. Por un instante. Un poquito nada más.

Cris vuelve a enderezar la columna. Le cuesta mantenerse en una pose no afectada por el peso del horror que lleva engarfiado a los hombros. Puede que no se haya asomado, que haya sido ella misma al encorvarse. Ahora que se da cuenta, Cris no para de balancearse adelante y atrás. No hay duda de que parece una perturbada que murmura incoherencias para sí. Le pican los labios, incluso puede que de manera sublingual esté verbalizando sus pensamientos. Le cuesta distinguir entre lo que entra por sus oídos y lo que cascabelea dentro de su cabeza.

¿Cuánto le falta al autobús? Podría pasarse horas esperando. No se puede leer nada en ese cartel. Cris hace amago de levantarse y fuerza el cuello en busca de algún ángulo que le permita descifrar mejor las letras cubiertas de herrumbre. Deja de intentarlo, se echa atrás con brusquedad al darse cuenta de que se está encontrando con el rostro de la mujer.

¡Mierda! Va a pensar que estoy loca de verdad.

(*¿Y no lo estás?*). Es la voz del anciano, está segura, se encuentra en su cabeza. A veces se las ingenia para colarse cuando baja las defensas. ¡Ahora no!, le chilla, ¡Ahora no!

Cris se lleva la mano a la boca y mira con discreción hacia el panel. No, no ha pensado en voz alta, menos mal.

Es todo tan absurdo. Lo normal sería que se levantase, que fuera hacia el letrero y tratara de adivinar lo que pone, o de preguntar, por Dios, si no sabe hacia dónde va ni cuál es el pueblo más cercano.

Pero no se atreve, no quiere dar explicaciones, no quiere que la mujer de pronto se interese y le pregunte qué le ha sucedido, por qué tiene esa cara, por qué sigue oliendo a alcantarilla (sí, a veces Cris cree olerlo en su piel, aunque la mayor parte del tiempo lo que percibe en su ropa es olor a hoguera).

Teme afrontar lo que le ha sucedido, que todo se le venga encima y ya no sea capaz de mantenerlo enquistado en alguna parte de su cerebro hasta que haya huido lo suficientemente lejos.

Cuando piensa en ello, cuando se atreve de verdad a asomarse a su alma a través de un resquicio, comienza a sentirse como justo después de haber vomitado, cuando a base de bocanadas roncas se intenta recuperar el aire obstruido en la garganta.

Podría mantener las apariencias. Si lograse retener el aire unos segundos, si lograrse mantenerse quieta y que su cuerpo captase de una vez el mensaje que lleva horas repitiéndose: que ya no hay más cámaras, que nadie va tras ella...

Ni rastro del autobús ni de ningún otro vehículo. Cuesta creer, a pesar de las marcas en la tierra, que por los alrededores haya tráfico. Es todo tan solitario. De todas formas, es extraño que no haya visto ningún vehículo en la carretera que dejó atrás más abajo. A lo mejor las carreteras están cortadas, a lo mejor la línea de autobús está en huelga o algo así. Bueno, hoy día no hay huelgas, pero podría tratarse de algún tipo de problema con los viejos autobuses, una avería, falta de recursos por parte de la empresa. No sería raro. Debería preguntarle a la mujer.

No, así, no logrará calmar su inquietud. Tal vez haya otras opciones. El tobillo aún le da algunos mordiscos de recuerdo, pero podría caminar, buscar otra alternativa para llegar al pueblo más cercano. Claro que para eso quizá también debería preguntar, no tiene ni idea de cómo orientarse y no quiere acabar perdida en pleno desierto de Monegros.

Debería tomar aire muy despacio. Y soltarlo.

Inclinarse un poco hacia delante, no veo bien el cartel, se disculpa mentalmente, es por eso que me asomo, no te estoy vigilando, eh.

Los ojos rasgados de la mujer la están esperando.

Cris traga saliva y suelta lo primero que se le ocurre:

—¿Hacia dónde lleva?

Al menos su voz ha sonado casi normal.

La mujer no responde, su mirada permanece fija en Cris, aunque no le está mirando a los ojos, no exactamente. La estudia, le da un buen repaso, no por sus ropas, no por su aspecto torturado.

Se echa de nuevo atrás y se pega a la barra. Otra vez contra las costillas. A lo mejor no le ha entendido, a lo mejor espera que se lo repita. La mujer tiene rasgos asiáticos, quizá se trate de una de esas chinas que no hablan ni papa de español.

Pero esa mirada que le ha dirigido no le ha gustado. En absoluto.

Ha sido como sentirse espiada por el viejo, solo que de un modo más impersonal, como si le bastase con recorrer la periferia de su

ser, como si hubiera encontrado algo interesante allí y no le importase el resto del contenido ni a quién pertenece. Podría arrancarte la piel a tiras y llevársela como quien te roba el abrigo que llevas puesto.

Cris tiene un mal presentimiento cuando se percata de lo que asoma tras el poste.

Las rodillas sucias y descarnadas. Las vendas. Los zapatos de hombre. La forma de refrotarse las piernas, como si le picara o como si se estuviera haciendo pis.

No es Cris la que se está asomando. Es la otra. Es la mujer quien la vigila. Quien parece una loca.

En ese hatillo le podría caber hasta un cuchillo. Lo lleva a modo de riñonera, lo abraza como si fuera un tumor que le sobresale en un costado. La mujer asiática, toda ella, emerge de repente desde detrás del poste en un curioso efecto visual. Ahora no estoy, ahora sí. ¡Magia!

Está delgada en extremo, es aún más baja que Cris, parece tan desvalida... Y sin embargo...

Se planta frente al letrero y hace lo que Cris había pensado hacer. Lo estudia con párpados caídos, con una inexpresividad que asusta. Cuando no te está mirando, cuando no te enfoca con sus ojos oscuros y turbulentos, la mujer recuerda a una muerta viviente que se golpea contra el cristal una y otra vez.

Cris se clava la barra. No puede apartarse más. Se nota las piernas, cruzadas bajo el asiento, agarrotadas y sudorosas. Ya no está en la película, ya no. Debería tranquilizarse, pero no puede. Juraría que llega música del otro lado del carrascal que rodea el camino, una percusión enérgica, acompañada de la clase de estridencias que forman parte de las bandas sonoras en las películas de terror. Y a su corazón le ha dado por seguir ese compás frenético.

La mujer se sienta en el otro extremo. Se alisa una falda inexistente. Sujeta con fuerza su hatillo, se escora hacia el lado contrario a Cris, como para proteger el contenido de su bolsa, o para ocultar el mango del cuchillo.

Como es evidente que la observa de vez en cuando, Cris espera que arranque, que le pregunte algo o que al menos responda de una vez. «¿Hacia dónde lleva?». Cris está a punto de repetir la pregunta u otra similar: «¿Sabes cuánto le falta al autobús?». De verdad que me gustaría saberlo, piensa.

La asiática se le adelanta, o eso parece cuando deja escapar el aliento. Sin embargo, de esos labios agrietados no emerge ningún

sonido. Y al fijarse en ellos, Cris se da cuenta de que no los lleva cortados por el viento. Esos agujeros son marcas profundas provocadas por unos dientes. Cuando sonríe, es fácil darse cuenta de que la forma de sus incisivos y de sus colmillos encaja a la perfección en esos surcos.

Cris es incapaz de devolverle la sonrisa.

No es una sonrisa, es una mueca. Joder, ¿por qué no habla?

Se lleva la mano al cuello, le pica, por un momento piensa que se le ha posado un insecto, pero es por la mirada de esa mujer. Juraría que, cuando no finge concentrarse en el paisaje, está pendiente de su cuello, pero Cris no se atreve a cerciorarse. En realidad no desea interactuar lo más mínimo con ella. No quiere devolverle más la mirada, no quiere darle conversación, suponiendo que pueda hablar, que no se haya arrancado la lengua ella misma. A la luz del atardecer, las marcas en sus labios brillan con el color inconfundible de la sangre fresca.

Y hace un ruido extraño, como si royera. Al principio lo ha confundido con el crujir de la marquesina cuando el viento la zarandea, pero proviene de ella, de la mujer asiática, joven o vieja, no puede precisarlo. Es como si estuviese masticando una lija con las muelas de atrás, mientras que los dientes de delante permanecen separados. Y afilados.

Podría levantarse, alcanzar la hilera de árboles de enfrente. Pondría en evidencia lo asustada que está, sería como huir delante de sus narices y quizás quedaría como una idiota, pero está a poco de que eso no le importe en absoluto. Como la asiática deslice su culo un poco más hacia ella, Cris está dispuesta a dar un bote.

También sopesa otra alternativa, levantarse, rodear la marquesina, desandar el camino hasta las construcciones en ruinas que ha atravesado, quedarse allí oculta hasta que llegue el autobús y entonces salir apresuradamente y llamarlo antes de que pase de largo. El «Oh, vaya, me he olvidado algo» no suena tan mal en su cabeza, como cuando te piden dinero por la calle y dices que no llevas nada encima (en estos tiempos que corren, no deja de ser cierto en la mayor parte de las ocasiones). Al menos, la excusa sería tan creíble como cuando esa mujer finge no espiarla.

No sabe qué hacer, el autobús no llega. Quizá ya no pare aquí ninguno. La posibilidad de que así sea hace que se le congele el pecho. No soporta estar acorralada en la marquesina por esa mujer. ¿Lo está? No se ha acercado a ella, solo la está mirando, bueno, eso cree Cris. Puede que sea muda y que por eso no hable, o que tenga algún tipo de retraso intelectual.

En todo caso, Cris tampoco se encuentra con fuerzas para otra persecución, suponiendo que esa mujer frágil y deteriorada fuese capaz de ganarle en una carrera con esos zapatos, que por lo menos son cinco números más grandes que el que le corresponde.

O a lo mejor está exagerando. Ya no está en la película, no todo el mundo tiene por qué comportarse como un demente. No todo el mundo pone a su hija bajo el martinete y espera con paciencia a que el brazo se convierta en papilla.

El estómago se le está descomponiendo. Nota calambrazos en las pantorrillas, las rodillas le arden. Sería buena idea alejarse un poco con cualquier maldita excusa que no tendría por qué dar. Si esto fuese una situación normal.

Entonces la fotografía vuela del regazo de la mujer y se posa en el suelo, entre ambas.

Está doblada por una esquina, quemada por la otra. No es muy grande, pero se ve que es una foto familiar. La asiática, un hombre, una niña pequeña.

Se agita en el suelo. El viento la arrastrará.

Cris está a punto de levantarse (cuánto desea levantarse) y atraparla antes de que vuele. Una foto familiar. Seguro que viaja para visitarlos. Es una persona corriente, no una psicópata en mitad del camino, por Dios. Tiene marido, hija, puede que mascota.

O los tenía.

Es la otra quien se agacha. Rápida como una víbora. Cris casi no la ve llegar. La parte interior de sus rodillas se cierra como un cepo contra el asiento. Otra vez pegada a la barra.

No se limita a recuperarla. Cris no sabe qué está haciendo con ella, se ha puesto de lado, tapa la foto con su cuerpecillo. Está muy cerca de Cris.

Ahora podría alargar el brazo. Esa mujer podría arrojarse contra ella de un salto. En cualquier momento. Cris no tiene escapatoria. Por detrás, el respaldo de la marquesina. A la derecha, la barra y el cortavientos. A la izquierda y por delante, la asiática. El hatillo arrastra por el suelo. De él no asoma ningún cuchillo, pero eso no resulta tranquilizador.

¿Qué hace? ¿Por qué no se levanta?

Ella misma podría hacerlo y quitarse de su alcance. Pero tendría que pasar a su lado, o hacer alguna excentricidad como subirse en el asiento y saltar desde él hacia el lado del panel informativo, ese que no informa de nada.

«¿Necesitas ayuda?».

Uff, no sabe por qué está pensando esas tonterías. Debería

largarse de una vez. No es normal lo que está haciendo esa mujer, no lo es.

Empiezan a caer monedas. Apenas ruedan sobre el suelo de tierra. La asiática las recupera de manera parsimoniosa, le cuesta levantarlas, casi no tiene uñas, es como si se le hubiesen despegado de la piel (como si se las hubiese mordisqueado hasta la cutícula).

Da una imagen bastante lamentable. Cris pasa del miedo a la compasión. Parece una niña desvalida, no una madre adulta.

Hay una moneda tan cerca, a un palmo de las deportivas de Cris. No la ha visto rodar, está casi segura de que no ha sido así. La posibilidad de que la haya puesto ahí adrede hace que el corazón se le dispare otra vez. No puede adivinar qué trama la mujer, si trama algo. La melena, oscura y sucia, le cubre el rostro. Parece uno de esos fantasmas de las películas orientales. Uno que emerge de cualquier agujero realizando flexiones imposibles y que te persigue con rasgos ensombrecidos.

Cris está a punto de subir las piernas sobre el asiento con el pretexto de atarse las cordoneras, porque no puede retirarlas ni encogerlas más. Pero no se atreve. Aunque sabe que es una mascarada absurda, no quiere que la mujer se dé cuenta, que sepa que Cris está a punto de salir disparada, porque cuando eso suceda ya dará igual si el cuchillo asoma o no del hatillo. Es mejor que siga creyendo que la tiene acorralada, que puede...

La mujer busca a tientas la moneda.

Alarga la mano hacia las piernas de Cris.

El grito retumba bajo la marquesina...

4.

... cuando escucha el claxon.

A Cris le cuesta comprender la situación. El rumor de la tierra levantada por el caucho es audible mucho antes de que el autobús se aproxime. Pero llega en sentido contrario.

El claxon previene a posibles excursionistas. Su inesperada bocina la ha asustado tanto que Cris ya no tiene reparos en subirse al asiento, saltar por encima de la mujer asiática y zigzaguear en mitad del camino. Aún no ha decidido si hacer el alto al conductor del autobús o alejarse a la carrera.

Entonces se da cuenta de que la mujer se limita a recoger sus monedas (ahora no le ha costado trabajo hacerlo rápido) y luego hace el alto al bus ella misma.

Da la impresión de que el conductor del autobús se detenga a regañadientes, más o menos a la altura de la marquesina, pero en el otro extremo de la ancha rodada de tierra. De hecho, está más cerca de la franja de árboles, cuyas ramas producen un insoportable chirrido en el techo del vehículo hasta que este se para y abre sus puertas. De no ser por los árboles, igual ni se habría detenido.

La asiática desaparece de su vista cuando rodea el autobús.

El conductor se da la vuelta y desde la ventanilla dirige una mirada impaciente a Cris. Esta se aproxima, sin apenas notar los baches. Es como si flotara, como si abandonara su cuerpo mientras este la conduce hacia la perdición. Una vez más.

El brazo peludo que asoma por la ventanilla la invita a darse prisa. Como la chica apenas reacciona, la ceniza en la boca del conductor tiembla y estalla en una maldición. Cris no puede evitar que se le forme un nudo en la garganta, las ideas se le nublan de nuevo con toda clase de temores. Todo esto es demasiado parecido a una grabación ambientada en otra época, una en la que se permitía fumar en los transportes públicos.

Sigue caminando despacio, por si la asiática la espera al doblar hacia la puerta de pasajeros. Incluso vigila sobre el autobús, por si salta de entre las ramas o resbala hacia ella por el parabrisas con el cuchillo entre los dientes.

Solo por inercia, no porque lo haga de manera consciente, Cris sube el primer escalón cuando la portezuela emite un resoplido y se cierra a su espalda. Diría que ha sido el conductor quien bufaba antes de poner ese mastodonte oxidado en movimiento. Cris a duras penas atina a contar las monedas que le pide el tipo de la colilla en la boca. No espera al cambio, si lo hay.

El vehículo adquiere velocidad y va dando tumbos por el camino de tierra. Cris se deja caer en una de las primeras filas del lado del conductor. El autobús va casi vacío, podría haber escogido cualquier otro asiento, pero de momento se conforma con que la asiática se haya quedado casi al fondo, bien lejos de ella, aunque confía en poder vigilarla a través del reflejo de la ventana sobre la que se acaba apoyando.

No tarda en adormilarse.

Los primeros golpecitos de su frente contra el cristal hacen que se incorpore, alarmada. No puede permitirse bajar la guardia. Con discreción, echa un vistazo a su espalda y hacia la otra fila de asientos: un tipo barbudo y despeinado que va dormido, las manos entrelazadas sobre la panza; una pareja de ancianos, esos van en primera línea del autobús, sin mantener conversación alguna con el

conductor; una mujer obesa que le dedica una cara de pocos amigos; y antes de que Cris devuelva la mirada al cristal, el inconfundible flequillo negro de la asiática (muy parecido al suyo, por cierto). Que ella sepa, en el autobús no viajan más pasajeros.

Y no sabe hacia dónde va. El paisaje va dando tumbos ante ella y llega un momento en el que no encuentra punto de referencia alguno. Ninguna ciudad, ningún letrero reconocible, vía de tren, bosque o río que pueda identificar. Monótonas irregularidades como dunas de arbustos se extienden interminables a este lado de la ventana, y el cristal ahúma el aspecto de la tarde hasta convertirlo en una hora indefinida y gris.

Joder, no quiere dormirse.

Se da un tremendo pellizco en la muñeca. Pero pronto no le va a hacer falta hacerse daño para mantener los ojos bien abiertos.

Se detienen. No se ve parada alguna, tan solo un poste torcido y claveteado que se eleva hasta perderse mucho más arriba del autobús. El voluminoso vehículo realiza su particular sacudida de válvulas y la bomba de sus frenos emite un prolongado resoplido, como si se encontrase agotado.

Nadie se baja, y eso no parece una parada. Quizá haya una puerta en la parte del fondo y Cris alberga la esperanza de que la asiática haya abandonado el vehículo.

No, sigue estando allí atrás.

Cuando Cris se vuelve, ella misma nota cómo va perdiendo el color, cómo su piel parece recubrirse de una capa de hielo conforme su temperatura corporal desciende, tanto que deja de sentir los dedos, como si se encontrase en una cámara frigorífica con ruedas.

Todo comienza de nuevo. Es la misma sensación atenazadora. El aire comienza a faltarle, aunque hayan abierto las puertas. Para dejarle entrar.

En su mente, sus pensamientos estallan en añicos en donde realidad y ficción son imposibles de diferenciar ya.

No trata de ocultarse, Cris no vuelve la cabeza, no simula que duerme contra el cristal. Como si ella misma fuese la encargada de enfocarle en primer plano, se fija en su rostro, ya no lo lleva hinchado, pero son los mismos rasgos cuadriculados, el mismo mono ajustado de color azul que parece a punto de rasgarse por el tamaño de sus músculos.

El tipo la reconoce y, cuando sus miradas se cruzan, Cris hace zoom en esa sonrisa, fea como una cicatriz estirada hasta que pierde su color y su forma.

Si aquella vez en el tren pasó de largo, en esta ocasión no lo

hace.

Sino que se sienta junto a ella, encantado por el fortuito encuentro.

5.

No le ha preguntado su nombre, no quería saberlo, no le va a estrechar la mano ni le dará dos besos, así la maten. ¿Por qué se empeña en fingir que son viejos conocidos, algo así como compañeros de rodaje que se encuentran en el autobús?

—Y dime, ¿cómo fueron las últimas escenas que grabaste?

Se inclina en confidencia hacia ella. Es como un enorme macuto que la aprisiona en su rincón. Cuando Cris trata de reclamar su espacio es peor, ya que el codo de Raúl rebota en sus costillas.

—¿Tienes calor? ¿Te cuesta respirar? Espera... Creo que estos cacharros tienen un chorro de aire por aquí...

Al final resulta que no funciona, pero mientras Raúl trastea el panel del techo, que ahora parece más bajo y opresivo, al menos no le está clavando el codo.

—Oh, vaya, pues no. Quizá podría preguntarle al conductor, a lo mejor no lo tiene encendido. En invierno la gente no suele pedir el aire. Eso te gustaría, ¿verdad?

Cris está a punto de preguntarle ¿El qué me gustaría?, pero no desea mantener una conversación con él. Y mucho menos permanecer a su lado. Además, sabe a lo que se está refiriendo. El conductor supone una esperanza vana, alguien que en realidad no está al alcance, que apenas existe tras la mampara anaranjada, tras ese asiento que rebota al ritmo de los baches y solo deja ver el brazo por fuera de la ventanilla. No hay botón de próxima parada. No hay forma de avisarle de que detenga el autobús, por favor, que necesito bajarme en la próxima.

A Cris no le llega el aire de esa ventanilla abierta, no le llega.

—... Que me levantase y mientras hablo con él tú aprovecharías para sentarte en otro sitio. Cuando un pesado se te sienta al lado o huele mal es un fastidio, ¿verdad? Espero no ser uno de esos pesados. En cuanto a lo segundo...

Se huele la axila. A su pesar, Cris observa cómo lo hace, permanece atenta a todos sus movimientos. En una situación ordinaria debería poder levantarse sin que le temblara todo y sentarse en otro sitio con cualquier excusa, como que ha visto que atrás se sienta una amiga.

—Bueno, en fin, he olido mejor... Pero dime, ¿cómo fue todo? Creía que el director tenía grandes planes para ti. ¿Ya han terminado de rodar? Oh, eso me extrañaría, ¿demasiado rápido, no? Demasiado incluso para una peli de serie B, ¿no crees?

Ella se obstina en volver la vista hacia el paisaje, refugiarse en su reducido rincón hasta alejarse de ese codo que la apuntala de manera deliberada. Pero no puede evitar atenderle de reojo, con un poso de lágrimas de rabia que tampoco desea mostrarle.

—Oye, hablas menos que tu amiga la del tren.

Raúl se cierne sobre ella. Cuando la cabeza de Cris da contra la ventana, acorralada hasta un extremo insoportable, la chica separa los brazos y se prepara para clavarle los dedos en los ojos, pero descubre que Raúl se limita a susurrarle:

—Ella al menos gritó. Un ratito nada más. Pero fue agradable.

Lentamente, se pone recto de nuevo, aunque a Cris le da la sensación de que se ha llevado todo el oxígeno de su espacio vital. Le mira una vez más. La mitad de su cara sonríe, burlona. La otra mitad da la impresión de que no. Eso es imposible, piensa ella, al menos en la realidad, porque en el cine todo puede suceder.

—De acuerdo, ya lo he captado. Veo que no eres muy habladora. No intento ligar contigo, ¿sabes? Pero bueno, da igual, va a ser un viaje largo. Lo mejor será que durmamos un rato.

Ella supone que le está tomando el pelo, que todo forma parte de su sádica interpretación. Por eso le desconcierta cuando él se cruza de brazos, inclina la cabeza contra el reposacabezas amarillento y cierra los ojos. De todas formas, tal y como ha colocado los musculosos brazos, estos ocupan incluso más espacio del sitio de Cris que antes. Si pretende escapar, si de verdad va a tener una oportunidad cuando se duerma, deberá colarse bajo los asientos o ponerse en pie y saltar hacia los de delante, porque las rodillas del tipo cierran todo acceso entre la esponja roída.

Suponiendo que duerma de verdad.

Le fastidia, pero le sigue el juego y se acurruca en su lado de la «ventana de socorro» (qué ironía), mientras arrastra los dedos y deja en él una desesperada marca de dactilares. Como en realidad no se atreve a cerrar los ojos, se entretiene trazando círculos con el dedo, imaginando que es una radial que abre un hueco en la ventana. Y piensa en la policía a la que no llamaría aunque quisiera, en qué sucedería si gritase y pidiese ayuda en el autobús, en qué pretende Raúl, si es cierto que ya no están rodando, que tan solo es un extra como ella.

Le gustaría al menos intentarlo, que la actriz tomase el control

de nuevo y la ayudase a sobrevivir. Pero por lo visto esa está tan aterrorizada como ella y ni siquiera es capaz de reconocerlo. Prefiere engañarse y esperar a que Raúl se duerma (o finja hacerlo). Sí, es lo más sensato. Aguardar una oportunidad, aunque forme parte de la trampa.

Así que en lugar de idear un verdadero plan de huida, se limita a trazar círculos concéntricos sobre el cristal, hasta que ella misma se induce un placentero (y cobarde) estado de hipnosis.

De pronto, el autobús se detiene.

Pssssssh. Las puertas se abren.

Balonazos de pensamientos retumban en su cabeza. Tiene que hacerlo ahora u olvidarse, quizá para siempre. Raúl tiene los ojos cerrados. Delante, la pareja de ancianos se levanta con parsimonia. El paisaje a su izquierda es la misma sucesión de parcelas desolladas y ondulaciones cubiertas por dos palmos de verde, pero desde los ventanales opuestos se adivina un puente o algo así, unas construcciones rústicas y árboles altos de ramas puntiagudas. Un buen sitio donde escapar. Incluso el desierto de Monegros que invade buena parte del horizonte sería un buen sitio en estos momentos.

Cris se tensa, se aferra con una mano al asiento de delante. Las rodillas de Raúl se clavan contra el otro. Le da la impresión de que sus brazos se hinchan con cada nueva respiración. No le parece que respire profundamente. Quizá esté disimulando, esperando a que ella cometa el error, el movimiento en falso que le servirá de excusa para abalanzarse sobre ella y...

Los viejos se están despidiendo. Van despacio, agarrados por el codo. Son pocos escalones. El brazo del conductor se impacienta. Cris sopesa lo que podría tardar en saltar al asiento de delante y correr por el pasillo, suponiendo que las piernas no se le hayan dormido del todo (siente un preocupante hormigueo). Intentarlo arrastrándose es una locura, no saldría al pasillo a tiempo, y tratar de pasar por encima de los muslos del tipo es imposible, acabaría sujetándola por el tobillo, o algo peor.

¿Y hacia dónde iría? ¿Qué haría después?

Oh, no, ahora no es el momento de pensar más, tiene que actuar ya, intentarlo al menos, dejar que la actriz gimotee como la chica asustada que interpreta y arrojarla al pasillo, a cámara lenta siquiera, mientras él la persigue con los rasgos contrahechos en su verdadero rostro, el de un monstruo.

Cris levanta el trasero unos centímetros y contiene el aliento, dispuesta a hacerlo, o a malgastar toda la adrenalina en un lánguido

suspiro. La decisión, en el próximo segundo.

—Ahora no tienes a ningún guionista que te salve.

Se produce el suspiro. Cris se hunde en su asiento. Raúl ni siquiera abre los ojos mientras le sigue diciendo:

—Yo prefiero improvisar. No me gusta ceñirme a ningún guion. Es mejor así, ¿no crees?

El autobús se endereza y, cuando las puertas se cierran y el motor ronquea, Cris aprieta los puños y siente que le arde el rostro. Es mejor eso que el frío inmovilizador.

—¿Qué quieres de mí?

Al tipo se le ensancha la boca y se le abren los ojos como si fuera un demente controlado por radiocontrol. Ahora es él quien no responde.

—¿Qué queréis todos de mí?

Él se encoge de hombros.

—Ya no estás en la película, es todo lo que puedo decirte.

La revelación debería aliviar a Cris, pero no. De hecho, siente que ha perdido su parada. Su última oportunidad, aunque confía en que Raúl se lo confirme.

—¿Qué me impide ponerme a gritar y pedir ayuda? —Cris sube de manera deliberada el volumen de voz, confiando en que al menos la mujer obesa la escuche—: No vamos solos en el autobús, ¿te has dado cuenta, no?

Podrías percatarte enseguida de que ese tipo no anda bien de la cabeza por la forma en que sonríe como si tratase de ser agradable mientras buena parte de sus músculos faciales se retuercen en una peligrosa severidad. La escasa seguridad que ha logrado reunir Cris la pierde en cuanto el tipo dice:

—No es tan difícil conducir un autobús, aunque no lo hayas hecho nunca. Creo que el secreto está en controlar bien el embrague, como en los camiones.

Puede que sea el zarandeo del autobús, pero Cris tiembla, y eso agrada al hombre, que comienza a sofocar las carcajadas, porque sabe que ella ha captado el mensaje.

Derrotada, se vuelve hacia el cristal para no darle la satisfacción de que la vea llorar. Se revuelve cuando Raúl extiende el brazo para acariciarle el pelo. Como no lo aparta, al final ella se rinde y fija los ojos llorosos en los inacabables altibajos poblados de arbustos. Esporádicos tonos vivos, rodeados por una mayoría desvaída y deprimente.

Ninguno de los dos la ve llegar.

Lleva ahí rato, desde que la pareja de ancianos se bajó y ella

aprovechó para acercarse.

Es la única y fugaz explicación que se le ocurre a Cris cuando la ve cernirse sobre ellos en el espacio entre los dos asientos. Cuando muerde el brazo extendido de Raúl.

Le habría gustado aprovechar para acompañar el desconcierto con sus gritos y avisar a los del autobús de que todo va mal, pero es incapaz, es el propio Raúl quien aúlla y acapara toda la atención.

La asiática se las ingenia para pasar una pierna por el reposacabezas y aprisionar el cuello del tipo mientras con un brazo le hunde los dedos en la cara e incluso en el oído. Resulta increíble que el tipo ese, con todos sus músculos, sea incapaz de librarse de la presa que ejerce ella con su bracito para retener el tiempo suficiente el de Raúl y arrancarle otro jirón más, de ropa. De piel.

El paisaje sigue desfilando y se tiñe de gotitas de sangre.

6.

La imagen se sacude arriba y abajo, vira en salvajes saltos que desenfocan formas y colores, y se estrella hasta mostrar el suelo en un ángulo torcido.

Desde fuera, las marcas de la rodada se desdibujan allí donde los neumáticos las han atravesado hasta salirse de los márgenes.

La carrocería vibra y humea. Un espejo retrovisor oscila al viento. El autobús se mantiene en un tenso equilibrio sobre dos ruedas, apoyado a la altura de la ventanilla del conductor contra una hilera de árboles secos. Su ramaje atraviesa por completo la cabina.

Cris no logra incorporarse hasta que descubre que está cabeza abajo, que se está poniendo de pie sobre el lateral del autobús y no sobre el suelo. Aun tras el accidente sigue atrapada en el mismo rincón. Las rodillas le duelen horrores al apoyarlas en la superficie acolchada de los asientos. Mala señal, aunque por el momento no se fija demasiado en su propio estado físico.

Cuando se estira lo suficiente para asomarse hacia la cabina del conductor, sigue sin verlo tras la mampara, ahora resquebrajada. El brazo que asomaba por la ventanilla, sin embargo, sobresale por el lado contrario del asiento, ensartado en una rama acabada en púas que Cris percibe de color gris. Siempre gris.

La joven emite un lamento apagado al subir por la cuesta empinada que le conduce al pasillo. El esfuerzo de aferrarse a los respaldos hace que le duela el tórax y los omoplatos como si se le

fueran a abrir y partírsele el cuerpo en cuatro o cinco partes. La puerta cerrada y el brazo amputado no la animan a seguir esforzándose. No conseguirá nada, no podrá escapar, no desea acercarse a la cabina y tampoco sabría abrir las puertas. Siniestro total. La actriz acaba de morir en el accidente y de su presencia solo queda un dolor de cabeza intermitente que aplasta cualquier intento cabal de supervivencia.

Oh, bueno, quizá sí le quede un poco de eso. De instinto. De ganas de vivir, o más bien ganas de huir del dolor.

Logra aferrarse al brazo del asiento que da al pasillo. Se impulsa con las deportivas contra el ventanal del autobús. Se asoma al pasillo. Allí sigue.

Vuelto hacia Cris y a medio camino hasta la cabina del conductor, Raúl se mantiene más o menos en pie gracias a la hilera de asientos a los que se abraza. La mitad de su cuerpo está manchado de sangre. Ahora sí luce heridas reales en su rostro y no maquillaje barato como en el tren. A Cris le cuesta focalizar la mirada, definir los detalles, como si se le hubiera agravado la miopía que no corrige desde los doce años. Pero juraría que Raúl la sigue vigilando, a pesar de...

—Ayyyayy... Ayay...

La mujer obesa va rodando de través, a lentos tropezones contra los anclajes. Aparte de haberse quedado a dos ruedas, el autobús se encuentra inclinado hacia delante. Si nadie la detiene, la mujer llegará hasta la cabina, porque no hace nada, no intenta sujetarse, tan solo hincha y deshincha los mofletes. Con esa tez olivácea y congestionada recuerda a un sapo. Uno muy malherido.

Cris está a punto de tenderle la mano. Con las escasas fuerzas que le quedan, duda mucho que pudiera retener a la mujer. De todas formas, cuando esta se encuentra a poco más de un metro de la asiática, Cris emite un resuello y deja que la inclinación la lance de nuevo contra el ventanal.

Le ha dado tiempo a verla caer y desplazarse de lado, diría que sin rozar el pasillo, como una araña aferrada a los brazos de los asientos.

Los lamentos de la mujer obesa mutan en un gañido capaz de romper vidrios, y luego en un insoportable *gaggglgaggl*, la clase de sonido a la que prestas atención sin desearlo, con tal de asegurarte de que cesa, que ya ha terminado, que lo que sea que le estén haciendo a esa mujer ha llegado a su fin, por favor.

—¡Mierda!

Algo se rasga. Piel o tela. Un arco de sangre. Luego otro. El

reguero repiquetea sobre el cuero, y solo cuando la espuma sanguinolenta llueve sobre Cris, esta se da cuenta de que la asiática se desliza a lo largo del pasillo, montada en el cadáver de la mujer. Sus ojos, claros de un modo antinatural, como si le hubiera caído algún tipo de pintura en ellos, permanecen fijos en la misma dirección. Raúl.

Mastica. Gruñe.

—¡No te acerques, joder!

La asiática podría girar el cuello unos centímetros, darse cuenta de que está ahí. Dejarse caer sobre Cris y terminar el trabajo que quiso comenzar bajo la marquesina de la parada.

A Cris no le salen las lágrimas, no hay tiempo, aunque desea llorar, lo desea con las pocas fuerzas que le quedan. Se mueve de manera desmañada contra el ventanal y, al darse un codazo contra el mismo, escucha con nitidez el crujido.

Mira por debajo de su axila y observa, con la boca trémula, cómo los círculos que había estado trazando con el dedo están ahora delineados por una marca blanquecina de vidrio reventado. Una ráfaga de aire del exterior succiona los círculos recortados, que se van desprendiendo como las capas de una cebolla. Conforme el aire se cuela más y más en el autobús, Cris da vida a sus pulmones, y se da cuenta, fascinada, de que los círculos eran tan amplios que su cuerpecito cabe a la perfección por el hueco abierto.

La asiática sigue patinando sobre su macabro vehículo, y Cris deja la mente en blanco cuando se mete de cabeza por el hueco y se deja caer sobre el rellano de tierra.

Aterriza con los codos, con la frente recubierta por una gelatina de sudor. Aunque duele, sobre todo cuando las piernas tocan suelo, el golpe es leve, no justifica el momentáneo apagón de consciencia.

Al volver en sí, Cris se arrastra de manera frenética, con la sensación de que el autobús está a punto de venírsele encima. Lo rodea entre respiraciones entrecortadas, y en ese intervalo nada más existe, no escucha otra cosa que lo que atañe a la maquinaria de su angustiosa retirada.

Cada jadeo parece el último. Cris es incapaz de ponerse en pie. A incierta distancia, observa la línea brillante del atardecer que oxida la silueta del autobús. Al halo de esa luz tostada, parece un trozo de chatarra abandonado desde hace décadas. Los restos de un siniestro del pasado.

La brisa es fría, pero la agradece. Alivia el sudor, las lágrimas que escuecen. Durante un buen rato permanece así, estudiando la luna trasera del autobús, reculando despacio, en busca de algo más

cómodo que una roca para apoyar la espalda.

Y no puede decirse que no lo haya escuchado llegar. Solloza mucho antes de que su enorme sombra la cubra por completo. Se vuelve hacia el sonido de pisadas y prefiere cubrirse el rostro y la cabeza antes de descubrir lo que tiene reservado para ella.

Raúl deja caer la piedra. En lugar de golpearla con ella como tenía pensado, levanta en vilo a Cris de un solo tirón de cabello, que hace que todas sus vértebras se quejen al unísono.

Con todo el cuero cabelludo tirando de su cuello y del resto del cuerpo, Cris no puede enfrentarle la mirada, no puede saber si se burla cuando dice:

—Esto me va a doler más a mí que a ti.

Puede que sea verdad. Con el primer puñetazo encharcado y resbaladizo, ella se da cuenta de que la está golpeando con el brazo herido.

—¡Dios! ¡Aaah! —Se queja Raúl. Pero insiste.

Una y otra vez.

DAME LA MANO

1.

El viejo no le suelta hasta asegurarse de que está lo suficientemente cerca de la grieta iridiscente como para extender el brazo y tocarla. Cuando al fin le libera de su presa, Rai se aparta de manera instintiva y abre y cierra la mano despacio. La nota entumecida, como si la hubiera metido en hielo. Entonces observa con detenimiento.

Frunce el ceño. No puede comprender si es real o si se trata de algún efecto especial.

Se vuelve hacia Angus, quien no dice nada, no le da ninguna pista sobre lo que sucede. El foco azulado que hay tras ellos incide sobre la silueta del anciano y le dota de una apariencia eléctrica, como en esos dibujos animados en donde el personaje se concentra y su cuerpo comienza a desprender energía, el aviso de un gran rayo que despedirá con las manos mientras suelta un grito de batalla.

Nota una presión sorda y rítmica en la frente. Se agrava cuando intenta mirar a través de la iridiscencia, descubrir a qué se debe el efecto. Sortea el enigma buscando algo en la tela verde que lo rodea, en esos dos pliegues extraños sobre la grieta, como si ambos extremos del croma estuviesen sujetos con pinzas invisibles. Pero ahí no está la clave. Tiene que mirar dentro.

Entonces lo ve. Al principio no está seguro, pero cuando hace caso omiso y observa, la imagen se despliega en su consciencia. No son sus ojos lo que tiene que acostumbrar a esa molesta irradiación. Es su mente la que tiene que acomodarse.

Es una escalinata de piedras enrojecidas que se pierde, a una distancia incalculable, en una superposición de imágenes, como si el camino siguiese a través de una montaña transparente. Rai es incapaz de ver nada más. Todo cuanto rodea la escalinata es una capa de gris, como una niebla opaca y sin consistencia que resalta de manera antinatural los contornos del camino. Cuando escucha que alguien canturrea su nombre, se gira hacia Angus.

No ha sido él.

Angus le mira con una mueca amable, o quizás maliciosa, según el ángulo desde el que la observes. La sensación de irrealidad se acrecienta cuando observa el reflejo del anciano en los bidones

cromados a ambos lados del depósito de la funeraria. Lo que ve en los bidones es la cara de Angus, su cuerpo vuelto hacia Rai, y no la espalda, como debiera ser lo lógico.

Rai frunce más el ceño. Se pregunta si un niño puede volverse loco, así, de repente, y convertirse en un psicópata con máscara y chuchillo como el Michael Myers de Halloween. Desde luego, la locura debe parecerse bastante a esto.

Da un respingo cuando uno de los bidones de arriba se desprende y rebota dos únicas veces contra el suelo. El sonido metálico se amplifica con una espantosa acústica que tortura su imaginación.

—Y bien. Estás preparado.

El chico no quiere entender a qué se está refiriendo. Es algo más que dolor de cabeza lo que le sobreviene si intenta descifrarlo. Mira a Angus y empieza a temblar. Aquel le tiende la mano.

—Dame la mano. Chico.

Le vuelve la sensación de mano adormecida. De mano muerta. No quiere dársela. No quiere que le toque nunca más. Le mira de manera estúpida, como si no comprendiera. Y Dios sabe que no quiere comprender, no es capaz de imaginar qué está a punto de sucederle. El bidón emite un siseo contenido, como un tapón de botella de gaseosa mal cerrado.

Angus azota el aire y extiende más sus largos dedos.

—CHICO.

Por nada del mundo quiere ofrecerle la mano, pero Rai se da cuenta de que tampoco puede retroceder. Apenas se encoge y pestañea cuando Angus le grita. Empieza a llorar.

Tanto él como Angus se vuelven hacia la puerta al escuchar los pasos. No es ninguna sorpresa. Hace rato que el sonido de motores ronda en los alrededores de la funeraria.

—Debería haber apagado las luces —comenta, con una mueca de complicidad con la que el chico no simpatiza.

Lo que más ruido hace no son las botas de militar sobre las losas pulidas de la funeraria, sino la particular forma de llamar la atención del director. Se ha dejado a su equipo fuera, viene solo, como el pistolero que se cree que es.

—¡Angus! ¡Hijo de puta!

Rai mira al anciano con ojos desorbitados. Abre y cierra la mano adormecida, no puede hacer ningún otro movimiento. Quiere gritar, quiere avisarle, decirle que están aquí, que por favor le ayude.

La bola plateada se descuelga de alguna parte, rebota de manera silenciosa en el aire y flota sobre el hombro de Angus. Este le guiña

su único ojo sano al muchacho cuando de la bola emerge una hoja de cuchillo.

—¿Dónde estás? ¡Angus!

Al final, el director conoce el camino, sabe hacia dónde dirigirse, dónde es más probable que lo encuentre. Lo llama con la impaciencia de quien hace tiempo que conoce cuál es el escondite de su némesis.

—Angus... —repite, al aparecer en el umbral y encontrárselos atravesados por la luz del foco que encañona el croma.

La esfera plateada emite un zumbido y sale como una flecha hacia la entrada.

—*Motherfuc...*

La esquiva por poco. Al apartarse y retroceder de nuevo tras el marco de la puerta, la esfera trata de seguir la trayectoria y su espolón se incrusta en el yeso del muro con un sonido de perforadora hidráulica.

El director aparece de nuevo y le apunta con el arma.

—¡Deja tus estúpidos juguetes y atiende, viejo loco!

Angus mira la esfera con un atisbo de diversión. Esta sigue perforando el muro. Después estalla como una traca barata cuando el director dispara a quemarropa sobre ella. Ahora ya lleva sus gafas de sol, el estallido no le ciega. Se siente fuerte de nuevo. Vuelve a apuntar al viejo.

—Escucha, desgraciado, tenemos que rendir cuentas, ya sabes con quién.

—Yo.

El director hace caso omiso a esa pregunta o lo que sea.

—... Y tú no has hecho nada más que boicotearme la grabación.

—Yo —ahora, casi, casi parece un interrogante. El humor socarrón del hombre gris no se trasluce un ápice en su rostro decrépito y maligno.

—¿Qué ibas a hacer con el chico? —El director se acerca, pero desde el lado opuesto al bidón que aguarda. No quiere saber si hay un cuerpo dentro, o si está a punto de meter uno. Ya le vio hacerlo una vez, y no fue agradable.

—Nada.

—Me los llevo a las instalaciones de Eurovegas. Este pueblo de locos se va a llenar de militares, ¿entiendes? Necesito al chico y te necesito a ti. Aunque ya que voy a grabar en un set de rodaje, quizás pueda reemplazarte con retoque digital. ¿Qué me dices, viejo? ¿Quieres que un dibujo animado aparezca en tu lugar en los títulos de crédito?

La bravuconada le ha salido bien, pero como Angus no dice nada, el director pone todos sus sentidos en alerta, por si del bidón sale un enano con un saltito inverosímil, por si otra de esas esferas silba a su espalda o por si el viejo intenta alguno de sus trucos. Tiene el pulso lo bastante firme como para acertarle entre ceja y ceja. Sí, ahora sí, ya le han jodido lo suficiente, no va a volver a fallar. ¿Y si lo hace? ¿Y si falla? Oh, pues dará igual. Será peor rendir cuentas ante los productores.

Es como si le retorcieran los dedos, como si se los despegasen uno a uno del gatillo y la empuñadura.

—Aaaargh...

El arma acaba en la mano de Angus, como atraída por un potente imán.

No entiende cómo pueden dolerle tanto los huesecillos de la mano. Con la vista empañada por el dolor, observa cómo Angus juega con la pistola sin apuntar a ninguna parte.

—Deja que me lleve al chico, Angus.

—Podemos grabar. Aquí —dice el hombre gris. La pistola gira sobre su palma sin que la toque realmente, y se detiene de golpe.

El cañón apunta al chico, quien da un respingo cuando el truco termina y se da cuenta de lo que sucedería si el gatillo se apretase. Es más que una obvia deducción. Es la comprensión fatal de que está presenciando, sin poder moverse, los últimos instantes de su vida.

—No sirve, Angus, así no sirve. Tú puedes tener a cualquiera, hay mucha gente en este pueblo intoxicado.

Avanza hacia él en pose de súplica. Que no le lea la mente. Que no sepa cuáles son sus verdaderas intenciones, las que oculta tras las gafas oscuras.

El chico no lo puede creer cuando se ve dar un pasito hacia atrás. Teme caerse ante su repentina movilidad, aunque se mantiene con los brazos empapados de sudor y adheridos a los costados.

—¿Y la chica, Angus? ¿Por qué no la buscas a ella?

El ojo furioso del viejo hace que el director se detenga, que se vea impelido a retroceder y olvidarse de la película para siempre.

De súbito, las arrugas en el rostro del anciano mutan a una expresión bobalicona. Ninguno de los dos forzosos espectadores puede creerse el tono dulcificado y senil con que habla al techo:

—Sí... Ella me está llamando. Me está. Llamando... Tengo que ir. TENGO QUE IR.

El director no sabe de qué demonios está hablando, pero no vacila. Resopla como un toro y trata de evocar algún momento

perdido en su época de instituto, un placaje como los que hacía cuando jugaba al fútbol americano y emulaba a sus jugadores preferidos de los Philadelphia Eagles.

Cuando se estrella contra el viejo se le nublan las ideas, piensa que se va a desmayar, que se ha roto las clavículas al estrellarse contra una farola y no contra un anciano. Pero no trata de detenerse ni huye del dolor. Algo se despega del suelo con un sonido glutinoso y el director cae de bruces mientras el hombre gris sale despedido hacia el croma. En lugar de descolgarlo y quedarse enrollado en él, en lugar de estrellarse contra la pared, el anciano se ve absorbido por la grieta.

Se produce un silbido metálico breve. Sale de la boca del hombre gris. Su larga silueta pierde efecto de profundidad, aparece asimétrica mientras intenta sin éxito aferrarse a algo, antes de ser engullido por completo.

El foco estalla. La tela se repliega y se arruga por puntos diferentes cuando las pinzas invisibles saltan. En el lugar que ocupaba la grieta, la tela aparece ennegrecida, quemada.

Un tiempo después, cuando el director ya se ha puesto en pie y recuperado su arma (y el aliento), Rai descubre que ya puede moverse.

El director le tiende la mano.

Y el chico se la da.

ESTAMOS CERCA

1.

El traqueteo la devuelve a la consciencia. Suelta una burbuja de sangre procedente de su garganta. El pánico sacude y pone en movimiento sus músculos como si le hubiera dado una descarga eléctrica. No puede ser que esté en el tren. No puede ser que todo vaya a comenzar de nuevo.

Sin moverse realmente de dondequiera que esté, busca los elementos que confirmen sus temores. Su compañera de viaje, las cámaras, el semblante del director, la luz mortecina del vagón...

No, no hay techo.

Está contemplando el cielo. Los ojos se le mueven solos de un extremo a otro de la tostada franja crepuscular, de una nube a otra. En el centro de ese vaivén, la bola aún brillante del sol la sondea como en la consulta de un doctor que, con la lámpara de diagnóstico apuntando al ojo, trata de averiguar si ha habido lesiones cerebrales.

De pronto, todo se oscurece.

El traqueteo cesa. No puede enfocar ni adivinar su rostro a contraluz, pero su enorme silueta es inconfundible, como su voz grave y gangosa; un tono demasiado nasal que retumba en la gruta rocosa de su pecho.

—Mira, ya estás despierta.

Si él lo dice... No está segura, ni siquiera de seguir viva. Cuando se hace consciente de su respiración, el oxígeno huele a sangre.

—Ya estamos cerca. Pero tenía que parar, uff, el brazo me duele horrores, y el hombro... Ha sido muy mala idea. Lo de pegarte, digo...

No, no es una disculpa.

—... Al final el invento de la maleta ha sido penoso. Ya ves, se me había ocurrido meterte en un trolley de esos con ruedas modernas que parecen de sidecar, pero al final le he tenido que arrancar las ruedas. Y la puñetera tapa. Llevo ni se sabe cuánto arrastrándote campo a través entre las piedras y las matas. Estoy sudando como un cerdo.

Cris levanta un poco el cuello. Las fuerzas le fallan y acaba con la cabeza balanceando sobre el borde de la maleta. En efecto, va dentro de una enorme maleta de un rosa chillón, embutida y con las

rodillas juntas. Ya había olvidado cuánto le dolían. A su pesar, Raúl aparece en su campo visual. Se estira y separa el mono del pecho.

—Buff, quien diga que aquí hace frío es que no ha vivido en el norte. ¿Qué te parece si me siento un poco?

Por mí como si te mueres, piensa ella, sorprendida de que haya estado a punto de decirlo.

No ve a Raúl de nuevo hasta que el ángulo desde el que contempla la franja crepuscular cambia de manera abrupta. Cuando la maleta se detiene junto a la base pelada de un promontorio, su cuerpo entero experimenta una sacudida de dolor. Se siente como si la hubieran atropellado. Además, se nota los labios hinchados y los dientes colganderos.

La cara cuadriculada de Raúl la observa con seriedad.

—Eh, no te mueras.

No te prometo nada, cabrón.

—Lo cierto es que no sé por qué me molesto. ¿Sabes? En una película de verdad tu vida no valdría nada. ¿Te das cuenta de lo frívolo que es el cine? Espera, ¿cómo dices?

No está intentando decir nada. Da igual. Raúl desplaza la maleta, la toca por alguna parte. Siente un tirón en los tendones del cuello cuando la barbilla se le levanta y se libera un tanto la presión encharcada que le obstruía la garganta. De la boca de Cris escapa un sonidito agudo. No pretendía darle juego, pero no le va a quedar más remedio.

—Así mejor. Lo que te decía. Siempre es lo mismo. La protagonista, bella y delicada, es una vida preciosa que merece ser salvada a toda costa. Pero ¿qué sucede cuando se trata de una pobre desgraciada que apenas sale en un par de escenas? Bueno, a esa se la pueden merendar los vampiros. Sin contemplaciones. ¿No opinas lo mismo?

No trata de responderle, solo de moverse un poco, de comprobar si tiene algún hueso sano.

—¿Cómo dices?

—No...

—¿Qué?

—Nno... diggo... Na... da.

—Ah. Ya.

Se retira de su campo visual. Silencio. El viento, pero no el típico sacudir de hojas ni el ulular frío del cierzo. No, algo así como un crujir a ras del suelo, grillos aplastados cuyos cadáveres arrastra el aire.

—Queda poco. La verdad es que no sé en qué quedará todo esto.

Estás hecha polvo, y no todo es mérito mío, eh. Cuando te miro... —Aparece de nuevo por arriba, como una luna cabezona y turbia—; no sé, veo un tópico aquí. ¿Sabes?

¿Tópico?, piensa sin vocalizarlo. Remover el paladar hace que le escuezan hasta las encías.

—Sí, ya sabes. El borracho que va cantando por el callejón, la joven desvalida que sale sola del local en plena noche, la pareja que está follando en el coche en un lugar apartado... Los típicos que se sabe que están a punto de palmar. Ya sabes, como tú.

—Cabrón...

Suena más o menos como una burbuja muy densa que explota, y a él le hace gracia. Cuando para de reírse, prosigue:

—En estos tiempos que corren, eso de decir que esta película acabará mal para variar, que la realidad es...

Como él no la obliga a mirarlo, desconecta un segundo. Se equivocaba. El sonido no procedía de los pies de Raúl. Podría tratarse de clariaudiencia. Procede de los márgenes del camino, de aquella línea de vegetación ribeteada de un rojo apagado. La noche se está cerniendo mucho más rápido por esa parte del camino. Cris balancea un poco más el cuello y observa con atención. Hasta que descubre que no ha sido su imaginación.

—... Que no hay finales felices. Todo eso. No es nada original, no es nada nuevo...

Un encapuchado. Un enano. Entre los arbustos. Sus ojos han emitido un leve destello, como un gato en la oscuridad. La comprensión llega de manera paulatina, como los fragmentos de un sueño que acuden a la consciencia en forma de flashes.

Lo ha llamado. Prefiere su perfidia, su maldad auténtica, y no la demente amabilidad de Raúl.

—... De hecho, lo que se lleva son los finales desesperanzadores, el sufrimiento. Los finales felices ya casi forman parte de un subgénero marginal, de comedias románticas y cosas así. Así que puedes temerte lo peor.

—Tú...

—¿Cómo dices, pequeña?

Ya no está allí, el enano. Pero es real. Escucha sus pasitos, cómo machaca los grillos mientras la sigue de cerca. Ella le ha llamado. Le ha permitido sondearla, no solo su mente. El ojo gelatinoso se descuelga lentamente, se adentra en los rincones más inexplorados y áridos de su alma, hasta posarse sobre las páginas arrancadas del guion, aquellas que no querrías leer. Aún hay anotaciones que hacer al margen. La actriz hace tiempo que murió, pero bueno, cosas más

rebuscadas se han encontrado en las películas.

Lo mira a la cara cuando Raúl se le asoma. Esta vez ella se incorpora un poco. Milagro. Él se retira, como para animarla.

—Tú también... eres... un tópico...

—¿Ah, sí?

—El psicópata... El que... al final acaba muriendo.

La expresión de Raúl se vuelve torva. Ahora es ella quien se sacude en algo parecido a la risa. Le araña como si imitara a una gatita y se burla de él, cada vez más fuerte, sus carcajadas, sus toses, sus arañazos al aire, hasta que comienza a picarle, a escocerle, a arderle. Raúl se da cuenta de que algo le está pasando en el cuello.

—Hija de puta... ¡Para!

Se aparta de su campo visual.

Cris no lo vuelve a ver, solo la piedra un instante antes de que se estrelle contra su cráneo.

2.

Abre los ojos. A la segunda vez que los mantiene abiertos, contempla la laguna en la distancia. Está en ese momento en que el cielo y su reflejo candente no se diferencian apenas. Los mismos trazos vaporosos de nubes arriba y abajo. Las aves surcan el agua o remontan en el horizonte. Tan solo la franja violácea que conforman los montes para orientarse, aunque Cris no lo tiene tan claro, aún no sabe si está mirando boca arriba o boca abajo. La cabeza se le va hacia los lados, ¿o es la realidad la que se agita? Es como si llevara gravilla dentro, como si el contenido de su sesera se hubiese hecho añicos y siguiera doliendo cuando se agitan todos esos fragmentos.

—... que aquí grabaron algunas escenas, ufff, fue espectacular, aún las recuerdo, esos gritos, menos mal que hay una granja porcina cerca, porque cualquiera que los oyera... ¿Me estás escuchando?

La bola anaranjada no termina de sumergirse ni de ocultarse tras los montes oscuros de la sierra. Las sombras ondulan y se degradan en matices de fantasía. Todo es mucho más exótico durante una puesta de sol. Cris observa la bonita imagen, enmarcada con líquenes de intrincados matices y con vegetación en movimiento. Es la clase de foto que compartirías en redes sociales. El recuerdo que guardas de tu último viaje. Ese intento de capturar con la cámara el

vuelo de un ave que parece muy común a lo lejos, pero cuya especie no serías capaz de reconocer en un primer plano. Sí, precioso de verdad.

—... Nada que ver con las salas de cine. Mucho ruido, muchos efectos especiales, pero la crudeza, la intensidad de la imagen en vivo y en directo, aunque sea una actuación, aunque estés grabando y haya una puesta en escena y todo eso... No tiene ni punto de comparación. ¡Eh!

No quiere contemplar la laguna. No desea un recuerdo agradable de todo esto. Es como una caricia en un momento inapropiado. Como una violación durante una cena romántica. Si pudiera, borraría la escena con la palma de su mano, como hace con las nubes.

—¡Eeeh!

Raúl patea la base de la maleta.

—Aaauggh... —se queja Cris. Se le resiente hasta el último hematoma.

—Déjame ver... No. No tienes nada. Te golpeé con el canto. Solo un chichón, nada más. No es como para volverte tonta. Y además, apenas si te hice un corte. Venga, vamos a ponernos en marcha de nuevo... Oh, espera, mira.

La realidad da vueltas. Se emborrona en una línea azulada. A este lado ya ha oscurecido y el perfil de una villa de aspecto siniestro queda resaltado por la luz artificial. La maleta queda encarada al borde de un terraplén.

—Allí viven algunos de los productores de la película. Vamos a conocerlos, ¿te parece?

Ella no le responde. En su lugar, le escupe:

—Ya... no estoy en la... película...

Raúl la observa desde un ángulo extraño, como si se hubiera colocado en la posición idónea para empujar la maleta y arrojarla por el terraplén.

—La película, ¿eh? ¿Quieres seguir hablando sobre cine?

Agarra con fuerza el asa del trolley. Cris trata de extender su cuerpo, que a sus ojos no es más que ropa mal doblada y embutida ahí dentro, y se pega y prueba la resistencia de los límites de la maleta.

—Dé... jame ir... —La segunda parte de la estrategia desesperada de Cris. La súplica.

—¿Para qué? Aún no eres consciente de lo que has firmado, ¿verdad? No sería mejor si te dejase marchar, créeme. Esto será mucho más rápido.

El nuevo intento de súplica no llega ni a articularlo.

—Estás a punto de conocer algo, muchacha. ¿Crees que lo sabes todo sobre las películas de terror? ¿Crees que ha acabado tu actuación? Bien, déjame decirte que hay un tipo de mal que no busca tu sangre, que no regresa de la muerte, que no se transforma en noches de luna llena; tampoco se pone una máscara de cuero ni te arrastra al matadero como si fueras una pieza de res. Y sin embargo, este tipo de mal puede ser muy VORAZ.

No la arroja cuesta abajo como había temido, pero sí la deja deslizarse por el terraplén, reteniéndola por el asa, controlando su caída en todo momento. Mientras se acercan a la villa en mitad del claro del bosque.

También hay algo exótico en el bosquecillo, si bien esta vez no se trata del colorido crepuscular, sino de la forma en que están recortadas las copas, como si se tratase de un seto de considerables proporciones. Y luego está el siseo, ese aire que recorre sus ramas allí abajo, a lo largo de todo el dibujo que conforma el sendero central: el de una serpiente. La villa, bordeada por vistosas plantas de jardín, es la cabeza del reptil.

La construcción no tiene nada que ver con las casas solariegas de la región, sino con algo mucho más reciente y personalizado. En la entrada, una alfombra roja hendida en su extremo más alejado recuerda a una lengua fina y alargada. Y en la planta de arriba, los amplios ventanales observan con ojos brillantes.

Está demasiado aturdida como para asegurarlo, pero Cris juraría que, al igual que el viento sacude las ramas del bosque, también lo hace con la punta de esa lengua bífida.

ÉXODO

1.

Le habría gustado abandonar Sariñena por cualquiera de sus otras carreteras. La principal en dirección oeste culebrea sin terminar de alejarse y permanece durante demasiado rato a la vista del puesto avanzado donde se emplaza la funeraria. Hay luces en sus ventanas, figuras recortadas en ellas. Asomadas todo el tiempo, le da la impresión.

Con la motocicleta biplaza tampoco es que haya muchas más opciones. Con dos pasajeros además del conductor no puede arriesgarse a atravesar los barrancos que recorren el Alcanadre ni los caminos rurales plagados de socavones. Otra opción habría sido dar un rodeo por la avenida norte, en su enlace con la vía por la que circula la línea auxiliar de autobús, pero tal y como están los caminos y de noche no habría sido nada prudente. La moto eléctrica no está preparada para salirse del asfalto.

De todas formas ya está hecho, y han de aprovechar ahora que la zona no está acordonada. Cuando el Ejército acuda no será fácil ni agradable abandonar el pueblo. Él mismo se ha encargado de poner en marcha el dispositivo de emergencia, qué alcalde tan responsable. El primero en huir con el rabo entre las piernas. No tardarán en darse cuenta de que no les van a servir de nada los trajes para protegerse del ébola, los medidores de radiación ni las mascarillas antigás. Eso le ha explicado por teléfono a su asistente, que tenga paciencia, que aguante, que no tenga miedo y que no salga de casa mientras la ola de locura siga arremetiendo contra los cimientos; que le deja al «mando» (vamos, menudo honor) mientras él se larga con la excusa de llevarse a los dos jóvenes, la parejita de actores asustados.

En el fondo no desea regresar ni cree que pueda. No tiene familia aquí y la poca gente que le respetaba a buen seguro dejará de hacerlo, cuando no algo peor. Vaya forma de comenzar de cero, un triste maletín (que ni siquiera lleva dinero) y una meada entre los arbustos frente a la antigua fábrica de cerámica, antes de agitar la mano en señal de despedida a la borrosa arquitectura nocturna del pueblo. Bueno, puede que envíe una furgoneta para que recoja sus pertenencias. O que le pida el favor al nuevo alcalde en funciones de Sariñena. Suponiendo que no se lo carguen. Y la

mezquina idea de entablar acuerdos con otra compañía farmacéutica aún se le pasa por la cabeza. No tienes remedio, calvo, le soltaría su exmujer.

Entretanto, el propósito de sacar del pueblo a los dos jóvenes actores a horas intempestivas se ha convertido en una obsesión, una buena obra para tapar la mierda que deja detrás y la parte de su responsabilidad que no quiere afrontar aún. Al final no va a ser tan diferente de todos aquellos políticos que se resisten a dimitir aún cuando su corruptela es evidente. No importa que se justifique, que diga que todo lo hizo por el bien del pueblo, que era necesario para la supervivencia del mismo. Incluso ese párroco loco ha sido más íntegro que él. Mitigar la alergia nunca fue el objetivo, sino la excusa para hacer dinero, algo verdaderamente complicado en estos tiempos.

... Pero si lo hace bien, si al menos los aleja de toda esta locura, si los lleva sanos y salvos a alguna parte... Ni siquiera les ha preguntado dónde viven, quizá lo haga más tarde. Ahora seguirán alejándose del pueblo, cuantos más kilómetros de por medio, mejor, aunque tengan que dormir en algún hotel o... En fin, ya lo pensará más adelante. Ir en moto y en contra del viento le está helando la sesera.

El cambio de rasante hace que por fin pierda de vista el parpadeo brumoso de los ventanales de la funeraria. No es normal esa especie de niebla que rodea el lugar, aunque quizá se trata de humo del crematorio. Ese viejo siniestro no descansa nunca, piensa el alcalde, y acto seguido experimenta un nudo frío en el estómago cuando recuerda que lo vio de la mano del muchacho. Eso es otra cosa que aún no les ha explicado a sus acompañantes. Por no decir que les ha mentido de manera vil.

«No os preocupéis, está a salvo, primero vamos a buscar ayuda y a desalojar a la gente que no es del pueblo».

Suena hasta convincente. Y sonará mejor con varios kilómetros de por medio.

El cambio de rasante también le obliga a tomar la curva más cerrada de lo que es, no quiere engancharse con ninguna de las ramas que han colonizado el arcén, y al recuperar la horizontalidad, el alcalde se ve obligado a frenar de manera brusca y virar para no estrellarse con un viejo letrero a la altura adecuada para rebanar un cuello.

El motor zumba agónico. Al apagarse, el alcalde experimenta un duro latigazo en los hombros cuando la rueda delantera se hunde en algún tipo de charco. Desde luego, ese lodazal no huele a agua de

lluvia. La exclamación de la joven que lleva abrazada a su cintura resume bastante bien el momento.

—¿Qué pasa...? —murmura el alcalde, que no puede creerse que hayan instalado tan pronto un control de carretera.

El susto no se le pasa cuando descubre su error, porque la verdadera situación dista mucho de ser agradable.

El todoterreno atravesado en el camino tiene dos problemas. La parte de atrás del vehículo ha adoptado la forma de las rocas, y el badén en donde ha encallado hace que el morro del vehículo apunte hacia la luna. La verdad es que no viene mal para el segundo de los problemas, el neumático reventado que el equipo de rodaje, como si de una escena más de la película se tratase, se afana por arreglar.

El director, por supuesto, dirige.

Lo identifica por la voz.

—Vamos, joder, no tenemos toda la puta noche...

El reventón y el derrape han tenido que sonar igual de desagradables que esa forma de arrastrar con asco las sílabas, como si detestara el idioma. El alcalde sopesa la opción de arrancar y pasar de largo. Hay un paso estrecho entre la hilera de vehículos que escoltaban el todoterreno. El director les da la espalda con las piernas extendidas y los brazos en jarras, no se molesta ni en darse la vuelta. Hasta que Dani baja de la moto.

—¡Rai!

Aunque Dani se dirige hacia donde está sentado, el chico ni se levanta de la caja de herramientas. No se le ve la expresión, su silueta está troquelada contra los faros traseros de uno de los coches. Rai permanece con la mano en el rostro, como un filósofo griego. Cuando su compañero de reparto se le acerca lo suficiente, comprueba que en realidad se cubre un golpe con una bolsa de hielo.

—¡Vámonos, vámonos! —gimotea Susana.

La joven apretuja sus pechos contra la espalda del alcalde, quien se estremece, no sabe si por la presencia de toda esa gente, o por un inoportuno deseo sexual.

—¡Rai! ¿Qué haces con ellos? —dice Dani.

El director al fin se gira, los brazos replegados en torno a su cinto de pistolero.

2.

—No te muevas de aquí.

—No, no vayáis...

Le cuesta desprenderse del abrazo de Susana. Tiene menos ganas que ella de abandonar la motocicleta. Los faros de los vehículos le deslumbran, le apuntan, y ahora está en el centro del escenario. Comienza el casting. Su actuación ha de ser buena. Avanza sin saber muy bien lo que hace. Dani continúa insistiendo por alguna parte: «Rai, pero por qué, no me digas que, qué haces con ellos, qué haces...». Ahora no puede ver dónde se encuentra.

—¿Es que estás loco? ¿En serio te quedas con esta... gentuza? ¿Tan bien te crees que te van a pagar?

El alcalde hace visera con la mano y comienza a sondear rostros, atentos, suspicaces cuando alguien saca a relucir la cuestión del dinero. Aún no puede enfrentarse al director, aunque lo tiene muy próximo a sí. Será por sus gafas oscuras y los destellos que las luces provocan en ellas, o será porque intimida.

—Déjame. Vete, largaos vosotros si queréis.

—Pero Rai...

—No es por dinero. Déjame.

Cuando el alcalde decide intervenir (y lo que en realidad iba a hacer era tirar de Dani para arrastrarlo de vuelta a la moto), es el director quien aborda al muchacho como si fuera a pasarle el brazo por el hombro:

—*The little boy* es listo, Dani. Ha comprendido los *por... menores* de esta producción, ¿se pronuncia así?

—Estáis todos locos... —Dani hace un gesto amplio en dirección a los que atornillan la rueda de repuesto como un equipo de ingenieros—. Todos.

El alcalde valora alguna reacción por parte de esa gente. Nada. Agachan la cabeza, la tarea es demasiado compleja, uno apunta con la linterna, el otro aprieta con la llave, el otro sujeta no se sabe bien qué, el del gato hidráulico vigila desde abajo la operación, y el resto asiente como si todos hubiesen llegado a la misma conclusión.

—Aaah. ¡*Come on*! Ya solo nos quedan las últimas escenas. Todo se ha torcido..., bueno, un poco allí abajo, pero en el set de rodaje TODO irá bien; con cámaras, con decorado, con un guion. ¿Qué me dices? No habrá más sorpresas, Dani, ni más...

—Vete a la mierda, cabrón, no vamos a dejar al niño contigo.

—... accidentes. —El director le corta el paso. Se mueve y desenfunda muy rápido. A la cabeza—. Eh, eh... vamos a tranquilizarnos.

—¿Con todo lo que ha pasado? —El alcalde habla y camina despacio, tratando de controlar los temblores. Se imagina tratando

de poner en marcha la moto. Así se siente él al hablar. La batería falla, no termina de arrancar—. ¿Vais a seguir rodando?

El brazo del director se vuelve de manera violenta hacia él.

—¿Opinas, *alcaide*? ¿Tú?

Cierra los ojos. No sabe si abrirlos de nuevo. El director es la persona menos razonable del mundo en este momento, si acaso alguna vez lo ha sido.

—Yo no sabía...

—Oh, sí, claro, ahórranos tu hipocresía, no estás en un puñetero mitin. Seamos francos, estamos entre amigos, ¿verdad? —le guiña un ojo a Dani, aunque este no pueda apreciar el gesto. Tampoco le devuelve la sonrisa.

El alcalde deja de apuntar, pero eso no tranquiliza a nadie. Cuando lo miras, no puedes dejar de pensar en que va a disparar, aunque sea hacia el firmamento nocturno. Lo va a hacer en cualquier momento.

—Rai... —El alcalde intenta a toda costa cambiar de tema. Aquí no tiene las de ganar—. Te vi con Angus, ¿adónde ibas? ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo?

—¡Deja al chico! —El director se abalanza sobre el alcalde, le empuja con el antebrazo a la altura del cuello—. Yo te diré lo que pasó. Que le salvé. ¡Yo! No tú, ridículo alcalde de cloaca. Yo cuido de mis muchachos y de mi equipo lo mejor que puedo, ¡lo mejor que puedo! Y al final recibirán lo prometido, oh, sí... Es más de lo que puedes ofrecer tú ahora. ¿Me equivoco?

El alcalde se toca la nuez. Le ha hecho daño. No capta que el director espera una respuesta hasta que insiste:

—¿Me equivoco?

Asiente con la cabeza, murmura algo, no es una respuesta.

—¿Qué le has dado a tu gente, *alcaide*? Si hasta visten como en el siglo pasado... No nos ha hecho falta ni invertir en vestuario.

—Yo no les he metido en esta locura de show.

—Nooo... Tú solo has hecho negocio con esos fármacos. Seguro que no tenías ni idea de sus efectos secundarios ni de que llevaba MDPV, ¿cierto? Asumiste la «responsabilidad» de lo que sucediese con esa remesa experimental. ¿Qué pensabas, que lo de morder iba en broma, que se les pasaría tomando omeprazol?

—Pero yo... no sabía...

—¡Ah! Me revuelves las tripas, *alcaide*. Eres tan culpable o más como los que llevan contaminando las aguas desde hace meses. ¿Y tú tampoco sospechabas nada sobre esto? ¿No tenías noticias? Todos en el pueblo erais conejillos de indias desde el momento en

que diste tu autorización. Yo al menos hago firmar a mis actores, pero tú eres un mentiroso. ¿Y BIEN?

Dani queda a medio camino de Rai y del alcalde. El muchacho espera algo, y el alcalde teme que cuanto diga pueda decepcionarle. Si al menos fuera como Susana. A ella solo le interesa cruzar ese sendero estrecho entre los vehículos.

—Yo no monté todo esto. Yo no participé...

—Oh, ¡ni yo tampoco! Fueron los productores. Ellos compraron Sariñena. Menudo negocio, ¿eh? —Su vozarrón se vuelve histriónico por momentos, el arma apunta en uno u otro momento a todos los presentes, incluso a su equipo—. Los mejores extras, realismo sin igual, un escenario ya montado y carta blanca para hacer lo que nos daría... diese... (o como se diga) la gana. ¡Y tú les facilitaste la transacción! —Ríe a carcajadas secas y cuando acaba se le pone cara de Terminator—. Lo demás ha sido pura improvisación. Yo no he causado las muertes, tan solo he intentado realizar mi trabajo como director. Y aún creo que podemos hacer mucho dinero con esto, sentar un precedente en el séptimo arte. Rai lo ha comprendido, es un chico muy, muy listo.

—¿Cómo te puedes fiar de él, Rai? —se lamenta Dani. El aludido se oculta tras la bolsa de hielo cuando replica:

—Tú no entiendes nada. No sabes las cosas que he tenido que hacer, el esfuerzo que me ha costado llegar hasta aquí solo, sin mis... padres... Tú nada más que te has rajado antes de tiempo, lo tenías fácil, para ti era como un trabajo, pero para mí no. No es por dinero, ya te lo he dicho. Y ha terminado todo, porque Angus... Angus ya no está, y él era el problema. Pero ya no está. Ya no está.

Todos con su monólogo. ¿Quién trata de convencer a quién? Puede que solo se lo quieran hacer creer a sí mismos. El alcalde quiere terminar de una vez. Que dejen de apuntarle.

—Chico listo. ¿Veis? Y vosotros también podéis cobrar vuestra parte. Estáis a tiempo. Incluso la golfa. Estoy dispuesto a perdonarla.

El alcalde cierra el puño. Se da cuenta de que parece un gesto ridículo. La clase de excusa sobreactuada para no quedar como un cobarde ante la chica. Por suerte, Dani tampoco se hace el héroe, se limita a decir:

—¿Después de lo que me hiciste pasar allí fuera? ¿Después de lo que le hiciste a ella en la caravana?...

El director se tapa la boca con el arma. Busca algo en sus bolsillos. Mira el reloj.

—... ¿Y tú, Rai? ¿A qué más estás dispuesto por dinero? ¿Ya te

has bajado los pantalones? ¿A quién más de estos les gustan jovencitos?

Cuando le lanza la bolsa de hielo a Dani, el alcalde comprende que es momento de marcharse. Con precaución, se acerca al muchacho y trata de tirar de él. Entretanto, busca eventuales aliados entre toda esa cuadrilla de sirvientes. Ha visto muchas veces ese tipo de miradas huidizas y encogimientos de hombros. Algunos directivos de empresas han convertido en un arte el presionar a sus empleados hasta que consienten y toleran cualquier condición sin rebelarse. Cada cierto tiempo, ven a su jefe pasar a su lado y esos empleados sufren un microinfarto, temen que ha llegado la hora, que están a punto de de perder el puesto y la posibilidad de acceder al pago aplazado, al crédito. Pero hasta que llega ese momento, se aferran con desesperación a la seguridad laboral que creen tener.

—Déjalo, Dani. Ha tomado su decisión. —El alcalde trata de actuar con normalidad, se suena los mocos y, aunque se las ha dejado puestas en la moto, hace como que palpa las llaves en el bolsillo, gesto que siempre hace cuando insinúa a su interlocutor que tiene prisa, que se tiene que marchar. Ya mismo.

Observa, alarmado, cómo el director se pega a Dani. No puede ver lo que hace con el arma.

—Vente a Eurovegas, muchacho, las escenas de exteriores ya están listas, solo faltan algunas de interior y en ese lugar hay unas instalaciones cojonudas. No queda un solo restaurante abierto, pero ¿sabías que allí se han rodado unas películas porno buenísimas?

—No le servimos, Dani —interviene Susana—. Ya hemos rodado las escenas que querían.

—Por Dios, escucha, Rai... No podemos... ¿Qué pasó con Bárbara? ¡Qué pasó con ella!...

Ahora que no tiene la bolsa de hielo, Rai se cubre la cara con las manos, niega de manera enérgica. El director no permite a Dani acercarse más a su protegido.

—¿Y Cris? ¿Viste a Cris? Rai, ¿la viste? ¿Adónde fue?

—Se fue... No sé. Se fue. Yo no sé nada. Déjame, ¡dejadme de una vez!

Dani retrocede. Es el director quien le obliga a ello. El alcalde traga saliva. Se da cuenta de que le está encañonando las tripas.

—¿Nos harías daño? —El alcalde no quería que su voz sonase tan lastimera.

—¿Y por qué no? ¿Y bien, Dani? —escupe el nombre en la cara del muchacho.

No responde.

—No, por favor, déjalos —dice Rai—. Que se vayan de una vez.

—Claro, claro, será solo un momento, será rápido.

Parece un arma antigua. El alcalde cree escuchar cómo la amartillan, un clic metálico.

—Dani, venga, vámonos —Lo que el alcalde quiere decir en realidad es: ¡No lo mates, venga, déjalo ir, no lo mates!

Pero no llega al muchacho, no puede llevárselo de vuelta. El alcalde ni siquiera puede moverse. Susana gimotea. Oh, le gustaría tanto que le abrazara, sentir el zumbido del motor eléctrico bajo sus nalgas y el cierzo azotándole a lo largo del camino.

Dani suda, busca a Rai con la mirada. Cree escuchar el sonido del gatillo. ¿Va a acabar así la película?

—¡La rueda ya está!

El encargado de iluminación se atreve incluso a tocar el hombro del director, aunque este se le revuelva como una cobra, quizá porque sabe que no puede permitirse perder a más miembros del rodaje. Al menos la tercera parte de los que quedaban desertaron durante los disturbios nocturnos. Y ellos también están más que impacientes por abandonar este camino expuesto al frío y al mal agüero que emana del pueblo.

—Muy bien, empujad desde atrás, voy a intentar sacarlo del bache. —En todo momento da instrucciones con el arma.

—El Ejército viene hacia acá —añade el alcalde, como para sellar el acuerdo tácito de dejar las cosas tal cual están—. El que se quede por aquí ya no podrá salir, no importa que tenga carta libre.

—Eso es lo que tú te crees, *alcaide*. —El director le apunta, se sube al todoterreno y arranca. Pisa fuerte el acelerador—. Pero sí, nada nos retiene aquí. Está todo prácticamente quemado, arrasado. El olor, ¿no lo notas? ¡Vamos, equipo, empujad con fuerza ahí atrás!

Rai se levanta y espera a que desatasquen el vehículo. Su sitio está en el asiento de detrás del director. No se despide de sus compañeros cuando el alcalde y Dani regresan a la motocicleta. El segundo espera que el chico recapacite, y el primero que no lo haga, quiere olvidar este encuentro cuanto antes y que Susana se restriegue fuerte contra él.

—Lo denunciaremos todo, vamos.

Le sigue prometiendo cosas al oído. Se asegura de que Dani no tropiece de vuelta a la moto, que no trate de enzarzarse de nuevo. Lo prefiere así, desanimado, como un zombi sin hambre.

Es por una buena causa, piensa cuando el joven titubea y se vuelve hacia el todoterreno; es por una buena causa, se vuelve a repetir el alcalde cada vez que es consciente de que sus promesas no

valen más que las del director.

—En cuanto tengamos ocasión, informaremos de todo esto. Haremos que se sepa. Y buscaremos a la chica, no te preocupes. Te lo prometo.

Palabra de político.

[...] de todo lo que se ha discutido sobre este singular remake. Y quizá por eso, por el hecho de que haya sido tan criticado, está aumentando su popularidad, se está colocando una plaquita de honor (aunque no sea de oro, sino de imitación) en el salón de la fama de la historia del cine, a base de sentar precedentes incómodos, de alimentar la leyenda negra en torno a su accidentado desarrollo.

Y aquí es donde surge la pregunta principal (que esperamos pase el filtro de la censura), porque no nos interesa ya tanto comentar los múltiples problemas de iluminación que tiene el producto final, el en ocasiones desastroso tratamiento del audio (que hace que las versiones dobladas sean bastante mejores que la original), las pésimas actuaciones amateur que aportan tanto realismo descarnado como cutrez absoluta, o ni siquiera esa ambigua ambientación española que no termina de casar bien con la saga estadounidense original (y que tiene su principal justificación en la necesidad de abaratar costes en el devaluado territorio patrio; al fin y al cabo, es un encargo para la malograda industria europea, que ha hecho del cine independiente su única razón de ser); ¡NO!, lo que de verdad nos intriga y nos sorprende es: ¿Cómo pudo esto llegar a las salas comerciales?

Es decir, después de todo lo acontecido, después de todas esas evidencias de que algo turbio sucedió desde la concesión de las licencias, pasando por los contratos de los actores y hasta llegar a cuestiones mucho más serias, como las acusaciones de envenenamiento y la connivencia de los ideólogos de este producto con las administraciones públicas (o privadas, según se mire)... ¿Cómo se pudo autorizar la distribución del remake? ¿En qué momento todo este material dejó de ser una prueba policial y se convirtió en una especie de película maldita en donde cualquier tipo de escrúpulo se obvia en beneficio del marketing?

Quizá estemos alimentando monstruos (no creándolos, porque ya existían), y no me refiero a niños repelentes que van por ahí promocionando semejante horror de película como si se creyesen la encarnación del nuevo paradigma de la interpretación. No, estoy queriendo decir (y aquí nos la jugamos de nuevo con la censura) que al final, cuando el posible delito prescriba, alguien revelará los crímenes que se cometieron y buscarán alguna excusa para que los aceptemos, bien sea la selección natural, la sobrepoblación, la utilidad de cara al saturado sistema penitenciario, o nuestro derecho al suicidio, vayan ustedes a saber.

La Ley de Conservación del Cine estadounidense ha abierto la veda,

y al parecer nosotros somos uno de sus cotos de caza [...]

EL CAPRICHO DE UN RICO

1.

El golpe no ha sido tan fuerte. Aun así, Cris prefiere simular que sigue inconsciente, en parte para no escuchar el insufrible tono de voz afrancesado de su secuestrador, y en parte para observar, para fijarse en cada detalle del que con toda probabilidad será el último escenario en el que «rodará».

La verja y los faroles están disimulados entre los coloridos árboles que no corresponden con la flora local, algunos incluso parecen de plástico. De algún modo que Cris no puede ver, Raúl abre sin dificultad la cancela de acceso. Desde el largo sendero de acceso a la villa, esta no tiene nada de extraordinario: pórticos y espaciosos porches, tejados y miradores que no han perdido ese aspecto de nueva construcción ni siquiera de noche, ninguna antena que afee las vistas que sobresalen por encima de los árboles, y un jardín botánico que asoma en un lateral y que cuenta con una fuente (quizá un jacuzzi), envuelta en una luz que parece ondular con el agua. A primera vista, no es más que el capricho de un rico que prefiere vivir apartado de la ciudad.

Pero conforme Raúl arrastra la maleta por el empedrado (y ella reprime los lamentos por el dolor que le ocasiona ese traqueteo), el malestar se acrecienta, la impresión de que hay algo enfermizo tras esta presentación de catálogo inmobiliario.

Desde el otro lado de la valla no es diferente al chalet de cualquier ricachón; ese tipo de casas perfectas con jardines tranquilos, lugares en donde no parece residir nadie, porque todos están dentro, gozando del aire acondicionado o de la calefacción, nadie chilla, discute ni sale a realizar actividades mundanas como barrer o regar las plantas. Pero cuando te adentras en su perímetro, si estás receptiva (y Cris lo está, a pesar del mareo y las frecuentes palpitaciones de dolor), comienzas a descubrir indicios de lo que sucede aquí cuando se celebra una fiesta.

No son colillas ni cascos de botella. No es una cartera olvidada ni un bikini colgado de una rama. Ni siquiera se trata de descubrir un condón usado en la jardinera. No se trata de desorden ni de suciedad.

Hay algo abyecto que incluso puedes respirar, algo que el olfato, nada más abrirse la puerta principal, puede captar tras la amalgama

de desinfectantes y ambientadores florales, pero no identificarlo como un olor concreto. Es el subconsciente el que siente náuseas al reconocerlo. Entonces, las imágenes comienzan a formarse, se cuelan en tu mente como un invitado no deseado...

... Lo que cubrieron con esos cortinajes del color de la sangre, bajo la atenta pero fría mirada de esos horribles angelitos que acechan en todos los rincones, mientras se consumía la cera de los candelabros y alguien decidía quitarse por fin la máscara de carnaval, solo para que fuese ese el último rostro al que te enfrentases en este mundo.

Pero las verdaderas evidencias son invisibles, no las puedes detectar con los sentidos convencionales; se encuentran en la huella de una mano (trémula) sobre aquella columna, o en las marcas inapreciables de un cordel en el respaldo de esa silla de allí, con aspecto de haber sido tapizada más de una y de dos veces, o en el uso tan espantoso como creativo que le dieron a ese paragüero vacío, ¿puede alguien hacerse una idea de las atrocidades que se cometieron con él?

Las conversaciones se suceden, va siendo hora de prestar atención.

—¿Seguro que no quieres cenar?

—No.

—Pero mírala, si está hecha una pena.

—No he sido yo. —Es la voz de Raúl.

—Me da igual, ¿crees que van a querer venir mañana solo para *esto*?

—Más les vale que lo hagan.

—No funciona así, ya deberías saberlo. No se les da miguitas para que aparezcan. La película en sí misma es la ofrenda, es algo trascendente, con repercusión. Lo otro, los sacrificios aislados, les divierten, los alimenta, pero ¿acaso crees que van a manifestarse?

—Lo harán.

—¿Tienes idea de lo que cuesta abrir los portales?

—Yo también quiero ser productor ejecutivo, quiero que se me tenga en cuenta, y esta preciosidad es mi participación. Ella es especial, ¿no lo notáis? Me entran calambres en las pelotas solo de tenerla cerca.

Hace un gesto hacia Cris. Esta lo nota en la sacudida de aire en su dirección. Cuánto detesta a ese tipo.

—... Les gustará. Además, me lo debéis, nunca me dejáis participar. Estoy cansado de ser el sobrino idiota que ha de aprender lo duro que es el trabajo. ¿No os parece eso muy

hipócrita?

—Nadie te obligó a participar en la película.

—Ya, pero creí que sería más divertido.

—¿Lo sabe el director, sabe que te la has traído?

—A ese le da igual, la dejó tirada por el camino para que se la comieran los lobos.

Ahora es una voz femenina la que interviene:

—Hemos recibido algunas malas noticias, ¿no sabrás tú nada de eso, verdad?

—¡Eh! A mí no me liéis con vuestros problemas. Yo ya no estoy en la película, y esta pequeña tampoco.

—¿Pequeña? No me parece tan pequeña. ¿Es virgen?

—No lo he comprobado... Pero no creo.

El chasquido de disgusto hace que Cris, por algún motivo, se ponga en movimiento. A estas alturas, ya deben de saber que está despierta. Desde su posición, está enfrentada al pico de una mesita de cristal.

—Sigo pensando que es mala idea. Y además, la quieres para disfrutar tú. ¿Cómo los vamos a invitar para eso? ¿Qué opinas tú, querida?

—No sé, a mí sí me gusta...

—¡Es mía! Os lo advierto.

—¿Tú nos lo adviertes, Raulito?

—No me toques los cojones, queridísima tía. Sé más cosas sobre vosotros que cualquier página de la Infranet. Conozco a los demonios con los que tratáis.

—No nos ofendas, Raúl, no los ofendas a e...

—¿Te piensas que me das miedo? ¿Crees que me puedes amenazar? ¿A mí? ¿Ves esta sangre? —Se señala el brazo herido—. Somos de la familia, ¿te recuerdo mi apellido? El mío es de verdad, no como ese que luce en la plaquita de entrada.

—¿Olvidas lo que le pasó al primo Philipp?

—Yo siempre tomo precauciones, estimado tío.

La mujer da una palmada.

—¡Oh, vamos! ¿Por qué no lo dejáis ya? Me estoy aburriendo, más de lo normal. ¿Quieres que haga las llamadas? Muy bien, pero no te garantizo nada.

—Bastará con que acudan tres. La invocación será más potente.

Su tío emite un resoplido.

—La invocación... ¿Y todo esto para qué, Raúl? ¿No te basta con torturarla un rato? Sé que eso te gusta, ¿no?

—Lo mismo que a ti violar. Supongo que todos tenemos

preferencia por lo que nos hicieron de pequeños. ¿Te lo cuenta, tía? ¿Te cuenta cómo son las chicas que se trae a casa? ¿Y lo de los chicos, te lo cuenta también?

El otro prosigue como si nada.

—Armaríamos menos revuelo, Raúl, venga. El sótano está realmente bien acondicionado ahora para tus vicios...

—¿Quieres que te pregunte acerca de tus últimas inversiones, tío? ¿Cómo es que en estos tiempos se te da tan bien el tema inmobiliario? ¿Y a ti, tía? Vaya, se te ha movido el rímel. Dime, ¿cómo haces esos movimientos tan hábiles justo antes de que las acciones caigan en picado? Cualquiera diría que consultas a una bola de cristal en lugar de a un corredor de bolsa... ¿Y qué me dices de tu suegro? No hay forma de que la boca no le huela a muerto a ese carcamal, pero menudo harén tiene en su mansión tu padre, ¿eh, tío? Lo más extraño es que algunas de las chicas lo encuentran atractivo de verdad, no se lo follan solo por dinero. ¿No os parece inusual? Es como cosa del diablo.

—Raúl...

—¡Dejad de tratarme como a un gorila sin ambiciones! El mérito no es de tu contable ni de tu corredor, y lo sabéis. No me basta con ser el hijo de. Yo también quiero hacer mi propio pacto. No he venido aquí a divertirme, no he recorrido todo el camino con este mono de paleto porque disfrute, ¿entendéis? Quiero ser productor.

La mujer emite una risita burlona. Las filigranas engarzadas a su conjunto de lencería erótica producen destellos cuando se acerca a Raúl.

—No sé si estás seguro de lo que pretendes y... ¡Eh! ¡EH, TÚ!

No lo ha hecho siguiendo ninguna clase de plan. Cris ni siquiera se ha asegurado de si estaban pendientes de ella. Se ha estirado en la maleta y ha descubierto que a malas penas podía moverse. Apoyándose en la mesita de cristal, se ha puesto en pie y se ha proyectado en la entrada del salón, se ha visto a sí misma correr a través de ella. Le ha llamado la atención que no hubiera puerta, solo el arco de entrada. Sería fácil escapar.

Antes siquiera de sortear una de las enormes butacas, el carrito de la cocina la atropella de costado. Vuelca con ella y se desliza por la moqueta. El asa del recipiente metálico se le clava en el pómulo, las piernas se le quedan atrapadas entre las bandejas inferiores.

—¡Enciérrala abajo!

La arrastran por el pelo durante un buen rato. Recorre buena parte de la laberíntica villa con el carrito aún entre las piernas.

Cris piensa en las marcas que está dejando en el suelo, en los

rodapiés, en las columnas y esquinas; piensa en la próxima chica a la que traigan aquí, la próxima que note algo raro en la atmósfera y que, al mirar hacia el suelo, descubra las huellas invisibles e imagine lo que pudo suceder.

Lo que va a sucederle. Ahora.

2.

No mentían. El sótano está bien acondicionado. La humedad está bajo raya, la temperatura con toda seguridad sería más agradable si estuviera la calefacción encendida, pero no se está nada mal sobre ese sofá de piel suave y perfumada.

Claro que también ayuda el cóctel de analgésicos, sedantes, antiinflamatorios o lo que quiera que le hayan inyectado antes de arrojarla sobre el sofá. Ya le habían empezado a hacer efecto mientras escuchaba el tremendo *roooc, cloc, roooc, cloc* del pestillo de la puerta.

El sofá cada vez resulta más blando y acogedor, ¿para qué molestarse en inspeccionar el resto del sótano? Parece tan inabarcable y oscuro...

Dispuesta a que sus ojos se rindan, se fija en la sombra de la rejilla que proyecta la luz lunar o más bien algún farol que rodea la villa. Recuerda la noche mucho más turbia.

Un movimiento extraño de sombras cruza el dibujo de la rejilla en el suelo. El sonido del deslizar del ventano llega después. Cris parpadea de manera perezosa. Se recuesta contra el respaldo, de modo que, tendida, pueda comprender lo que sucede por allí arriba.

La manita se ha colado, no sin dificultad, por la trama cuadriculada del enrejado, pero ahora que ha deslizado el ventano y la noche le echa su aliento a Cris, la criatura no puede recuperar el brazo. Lleva algo en la mano.

La capucha se retira hacia atrás cuando el rostro hinchado y cosido se deforma aún más contra la rejilla. Cris experimenta una angustia fría que puede deberse tanto a las drogas como al hecho de reconocer ese rostro.

La voz de esa mala versión de Bárbara, sin embargo, se parece más a la del hombre gris, por su matiz áspero y avieso.

—La grieta. Está. Cerrada. La grieta...

—¿Qué? —la voz de Cris suena casi igual de pastosa.

—Descom... Descompos...

Algo gotea desde la rejilla al sótano. Cris se pregunta si está

lloviendo.

—... Chiiica...

Esta vez Cris no es capaz de articular nada, solo mira hacia arriba, tratando de no parpadear, de que no se le cierren los ojos. El balanceo de ese bracito resulta hipnótico.

—... Déjale entrar déjale entrar déjjjj...

La misma frase borbotea en la boca de la enana con el rostro de Bárbara, hasta que deja de ser inteligible y el bracito se desprende de la manga de la capucha.

Y aterriza a los pies del sofá.

Ya no parece un brazo de muñeco, sino un desperdicio informe de carnicería. El bisturí se desprende de la carne derretida y produce su sonido metálico contra el suelo una sola vez.

Horas después, cuando Cris despega la mejilla del suelo pegajoso, es incapaz de rescatar el recuerdo de lo que estuvo haciendo. Es como buscarlo en una habitación repleta de esponja y algodón que se extienden cuanto más intentas apartarlos. Así que al final deduce más que recuerda que volteó el cuerpo, se estiró lo indecible incluso maniatada, cayó y finalmente logró recuperar el bisturí sin clavárselo. Sí, lo logró, pero nada más.

Y el tiempo se ha acabado.

Roooc, cloc, roooc... ¡Cloc!

3.

Chillidos de murciélago, o quizá otro tipo de sonido más agónico e inquietante.

Conforme ese coro desafinado se va intensificando, menos natural resulta, menos animal, por así decirlo, y el temor ante lo que la aguarda va adoptando formas caprichosas en la mente de Cris.

—Nno-no-ffavor-nno-noon-no...

Quiere regresar al sótano. Estaba mejor allí, incluso sin esperanzas de ningún tipo. No quiere ir, no quiere ir, no quiere...

La anestesia se atenúa de manera paulatina, en sacudidas. No quiere imaginar lo que va a pasarle. No quiere ir. Sus extremidades van recuperando la sensibilidad.

—Nooo... Por fa...vor... ¡No!

Puede verse uno de sus pies descalzos. Prueba a clavarlo en el suelo. No puede. La llevan a rastras.

Cada vez está más cerca.

Reconoce la moqueta rosada del salón, la estantería que llega hasta el techo como si formase parte de la ornamentación y de las molduras del techo. La máscara de carnaval abandonada.

Cris trata de articular una súplica más elaborada. En su paladar sigue atascado ese sabor a ceniza. El tirón en sus vértebras acaba enronqueciendo sus gemidos. Retazos de su vida aparecen y desaparecen de su consciencia sin ninguna lógica o aplicación práctica, como no sea descubrir a qué le recuerda el color de la moqueta, dónde vio una tonalidad idéntica alguna vez. Echa de menos su pasado. Todo. Hay mucho más en su vida que un estúpido exnovio y unos padres fanáticos. Y lo echa tanto de menos. En alguna catacumba de su ser, en el féretro en donde descansa en paz la actriz, Cris sabe que es inútil, que de nada sirve suplicar. Pero no puede dejar de hacerlo, ¿no es lamentable? No puede, es incapaz siquiera de decir otra cosa que:

—Nnoo...

Necesita mirar a los lados, identificarles, comprobar si hay siquiera un atisbo de compasión, pero la cabeza aún le cuelga, apenas tiene control sobre ella. Tampoco puede estimar cuántos invitados hay. Cuánta gente ha acudido a la ceremonia.

Son como pliegues en los cortinajes, sus túnicas son del mismo color, son indistinguibles del fondo. Y ahora ya entiende lo de los candelabros, no hay ni una sola bombilla encendida. Y no se trata de simple cera, reconoce la peste a ritual, es como un miedo atávico, aprendido a lo largo de generaciones de jovencitas sacrificadas en vidas anteriores.

En el otro extremo del salón, el bronce de los dos angelitos con boca de reptil se ve coloreado con un resplandor azul que no procede de las velas. El coro de chillidos procede de esas dos estatuillas enfrentadas, como si hubiera dentro un conducto conectado con alguna cueva en donde las criaturas que moran cada una de ellas se comunican con sus vecinos, de estatua a estatua.

A pesar del mantelito, de la misma textura y color de la moqueta, el lugar donde la arrojan es duro, y no como una mesa.

Cris intenta con todas sus fuerzas levantarse del altar. Sus huesos se resienten cuando la estampan de nuevo contra la piedra.

—¡Naggg!...

Alguien resopla cerca.

La sacudida es aún más violenta. Queda tendida, la cabeza ladeada hacia las estatuillas, que siguen comunicándose entre silbidos y arrullos de pesadilla. Empieza a descifrar el mensaje y no le gusta, no quiere escucharlo, por favor, no... Entre ellas, la

proyección de sus alas dibuja una estrella de cinco puntas sobre la moqueta. Los busca, no puede verles, a ninguno de ellos, tan solo estudiar la mirada de bronce de esas estatuas. Ellas no se miran entre sí. Se diría que se vuelven hacia ella, que alguien estira de la moqueta y la base de esas dos columnas de bronce se va reorientando hacia el altar.

El altar de sacrificio.

Y le hablan con palabras que no logra entender.

El chillido se vuelve más agudo, casi inaudible, pero igualmente estremecedor.

No sabe por qué no puede levantarse, aunque sus doloridos músculos le aseguren que lo está intentando. Como no puede ver a los de las túnicas, cree que no la vigilan, que puede aferrarse a sus pobres esperanzas.

Lo intenta, lo intenta con desesperación. Y recuerda.

El bisturí. ¿Se le ha caído? ¿Se lo han quitado? No, no, está ahí, puede tocarlo, clavarse su tacto frío y metálico, atrapado entre sus muñecas. Se pregunta si podrán ver lo que hace, si les divierte observarla, seguir de cerca sus intentos. ¿Dónde se encuentran? No los escucha.

¿Cuándo comenzarán?

—Eeeeh... —Les llama, sin saber muy bien por qué. No debería, no deberían conocer su plan de huida—. Eeeeh...

No los distingue por ninguna parte, pero los presiente. Y si se mueve tal vez descubran lo que está haciendo. Mejor seguir así, con las manos aplastadas. No atina con los dedos, ¿qué tipo de mordaza le han puesto en las muñecas? ¿Podrá cortarla con el bisturí? Casi ni siente las manos, el hormigueo resulta cada vez más doloroso. Y todo su cuerpo está igual, como sin riego sanguíneo, que regresa en dolorosas inyecciones, la adrenalina bombea de golpe en su cerebro. No tiene escapatoria, es una certeza inútil, un pensamiento masoquista.

—Sujetadla bien por ahí.

Por favor, ¡por favor! ¡No quiero estar aquí! ¡No!

Un brazo la empuja y la pone de través sobre el altar, Cris se mueve como si sufriera convulsiones mientras su ropa se rasga de manera violenta por varios puntos a la vez. Espera que suceda algo más, intenta protegerse, a ratos se le olvida que está maniatada. Y cuando lo recuerda le duele aún más.

El tirón en su flequillo sacude su percepción desde el cielorraso oscuro, pasando por los angelitos hasta detenerse en las facciones tiznadas de marrón rojizo de Raúl. Le sonríe del revés, ese es el

verdadero aspecto de su sonrisa. Una mueca que es justo lo contrario de lo que parece.

—Nn...

La cabeza se le desprende, la nuca le cruje y la melena aplastada amortigua apenas el golpe contra el soporte del altar. Las estatuillas ahora parecen hallarse más cerca, el juego de luces y sombras danza, crea círculos en movimiento alrededor de donde se encuentra Cris. Desde su nueva posición los ve, no están tan cerca de los cortinajes como creía. Dos de ellos se aproximan, cada uno desde un lateral. Uno lleva una cámara de vídeo.

—Está muy delgada.

—No huele bien.

—Tú ponte allí. Y tú...

—¿Me dejas que la bese?

—¡Cállate!

—Quiero besarla ahí abajo.

—Si le vas a dar con eso, que haga brecha.

—O mejor de lado.

—Pero le puedes reventar el oído.

—Así no se duermen. Nunca lo hacen. Solo se marean un poco.

—¿Seguro que no es virgen?

Quiere enfrentarse a ellos, hacer algo más. No puede acabar así, no puede ser de esta forma y ya está. No sabe de qué forma suplicar. Ya están apareciendo los títulos de crédito, no puede creerlo, quiere marcharse de aquí, no puede pensar en otro sitio que en el sótano. No era un buen sitio, pero lo prefiere, allí no había altar, allí... Le cuesta articular palabras que no van a ser escuchadas. A ratos se siente como si hubiera alcanzado la comprensión definitiva del terror que la embarga y no pudiera hacer otra cosa que experimentar el cosquilleo gélido, la uña afilada que atraviesa toda su carne.

—¿Qué forma tan patética de llorar es esa?

Cris emite un aullido en respuesta. El navajazo ha acabado con los leotardos, con parte del jersey, pero no ha sido limpio. Los cortes en su piel se abren cuando tiran para terminar de arrancarle las prendas. Ella misma se hiere con el bisturí atrapado entre sus manos. Por suerte, sigue con ellas a la espalda, aplastadas contra el altar, pero en su mente no hay plan alguno sobre cómo va a poder usarlo; el bisturí representa el autoengaño, aquello con lo que se hace daño a sí misma al creer que podrá salir de esta, en lugar de aceptarlo y marcharse lejos de aquí. En lugar de darles el gusto de que la vean sufrir.

Raúl es el único que se dirige a ella, que no habla como si no estuviese delante.

—Lo siento tanto, Cris. Lo siento tanto.

La cuchillada en su sexo llega a traición. La penetración fría hace que de algún modo las vísceras de Cris se replieguen y se apretujen entre sí al tiempo que por fuera ella queda estirada y tiesa, como en un estado de rígor mortis. De su boca, abierta hasta que no siente la mandíbula, no escapa ningún sonido. Una lástima, porque les habría encantado oírlo.

— Solo es salsa de tomate, ¿ves?

No logra enfocar la sangre que le muestra Raúl. En su lugar, encuentra por ahí esparcidos los jirones de su ropa, las gafas de Bárbara partidas en dos mitades. Y Cris se pregunta por qué. Olvida pronto a qué se refiere su pregunta, y la respuesta que espera no llega ni llegará nunca. El titilar de las velas hace que las sombras engullan todo eso, lo que la anciana le prestó, las preguntas por qué, por qué, por qué... El humo se propaga rápido entre las estatuillas, se expande como un airbag oscuro y maloliente y las va rodeando desde la base. La corriente de aire procede de allí, es como si el cierzo se hubiera colado en la casa, como si allí atrás hubiese alguna ventana abierta tras los cortinajes.

Pero no es así. Y el aire llega abrasivo y hediondo.

Algunos ya han dejado de hablar. Entonan una letanía mucho más grave y tangible en contraste con los chillidos, que llegan de muy lejos, de otro rango de la realidad. De otra dimensión.

La vibración que produce ese cántico hace que tiemble de manera descontrolada, y con cada estremecimiento se acentúa la sensación de desnudez, de estar expuesta a algo más que las manos de esa gente. Algo que ya la está rozando.

Cris va a suplicar, está segura de que se la ha ocurrido algo importante que decir, cuando el campanazo contra su consciencia desvía el ángulo en el que la vigilan las estatuas.

—¡Así no! Dale con el reborde de la base.

Incluso la sujetan del cabello y preparan la posición. Cris no nota su cuello, es como si le hubieran arrancado la cabeza y esta colgase de algún hilo invisible conectado aún al cuerpo. Entonces identifica, borroso y lleno de manchitas chispeantes, el paragüero que sujeta la tía de Raúl.

El golpe resuena menos metálico de lo esperado. Se descompone en una serie de crujidos acuosos. Es extraño, parece que ahora los esté escuchando hablar desde su vagina herida.

—Sin miedo, joder. Trae, yo la sujeto.

Algunos siguen entonando la letanía. Otros reprimen un gritito de excitación.

Le levantan mejor la cabeza, tirándole otra vez del flequillo. Les cuesta mantenerlo en tensión por el pringue de sangre que llega hasta las puntas. También la nota resbalar a lo largo de su tabique nasal.

Cris abre un ojo. Solo uno. Lo tenía cerrado, ni se ha dado cuenta. Cuando observa la densidad coloreada de azul entre las estatuillas, se olvida del próximo golpe contra su cabeza. Entonces descubre algo más que formas ilusorias tras los bultos de humo. Su pupila se expande. Lo ve. Reconoce su silueta.

Y le permite entrar.

[...]No nos engañemos, la snuff relacionada con «El hombre gris» se puede encontrar con facilidad en la Infranet, oculta tras títulos de lo más variopinto, en servidores alojados en el extranjero o incluso como adjuntos en las llamadas descargas trampa. Yo mismo he visto una copia. Para evitar problemas legales, diré que por casualidad, que no me la he descargado ni nada de eso. Aunque la verdad, está más perseguido piratear una película cualquiera.

Pero a lo que iba. Más allá de su eventual valor como prueba para incriminar a ciertos apellidos que hay detrás de la producción de «El hombre gris», hay cosas ciertamente extrañas en ese vídeo. Hay quienes insisten en que es un fake, que todo eso de que es un vídeo maldito y prohibido es mentira, pero os diré una cosa: yo me quedo con las sensaciones. Quizá presuma de tener mucha intuición, pero cuando una grabación, más allá de sustos y parafernalias, te impacta, te llega un poco más hondo de lo normal, es porque hay algo auténtico detrás.

De hecho, si la calidad de imagen de esta supuesta snuff fuera mayor, el vídeo sería tremendo. Pero lo de las grabaciones caseras, de mala calidad y casi monocromo ya es un clásico en este tipo de hallazgos. Bien, pues «El hombre gris» está ambientado en algo así como los setentas, así que vamos a regodearnos con un poco de nostalgia.

¿Pensáis que es deliberado que se vea tan mal? Quienes ya hayáis visto la grabación, observaréis que hay como humo, que todo está a la luz de las velas y que quien maneja la cámara no tiene el pulso digamos muy fino. Eso y el color granate de todo el mobiliario crean una curiosa atmósfera empalagosa y vibrante. Pero vayamos con las cosas raras de verdad.

Los primeros minutos te dejan muy mal cuerpo (a eso me refería con lo de que parece muy real); las entrañas de uno no suelen engañar. La forma en que la chica gimotea y se revuelve (aunque no escuchemos casi nada con esa especie de silbido de fondo y la respiración del tío que sujeta la cámara), lo que le hacen sobre esa especie de mesa y los golpes con el paragüero... No fue por puro morbo, tuve que ver la secuencia dos veces más, porque se me antojaba que iba a cámara lenta y pensé que a lo mejor el golpe era fingido, como esos bofetones que se dan en el pressing catch. Pero no, lo que sucede es que aquella cosa metálica debía de pesar horrores. Su propio peso debía de ser suficiente para darle un buen golpe, y había que apuntar bien. ¿No habéis visto la forma en que se le dobla el cuello a la chica? Posee una cadencia espantosa. Es la clase de imagen que no puedes sacarte de la cabeza y que suele venir acompañada de un malestar generalizado, una especie

de podredumbre anímica.

La cosa no mejora en los siguientes minutos.

Te preguntas qué van a hacer luego con el cadáver de la chica, porque ya se ve bastante mal cuando aún queda la mitad de la grabación y estás ahí medio tapándote los ojos para que no te salpique cuando le abran la cabeza del todo.

Hasta aquí, el que sujetaba la cámara más o menos se ha cebado con la tortura, ha enfocado cuanto sucedía, cuidándose bien de que los rostros de sus acompañantes no aparezcan en ningún momento. Pero al poco todo acontece como a través de la cámara de seguridad de un Ayuntamiento.

La chica se incorpora de una forma anómala, no se apoya en nada, tiene las manos a la espalda. De pronto hace una torsión y el tipo de la túnica, que queda ahora a su espalda, se sujeta algo en el cuello. Los chorros de sangre aparecen como tiznajos entre la humareda. El tipo desaparece del plano y la imagen desciende de manera abrupta. Se estrella para luego quedarse fija, apuntando hacia los pies del altar. Allí podemos ver aún a la chica, hasta más o menos los pechos.

Como en un truco de prestidigitación, luego ya no está maniatada. Podemos suponer que se había liberado de las esposas o lo que fueran, y que le clava un cuchillo por sorpresa a uno de sus captores, pero es que parece hacerlo de espaldas, a ciegas y con las manos aún a la altura de la cintura. ¿Cómo consigue arrojarle el cuchillo a la yugular?

¿Y qué me decís de la que iba a golpearle otra vez con ese enorme paragüero? Se puede argumentar que sale tan rápido del plano porque la agresora retrocede al mismo tiempo, asustada al darse cuenta de que su presa ya no es tan fácil. Pero la sensación que a nosotros nos da, si nuestros ojos no nos engañan, es que la chica se la lleva hacia delante como agarrándola del cuello, solo que no parece que llegue a tocarla realmente, ¿no es así? Sí, también he visionado esta secuencia varias veces, he ampliado la imagen, la he congelado... En fin, no sé.

Después no se ve mucho más. Da la impresión de que las cortinas se agiten, nada más. Y se escuchan unos sonidos confusos y desagradables, como si asfixiaran a un gato con un almohadón en el confesionario de una parroquia mientras el cura da su sermón y el público le corea en la nave principal. Lo reconozco, aquí la imaginación echa a volar, pero esos sonidos ponen la piel de gallina.

La cámara nunca llega a apagarse ni nadie la recoge mientras continúa grabando. Alguien debió de recuperarla y posteriormente cortar la grabación. Los verdaderos motivos no los sabremos nunca. ¿Fue para denunciar algo? ¿Fue para satisfacer alguna enfermiza afición por las torturas en directo? ¿Fue la propia chica quien la subió a la Infranet?

Ah, pero hay más. Hablando de copias editadas, también he tenido acceso a una versión en la que, si esperas lo suficiente, al final sí que aparece alguien que agarra la cámara y la apaga. Hay como dos minutos en los que no sucede nada. Después la imagen se pone negra (no es un fundido, sino algo que tapa la lente), y cuando regresa el ángulo es distinto, la cámara ya no está en el suelo. Hay un cambio sutil en la iluminación, pero el efecto resulta de lo más real. No sé qué pensar.

El objetivo asciende muy deprisa y apenas entrevemos el cuerpo medio desnudo de la muchacha, y cuando llega a esa especie de selfie de medio rostro, la imagen resulta impactante, hace que des un respingo en la silla y que te quedes mirando de soslayo la pantalla, con aprensión.

Puede que esta última parte sí sea un fake, un añadido para alimentar las especulaciones en torno a esta película, pero desde luego impresiona, te hace pensar: ¿y si fuera real?

Porque, al final, el rostro que vemos no es el de la chica, sino que se trata de una cara avejentada, como si comprimieran el rostro de un anciano con la cabeza mucho más grande en el de una jovencita más bien menuda.

Y esa expresión torcida y aviesa recuerda demasiado a la del hombre gris, ¿no creéis?

Por cierto, si subís el audio lo suficiente, entre toda esa distorsión que produce la corriente de aire se escucha algo. Casi es como una psicofonía, porque la voz, una vez más, no parece la de una muchacha:

«Tú no eres la protagonista» [...]

FINAL ALTERNATIVO

1.

Hay un lugar, una especie de pozo profundo y poco accesible en tu interior.

No podrías demostrar su existencia, no aparecerá en ninguna radiografía. Pero existe, sabes que es así cuando te has asomado a él. Cuando el vértigo te horada el estómago y te ves abocado a su vacío.

Es tu propia trampa. Es como esa casilla de la Oca en la que quedas atrapado hasta que otro ocupa tu lugar. Mientras tanto, la otra ficha se mueve por el tablero a su antojo. Y gana a tu costa.

Allí abajo tienes tiempo de sobra para comprobar cuán real, lóbrego y desesperanzador es ese lugar. Cuando al fin te decides a pedir ayuda, tus gritos se expanden con ese eco característico de los pozos, lejano y a la vez contenido, pero da la sensación de que sus límites son mayores de lo que habías sospechado. Tanto que empiezas a comprender que quizás no puedas salir nunca de ahí, que no existe cuerda o escala lo suficientemente larga.

No puedes alcanzar sus paredes y, si te desplazas más de la cuenta, el nivel del agua te alcanza hasta el cuello. Tus únicas alternativas son contemplar la estrecha luz que llega desde la boca del pozo, rezar para que alguien acuda a rescatarte, o rendirte y sumergirte del todo. Es la única decisión posible.

Y tienes tiempo para pensártelo. La partida puede durar una eternidad.

2.

La joven hurga en su dentadura, extrae la pieza dental que se le ha desprendido con facilidad, se la muestra a la tía de Raúl y a continuación la deja depositada en el aire.

El diente se queda flotando ahí detrás mientras el cuerpo de Cris arrastra los pies con desgana. La mujer de la túnica parece mucho más frágil ahora, es como si hubiera encogido. Para cuando se ve arrinconada contra la estantería, la tela oculta por completo sus pies y se extiende como el vuelo de un vestido de novia.

—Nunca te agradé. Verdad. Siempre te opusiste. A que saliera

en la película. Mmm.

—Por favor, Angus, no es necesario. Ya está, no me mates...

Quien esboza la sonrisa es Cris. Ella no habla ya, no es necesario, pero puede escuchar.

—Parece que hablasteis con el director. No os dijo lo de la chica. Mis exigencias.

—¿Qué dices? Yo no sé... Yo no sé nada, por favor...

Es obvio que la mujer busca algo en las estanterías, sin demasiado disimulo ni convicción. Los ojos encharcados en rojo de la chica engañan. Su visión es nítida incluso a través de la irrespirable humareda. A ella le sabe bien la ceniza, ahora sí.

No hay ningún pisapapeles a mano, nada que pueda usar como arma, y aunque lo hubiera... La mujer se resigna y entrelaza los dedos en una súplica, casi un saludo secreto. Angus la ignora.

—El director decidió quitarme. De en medio. Oh, y los productores son los que mandan. Los que dirigen de verdad. Todos los sabemos. Siempre ha sido así en el cine.

La tía de Raúl cierra los ojos y solloza cuando la mano de Cris sale disparada hacia ella.

Cuando los vuelve a abrir le muestra la máscara de carnaval. Son los finos dedos de Cris los que la estudian con sumo interés, mientras los ojos del hombre gris permanecen aterradoramente fijos en la mujer, queha empezado a deslizarse estantería abajo hasta quedar sentada.

—Hemos hecho pactos con ellos, Angus, no puedes... No puedes contradecirlos, aún no les hemos pagado.

Con los ademanes cansados de un anciano, Cris se inclina hasta ponerse a su nivel. Se ha adherido la máscara al rostro. Asoma la sonrisa agrietada de un viejo (vuelve a ser Cris quien la esboza), hasta que las palabras la deforman:

—La verdad es que me han. Dicho...

Se inclina un poco más. Traza una sonrisa en el aire, a la altura del cuello de la mujer. La vuelve a dibujar, ahora con la uña, una y otra vez, en un vaivén que se torna borroso. La mujer parpadea, comienza a toser. No sabe lo que le sucede. Se toca el cuello, no puede verse el corte que lo atraviesa de lado a lado.

Cris sonríe una vez más y asiente, como para confirmar lo que sucede.

—... Que este final alternativo les encanta.

Los ojos de la mujer se vuelven casi del revés cuando la cabeza comienza a desgajársele del tronco.

Pero eso no lo graba ninguna cámara.

Era una encerrona, pero no le quedaba otra opción que la planta de arriba.

Las puertas habían estallado en llamas, hasta las molduras. Había visto cómo goteaban los pegotes de escayola como un helado que se derrite. El viento huracanado arrojaba los jirones de las cortinas en todas direcciones. El mostrador, arrancado de su sitio, bloqueaba la entrada principal cuando Rai empezó a subir los escalones. Las urnas de cerámica no dejaban de explotar tras de sí y, al volver la vista, los pequeños encapuchados continuaban allí, no cesaban en su empeño de atraparle a través de la humareda y la lluvia de fragmentos afilados.

Agarrado a la barandilla, Rai corría con dificultad, como en esos sueños en los que no puedes ir deprisa por mucho que lo intentes. Tenía más miedo de ser succionado por esa corriente de aire que de los enanos. A ellos les costaba avanzar tanto como a él.

El chico se metió en la última de las habitaciones, y porque no había ninguna más alejada. Aunque los cuadros y las esculturas se sacudían a su paso, en el corredor se notaba menos la fuerza del torbellino. Eso le brindó un segundo para estudiar sus escasas alternativas.

No esperaba encontrarse un dormitorio como el de un hotel, solo que sin cerradura. Arrastró una de las sillas para atrancar el picaporte y por unos instantes incluso albergó la tonta esperanza de que podría atrincherarse ahí dentro y limitarse a esperar. Como si el incendio fuera a detenerse al final del pasillo.

Los enanos comenzaron a aporrear la puerta. Rai no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que tuvo que restregarse la manga contra los ojos mientras empujaba la mesita del televisor. Eso no bastaría para detenerlos.

Se dejó caer en la butaca, para levantarse acto seguido y dirigirse a la ventana, en donde siguió formándose vanas esperanzas. Había barrotes, pero se engañaba pensando que así dispondría de oxígeno, que el fuego y los gases tóxicos no penetrarían en la habitación. Tampoco los enanos.

Esa forma de arañar la madera, como si tuvieran pezuñas en lugar de manos. Y cómo gruñían su nombre: Rai, Rai, Rai...

El crujido en los goznes prometía lo peor.

Con la ventana abierta, el chico escuchó algo más que el alarido del viento. Notó el vuelco en el estómago, la espiral abriéndose en sus jugos gástricos, sacudidos como en mitad de una turbulencia marítima. Al principio no le hizo caso a la sensación, porque Dani le llamaba desde

alguna parte.

—¡Dani! ¡Estoy aquí arriba! ¡Aquí arriba! —le respondió él con voz cascada, hasta que empezó a toser.

Se dobló sobre sí mismo y se apartó de la ventana. De todas formas el novio de su hermana no podría subir a ayudarle. A lo sumo lo vería arder a través de los barrotes.

El humo no era visible, pero a Rai ya le costaba respirar.

Entonces retrocedió y estuvo a punto de meterse en el ropero. El suelo formaba ondulaciones, se deformaba sin perder su solidez, igual que un puente en mitad de un terremoto. Cuando quiso darse cuenta, la cama, la mesita de noche, el zapatero, el ropero mismo a cuyas manecillas se aferraba, comenzaron a patinar hacia el epicentro de ese fenómeno, junto a la ventana.

Rai gritó:

—¡Dani! ¡DANI! ¡DA…!

Su voz se la tragó el vacío, al igual que sucedió con el resto de la habitación.

Dentro, en la nada, el viento tiraba de él en direcciones contrapuestas.

Desmembrada su consciencia, Rai cerró los ojos.

Los volvió a abrir y tampoco había nada.

21.2D

Cayó despatarrado, la rabadilla contra el duro suelo.

Lo primero que hizo fue mirarse la manga de la cazadora. Necesitaba algún punto de referencia y no encontraba otro mejor. Al apartar la espalda, descubrió que lo que había a su espalda era un grupo de nichos de exposición. La luz demasiado brillante hacía que las irregularidades en su superficie blanquecina apenas se apreciasen. Y le daba un aspecto de lo más onírico.

Gimió.

Se notaba la cabeza como aquella vez que bebió a escondidas dos tragos de más del anís de la abuela, pero aún transpiraba de puro pánico. Tenía motivos para seguir asustado.

Reconoció la funeraria. La angustia despejó en parte su desorientación. Sabía dónde se encontraba, vaya que sí.

Al escuchar los pasos, tropezó a gatas hasta ponerse en pie, sin saber qué dirección del cruce de pasillos seguir. El eco de aquellos tacones provenía de todas partes.

Casi no le sorprendió encontrárselo de bruces.

Contuvo la respiración, cerró los ojos y cuando los abrió el grito quedó sofocado.

No era Angus.

El empleado de la funeraria le miraba con severidad, pero impidió que se cayese con calidez paternal.

—¿Qué haces aquí, chico?

Era un hombre mayor, canoso, no tan arrugado como el viejo que conocía. Y le miraba con ambos ojos abiertos, muy claros, como los de un extranjero.

—¿Te has perdido? ¿Has venido al velatorio?

—Ssí... —dijo Rai, recuperando la verticalidad por su propio pie. Se estiró la cazadora, le venía muy pequeña o él había crecido muy deprisa.

—Las habitaciones de descanso para los familiares están arriba, pero si tus parientes siguen en la capilla, es por allí —señaló en dirección contraria, más allá de donde Rai se había encontrado con el culo contra el frío mármol.

—Sí, buscaba... ese sitio, pero me asusté... —No se sonrojó con la confesión, aunque el hombre le mirase con un asomo de burla—. Sí, voy hacia allá, muchas gracias, y disculpe.

—No pasa nada. Pero por favor, no toques nada.

Rai asintió, preguntándose qué demonios pensaba ese tío que iba a tocar, si ahí no había otra cosa que cubiertas de nicho.

El encargado de la funeraria desapareció enseguida. Entonces Rai aminoró el paso.

Se detuvo en el cruce en donde había «despertado».

Era el segundo viaje interdimensional que realizaba y aún no tenía claro en qué punto se encontraba, cuán real era todo esto, si los personajes aquí serían distintos, si permanecerían igual (esperaba que no, el deseo de que sus padres de aquí no hubiesen fallecido le empezaba a hacer cosquillas en el corazón), o si todo seguiría más o menos igual, quizá un tanto encogido, como su cazadora.

Miró en la dirección que aquel hombre le había indicado y respiró hondo. Bueno, ¿y si de verdad se trataba de sus familiares?

Se apoyó contra los nichos y notó que las piernas le flaqueaban. Tuvo que hacer un esfuerzo para no caer de nuevo.

Dios, qué rápido le iba el corazón. Tenía que dejar de hacerse ilusiones. Podía conformarse con que al menos su hermana siguiese con vida. ¿Dónde podría ir a buscarla? ¿A casa de la abuela?

Claro, era lo más lógico. Desde luego.

Acababa de poner una caja de pirotecnia en el laboratorio de ese viejo loco, había escapado a duras penas de sus esbirros encapuchados y

de las llamas para acabar engullido por esa catástrofe dimensional.

Y ahora se encontraba otra vez en la planta de abajo de la misma funeraria, pensando en salir por la puerta y regresar a casa como si nada.

El caso era que deseaba aferrarse a eso. Era la solución más fácil. Su joven cordura estaba demasiado afectada ya. No le vendría mal echar una cabezada.

Ahora sí que le fallaron las piernas.

La rabadilla aún le dolía y empezó a reír. El llanto y la risa contenida se confundieron cuando se cubrió el rostro con ambas manos. Luego se las pasó por la melena, aún pegajosa. El cuero cabelludo le olía a hoguera.

Tomó aire de nuevo y lo decidió: se marchaba a casa. No importaba lo que pudiera encontrarse allí. ¿Qué importab...?

Una de las tapas de nicho salió disparada y le cercenó parte de la ceja y de la piel en torno a la sien. De ahí salieron los brazos de un encapuchado con el rostro cosido de Susana. Su boca era un amasijo de dientes mal reconstruidos, de entre los cuales escapaba una vaharada que hedía a formol. Las tapas del resto de nichos volaron fracciones de segundo después o se partieron en dos. De los huecos abiertos emergieron más de esas manitas hinchadas.

Cuando Rai quiso apartarse, los nuevos brazos de Susana ya le arrancaban mechones de cabello. El resto de manos tironearon de su cazadora, le aferraron por los codos y le deformaron la boca estirándole desde una de las comisuras.

La adulterada expresión de terror, la abertura forzada de su boca no se correspondía con el poco aliento que le quedaba.

El poco que logró reunir para su último grito.

CONTENIDO ADICIONAL

1.

El precinto cuelga flácido entre la barandilla de la escalinata y las columnas del pórtico de acceso. El viento lo levanta y la joven que sube descalza los escalones pasa por debajo sin tener que apartarlo de su camino.

El suministro eléctrico ha sido restituido en el pueblo. Ha esperado varias noches entre las ramas de los árboles, atenta al sonido de las armas de repetición, al movimiento de vehículos, a las columnas de humo y a cualquier indicio que le sugiriese el fin de la cuarentena. Cuando aparecieron los primeros parpadeos en las ventanas, decidió regresar.

Atrapa el plástico y lo arranca. Una parte queda enganchada a uno de los faroles. Da media vuelta. Hace rato que ha oscurecido, y va siendo hora de que la funeraria también coloree de puntitos brillantes el mapa nocturno de Sariñena.

La boca de Cris se estira por un extremo. Las arrugas prematuras ribetean un asomo de sonrisa. De su boca escapa un vaho turbio.

Alguien cerró la puerta al salir y ella no tiene las llaves.

No importa. No necesita buscar bajo la alfombra, en el cenicero o en el hueco del friso por si alguien dejó ahí la de repuesto.

La mano de Cris hace como que busca en el bolsillo y saca una llave invisible.

Comienza a girarla, pero lo hace una y otra vez, como si no entrara bien, como si la cerradura estuviese rota. Insiste, la fuerza sin tocarla, a un palmo de distancia, hasta que se oye un chasquido.

Una corriente de frío deshoja lo poco que queda del seto que rodea la barandilla.

La funeraria de Sariñena ya tiene nueva encargada.

NOTA DEL AUTOR

Ahora ya has llegado a esa sección en la que el autor busca alguna forma más o menos creativa de agradecer a cuantos le han ayudado a acabar la novela. Uno no se puede olvidar del editor, del ilustrador, del corrector, de los betalectores, de la familia, de los amigos (o mascotas) ni de cualquiera que de un modo u otro haya inspirado o apoyado la obra, Virgen de Guadalupe incluida.

Permitidme que me lo ahorre en esta ocasión.

Lo que sí voy a hacer es hablar del proceso creativo que me ha conducido a acabar «El remake». ¿Tenéis ganas de saber un poco más? ¿Queréis rechupetear el plato que acabáis de tomar? ¿Queréis saborear hasta los últimos momentos de la película, cuando los títulos de crédito ya van desplazándose hacia arriba mientras la musiquilla atruena y la gente va abandonando la sala? Pues venga, ahí va.

La novela es un claro homenaje a una película de terror de culto de los setenta, una saga que ha tenido diferentes secuelas. ¿Aún no sabéis de qué película se trata? Entonces acabáis de suspender la asignatura. ¡A repetir curso!

Lo cierto es que la idea original, el parásito creativo que empezó a dejarme sus larvas en el cerebro, poco tiene que ver con el resultado final. Ya me sucedió con «Yo vi tu silueta», que nació como un intento de plasmar en papel una especie *matanza de Texas* españolizada, aunque luego la necesidad de escribir una historia con verdadero argumento me alejó bastante del estímulo inicial.

Con El remake me ha pasado lo mismo. Como fan de la saga, me apeteció de pronto reescribir la historia de la primera de las películas, hacer una especie de relectura de la obra a mi estilo y para uso privado. Algo así como jugar a mejorar el producto original, enmendar lagunas en la historia, los personajes o las situaciones. Supongo que en muchos casos eso es lo que piensa un director o un guionista cuando se plantea hacer un remake de una película. Pero en El remake voy un paso más allá y no me limito a ser fiel al imaginario que homenajeo ni a simplemente aportar mi reinterpretación del conflicto principal de la historia, sino que me meto en un proceso metacreativo (o en un berenjenal, según se mire), incluso con elementos de crítica social. Ahí es nada.

La cuestión es que no tenía demasiado sentido para mí escribir algo que luego no iba a ofrecer al público lector y que además era tan poco original. De hecho, nada original, salvo las enmiendas o aportaciones que pudiera hacerle a una historia ya contada. He tratado, de todas formas, de no perder de vista la atmósfera inspiradora, las situaciones y el carisma de los personajes que me han impulsado a meterme en una nueva novela.

A medida que trazaba alguna historia que contar, la estimulante sensación inicial se volvía más difusa, se desdibujaba y se evaporaba el interés, como cuando despiertas de un sueño (de lo más tonto en el fondo) que mientras tienes fresco en la memoria te parece algo de lo más interesante, algo digno de utilizar como materia prima creativa, pero que luego no se sostiene por ninguna parte y te ves incapaz de recuperar esas emociones que te insufló antes de finalmente olvidarlo.

En su lugar, durante la planificación fue creciendo la idea de crear una especie de distopía en la que el cine se ha convertido algo así como en un violento reality show, en el que los actores, en su mayoría marginados de la sociedad, se ven obligados a ejercer de actores y no saben en ningún momento qué macabros planes hay para ellos en el guion. Sí, la idea molaba, pero exponer esto ya desde el principio arruinaba un buen puñado de páginas iniciales de incertidumbre y misterio, algo que creo que se agradece y se disfruta más que lo explícito y ya resuelto desde el minuto uno.

Por eso empecé a jugar con elementos de la película inspiradora y con algunos toques distópicos no tan obvios ni exagerados, hasta conformar este homenaje no a una, sino a varias películas e incluso series del género de terror, con multitud de guiños privados e incluso apariciones de personajes de mis otras novelas (atención, trivia: ¿alguien sabe qué personaje en concreto y a qué novela pertenece?).

Y para darle forma a todo este embrollo, desde un principio he contado con una buena colección de escenas espeluznantes (imaginadas de antemano), como hitos en el camino que he tenido que ir ensamblando, si bien muchas de ellas las he acabado desestimando y he procurado en lo posible ser más espontáneo e improvisar la historia sin tener muy claro cómo acabaría.

... No sé si al final he logrado entretenerte y en alguna medida sorprenderte, lector o lectora, ¿me lo cuentas tú?

Ah, sí, y gracias a todos, de verdad, si ya lo sabéis, permitidme que no alargue más el contenido de este libro, que me había propuesto que fuera una novela más corta que las anteriores, por

ahorrar papel y eso.

Así que, hale, hasta la próxima.